
RAMATA
ABASSE NDIONE

Ramata, la bella esposa del todopoderoso ministro de Justicia de Senegal, acude al hospital Le Dantec, en Dakar, donde, tras una serie de incidentes, acaba provocando la muerte del portero de la Maternidad, Ngor Ndong. La corrupción policial y política pronto se encarga de lavar la cara al asesinato, y el caso queda archivado. Para Ramata el hecho también cae en el olvido hasta que un día el destino la enfrenta de nuevo al mismo y se encarga de juzgar su indiferencia y crueldad. Con una pluma mordaz, Abasse Ndione ofrece una inusual novela policiaca en la que un rico elenco de personajes vadea las turbulentas aguas del Senegal actual. Y entre ellos Ramata, algo así como una madame Bovary africana, protagonista de esta tan sorprendente como apasionante tragedia moderna.



Abasse Ndione

# Ramata

**ePub r1.1**
**whatsername** 7.11.2014

Título original: *Ramata*
Abasse Ndione, 2000
Traducción: María Dolores Gallart Iglesias

Editor digital: whatsername
ePub base r1.2



A Lucio Mad,
mi *toubab*,
cuya amistad se me presentó
cual una revelación hace treinta y tres años.

A Malick, Seynabou, Abdourahmane y Abdoulaye,
mis nietos,
que llegaron para ampliar el círculo familiar
durante la redacción de esta obra.

El deseo y el amor espontáneo que experimentó
la privaron de aplomo y del control de sus actos;
se olvidó de los favores de Douga,
se olvidó de que era primera reina
de un Estado famoso por la valentía de sus guerreros
y la riqueza de su población;
solamente mantenía una idea fija:
poseer a Da, estrecharlo en sus brazos,
entregarse por entero a él;
se olvidó del resto del mundo,
tenía que conseguir a Da a toda costa.

—Amadou Hampaté Bâ, Da Monzon de Segou

# PRÓLOGO

El sábado 3 de abril, día previo a la celebración de la fiesta nacional, la temperatura empezó a bajar de forma inusual ya desde primera hora de la mañana. De los veinticinco o treinta grados, normales en esa época del año, había descendido en picado hasta diez. Nadie recordaba que antes se hubiera cernido sobre el país una ola de frío tan rigurosa.

La temporada de lluvias no comenzaba hasta finales de mayo o principios de junio, y el día anterior, los servicios de meteorología habían anunciado un tiempo soleado; sin embargo, contra toda expectativa, se puso a llover. Precoz o parásita, se trataba en todo caso de una lluvia fina, obstinada y glacial, semejante a una neblina que envolvía el paisaje con un sucio manto gris.

Hacía un tiempo de perros.

Y sin embargo, salí...

Mi mujer estaba ausente, en su pueblo, con los niños, tal como hacía siempre por esa época. La estación de lluvias había sido muy buena, los cultivos de las huertas habían prosperado, las ventas de cacahuete acababan justo de concluir y el dinero todavía circulaba en cantidad, los graneros de mijo estaban llenos, el ganado disponía de forraje suficiente y daba leche en abundancia. En la pausa previa a las labores campestres que darían comienzo al mes siguiente, los pueblos de la zona organizaban grandes festejos populares que duraban una semana entera. Los emigrantes volvían al país y cada pueblo, por turnos, mataba un toro para las fiestas. Las sesiones de tamtan duraban todo el día, desde que amanecía, y después del anochecer, con iluminación de lámparas Petromax, en la plaza se celebraban hasta el alba combates de lucha simple, sin pegada, en los que los adversarios debían enfrentarse dos veces para determinar el vencedor, y una tercera vez en caso de empate.

Tras consumir un consistente desayuno compuesto de cuscús acompañado con unas rodajas de manta raya seca, restos de la cena de la noche anterior, y de

café muy cargado, sin azúcar, me había instalado cómodamente en un sillón del salón, con la cabeza bien apoyada en el respaldo, un fragante cuenco de incienso y brasas colocado entre las piernas, un Mecarillos encendido sujeto entre el dedo índice y el medio de la mano izquierda, y una vieja novela, *El viejo y el mar*, que había comprado dos días atrás en un *par terre*,[1] sostenida con la diestra.

Me gustaba mucho ese libro; lo había leído seis veces, sin merma alguna de placer. Mi interés por esa obra no se debía en nada a la peripecia, bastante banal en sí misma, del viejo pescador, Santiago, que se va solo al mar con su barca y captura un enorme pez espada. El animal es tan gigantesco que no cabe en la embarcación, de modo que se ve obligado a atarlo a uno de los lados para trasladarlo a tierra. En el trayecto de regreso los tiburones atacan al pescado y lo despedazan, tan sólo la raspa con la cabeza y la cola quedan intactas. La historia no tiene nada de extraordinario, y lo digo sin asomo de pedantería. Ese interés mío no venía motivado tampoco por la genial fluidez y el cautivador y trepidante ritmo con que el autor narra la épica lucha protagonizada por el pescador para doblegar al pez gigante. La causa de mi adoración por esa novela radicaba en que, desde la primera lectura, en mi imaginación había identificado a Santiago ni más ni menos que con Mame Ablaye Djine, un pescador que vivía en el mismo barrio que yo, en Ngoudeu, y a quien había conocido de niño.

Mame Ablaye era de una casta de hombres como los de antes. Con el cabello, las cejas, las pestañas, el bigote y la tupida barba blancos como el algodón, muy alto, fornido de pecho y hombros, de cintura delgada y prominentes bíceps, era una auténtica fuerza de la naturaleza. No había estado nunca tan enfermo como para quedarse en cama, ni un solo día, y vivió más de cien años, ciento doce exactamente. Mantuvo la dentadura completa, la mirada penetrante, la mente despierta y el caminar tieso y aplomado, sin precisar nunca el apoyo de un bastón. Poseía un conocimiento ilimitado del mar y de sus secretos; a menudo traía espectaculares pescados que todos corríamos a admirar en la playa, de tal forma que, incluso antes de muerto, su existencia estaba ya aureolada con grandes hazañas legendarias. Para mí, Mame Ablaye superaba sin margen de duda a Santiago, y estoy convencido de que no habría acabado perdiendo el combate, impotente frente a los escualos que le robaban el pez espada. Él, tan lleno siempre de recursos, habría encontrado la manera de vencer a los tiburones y habría traído intacto a tierra el pescado. Se contaba que, hace mucho de eso, durante su juventud, Mame Ablaye había desaparecido en el mar.

Al cabo de dos semanas de buscarlo en vano con ayuda de todos los pescadores del pueblo, resignada a la voluntad divina, su familia lo había dado por muerto; su piragua a vela, perdida para siempre más. Habían organizado su funeral, habían sacrificado un buey, habían recitado el santo Corán para el reposo de su alma, y, tras deshacerse las trenzas, sus dos esposas habían entrado en periodo de viudedad. La misma jornada en que debían celebrar la cuadragésima noche posterior a su fallecimiento, Mame Ablaye había desembarcado en la orilla poco antes del crepúsculo. Su reaparición provocó un enorme clamor.

¿Qué había pasado? ¿Dónde había estado Mame Ablaye durante todo ese tiempo?

Una ballena lo había engullido junto con su piragua y, mientras lo buscaban para finalmente darlo por muerto, él había vivido en el oscuro vientre del cetáceo. Cuando le entraba hambre, cortaba con delicadeza, con el cuchillo, un trozo de carne que se comía cruda. Por suerte, tenía la cantimplora en la barca; había racionado el agua; había bebido sólo con parsimonia, cuando lo atenazaba la sed. Un día, al retirar un pedazo para comer, ya fuera porque cortó demasiado hondo, o bien porque cortó demasiado cerca del corazón, la ballena había sentido el dolor y lo había vomitado con su embarcación. Se encontraba en medio del mar, en plena noche, lejos de toda población. Evaluó los desperfectos, que eran mínimos. La piragua no había sufrido ningún deterioro, la vela no estaba desgarrada ni se había roto el mástil. Sólo había perdido el remo.

Desde entonces, mientras estuvo navegando a favor del viento, guiado por las estrellas en la noche y por el disco solar de día, con una pierna introducida en el agua a guisa de timón en lugar del remo, y después, cuando ésta acababa transida de frío o vencida por los calambres, sustituida por la otra, el sol había salido y se había puesto tres veces antes de que llegara al pueblo.

Todos y cada uno de los días que nos daba el buen Dios, Mame Ablaye salía a la mar. Hasta el día antes de su muerte, había ido siempre a pescar. Había regresado al anochecer, con la piragua cargada de meros. Había cenado. Tras rezar la última oración del día, se había acostado sin quejarse del menor mal, ni tan siquiera de un catarro. Al amanecer, no se había levantado, tal como tenía por costumbre, con la primera llamada del muecín. Aquello había extrañado a su hija mayor, una anciana de más de setenta años que lo atendía desde que había enviudado de la última de sus dieciocho esposas. Al entrar en su habitación, había constatado que su padre había fallecido tranquilamente mientras dormía.

Tras su inhumación, como si quisiera rendirle homenaje, el mar se había

embravecido con inaudita violencia durante la noche. Por todas partes resonaban sus sordos mugidos, semejantes a un lamento. De madrugada, cuando por fin se había calmado, descubrieron que las olas habían llegado hasta el cementerio de Rouhu Diagne, donde habían enterrado al viejo pescador, situado a más de quinientos metros de la playa, cosa que no se había producido nunca, ni volvió a suceder después. Lo más asombroso era aún que el oleaje sólo había mojado la tumba de Mame Ablaye, emplazada en medio del cementerio. El fenómeno, considerado como milagroso, había tenido una gran resonancia. Yo tenía diez años por entonces.

Por séptima vez, pues, me disponía a enfrascarme en el ambiente marítimo de la magistral obra de Hemingway para volver a ver, en la memoria, a través de Santiago, a Mame Ablaye Djine combatiendo con el pez espada gigante...

Al cabo de media hora, aún no había acabado de leer la primera página del libro. El mal tiempo me distraía, me impedía la menor concentración. Di una chupada al Mecarillos y no obtuve más que aire en la boca. El purito se había apagado por falta de atención. Sacudí la ceniza gris acumulada en la punta de la concha de vieira que servía de cenicero y, con el encendedor que había al lado, volví a encender el Mecarillos. Aspiré una buena calada y la mantuve el mayor tiempo posible en los bronquios, antes de expulsarla con una potente espiración por la boca y la nariz. Un ligero vértigo se apoderó de todo mi ser. Una segunda calada acentuó tan agradable sensación. En el momento de exhalar el humo, se me ocurrió ir al Brisa de Mar.

Dejé el libro en la mesa y me levanté. En mi dormitorio, cogí un anorak y me lo puse encima del suéter. Luego me abrigué con la bufanda antes de salir. El viento racheado de fuera no alcanzaba a disipar el pestilente olor proveniente de los grandes montones de basura putrefacta que invadía las calles desiertas, ni el de las aguas residuales que desbordaban de los arroyos, auténticas cloacas a cielo abierto donde nada circulaba desde hacía tiempo, por la obstrucción de bolsas de plástico, tarros de vidrio, cadáveres de animales en descomposición, como perros, gatos, pollos o cabritos, que se habían recubierto de una gruesa capa de color verde grisáceo.

En cuanto llegué al Brisa de Mar, poco antes de las ocho, me topé con un macabro espectáculo...

Diodio, la patrona del Brisa de Mar, no se dio cuenta de que llovía hasta que se levantó de la cama, abrió la puerta del dormitorio situado en el piso de arriba

y fue a acodarse en el balcón que daba al mar, tal como hacía todas las mañanas sin falta, tras despertarse. Un grito de estupor brotó de su garganta cuando posó la mirada en un rincón del patio.

Al pie de la pared de cemento armado, reforzada en el exterior con grandes neumáticos y rocas metidas en una armazón de tela metálica, contra la que venían a descargarse —con ensordecedor estrépito que dominaba el agudo silbido del viento— las gigantescas olas y encajes de blanca espuma del enfurecido mar, yacía el cuerpo inerte de una anciana.

Diodio bajó la empinada escalera que conducía al patio a una velocidad sorprendente para su corpulencia y llegó, jadeante, junto al cadáver.

La anciana había pasado la noche a la intemperie y la muerte la había alcanzado mientras dormitaba. Estaba acostada de espaldas, con la nuca hundida en un charco de agua, las manos encima del pecho, la derecha sostenida por la izquierda, y los párpados cerrados. Los labios, un poco entreabiertos, le conferían la vaga impresión de una sonrisa. La lluvia que seguía cayendo le pegaba la larga cabellera blanca a la arrugada frente, discurría por el exánime rostro y le mojaba la blusa y el pareo de tela de Vichy, adhiriéndolos a los contornos de su cuerpo como una segunda piel.

Con los ojos anegados de lágrimas, Diodio se agachó y tomó la recia cadena de oro que adornaba el cuello de la muerta. Luego se levantó y con el pareo que llevaba bajo la amplia túnica cubrió el cadáver. A continuación, con su habitual caminar lento, fue a llamar a la puerta del bar para despertar a Moro y a Gobi.

Dos policías, enfundados en impermeables negros, habían acudido a pie desde la comisaría, situada a poco más de quinientos metros, en la misma calle. Habían interrogado a Diodio por pura formalidad y habían efectuado un rápido atestado. Después de llamar por teléfono desde el Brisa de Mar para pedir que la brigada del Servicio de Higiene acudiera a retirar el cadáver, salieron a la calle.

Los tres agentes de Higiene depositaron el cuerpo en una camilla, que transportaron a la ambulancia aparcada en la entrada. Luego se quitaron los guantes de goma naranja de las manos y las máscaras de gas que les protegían la nariz, se despidieron y se subieron al vehículo. El conductor, que aguardaba con el motor encendido, arrancó enseguida.

—¡Pobre mujer! —exclamó Diodio con voz impregnada de tristeza, al tiempo que se secaba las lágrimas con la manga de la amplia túnica.

El aire caliente que salía de su boca se condensaba en contacto con el frío de

afuera, formando una pequeña nube delante de su cara, como si exhalara el humo de un cigarrillo.

Cuando la ambulancia desapareció detrás de la iglesia de Santa Inés, abandonó el umbral y subió despacio la escalera, apoyando la mano en la barandilla, para volver a su habitación.

Aún llovía.

Moro y Gobi regresaron en silencio al bar.

Yo me sumé a ellos. Después de pedir una cerveza La Gazelle, elegí una mesa contigua a la ventana, me senté y encendí un Mecarillos.

Aparte del Moro —el camarero, un joven gambiano achaparrado y musculoso—, Gobi —un viejo asiduo del bar— y yo, el Brisa de Mar estaba vacío.

Moro vino con el pedido. Dejó la botella y el vaso en la mesa y sacó del bolsillo del delantal un destapador con el que hizo saltar la chapa.

—Llévate el vaso, beberé de la botella —dije, comprobando que, al igual que Diodio, cuando hablaba parecía expulsar humo de tabaco.

El camarero volvió al mostrador con el vaso.

Gobi abandonó el taburete que ocupaba para ir a su encuentro.

—¿Me das un cigarrillo, Moro? —pidió.

—No tengo —respondió con sequedad el camarero.

—¿Cómo que no tienes cigarrillos?

—¡No tengo! Los cigarrillos son para vender, no para regalar.

—Entonces dame una moneda de diez francos, para poder comprar un pitillo, o mejor, fíame.

—Ni hablar de fiarte, y además no tengo ninguna moneda de diez francos.

Gobi agarró a Moro por la muñeca con un gesto brusco.

—¡Ni hablar de fiarte, y además, no tengo ninguna moneda de diez francos! —repitió, imitando la entonación de la cansina voz de Moro—. Tú nunca tienes nada. Nada. La verdad es que eres un tacaño, una mala persona y un roñoso.

—Tú di lo que quieras —replicó Moro, zafando con vigor la muñeca—, pero de lo que sí puedes estar seguro es de que no fío y de que no tengo ninguna moneda de diez francos para regalar.

—¡Sí, claro! Tú no tienes nunca nada, absolutamente nada. Pedirte algo ha sido un gran error por mi parte. Me había olvidado de que nunca has tenido nada. Naciste pobre, sin nada, vives como pobre, sin nada, y morirás pobre, sin nada.

—¡Bueno! —exclamó Moro, ya junto al mostrador—. Puedes decir lo que quieras, que no conseguirás nada, porque, como muy bien dices, no tengo nada.

Yo me frotaba vigorosamente, una contra otra, las manos entumecidas por el intenso frío, tras haber tomado un largo trago que dejó sólo un cuarto del contenido de la botella. Gobi se acercó a mí.

Pasaba de los cincuenta años y era bajito, delgado como un faquir, con un puro torpedo del que no se desprendía nunca, que llevaba siempre en la cabeza, la cara demacrada, invadida por una gran barba cana, y unos ojos legañosos y llorosos. Iba vestido con un traje pasado de moda, salpicado de manchas de grasa, cuyo cuello había levantado por encima de una camisa desprovista ya de todos los botones, y calzado con chinelas de plástico.

—¡Hola, jefe! —me saludó, con las descarnadas manos extendidas encima de la mesa—. ¿Me pasas un cigarrillo, por favor?

—No tengo cigarrillos, pero sí puritos —respondí—. Si quieres, te doy, pero no me llames jefe, que podrías ser mi padre ¡o mi tío!

—¡Es verdad! —reconoció Gobi con tono jovial y una gran sonrisa que dejó al descubierto una estropeada dentadura—. Los puritos son lo que más me gusta, con diferencia.

Le tendí la caja de Mecarillos.

Gobi eligió uno, que le encendí con mi mechero. La primera calada le ocasionó un violento ataque de tos. Sin fijarse, arrojó el purito, que me rozó la punta de la nariz antes de acabar aplastado en el cristal de la ventana cerrada, rodeado de un abanico de chispas. Siguió tosiendo un buen momento, plegado en dos, con las manos crispadas sobre el pecho.

Detrás del mostrador, Moro soltó una carcajada burlona.

—Es lo que prefieres, con diferencia ¿eh? Lo dices por chulear, porque en toda tu vida no has fumado un puro, ni un purito, se ve de lejos. ¡Pues bueno, sigue así si te empeñas en acortarte la vida!

Gobi se incorporó, incapaz de hablar, con la respiración afanosa, mocos en el bigote y los ojos más llorosos que nunca. Se instaló en una silla frente a mí, indiferente a las pullas de Moro. Cuando por fin se hubo calmado la tos, se secó las lágrimas y los mocos con la palma de la mano, que luego se limpió en el pantalón.

Le ofrecí otro Mecarillos.

Rehusó sacudiendo enérgicamente la cabeza al tiempo que agitaba las manos ante mí.

Moro seguía riendo.

—¡Es lo que prefieres, con diferencia, dale pues!

Poco a poco, Gobi recobró el aliento.

—¿Cómo haces para encajar esta granada en el pecho? —me preguntó con asombro.

—¡Es que tengo un pecho blindado! —contesté en broma.

—¡Pues es verdad!

Como había apurado la botella, pedí otra. Gobi aprovechó para darme el sablazo.

—¿Me invitas a una copa de vino, jefe? Es para...

—¡Te he dicho que no me llames jefe! —lo interrumpí.

—Una copa de vino, para quitarme este frío asesino —prosiguió con una breve carcajada—. Un frío realmente asesino. ¡Seguro que ha sido él el que ha matado a la Guapa Señora!

—¿Quién es la Guapa Señora?

—La vieja que han encontrado muerta en el patio esta mañana. Claro que tú no debías de conocerla. Ningún cliente del bar la conocía, aunque vivía aquí, en el Brisa de Mar. Su verdadero nombre es Ramata Kaba. Si me invitas a una copa de vino, jefe..., te cuento su historia, que es muy interesante, además.

Aun cuando no tuviera especiales ganas de escuchar los chismes de un borrachín, debo reconocer que no pedía un precio alto por su historia, una copa de vino tan sólo. Por otra parte, por qué no confesarlo, esa anciana que llevaba una cadena de oro de valor en el cuello me intrigaba. Quería conocer más sobre ella, saber por qué enrevesado y extraño camino su existencia había concluido de forma tan miserable aquí. Parecía evidente que no era una vagabunda, pues no presentaba los estigmas habituales: la larga cabellera se veía bien cuidada, la blusa y el pareo estaba muy limpios y no tenía agrietados los talones de los pies. Y sobre todo, ninguna vagabunda lleva una joya de oro.

Pero ¿qué podía contarme de interesante Gobi, un viejo parroquiano de bar que se pasaba el día entero vaciando restos de botellas, mendigando una copa de vino a unos y a otros y, al llegar la noche, completamente borracho, se dormía en uno de los asientos del Brisa de Mar cuando cerraban? ¿Acaso me iba a matar de aburrimiento con un relato insípido, sin pies ni cabeza, de lo cual francamente no tendría motivos para quejarme, ya que no me habría costado nada: una copa de vino y nada más? Me sorprendí a mí mismo ofreciéndole más de lo que pedía.

—Toma una botella.

—¿Una botella entera? —inquirió con incredulidad.

Cuando asentí con la cabeza, Gobi se levantó y, tras apartar la silla con la pierna, llamó con afectación al camarero.

—¡Eh, Moro! ¡Tráeme enseguida una botella de vino, marca Valpierre!

Moro, que había salido de detrás del mostrador, llegaba con mi Gazelle en la mano.

—¿Cómo, una botella de Valpierre para ti? ¿Y con qué la vas a pagar? ¿Con tus dientes destrozados?

Gobi, que se había sentado, aguardó hasta que Moro hubo depositado la botella de cerveza en la mesa frente a mí antes de responder.

—¡No todo el mundo es tan tacaño como tú, pobrecillo! Gracias a Dios, en la Tierra hay personas generosas, que no dejan nunca a su prójimo en la estacada. Venga, rápido, una botella de sangre de león para mí, es el jefe el que paga. Y no olvides la copa.

—¿Es verdad lo que dice? —preguntó el camarero, mirándome.

—Pero ¿por quién me tomas, Moro? —replicó, colérico, Gobi—. ¿Te atreves a poner en duda mi palabra? ¡Maleducado, eso es lo que eres!

—¿No tengo derecho a informarme o qué? —contestó el camarero—. ¡Y no me vuelvas a llamar maleducado!

—Es verdad lo que dice, pago yo —anuncié para restablecer la paz.

—¡Pues ahora ya estás informado! —espetó Gobi—. Mira que eres maleducado...

—Te he dicho que no me llames maleducado —protestó, con indignación, Moro.

—Te digo y te repito diecinueve mil novecientas noventa y nueve veces que eres un mocoso maleducado. ¿Y ahora qué, eh?

—¡Y yo te respondo otras tantas que yo no he comido el arroz de tu padre! —replicó el otro en el mismo tono.

—¡Yo no he comido el arroz de tu padre! —repitió Gobi—. Insultos que dejan ver bien clara tu falta de educación y de cultura. Si no tuviera ganas de conversar con el jefe, te habría partido la cara, pero no pierdes nada con esperar. Hala, tráeme rápido el Valpierre, so maleducado.

—¡Bueno, la pelea ha terminado! —intervine para calmar los ánimos—. Moro, trae el vino, y tú, Gobi, para de llamarlo «maleducado».

Por suerte, logré mi propósito.

El camarero se tragó la bala que estaba a punto de tirar contra el parroquiano.

Regresó a la barra y volvió con una botella de Valpierre y con una copa que dejó en la mesa, delante de Gobi.

—¡El mono tiene cerillas, así que toda la sabana va a arder hoy! —exclamó mientras descorchaba el Valpierre.

—Ya puedes decir lo que quieras, Moro, todo lo que te venga en gana —declaró Gobi, apoderándose de la botella—. Tu mala lengua no conseguirá hacer mella, no podrás estropearme el placer. En realidad, eres tan malo y tienes tan poco corazón que la felicidad de tu prójimo te produce pena. ¡Di lo que quieras, que a mí me da igual!

Tras llenarse la copa hasta el borde, la levantó con mano trémula, derramando el vino sobre sus dedos y el mantel de hule que cubría la mesa. Luego la hizo chocar con violencia contra mi botella de cerveza, con lo que incrementó aún más los estragos.

—¡Ya está, ya arde la sabana! —anunció Moro.

Gobi no respondió nada. Se tomó la copa de un trago y, mientras el camarero se alejaba hacia la barra, la volvió a llenar.

—¡Sólo faltan los cigarrillos! —se lamentó, sin mirarme.

—Dile a Moro que te dé un paquete.

Pidió un paquete de Dunhill, que el camarero le llevó advirtiéndome de que aquello era un gran desperdicio, porque de nada servía regalar plátanos a los burros.

Fingiendo no haberlo oído, Gobi retiró el envoltorio de celofán del paquete con la uña del pulgar, lo abrió, cogió un cigarrillo, se lo colocó en la comisura de los labios y me pidió que se lo encendiera con un gesto.

Le di fuego con el encendedor.

Aspiró con fruición el cigarrillo, inhalando una copiosa calada de humo, que expulsó despacio por la nariz. Luego volvió a darle dos chupadas antes de coger la copa y, tras una profunda inspiración, con los párpados entornados, inició su narración.

# UN SIMPLE PORTERO

A punto de concluir su trayectoria antes de hundirse en el mar, el sol hacía fulgurar con sus oblicuos rayos el gran reloj de números romanos, situado en lo alto de la fachada de arquitectura saheliana de la Maternidad del hospital Aristide-Le Dantec. Eran las 17.30, aunque se habría podido creer que era más temprano, a causa del tórrido calor reinante en aquella segunda mitad del mes de junio.

Una multitud impaciente se concentraba ante la puerta a la espera de la hora de visita. Cuando entraba o salía una ambulancia u otro vehículo, la gente se apartaba con reticencia, protestando entre los insistentes bocinazos de exasperación del conductor y las reprimendas de Ngor Ndong, el portero, muy seguro e inflexible en su papel, para enseguida volver a avanzar tan pronto se había ido.

En la primera fila, una anciana con un hatillo bajo el brazo imploraba, llorosa, al portero.

—¡Buen hombre, tú también, ayúdame, déjame entrar! Desde la primera luz del día he salido de Golam para ver a mi nieta, que trajeron aquí anoche, y no sé nada de ella, no sé qué le ha pasado. Por el amor de Dios, déjame entrar, ayúdame, buen hombre.

—Yo conozco Golam, y no está lejos, queda del lado de Sangalcam —respondió Ngor Ndong—. Si, tal como dices, te has ido de Golam al amanecer, ya deberías haber llegado aquí a primera hora de la mañana. ¿Por qué no has entrado, entonces, cuando han abierto de siete a ocho, y después, de una a dos, para las visitas?

—¡Eh, para de agobiarnos con tus preguntas! —replicó en lugar de la vieja una mujer mucho más joven que estaba a su lado y que iba peinada con unas trenzas adornadas con perlas multicolores—. De nada sirve querer ablandarte, porque tú no eres un buen hombre. Un hombre malo es lo que eres, malísimo —

espetó con vehemencia, cambiando de mano la sopera que sostenía, envuelta en un pañuelo de tela de Lagos—. Sí, eres un hombre malo, te lo digo bien claro, y no me mires con esa cara de enfado, porque no me das miedo, y como veo que no te gusta nada, te lo voy a repetir, no eres un buen hombre, eres un hombre muy malo. En todo el hospital, han empezado las visitas, y tú te niegas a abrir. ¿Y a santo de qué, eh? ¡Menos mal que el día de la Resurrección no estarás tú de portero del Paraíso, porque si no, no entraría nadie!

—¡Pues en eso te equivocas, preciosa joven de bonitas trenzas! —contestó con tono burlón Ngor Ndong, sin manifestar la menor perturbación por la diatriba de la mujer—. El día de la Resurrección, yo seré el portero del Paraíso. Cuando mires a la izquierda, verás a un apuesto hombre vestido de blanco con un turbante negro en la cabeza, y seré yo. Pero tanto allá como aquí no se puede entrar sin autorización.

La joven le lanzó una mirada aviesa de soslayo.

—Fíjate, si estuviera embarazada, ¿sabes a quién habría dado a luz? A ti.

—Y habrías tenido un niño bien guapo, tan guapo como yo —repuso el portero con una gran carcajada—. Aunque, claro, habrías tenido muchos problemas con tu marido, porque ¿cómo le ibas a explicar ese parecido, no con él, sino conmigo? A ver, responde, preciosa mujer de bonitas trenzas.

—Déjame en paz, no pienso responder nada de nada —replicó, irritada, la mujer.

Pese al nerviosismo ocasionado por la larga espera, el ambiente se distendió y entre los congregados brotaron risas.

Durante los casi cinco años que llevaba empleado como portero de la Maternidad del hospital Le Dantec, Ngor Ndong a menudo había oído invectivas más violentas que las de la joven, sin abandonar nunca su buen humor ni la capacidad para la réplica pronta e ingeniosa. Desde Año Nuevo hasta el 31 de diciembre, acudía siempre puntual a su puesto. Su trabajo era la piedra angular de su universo. Según su manera de ver, no era un trabajo pesado ni complicado. Se trataba sólo de impedir el acceso a la Maternidad a toda persona ajena a ésta fuera de las horas de visita. Así de simple. Él lo hacía a conciencia y nunca había cometido ni un fallo. La tentación era fuerte, sin embargo. A lo largo de la jornada, eran muchas las visitas importantes o acuciadas por la prisa que intentaban saludarlo a la senegalesa. Ngor Ndong rehusaba siempre el billete plegado que trataban de depositarle con disimulo en la mano. Durante un breve momento, la persona permanecía desconcertada, avergonzada como un niño

sorprendido en plena diablura, asombrada más que nada de ver que un simple portero no actuaba como los demás, que se negaba a dejarse sobornar, renunciando a recibir dinero en aquellos tiempos difíciles.

Un día, hace poco más de dos años, el propio ministro de Sanidad se había presentado en persona a eso de las diez para visitar a su hermana, que había dado a luz la noche anterior.

Ngor Ndong se había negado a abrir la puerta.

—Si fueras el ministro de Sanidad, el profesor Gomis me habría avisado de tu visita —había declarado—. Tú no eres el ministro de Sanidad. Si no tienes un pase, dile a tu chófer que deje la vía libre, y si tienes un pase, enséñamelo. A ver, ¿dónde está el pase?

Poco faltó para que el representante del Gobierno se asfixiara de rabia, pero logró dominarse. Sin responder, había vuelto a introducir la cabeza que había sacado por la ventanilla para dar a conocer su identidad cuando se había detenido el chófer, y se había arrellanado, ceñudo, en el asiento de atrás.

Su chófer, en cambio, no se había conformado tan deprisa y se había bajado del coche.

—Eh tú, portero —había increpado con brusquedad a Ngor Ndong—, te hablo a ti, sí, ¿estás borracho o estás loco, o qué? ¿No has visto que es un vehículo oficial? ¿Te atreves a impedir entrar en la Maternidad al ministro de Sanidad? Pero ¿quién te has creído que eres?

—Tranquilo, pariente chófer, tranquilo —había contestado sin arredrarse Ngor Ndong—. Yo sólo me creo que soy el portero, que lo soy. Ya he visto que es un coche oficial, pero eso no demuestra que él sea el ministro de Sanidad. No estoy loco ni borracho. He recibido órdenes de mi jefe, el profesor Gomis: no dejar entrar a nadie fuera de las horas de visita. Nada prueba que él sea el ministro de Sanidad. Pariente chófer, vuelve a ponerte al volante y deja libre el paso, porque si viene otro vehículo, vas a estorbar.

De no haber mediado la intervención del ministro, que también se había bajado y lo había instado a desistir tirándolo del brazo, el conductor se habría peleado con Ngor Ndong.

Un interno que volvía del laboratorio y había presenciado la escena, había ido a avisar al profesor Armando Gomis, médico jefe de la Maternidad. Este había llegado a toda prisa y se había deshecho en serviles excusas ante el ministro. Era un hombre de estatura mediana, rechoncho y enérgico, que había engordado desde que ganó las oposiciones el mismo año en que Ngor Ndong

empezó a trabajar en la Maternidad, de tez negra oscura y cabeza afectada por una severa calvicie. Tras prodigar toda clase de cumplidos al ministro, se había vuelto hacia el portero y lo había reprendido con aspereza sin escatimar insultos.

—¡Estás despedido! —había acabado decretando con tono tajante.

Ngor Ndong había sostenido sin inmutarse la furibunda mirada del médico.

—De acuerdo, patrón —declaró calmadamente—, lo acepto. Sin embargo, fuiste tú, patrón, el que me ordenaste que no dejara entrar a nadie fuera...

—¡No es verdad, yo nunca te he ordenado nada, imbécil, más que imbécil! —se había apresurado a atajarlo el profesor Gomis, agitando el brazo en dirección a él—. Estás despedido, te digo. ¡Coge tus cosas y lárgate de aquí!

El ministro se había opuesto a tan extrema medida. Si bien había quedado bastante horripilado por la negativa del portero, en su condición de persona honesta, había considerado que pese a lo afirmado por el profesor, el portero no había hecho más que seguir las instrucciones recibidas y, por consiguiente, reconocía que era un trabajador concienzudo y disciplinado, que había cumplido con su deber y que si, del empleado más modesto al cargo más elevado, todo el mundo fuera y obrara como él, el país funcionaría mucho mejor. Después de preguntarle su nombre, le había estrechado calurosamente la mano, diciendo que había actuado muy bien y que merecía ser felicitado. Y así lo había hecho él de manera oficial ese mismo día mediante una carta dirigida a Ngor Ndong por vía jerárquica.

El reloj de la pared marcaba las 17.45.

El grupo de alumnas de tercero, aspirantes a comadronas, había terminado su turno de guardia en la sala de partos. Pronto aparecerían por el largo pasillo, apresuradas igual que todos los sábados por la tarde, con ganas de llegar a su dormitorio —un edificio de cuatro pisos construido delante de la Maternidad—, cambiarse y volver a casa para pasar el fin de semana en familia.

Ahí llegaban, con sus batas rosa, charlando en voz alta y riendo a carcajadas.

En el mismo momento, en la multitud se produjo un movimiento de reflujo para dejar pasar un lujoso Mercedes Cabriolet de color rojo. La joven que lo conducía se detuvo ante la puerta y sacó la cabeza, de impecable peinado, por la ventanilla para dirigirse a Ngor Ndong.

—Portero, abre, quiero ver al profesor Gomis.

Ngor Ndong reconoció a la señora Samb. Iba allí bastante a menudo, a veces a horas intempestivas. En cada visita, el profesor lo avisaba para que la dejara entrar. Aquella vez no lo había hecho, aunque quizá tuviera un pase.

—¿Tienes un pase, señora?

—¿Qué pase?

—Un pase firmado por el profesor Gomis.

—No tengo ningún pase que darte. ¿Es que no me has oído? Te digo que quiero ver al profesor Gomis, te digo que abras la puerta y ¿te atreves a pedirme un no sé qué? ¿Sabes quién soy?

—La mujer de alguien importante, sin duda, pero se necesita un pase para ver al profesor Gomis.

—¡Soy la esposa del fiscal general del Estado! ¡Ábreme, te digo! —había reclamado casi a gritos la joven, irritada por la burlona obstinación del portero.

—Sin el pase o lo que tú llamas un no sé qué, no vas a entrar, señora —reiteró Ngor Ndong, que le volvió la espalda.

Abrió la estrecha puerta para peatones y, sosteniendo el pestillo con una mano, se pegó a la pared para dejar pasar a las estudiantes de la escuela de comadronas y respondió a los saludos y habituales bromas que le dirigieron al salir.

La esposa del fiscal general paró el motor del vehículo y puso un pie en tierra. Pese a la cólera que le ensombrecía el rostro, era muy hermosa. Su atuendo cuadraba a la perfección con el Mercedes. La americana y la falda del mismo color del coche, la camisa de satén, los zapatos de finos tacones altos y el bolso de bandolera, negros, de piel de cocodrilo, eran indicativos de gran prosperidad, de clase alta.

Se encorvó y, tras quitarse un zapato, se enderezó con rapidez.

—¿Vas a abrir tal como te digo? —gritó.

Todavía con el pestillo en la mano, Ngor Ndong se volvió sin prevención alguna. No intuyó el golpe descargado con violencia. El tacón revestido de metal del zapato le hizo un corte en el arco de las cejas; la sangre brotó y le inundó la cara y el cuello de la bata azul. Soltó el pestillo y agarró la muñeca de la joven, justo cuando se disponía a asestarle un segundo golpe. Con una torsión, la obligó a soltar el zapato. Como ella trató de arañarle la cara con la mano libre, la cogió por la otra muñeca. Mientras se debatía cual gato encerrado en un saco, profiriendo amenazas y escandalosas groserías, la empujó sin miramientos hasta que la puso contra el capó de su vehículo y entonces la soltó.

—Si no fueras una mujer, te habría hecho lamentar para siempre tu gesto, para que nunca más descargaras la mano contra alguien, ni siquiera contra tu hijo —le espetó con tono contenido.

Completamente fuera de sí, ella escupió una vulgar injuria relativa al sexo de la madre de Ngor Ndong, a la que siguió una amenaza.

—Eres tú quien vas a lamentar para siempre haberme puesto una mano encima. ¡Ya verás!

Se deshizo del zapato que aún llevaba y que la hacía vacilar y lo lanzó contra el portero, pero erró el tiro.

—¡Vas a dar con tus huesos en la cárcel, ya verás! —amonestó.

Sin preocuparse por los zapatos perdidos en medio de la gente, se subió descalza al Mercedes, con el pelo alborotado y la ropa en desorden. Se alejó a toda velocidad, marcha atrás, entre los comentarios y los abucheos de la multitud, conmocionada todavía por el asombro. Por poco no atropello a la anciana venida de Golam con su hatillo, que se salvó gracias a un ágil salto, sorprendente en una persona de su edad.

Alguien afirmó que era una loca rematada, otros le dieron la razón, y todos, al ver la puerta libre y a Ngor Ndong ocupado con su herida, entraron en la Maternidad.

Con un pañuelo enrollado aplicado a la ceja herida y la cara y la bata ensangrentadas, Ngor Ndong entró en la sala de vendajes del pabellón Avicenne en el momento en que Paul Djibalène, el enfermero de guardia, acababa de incorporarse al turno de noche y terminaba de ponerse la bata blanca.

—¡Mi cautivo! ¿Qué te ha pasado? —preguntó con inquietud cuando se volvió junto al armario y vio a Ngor Ndong.

El portero, serere, y el enfermero, diola, descendían según la leyenda de unas hermanas gemelas, Akine y Diambogne, lo que los convertía en primos que compartían sin cesar bromas, proclamándose cada cual por su lado amo del otro. Esa tarde, sin embargo, Ngor Ndong no estaba de humor festivo. A punto de estallar de rabia, en aquel momento se arrepentía de no haberle dado su merecido a aquella mujer.

—¿Qué te ha pasado, esclavo mío? —repitió Djibalène—. ¿Has tenido un accidente?

Ngor Ndong negó con la cabeza y guardó silencio un instante.

—No, ha sido una mujer que me ha pegado —contestó por fin con renuencia.

Se encontraba en el centro de la habitación, con el pañuelo todavía pegado a la ceja. Djibalène se acercó y lo retiró para observar la herida. Como la sangre comenzó a manar de nuevo, volvió a taparla con la tela y señaló la camilla.

—Acuéstate. ¿Y quién dices que te ha herido así?

—Una mujer —respondió Ngor Ndong, acostándose.

—¿Una mujer? ¿Cómo puede ser, una mujer? ¿Y por qué?

—Quería ver al profesor Gomis, yo le he preguntado si tenía una autorización y le he dicho que si no, no entraba. Se ha bajado del coche y ha aprovechado que abría la puerta a las alumnas comadronas para golpearme con su zapato.

—¡No es posible! ¿Así, sin más, te ha golpeado con el zapato? Pero ¿debéis de haberos peleado, tú debes de haberle dicho alguna ordinariez?

—Ni siquiera. Ha sucedido, de verdad, tal como te he dicho.

—¡Qué barbaridad! ¡Vaya mal educada! ¿Por lo menos le habrás arreado una buena, no?

—No, no le he pegado.

—Pero ¿por qué, mi cautivo, por qué?

—Es de lo que me arrepiento ahora.

Djibalène abrió el armario y sacó una bandeja, una palangana, un rollo de esparadrapo y un frasco de antiséptico, que depositó en una mesa, más pequeña que la otra en la que se había acostado Ngor Ndong y, después, en un rincón, extrajo de la estufa esterilizadora las cajas de instrumental y compresas. Tras situarlas junto a la bandeja, las abrió, y una vez se hubo limpiado las manos con alcohol, le hizo una infiltración de Novocaína, tomó una compresa con ayuda de una pinza, la impregnó de líquido antiséptico y comenzó a limpiar la herida.

—¡Has tenido suerte! —comentó, tirando la compresa enrojecida de sangre en la palangana para coger otra—. Si te hubiera dado dos centímetros más abajo, esa mujer te habría reventado el ojo. Es una auténtica loca. Pero ¿quién es? ¿La conoces?

—Se llama señora Samb y dice que es la esposa del fiscal general —repuso Ngor Ndong.

—¿Y qué? —contestó Djibalène con tono indignado—. Como si quiere ser la esposa del presidente del Tribunal Supremo o incluso de la República, eso no le da derecho a agredir así a la gente. La herida es profunda y habrá que poner cinco o seis grapas. Pero tú, esclavo mío, ¿por qué no le has partido la cara? Si me hubiera hecho esto a mí, por más mujer del fiscal que sea, le habría dado una buena tunda. Pero ¿por qué no le has pegado?

Ngor Ndong no respondió.

—¿Sabes una cosa, mi cautivo? —prosiguió, con son de burla, Djibalène—. No tienes cabeza. ¡Mira que dejarte herir de esta manera, por una mujer, sin

reaccionar! ¡Eso no es normal! ¿De verdad se te levanta?

Ngor Ndong persistió en su silencio. No estaba de humor para bromas.

Media hora después, de regreso a la Maternidad con una gran venda de esparadrapo encima de la ceja, Ngor Ndong encontró la puerta abierta de par en par. Por primera vez, había cometido una falta profesional: se había ausentado de su puesto sin autorización y las visitas habían entrado unos quince minutos antes de la hora. Si el profesor Gomis llegaba a enterarse, se exponía a una reprimenda o incluso se vería obligado a darle una explicación. En tal caso, tendría motivos de peso para justificar su ausencia. Aunque no se sabe nunca, también era posible que el profesor no tuviera en cuenta esas razones y decidiera sancionarlo, como era una persona intransigente, lo mejor era que no se enterase del incidente.

Ngor Ndong cerró una de las hojas de la puerta y después entró en su habitación, situada en la entrada, un cuchitril donde apenas cabían la cama de hospital y la mesita metálica desechadas, con su pintura blanca desconchada. Se quitó la bata manchada de sangre, la enrolló y la dejó en la cama para sustituirla por otra que había colgada de un clavo sujeto a la puerta. Ahora que se había aplacado su ira, daba gracias al buen Dios por haberle permitido mantener el control. Si hubiera devuelto el ataque, seguramente habría herido de gravedad a la mujer y ahora se vería en un aprieto, porque fuera cual fuese el daño sufrido, nadie tenía derecho a tomarse la justicia por su mano. Aquella mujer era un ser satánico, de los que impulsan a cometer un acto que parece totalmente justificado e irreprochable, pero del que uno se arrepiente enseguida, por las nefastas, imprevisibles y duraderas consecuencias que acarrea.

Había obrado bien manteniendo el dominio de sí. Si no estaba satisfecho, no tenía más que presentar una denuncia, por lesión voluntaria, acompañada de un certificado médico, tal como le había aconsejado Djibalène. Aquella idea le hizo sonreír un breve instante. ¡Poner una denuncia! ¿Cuando la mujer había proclamado que era la esposa del fiscal general, un pez gordo de la Justicia? Nadie lo escucharía siquiera. La denuncia acabaría en la papelera y, para colmo, podría buscarse complicaciones eirá parar a la cárcel, tal como había predicho ella en su última amenaza, por haber tenido la osadía de denunciarla. En este país existe de todo, excepto igualdad ante la ley. Nunca le darían la razón, así que no merecía la pena pensar en una denuncia.

—La dejo a cargo del buen Dios —declaró con resignación en voz alta—. ¡Un día encontrará al hijo de la hermana de su padre que la pondrá en el buen

camino!

Ngor Ndong volvió a salir del cuchitril para ir a sentarse en el taburete, en la garita instalada al lado de la puerta.

El día se acababa, el sol se había puesto ya, pero todavía había luz. La sombra de los ceibos plantados junto a la avenida que desembocaba en la puerta de entrada del hospital, con el ramaje recubierto de compactos racimos de flores escarlata salpicadas de blanco en el centro, se alargaba de forma desmesurada en medio del naciente crepúsculo teñido de malva. El cielo, tapizado de oscuros nubarrones por el este, anunciaba la proximidad de la temporada de lluvias.

A Ngor Ndong le dolía la cabeza. Tenía la impresión de que le estaban descargando mazazos en la coronilla. Bajo la venda, sentía además un intenso ardor, como si le hubieran aplicado una brasa ardiente. Comenzaba a disiparse el efecto del anestésico local que le había administrado Djibalène antes de ponerle las grapas y, aparte del propio dolor de la herida, notaba la dentellada de los pequeños ganchos de hierro clavados en la carne. Tendría que subir a la sala de guardia a pedir un calmante a una de las comadronas. Cuando se levantaba para marcharse vio el dragón negro[2] que llegaba. ¿Qué vendrían a buscar los policías en la Maternidad? Normalmente, cuando iban al hospital, era para trasladar a Urgencias a algún individuo que había salido malparado de un interrogatorio abusivo. Quizá la esposa de uno de ellos había dado a luz allí...

Ngor Ndong todavía se interrogaba al respecto cuando el dragón negro se detuvo a su lado. De él bajaron siete policías, seis en atuendo de combate y otro, el jefe, en sahariana caqui, mientras que otro se quedó esperando frente al volante.

—¿Eres tú el portero de la Maternidad? —preguntó el jefe.

Ngor Ndong pensó enseguida en la amenaza de la mujer. Pero ¡no, no podía ser eso! ¡No se podía provocar a alguien, herirlo y después encarcelarlo, por más que uno fuera la mujer del fiscal general!

—Sí, soy yo el portero de la Maternidad —confirmó con un asomo de inquietud en la voz.

Los policías lo rodearon al instante.

—¡Venga! Acompáñanos sin causar problemas —lo conminó el jefe.

—¿Acompañaros, para qué? ¿Qué he hecho yo? —inquirió, sorprendido, Ngor Ndong.

—Si no sabes lo que has hecho, lo sabrás en comisaría. Para empezar,

¿dónde están los zapatos que le has confiscado a la señora?

—¿Qué zapatos que le he confiscado a la señora? ¿Yo? ¿Y de qué señora habla?

Uno de los policías, vestido de manera impecable, con las botas relucientes de betún, ancho de hombros, pero patizambo, decidió intervenir.

—Jefe, este tipo habla demasiado. Nadie le pide que nos cuente la boda de sus padres. Lo único que tiene que hacer es acompañarnos, y ya está.

Ngor Ndong se volvió hacia el policía de lustrosas botas y le clavó una mirada tan fija que sus ojos parecían de porcelana, mientras lo apuntada con el índice.

—¡Eh, tú! La boda de mis padres es demasiado grande para tu lengua —espetó con voz calmada—. No tienes ningún derecho a insultarme. Sabes muy bien que si estuviéramos solos los dos, ni se te ocurriría insultarme.

Con ademán brutal, el policía apartó el dedo tendido hacia él y agarró a Ngor Ndong por el cuello de la bata.

—¡¿Ah sí?! ¿Te permites amenazarme, imbécil?

Luego trató de arrastrarlo hacia el dragón negro.

Pese a las apariencias, Ngor Ndong no era la clase de persona que se dejaba arrastrar así como así. Su constitución huesuda engañaba a mucha gente. Dos años antes de su llegada a Dakar, había vencido a todos los luchadores de su región con ocasión de un torneo y había ganado, para sorpresa general, la copa, el caballo y la suma de cien mil francos que había en juego.

Ngor Ndong no se movió ni un centímetro, pese a los considerables esfuerzos del policía, que acabaron por desgarrar la bata. Al quedarse de repente sin asidero, con un trozo de tela entre las manos, el hombre se vio proyectado hacia atrás, víctima de su mismo impulso. Tropezó y, aunque trató de recobrar el equilibrio, no logró evitar caer de espaldas, con las botas al aire. Aún no se había levantado cuando el jefe sacó un silbato del bolsillo.

Todo ocurrió muy deprisa. Al primer silbido, los policías atacaron a la vez. Con una pierna adelantada, la cabeza hundida entre los hombros y los puños cerrados, Ngor Ndong intentó defenderse. Las fuerzas distaban de estar igualadas, sin embargo. Bajo las patadas y los puñetazos que llovían de todas partes, por delante, por detrás, a derecha y a izquierda, no tardó en caer a tierra, vapuleado. Los policías se ensañaron con él hasta que quedó inmóvil e inconsciente. Entonces lo volvieron boca abajo, lo esposaron y lo arrastraron, raspando el suelo con los pies, hasta el dragón negro, a cuyo interior lo arrojaron

como un saco de paja de cacahuetes.

En el momento en que el vehículo negro se ponía en marcha comenzó a caer una lluvia menuda, la primera del año.

Los diversos visitantes que, al entrar o salir de la Maternidad, se habían detenido para asistir a la paliza sin intervenir, se enzarzaron en una viva discusión, aderezada de toda clase de comentarios. Como no habían sido testigos del inicio del altercado, empezaban ya a proponer diferentes versiones. Alguien afirmó que el portero, persona especialmente irascible, había impedido el paso a los policías y había llegado incluso a injuriar a su jefe. Otro apuntó que se había producido una pelea con una mujer. Un policía, que se encontraba presente, después de haber tratado en vano de calmarlos, había decidido llevarlos a comisaría a ambos. La mujer había aceptado, pero el portero se había negado, había llegado a las manos con el policía y le había arrancado tres botones del uniforme. El agente, muy enfadado, se había ido acompañado de la mujer a comisaría y había vuelto al cabo de un rato con el refuerzo de diez compañeros a bordo del furgón. El portero, inflexible, había persistido en su negativa y había querido pelearse con todos los policías que, como era lógico, habían podido con él. Otro individuo opinó que, de todas maneras, los policías no tenían derecho a propinar a un ser humano una paliza tan salvaje como la que acababan de presenciar.

La lluvia se intensificó, la gente se dispersó y, de pronto, la dorada luz del crepúsculo cedió paso a la profunda oscuridad de la noche.

En el momento en que Matar Samb salía del cuarto de baño, el teléfono comenzó a sonar en el dormitorio. Apuró el paso para dirigirse al aparato, posado en la cama dispuesta directamente en el suelo, atándose el cinturón del batín de blanco algodón inmaculado, y descolgó al cuarto timbrazo.

—El fiscal general al habla —anunció.

—¡Hola, jurista!

Matar Samb reconoció la voz del profesor Armando Gomis, su amigo de infancia desde la escuela primaria Kléber. Desde entonces no se habían separado, ya que habían ido juntos al instituto Van y después a la universidad.

—¿Cómo estás, Armando? ¡No te vimos anoche en el club!

—Estaba corrigiendo la tesis de uno de mis alumnos. Por eso estoy todavía en el despacho. Oye, jurista, hay un problema muy grave: mi portero, al que Ramata...

—¡Ah! —lo interrumpió Matar Samb—. ¿Estás enterado? ¿Sabes lo que le

hizo ese rinoceronte a Ramata?

—¿Qué es lo que le hizo ese rinoceronte, como dices tú, a Ramata?

—Pues bien, Armando, llevaba varios días sintiéndose mal y cuando te viene a ver, el idiota de tu portero no sólo se niega a dejarla entrar sino que se permite incomodarla. La ha empujado con tal brutalidad que se ha caído delante de todo el mundo y ha perdido los zapatos, que él le ha confiscado.

—¡Pamplinas, jurista, las cosas no han sucedido así ni mucho menos!

Matar Samb encajó el auricular entre el hombro y la mejilla, y tras tomar el encendedor y el paquete de cigarrillos de encima de la cama, se colocó un cigarrillo en la comisura de los labios y lo encendió.

—¡Que sí, Armando! —exclamó enérgicamente al tiempo que expulsaba el humo por la nariz. Tras dejar el paquete y el encendedor en la cama, volvió a coger el auricular antes de proseguir—: Es exactamente lo que ha pasado. La misma Ramata me lo ha dicho.

—Te ha mentido.

El médico pasó a referirle los hechos verídicos.

—Armando, ¿qué significa esto? —inquirió con indignación Matar Samb cuando su amigo hubo terminado—. ¿Cómo es posible que tu portero se permita negarle la entrada a la Maternidad a Ramata? Vaya descarado, ese portero tuyo.

—Es el reglamento, nadie entra sin autorización fuera de las horas de visita. Ramata no tenía más que llamarme antes de venir y yo habría avisado al portero. ¡Así de simple!

Matar Samb sacudió negativamente la cabeza como si tuviera al médico delante.

—Pero el reglamento no le autoriza a agredir a mi mujer y, además, a quedarse con sus zapatos. Lo voy a meter en chirona, para que escarmiente.

—Jurista, mi pobre portero no va a poder escarmentar con nada, porque está muerto.

—¿Muerto, cómo?

—Muerto a manos de los policías que han venido a detenerlo. Ahora voy.

Se cortó la comunicación.

Matar Samb aplastó el cigarrillo apenas consumido en el cenicero de cristal de la mesita de noche y se sentó, aturdido, en la cama. Luego se despegó el auricular del oído, lo miró con aire sorprendido, como si por primera vez viera un objeto tan extraño, lo colgó y después volvió a cogerlo para acabar marcando febrilmente el número de la comisaría del palacio de Justicia. Luego se levantó

de la cama, encendiendo otro cigarrillo.

—Póngame con el comisario Diallo, por favor —solicitó al oír que descolgaban.

—Soy yo mismo —respondió su interlocutor—. ¿Con quién tengo...?

—Diallo —lo atajó sin miramientos Matar Samb—, ¿qué ha ocurrido con el portero de la Maternidad?

—¡Ah, es usted, señor fiscal general! —exclamó el comisario al reconocer la voz—. Precisamente iba a llamarlo para ponerlo al corriente de...

—¡Al grano, Diallo, al grano! —reclamó con impaciencia Matar Samb.

Oyó cómo el comisario carraspeaba y respiraba hondo antes de responder.

—Bueno, pues verá, el portero se ha resistido cuando mis hombres han ido a buscarlo a la Maternidad. Han tenido que ponerle las esposas para poder traerlo. En cuanto se las han quitado en la comisaría, se ha abalanzado como un poseso sobre el primer agente que tenía a mano, lo ha cogido por el cuello y a punto ha estado de estrangularlo. ¡Oiga! ¡Señor fiscal general! ¿Me oye?

—Y después, Diallo, ¿qué ha ocurrido exactamente?

—¡Sí, sí, después! Después ha habido que obligarlo a soltarlo con enorme dificultad, pero sin ninguna clase de brutalidad. Le juro, señor fiscal general, por la salud de mis hijos, que el portero debía de padecer un misterioso mal porque, en cuanto mis hombres han conseguido reducirlo, se ha desplomado vomitando sangre. Parece que la tuberculosis se manifiesta a veces así. Lo han puesto en el vehículo para trasladarlo al hospital, pero ha muerto antes de que el chófer lo pusiera en marcha. En nombre de Dios, por la salud de mis hijos, eso es lo que ha pasado, señor fiscal general. Han llevado el cadáver al depósito del hospital Le Dantec. Ah, se me olvidaba, señor fiscal general, mis hombres han dicho que no han encontrado los zapatos de la señora. Y ahora, querría saber qué vamos a hacer en caso de que haya complicaciones, señor fiscal general.

—¡Estás loco para preguntarme eso, Diallo! —vociferó Matar Samb—. En cualquier caso, óyeme bien, Diallo, yo no te he pedido nada, nada, absolutamente nada, ¿me oyes bien? Nunca he oído hablar de ningún portero, nunca he hablado contigo, no se te ocurra pronunciar mi nombre ni el de mi mujer en relación con este incidente. Yo no tengo nada que ver, ni de lejos ni de cerca. ¿Me has entendido bien, Diallo?

—Sí, lo he entendido. Usted no tiene nada que ver, ni de lejos ni de cerca, señor fiscal general.

—¡No, Diallo, y no bromeo! Si llegaras a pronunciar mi nombre o el de mi

mujer, en la circunstancia que sea, te liquido sin vacilar, por Dios que te mato. No tengo nada más que decir. ¿Me has oído, Diallo?

Matar Samb colgó con violencia sin aguardar la respuesta. A pesar del baño que acababa de tomar y del aire acondicionado, tenía la frente perlada de gruesas gotas de sudor. Volvió a instalarse en la cama, con los codos apoyados en los muslos, la cabeza entre las manos y el cigarrillo sujeto entre los labios.

Volvió a ver a Ramata irrumpiendo en su oficina del tercer piso del palacio de Justicia, donde había pasado el sábado por la tarde en mangas de camisa y la corbata aflojada, trabajando en varios casos. Llegaba llorosa, desencajada, despeinada, con la ropa en desorden. Temblando de aprensión, se había levantado de un salto y tras rodear la ancha mesa, se había precipitado hacia ella.

—¿Qué ocurre? —había gritado—. ¿No le habrá pasado nada a Dieynaba?

Sin responder, ella se había arrojado a sus brazos y con la cabeza apoyada en su hombro, se había puesto a sollozar.

Había hecho un gran esfuerzo por serenarse, pero fue en vano. En su voz era perceptible el desasosiego que lo invadía.

—¿No le ha pasado nada a Dieynaba, al menos? ¡Dime qué pasa, por el amor de Dios!

Ella había sorbido varias veces antes de contestar.

—El portero... de la... Maternidad...

Los sollozos la atenazaron de nuevo, impidiéndole continuar. Él había exhalado un gran suspiro de alivio. Al ver a Ramata en tal estado, había pensado en las desgracias más aciagas, en los accidentes más terribles que hubieran podido acaecerle a su hija Dieynaba. Tranquilizado, la había apartado con suavidad y, cogiéndole la barbilla, le había levantado la cabeza para mirarla directamente a los ojos. Ella paró de llorar y él había sacado un pañuelo del bolsillo del pantalón con el que le había secado las lágrimas que le resbalaban por las mejillas para colocárselo después debajo de la nariz. Entonces ella lo había cogido y se había sonado de manera ruidosa.

—Había ido a ver a Armando a la Maternidad —había explicado con voz entrecortada, conservando el pañuelo en la mano después de haberse enjugado los ojos y la nariz—. El portero se ha negado a dejarme entrar. Me ha humillado delante de todo el mundo. Como no quería que entrase con el Mercedes, lo he aparcado, he bajado y he querido entrar por la puerta, pero él me ha empujado con tal violencia que me he caído al suelo y he tenido que soportar las risotadas de toda la gente que esperaba delante de la puerta. Al caer he perdido los

zapatos, él me los ha confiscado y...

—¿Has venido descalza?

Le había mirado los pies. Una furia ciega se adueñó de él. Trémulo, descontrolado, agitó el puño.

—A ese portero..., le voy a montar a su madre hasta aplastarla —profirió con voz alterada, descompuesto—. ¡Va a vérselas conmigo y me dirá por qué te ha hecho eso!

Rodeó a Ramata por los hombros y la condujo a uno de los sillones del pequeño salón dispuesto en un rincón de la habitación. Una vez sentada ella, volvió a la mesa para llamar por teléfono al comisario Diallo.

Como se encontraba en el subterráneo, Diallo no tardó en llegar jadeando, después de haber subido a toda velocidad las escaleras hasta el tercer piso.

—¡Fíjese, comisario Diallo —lo increpó Matar Samb no bien apareció en la puerta—, lo que se ha atrevido a hacerle el portero de la Maternidad a mi mujer! Para impedir que entrara, la ha empujado y la ha hecho caer delante de todo el mundo. ¿Se hace cargo, comisario?

Todavía sin resuello, Diallo retrocedió un paso y después de volverse hacia Ramata, que se había puesto a sollozar de nuevo, le dirigió una mirada incrédula para manifestar su sorpresa.

—¿Y quién se cree que es el portero ese? ¿Está loco o qué? —exclamó con indignación—. ¿Y de qué Maternidad es portero?

—La Maternidad del hospital Le Dantec —lo había informado él—. Y aún no he acabado de contárselo todo, comisario. Cuando el portero la ha empujado y se ha caído al suelo, mi mujer ha perdido los zapatos y el portero se ha permitido confiscárselos. ¡Eso es el colmo, quitarle los zapatos a mi mujer!

Los sollozos de Ramata arreciaron.

—No llore más, señora —había intentado calmarla Diallo—. Mis hombres me van a traer a ese portero y yo mismo me ocuparé personalmente de él. ¡Séquese las lágrimas!

—Comisario, ¿ha visto lo que ese portero le ha hecho a mi mujer? Es que la gente se cree con derecho a todo en este país. ¡Pues no! Yo no pienso consentirlo. Comisario, para empezar, va a ponerme en la cárcel a ese energúmeno. Después de una semana en chirona, me explicará por qué y a santo de qué se ha permitido maltratar a mi mujer.

—No se preocupe, señor fiscal general —anunció, con tono resuelto, Diallo —. ¡Me ocuparé personalmente de él!

Y ahora, Armando acababa de asegurarle que los hechos no se habían producido tal como los había descrito Ramata y le había dado otra versión. Por consiguiente le había contado mentiras, tal como decía Armando. Intolerable. El engaño era el vicio que más detestaba, y ella lo sabía. Se sublevó al pensarlo. No, no podía ser. Ramata no le mentiría. Ella no era así, nunca le había mentido, era incapaz de tal cosa. Había dos versiones y la única válida era la suya. Seguro que a Armando lo había informado mal su personal que, como siempre, por solidaridad corporativa, había endosado todos los errores a Ramata. ¡Ella no estaba loca, como para comportarse de esa manera y montar un escándalo en público!

El único problema, considerable desde luego, era la muerte del portero. Las explicaciones de Diallo no lo habían convencido para nada. Eran poco consistentes, traídas por los pelos. En eso no cabía duda, los policías habían matado al portero. «¡Me ocuparé personalmente de él!», había asegurado. ¡Sí, sí, se había ocupado muy bien de él! Nunca, jamás de los jamases, había que confiar en un policía, ya fuera un simple agente o un inspector de división. Todos están forjados con el molde de los torturadores y no saben más que pegar y pegar. Y encima pegaban mal. A veces ni siquiera con pegar les bastaba y tenían que aplicar corriente eléctrica a los testículos, encender un paño empapado de gasolina entre dos dedos de los pies o aplastar un cigarrillo encendido en la espalda o en la barriga. Eran incontables las veces en que, en plena audiencia ante el tribunal, los acusados se habían retractado arguyendo que les habían arrancado la confesión mediante tortura y que, para que ésta cesara, habían confesado todo lo que querían sus verdugos. Algunos no dudaban en desnudarse o en descalzarse para mostrar las marcas de golpes o de quemaduras incrustadas en el cuerpo. Cuando les preguntaban por qué no habían denunciado ese maltrato al juez durante los interrogatorios que habían tenido lugar en su oficina, respondían que no lo habían hecho porque, en tal caso, en cuanto los devolvieran a las dependencias de la Policía, habrían tenido que padecer torturas aún peores. ¡Sí, todos eran unos inmundos torturadores, y la prueba era que habían matado al portero! ¿Cómo se podía confiar en un torturador? En buena conciencia, él no tenía nada que reprocharse. Lo único que había pedido al comisario Diallo era que metiera en la cárcel a ese hombre, al que se proponía interrogar al cabo de una semana. No había ordenado que lo pegaran y mucho menos aún que lo mataran.

Lo malo era que, con la muerte del portero, podía estallar un gran escándalo

en el que se verían mezclados su nombre y el de su mujer. Había que impedirlo, evitarlo a toda costa. Si no, aquello supondría un freno para su brillante y meteórica carrera...

Habían transcurrido más de tres cuartos de hora desde que el profesor Armando Gomis anunció que se dirigía allí. Encontró a Matar Samb sentado en la cama, con la cabeza gacha, metida entre las manos y el cigarrillo apagado, pegado a los labios. Absorto en sus reflexiones, no dio señales de advertir su llegada.

—¡Eh, jurista! —lo llamó el médico, que le posó con suavidad la mano en el hombro.

Matar Samb se sobresaltó como si lo hubieran despertado bruscamente de un profundo sueño. Irguiendo la cabeza, miró a un lado y a otro con aire sorprendido, hasta enfocar los ojos desorbitados en el médico, que permanecía frente a él. Entonces se levantó de un salto.

—Armando, ¿crees que la muerte de tu portero va a levantar una polvareda en el hospital? —inquirió a bocajarro.

El profesor Gomis se metió las manos en los bolsillos del pantalón y, dándole la espalda, se encaminó a la ventana. Con la cara pegada al cristal, contempló el cuidado jardín, los árboles podados hacía poco y las lozanas flores, todo iluminado por las potentes farolas bajo la fina lluvia que no había cesado aún.

Ante su mutismo, Matar Samb se acercó a él y reiteró la pregunta.

—Por supuesto que se levantará una polvareda, una polvareda muy grande —confirmo por fin el médico, todavía de espaldas.

—¡Esos imbéciles de policías me han metido en un estercolero hasta el cuello! —se lamentó con desesperación.

El profesor Gomis se volvió de improviso, con los ojos relucientes de cólera.

—¡Ah, no! No acuses a los policías. No son ellos los que te han metido en un estercolero, como tú dices, sino Ramata.

—¿Cómo, Ramata? No digas eso, Armando.

—¿Y por qué no? ¿No ha sido ella la que ha provocado y agredido a ese pobre portero que no hacía más que cumplir con su trabajo? Y tú, tú, en lugar de enviar a esos imbéciles de policías, como los llamas, ¿no podías llamarme para saber qué había pasado exactamente entre él y Ramata? Pero no, tú prefieres enviar, como un cacique, a tus matones, que han asesinado a Ngor Ndong. Los policías son responsables, no cabe duda y, desde luego, no pienso absolverlos, pero Ramata es la principal responsable de todo lo que ha ocurrido. Es ella la

que te ha metido en el embrollo.

—No es verdad, yo no he enviado matones. Yo no tengo matones.

—Sí. ¡Los policías que has enviado son unos matones, unos asesinos!

—¡Yo no les he dicho que mataran al portero, sólo que me lo trajeran para interrogarlo!

—¡Lo que está claro es que tus policías han matado a mi portero y que eres tú quien los ha mandado!

—Pero ¡no para matarlo, sino para interrogarlo!

El diálogo había transcurrido en voz muy alta, a gritos casi. Callaron y siguieron retándose con la mirada, jadeantes como dos contrincantes enfrentados en un pulso.

La tensión era tal que el timbre del teléfono les produjo un sobresalto.

Matar Samb fue hasta la cama y al descolgar oyó la voz de Ramata.

—Padre de Dieynaba, ¿has visto la hora que es? —planteó en son de reproche—. ¡Por lo visto, te has olvidado de nosotras!

Desde que había nacido su hija, ése era el apelativo que usaba Ramata con él. Cayendo en la cuenta de que había olvidado ponerse el reloj de pulsera, tapó el micrófono y efectuó una señal con la cabeza al profesor Gomis.

—¿Qué hora es, Armando? Es Ramata.

—Las ocho y media.

Matar Samb apartó la mano.

—Las ocho y media —repitió—. ¡Que tarde, Dios mío! No había mirado el reloj. Es mejor que cenéis sin mí.

—Ya lo hemos hecho.

—Me había olvidado por completo. ¿Y Dieynaba?

—Está aquí delante, dice que está enfadada contigo. ¿Qué pasa, padre de Dieynaba? Te noto raro.

—No, no pasa nada. Estoy con Armando. Bueno, hasta luego.

Colgó y, sin mirar ni una sola vez al profesor Gomis, volvió a sentarse en la cama.

—¿Dónde está Ramata? —inquirió el médico.

—En el Bilboquet, con Dieynaba, que se tiene que ir mañana de colonias a Rabat. Habían decidido que íbamos a celebrarlo los tres comiendo en un restaurante. Ellas habían salido antes, y yo me disponía a reunirme con ellas cuando he recibido tu llamada.

—¡Pues tratándose de alguien que ha provocado un incidente tan funesto,

aún le queda tiempo para celebraciones!

—Armando, por favor —le rogó Matar Samb con un hilo de voz, contrariado, antes de estallar—. ¡Ya está bien, para de echarme la bronca, caramba, que no es el momento!

—Si no te estoy echando la bronca, jurista, para nada —aseguró, con tono conciliador, el médico—. Es verdad que antes estaba furioso, porque todavía no logro entender el comportamiento de Ramata, que, como en un sistema de vasos comunicantes, influye en el tuyo. No, no, jurista, no me interrumpas, déjame continuar y decir lo que pienso. No es la primera vez que Ramata provoca altercados en un sitio público. El año pasado, en el mercado Kermel, dio una bofetada a un policía que le había indicado que había aparcado mal y que luego tuvo la desgracia de verse expulsado del cuerpo, precisamente por haber reaccionado. Unos meses después, un vigilante del supermercado Filfili, al que había insultado sin motivo, tuvo que quedarse en la cárcel durante cuarenta y cinco días. En ambos casos, obraste a tu antojo, pese a que según tu íntima convicción, tal como decís en vuestro argot, sabías muy bien que Ramata no tenía razón. Hoy, por culpa suya, ha muerto un hombre. ¿Te das cuenta del alboroto que se va a armar el lunes en el hospital, con el sindicato, que, a la más mínima, convoca acciones?

Matar Samb se levantó como un resorte de la cama.

—¡Hay que impedirlo como sea, Armando! —exclamó, y lo agarró por la muñeca—. Si se forma un escándalo en torno a este asunto, mi nombre se verá salpicado, y eso tendrá unas consecuencias nefastas para mi carrera. Ya sabes que el primer presidente del Tribunal Supremo debe solicitar la jubilación a finales de año y que yo soy la persona mejor situada para sustituirlo; es algo seguro, el propio ministro de Estado me lo confirmo. Si saliera a la luz el papel que he desempeñado yo en la muerte de tu portero, no me darían el puesto, y para mí sería inaceptable perderlo. Hay que hacer algo, Armando.

El profesor zafó la muñeca y separó los brazos con ademán de impotencia.

—De acuerdo, jurista, hay que hacer algo, pero ¿qué?

—¡Hay que sofocar el asunto a toda costa, para que no haya ningún escándalo!

—Será difícil y, francamente, no veo que yo pueda hacer algo. El escándalo estallará, tenlo por seguro, a partir del lunes por la mañana. Los sindicalistas van a aprovecharlo y yo no voy a poder hacer nada.

—¡Es verdad! —admitió Matar Samb.

Luego se quedó pensativo un momento.

—¿Está Jackson aquí? —preguntó por fin.

—No sé si ha vuelto.

—¿Estaba de viaje?

—Me lo encontré el mes pasado en el aeropuerto. Se iba de peregrinaje a la Meca con un grupo de unas cincuenta personas y un potentado morabito que sufragaba los gastos del viaje. Buena idea, jurista. Si ha vuelto, Jackson quizá podría hacer algo. ¡Tendría que habérseme ocurrido antes a mí!

El teléfono volvió a sonar antes de que el médico acabara la frase.

Matar Samb descolgó pensando que si era el idiota de Diallo, lo iba a mandar a paseo de inmediato.

—El fiscal general al habla —contestó.

—¡Hola, jovencito!

La estentórea voz de su interlocutor sonó acompañada de una extravagante risa a la que no se acababa de acostumbrar y que siempre le producía escalofríos. Su sorpresa fue tan mayúscula que a punto estuvo de soltar el auricular.

—¡Jackson! Es increíble, justo cuando hablábamos de ti con Armando, llamas. Es verdad lo que dicen: la llamada de Dios es mejor que la llamada del hombre. Tengo una necesidad imperiosa de que me ayudes, Jackson.

—Ya sé, jovencito, con la muerte del portero de la Maternidad del hospital Aristide-Le Dantec, sé que por fuerza necesitas de mi ayuda. ¿Por qué crees que te he llamado?

—¿Dónde estás, Jackson? —preguntó, desencajado, con voz apenas audible, Matar Samb.

—En Thiès. Ahora mismo voy hacia allá.

Matar Samb colgó exhalando un largo y estridente silbido.

—¿Qué ocurre? —inquirió el médico al percibir su desazón—. ¿Qué ha dicho Jackson?

—Dice que ya viene. Las noticias circulan muy deprisa en este país. En Thiès, Jackson estaba ya al corriente de la muerte del portero.

—¿Cómo es posible, en Thiès?

—Sí, en Thiès. Lo que significa que todo el país está enterado de lo sucedido. ¡Ya está, se acabó mi carrera!

Volvió a instalarse en la cama, abatido, con las manos pegadas a la cabeza, al borde de las lágrimas.

—¡Animo, jurista! —aconsejó el profesor Gomis, tirándole del brazo para

obligarlo a levantarse—. ¡Más ánimos, hombre! Nada está perdido aún, todo puede arreglarse, con Jackson. Ahora, vístete y después bajaremos a esperarlo al salón. Si ha dicho que venía, no va a tardar.

Tras propinarle una vigorosa palmada en la espalda para impulsarlo hacia el armario, el médico descendió a la planta baja donde se encontraba el vasto salón equipado con mobiliario de cuero verde. En el bar situado al fondo, se sirvió un combinado de vodka con zumo de naranja y cubitos de hielo y después se arrellanó en uno de los sillones.

Minutos después, Matar Samb bajó también, vestido con un traje de lino azul Matisse. En el bar, colocó la botella de Smirnoff, el envase de zumo de naranja y la cubitera en una bandeja que trasladó a la mesa de sofá, delante del médico. Se sentó a su lado, sin atreverse a mirarlo, para no dejar traslucir que, a pesar de todos sus esfuerzos por aparentar calma, estaba anonadado. Se llenó el vaso hasta la mitad y cuando se disponía a añadir el zumo de naranja, cambió de opinión y acabó añadiéndole vodka hasta el borde. Luego apuró la bebida de un trago, con los ojos cerrados.

El profesor Gomis observaba con asombro sus indecisos gestos.

—¡Te vas a emborrachar, jurista! —le advirtió una vez que hubo abierto los ojos y depositado el vaso en la mesa.

—¡Sí! —admitió Matar Samb—. Tengo ganas de emborracharme, como una cuba.

Con mano trémula, volvió a llenar el vaso de vodka y tomó un buen sorbo antes de proseguir.

—Armando, el asunto es muy grave. ¿Crees que Jackson podrá taparlo?

—¡Claro! Él sí, él puede solucionar toda clase de problemas, por más graves que sean, ya lo conoces.

—¡Lo dices para tranquilizarme!

—Que no, jurista. Siempre le has oído decir que en este país todo se puede arreglar, hasta la muerte de un hombre, y él conoce bien el país.

En aquel momento, Ramata y Dieynaba entraron en el salón.

Matar Samb, que ya estaba ebrio, abandonó la tercera copa casi vacía y se incorporó para ofrecer la mejilla a su hija, que se inclinó para besarlo después de haber saludado al médico: «¡Buenas noches, tío Armando!».

—¡Papá, estoy enfadada contigo! —anunció mientras Matar Samb volvía a arrellanarse en el sillón—. ¿Por qué no has venido al Bilboquet?

—He tenido un serio contratiempo, cariño —le explicó con la pronunciación

entorpecida por el alcohol—. ¿Has comido bien?

—No. Te estaba esperando; cuando has dicho que no vendrías, se me ha quitado el hambre. Me he comido sólo el postre; después, le he dicho a Ramata que volviéramos. —Así llamaba a su madre, por su nombre.

—Lo siento mucho, cariño, he tenido un grave contratiempo —repitió—. Pero te prometo que, cuando vuelvas, te voy a compensar.

—Bueno, papá. ¡Lo has prometido!

—Lo he prometido, cariño, y no te voy a fallar. Cuando vuelvas, iremos juntos al Bilboquet.

—¡De acuerdo, papá! Ahora me voy a acostar, porque mañana me tengo que levantar muy temprano. Buenas noches, papá.

Dieynaba volvió a besar a su padre antes de irse.

Matar Samb observó a su hija mientras subía con paso presuroso las escaleras que conducían al piso de arriba, hasta que hubo desaparecido detrás de la puerta del pasillo. Una oleada de ternura barrió por un momento la angustia que lo atenazaba. Era una adorable niña de diez años, muy alta para su edad, cuyos menudos senos despuntaban precozmente bajo la camiseta. Al año siguiente cursaría el segundo año de secundaria en el colegio Sainte-Marie-de-Hann. No había dirigido ni una sola palabra a Ramata, porque ello lo habría obligado a hablar de la muerte del portero y no deseaba hacerlo, cuando menos no en ese instante.

Con expresión recelosa, Ramata se sentó en el sofá, frente a su marido y el médico, que se mantenían mudos y cabizbajos.

—Seguro que estabais tramando algo contra mí —espetó con suspicacia, al cabo de un prolongado silencio—. ¡No hay más que veros!

—Que no, no estábamos tramando nada contra ti —respondió Matar Samb sin levantar la cabeza—. ¿Por qué lo dices, eh?

—Y tú, Armando, ¿por qué me pones esa cara? —continuó—. ¡En vista de la manera como me ha tratado esta tarde tu portero cuando había ido a verte, no tendrías que ponerme mala cara!

—Que no, no es eso —contestó, conciliador, Matar Samb.

—Tú déjame a mí, padre de Dieynaba. Me pone mala cara. Eso es el interesado el que lo nota.

Al médico le costó no responder. En su lugar cogió el vaso y lo apuró de un trago.

Ramata se inclinó hacia él y le propinó una palmada en el muslo.

—Es por culpa de tu portero por lo que te has puesto así. ¡Menudo cancerbero, ese individuo!

El médico estalló por fin, pese a todos sus esfuerzos por dominarse.

—¡Para de bromear ya, que no es el momento! ¿Qué ha pasado entre Ngor Ndong y tú?

—¿Ngor Ndong, Ngor Ndong? —inquirió Ramata, arrugando la frente—. ¿Quién es este indígena a quien no conozco y cuyo nombre oigo por primera vez?

—Ngor Ndong, el portero de la Maternidad.

—¡Ah, se llama así! Dile que por lo menos me devuelva los zapatos. Me ha hecho pasar un mal rato para impedir que entrara a verte.

—¡Estás mintiendo! —espetó el médico.

Ramata se levantó bruscamente del sofá, enfurecida.

—¡Me estás llamando mentirosa! ¡Armando, todo te lo consiento menos esto!

—Sabes muy bien que mientes —insistió el médico sin preocuparse por la indignada reacción de Ramata—. Lo único que ha hecho Ngor Ndong es pedir un pase, y de manera correcta. Tú le has contestado que, al ser la esposa del fiscal general, no tenías ninguna obligación de presentarle un pase y que tenía que abrir la puerta por las buenas o por las malas. El se ha negado...

—Necesitaba verte, me sentía mal —lo interrumpió Ramata—. Además todavía no me encuentro bien.

—Se ha negado —prosiguió, inflexible, el médico—, y tú has aprovechado la salida de las alumnas comadronas, mientras él sostenía el pestillo de la puerta, para herirlo en la cara con tu zapato. Has intentado golpearlo otra vez; entonces, él te ha cogido por las muñecas y te ha empujado, sin ninguna clase de brutalidad, hasta tu coche. El no te ha forzado a subir ni tampoco te ha quitado los zapatos. Cuando te ha cogido por la muñeca, te ha hecho soltar el zapato con el que le has hecho daño y luego te ha dejado libre. A continuación, tú te has quitado el otro y se lo has arrojado, sin acertar. Después te has subido al coche insultándolo y amenazándolo con la cárcel y te has ido sin preocuparte por tus zapatos. Cuando los policías han ido a buscar a Ngor Ndong para darle una paliza, mis alumnas han asistido a toda la escena desde la ventana de su dormitorio del cuarto piso...

—¡Son tus alumnas las que te cuentan mentiras! —volvió a atajarlo Ramata.

—No son mentiras, sino la verdad —replicó el médico—. Y mis alumnas no

me han contado nada, por la sencilla razón de que no las he visto. Ellas han hablado del incidente a la supervisora, que me ha venido a informar a mi despacho. Eso carece de importancia, sin embargo. ¡Lo que sí tiene importancia, y mucha, es que Ngor Ndong ha muerto, a manos de los policías!

—¿Dónde está el problema? —preguntó Ramata—. Si los policías han matado al portero, la culpa es toda de ellos.

El profesor Gomis se levantó con brusquedad del sillón.

—¡El problema es que los policías no son los únicos responsables! —afirmó con enojo—. Tú también eres culpable, por haber provocado y agredido a ese pobre hombre, y tu marido, que ha enviado a los policías, también es responsable.

—¡Yo no tengo nada que ver con eso!

—¡Por supuesto que sí, tú y tu marido, sois tan responsables como los policías!

Matar Samb agarró al médico por el brazo y lo obligó a volver a sentarse en el sillón.

—¡Ya basta, los dos! —ordenó con contundencia—. El problema de las responsabilidades está superado y de nada sirve que discutáis. El vino está servido y hay que beberlo. Tú, Ramata, sube a acostarte, que yo me ocuparé de todo. Y ya que dices que te encuentras mal, Armando podría examinarte en la habitación.

Ramata, de pie, efectuó un mohín ante el furibundo semblante del médico.

—¡Tu amigo no es nada interesante a veces, padre de Dieynaba! —declaró al cabo de un momento.

—No te lo tomes a mal, Armando, sólo son tonterías. No piensa lo que dice —aseguró Matar Samb—. Os pido que hagáis las paces de inmediato. Hacedme el favor de no hablar más de este feo asunto. Ramata, eres muy imprudente peleándote con tu ginecólogo. Eso no se hace. Vamos, no me fastidiéis más y haced las paces. Me es imposible tomar partido por alguno de los dos, tratándose de mi mujer y de mi amigo.

Ramata posó una mirada todavía resentida en el médico, que acabó por abandonar su seriedad y esbozar una equívoca sonrisa.

—Tienes razón, padre de Dieynaba, no es aconsejable ponerme a malas con mi ginecólogo —admitió, sonriendo a su vez—. Entonces, Armando, ¿hacemos las paces?

—De acuerdo —aceptó el médico—. Pero...

—Oye, Armando, nada de peros —intervino Matar Samb—. Más vale dejarlo así. Ella te ha pedido una tregua y tú la has aceptado, así que no pongas condiciones. ¡Reconciliaos del todo, sin reparos!

El profesor Armando Gomis se levantó. Ramata rodeó la mesa y, tras cogerle la mano, le estampó dos ruidosos besos en las mejillas.

—Ya estamos en paz —afirmó—. ¿Y ahora vienes a pasar consulta?

—¡Así está mejor! ¡Ahora estoy contento! —anunció, aplaudiendo, Matar Samb.

—¡Le advierto, señora, que las consultas a domicilio cuestan muy caro! —bromeó el médico.

—Mi marido pagará la factura, profesor. ¡Envíesela a su secretaria y recibirá su dinero, puede estar seguro! —respondió Ramata en el mismo tono.

—¡No se preocupe, profesor! —apoyó Matar Samb—. ¡Tal como le ha asegurado mi mujer, no le quepa duda de que le vamos a pagar!

Los tres estallaron en risas a la vez.

—Tendré que ir a buscar el maletín al coche —dijo el médico, soltando la mano que aún sostenía Ramata.

—Yo subo ya —anunció ésta.

Él salió del salón mientras ella comenzaba a subir por la escalera.

Matar Samb dio cuenta de la copa y, tras llenarla de vodka por cuarta vez, permaneció absorto en sus pensamientos.

Ramata le había mentido, efectivamente, no cabía duda alguna al respecto. La versión que había expuesto Armando era clara y detallada, y ella no había negado ni una sola vez los hechos que le reprochaba. Era intolerable, inadmisible. Y además, ¿qué sentido tenía dar un espectáculo tan contraproducente en público y después irle a contar embustes a él? No podía aceptar la mentira. Tendría que pedirle explicaciones... «¡una vez que se haya calmado la tempestad!», se dijo, llevándose el vaso a los labios.

Poco después, el profesor Gomis se hallaba de vuelta en el salón, con el maletín en la mano.

—A este paso, vas a estar fuera de combate antes de que llegue Jackson —advirtió a Matar Samb, al ver que se tomaba de golpe la mitad de la copa.

—¡Que no, no te preocupes!

Con el maletín en la mano, Armando subió al primer piso y llamó a la puerta del dormitorio, que se abrió y se cerró no bien hubo entrado. Con una combinación negra que le llegaba hasta medio muslo, Ramata le dio la espalda,

ahuecando el cuerpo mientras cerraba el pestillo. El médico se acercó y se frotó contra ella, con un vaivén de caderas. Ramata lo acompañó primero en el rítmico movimiento y al cabo de un instante lo rechazó para volverse de cara.

—No tengo ninguna necesidad de que me examines, no me encuentro mal —declaró, melindrosa—. Tampoco me sentía mal por la tarde. Como no tenía nada que hacer, he pasado así, para molestarte. Ni siquiera estaba segura de que fuera a encontrarte en el despacho el sábado por la tarde.

Le cogió el maletín y tras arrojarlo al suelo, comenzó a desabotonarle la camisa.

—¡Eres una mala pécora, siempre me provocas! ¡Sabes que tengo debilidad por ti! —musitó mientras ella le hacía cosquillas en los pezones.

—¡Y tú eres el peor de los cerdos, que se acuesta con la mujer de su amigo! —replicó ella.

Entrelazados, se dejaron caer en la cama en medio de risas ahogadas.

Cuando, media hora más tarde, el profesor Gomis bajó al salón, encontró a Matar Samb dormido. Con las piernas cruzadas encima de la mesa, la cabeza apoyada en el respaldo del sillón y las manos juntas en torno al vaso medio lleno apoyado en la barriga, roncaba como un fuelle de forja, derribado por la gran cantidad de vodka que había consumido.

Con su cincuentena bien llevada, enfundado en una imponente y holgada túnica almidonada de bombasí de primera, de color amarillo limón, adornada con profusión de bordados, con un gorro rojo en la cabeza, un pañuelo de seda negra dispuesto con descuido en los hombros y unas botas de cuero del mismo color que la túnica en los pies, el inmenso e impresionante Jackson entró poco después de las diez y media en el salón, donde aguardaban con impaciencia Matar Samb y Armando Gomis. Todo era desmesurado en él. Medía más de dos metros diez y todas las partes de su cuerpo, cabeza, cuello, hombros, pecho, vientre, miembros superiores e inferiores, eran de unas dimensiones muy superiores a las de un hombre normal. Jackson, que en realidad se llamaba Sangoné Loukoubar, aunque nadie lo llamaba por su nombre, profesaba un auténtico culto al oro. Llevaba una gruesa cadena de Cartier en el cuello, una sortija de sello en cada anular, una pulsera con su apodo grabado en la muñeca derecha y un reloj en la izquierda.

—¿Qué pasa, jovencitos? —inquirió con su poderosa voz acompañada de una extraña carcajada que le impulsó la cabeza hacia atrás—. He oído hablar del portero de la Maternidad del hospital Le Dantec muerto a manos de unos

policías enviados por el fiscal general a instancias de su mujer, que había provocado y herido al tal portero.

El profesor se levantó del sillón para estrechar la mano del gigante.

—¡Hola, Jackson!

—Hola, mandiago devorador de cadáveres de animales —repuso éste.

—De acuerdo, yo soy mandiago, pero tú, Jackson ¿de qué etnia eres?

—¡Yo soy wolof, pequeño mandiago!

—¡Ah no! Los Loukoubar no son wolof. Esa es una etnia que no existe, ni wolof, ni serere, ni tuculer, ni nada. Eso, Jackson, tú no eres nada.

Matar Samb, que se había despertado con la carcajada inicial de Jackson, se levantó del asiento sin soltar todavía el vaso.

—Jackson, ¿es verdad que ha sido en Thiès donde te has enterado de lo que acabas de decir sobre el portero? —le preguntó.

Jackson tomó asiento en el sofá. Desplegada, su gran túnica ocupaba la totalidad del mueble, de una punta a otra. Tras quitarse el gorro, lo dejó frente a sí en la mesa y se rascó con el índice la coronilla de la enorme cabeza, monda como una calabaza.

—¡Sí, en Thiès! —confirmó por fin, cuando después de dar cuenta del resto del vodka, Matar Samb se disponía a repetir la pregunta.

—Entonces, ¡mi carrera va a quedar estancada, interrumpida! —se lamentó —. Si la noticia ha llegado hasta Thiès, cuando el cadáver del portero aún no ha acabado de enfriarse, ¿por qué no a Fongolimbi, a Kabrousse o a Kaèdi? ¡No, no, no es posible, ya puedo despedirme de hacer carrera!

—¡Que no, jurista! —trató de tranquilizarlo el médico—. Ahora que Jackson ha llegado, todo se va a arreglar.

—No lo creo. No tengo ninguna esperanza. ¿No has oído lo que acaba de decir él mismo? —insistió Matar Samb—. ¡Todo el país está enterado! ¡Mi carrera está arruinada!

Jackson cogió la botella de vodka y, al darse cuenta de que estaba vacía, la sacudió como para convencerse del todo; después la agitó delante de los ojos.

—¿Os habéis soplado toda la botella mientras esperabais?

—Yo he tomado sólo una copa muy rebajada con naranjada —explicó el médico, apuntando con el dedo a Matar Samb—. Ha sido él quien se ha tomado el resto.

—¡Así se entiende que desbarre un poco! —exclamó, riendo—. Señor fiscal, tengo sed.

—¿Desbarrar? Yo no estoy desbarrando, ¿eh? —protestó Matar Samb.

A continuación se encaminó al bar con paso vacilante. Cuando regresó al cabo de un momento con una botella de vodka en cada mano, encontró a Jackson y al profesor Gomis intercambiando pullas. El gigante tildaba al médico de aficionado a comer carroña y éste replicaba que, si hubiera nacido un siglo y medio antes, lo habría vendido sin duda a los negreros para que cultivara algodón o caña de azúcar en América, ya que tenía un físico adecuado para servir de esclavo.

—¡Devorador de cadáveres podridos!

—¡Esclavo!

Luego se echaron a reír a carcajadas.

Exasperado por sus risas, Matar Samb dejó las botellas en la bandeja y volvió sentarse con cara de enfado.

—¡Bueno, volvamos a lo que nos interesa! —reclamó con un asomo de irritación en la voz—. Jackson, ¿tú cómo ves la situación? ¿Complicada, no, en vista de que todo el país está al corriente?

El gigante tomó el vaso vacío de Matar Samb y, tras llenarlo de una mezcla de vodka y naranjada, añadió unos cubitos, bebió tres pequeños sorbos y chasqueó ruidosamente la lengua.

—¡Eres tú el que dice eso! —contestó—. Yo me he enterado de la muerte de Ngor Ndong...

—¡No es posible! —lo interrumpió Matar Samb con un sobresalto—. ¿Hasta conoces el nombre del portero?

Jackson lo tranquilizó con un gesto.

—Al enterarme de las circunstancias de su muerte, me he enterado, como es lógico, de su nombre. Jovencito, no hay duda de que estás borracho.

—Que no, Jackson, no lo estoy, estoy muy lúcido. Pero, continúa, por favor, ¿cómo te has enterado de las circunstancias de la muerte del portero... y de su muerte? ¡En Thiès precisamente!

Su lapsus hizo reír al gigante y al médico.

—¿Y aún osas afirmar que estás lúcido, jurista?

—¡Armando, déjate ya de bromas! —lo reprendió Matar Samb—. No es un buen momento. Jackson, venga, dime cómo te has informado del asunto en Thiès.

Jackson tomó tres tragos de vodka y, tras un chasquido de lengua, inició la explicación.

—El director de la fábrica de pilas eléctricas, Ngalla Mbaye, un joven a quien aprecio mucho, como a vosotros, hace la corte a una joven de Thiès. La cosa va en serio: el mes próximo la tomará como cuarta esposa. Todo está arreglado y ya se han dado el primer regalo y la dote. Tú debes conocerla, devorador de cadáveres. Se llama Aida Diané y está en el tercer curso de la escuela estatal de comadronas. ¡Es una chica que no pasa inadvertida! Muy bien proporcionada, con una tez natural, de un negro brillante (lo que es más bien raro hoy en día), el cuello grácil adornado con muchas anillas, el pecho prominente, la cintura fina, caderas anchas, un trasero generoso —con las manos moldeó una imaginaria silueta—, una cara con facciones regulares, grandes ojos de gacela, labios carnosos y la dentadura como una concha de nácar al borde del mar. ¡Ni por asomo se me ocurriría rondarla, pero es una chica muy guapa, sí, señor! Había invitado a mi joven director a cenar. Yo había vuelto de la Meca esta misma tarde y, a pesar del cansancio del viaje, he tenido que acompañarlo porque él ha insistido a toda costa. Nos hemos ido juntos, pues. Durante la conversación de la cena, ella ha contado todo el asunto, desde que Ramata ha llegado con su Mercedes rojo hasta la violenta intervención de la Policía, con toda clase de detalles. Ha especificado que cuando se iba del hospital para volver a Thiès, habían anunciado la muerte de Ngor Ndong y habían depositado su cadáver en la morgue.

—¡De acuerdo, Jackson! —admitió Matar Samb cuando el gigante hubo concluido—. Ya has visto pues que es un asunto de gravedad, sobre todo teniendo en cuenta que, según Armando, el sindicato del hospital va a promover actos de protesta a partir del lunes. ¿Podrás sofocarlos?

—¡Seguro que podrá! —contestó el profesor Gomis en su lugar—. Está acostumbrado a eso de que hasta la muerte de un hombre se pueda solucionar en este país. No es más que otro caso para superarse a sí mismo. Y bien, Jackson, ¿decías eso para impresionar al público?

Jackson se inclinó y propinó una vigorosa palmada en el pecho al médico, que se incorporó sin aliento para responder con un golpe directo. Sin levantarse, el gigante detuvo el puño del médico con su manaza y, con una carcajada lo apretó, obligándolo a sentarse con un aullido de dolor.

—¡No tengo necesidad de impresionar a nadie, mandiago devorador de carroña! —afirmó sin parar de reír—. ¿Me has mirado bien? Soy un privilegiado de la naturaleza. ¡Todo en mí impresiona!

Antes de soltar la mano del médico, acentuó la presión, lo que provocó

nuevos alaridos.

El profesor Gomis se miró con inquietud la mano aplastada y la sacudió con gesto brusco delante de la cara, antes de presentarla a Matar Samb.

—Jurista, dile a este monstruo que esta mano es una herramienta de gran valor, con la cual abro el vientre de las mujeres para salvarlas y salvar al mismo tiempo a sus hijos, a los que no pueden nacer por abajo. ¡Díselo, jurista!

Matar Samb fulminó con la mirada al profesor Gomis, escandalizado de que pudiera bromear en un momento tan crítico para él.

—¡No te entiendo, de verdad, Armando! —exclamó con voz temblorosa, con la mirada fija en él—. Cualquiera diría que tú estás exultante mientras que yo tengo graves problemas. Ya se ve que aunque yo te considero un amigo, tú a mí no.

El médico bajó la cabeza, contrito. Entonces Matar Samb se centró en el gigante.

—¿Podrás hacer algo, Jackson?

—Sí, pero será una labor difícil —repuso éste.

—Sí, claro, ya sé que será difícil. Sobre todo con los sindicalistas. Dime lo que necesitas para llevar las cosas a buen puerto, porque es imprescindible tapar el asunto antes de que se propague la voz. Es vital para mí, porque mi carrera depende de ello.

Jackson tomó tres sorbos de vodka, a los que les siguió un chasquido con la lengua.

—¡Necesito dos armas para culminar todo esto con éxito! —declaró, mostrando el dedo índice y el corazón de la mano derecha, con los que formó una V—. La primera arma es el empleo de una lengua agradable con mis contactos. En eso no hay problema, ya que tal como acabo de decir, soy privilegiado por naturaleza y también poseo una lengua más agradable que la miel, cuando quiero. La segunda arma es disponer de un presupuesto a la altura. Las palabras envueltas en billetes de banco siempre encuentran quien las escuche y resultan agradables hasta tal punto que no te puedes formar idea. ¡Lengua agradable y dinero! Con esas dos sutilezas, se vencen todas las dificultades del mundo, por más complicadas que sean. ¡Cortar de raíz los chismes provocados por la muerte de un hombre es una tarea bien difícil!

—Difícil pero no imposible, ¿verdad, Jackson? —inquirió Matar Samb.

—No es imposible —confirmó el gigante—. A condición de disponer de las dos armas a las que me refería, la lengua agradable y el dinero. Yo tengo la

lengua agradable...

—Y yo tengo el dinero —prosiguió Matar Samb, golpeándose el pecho con la mano abierta—. Del dinero me encargo yo. ¿Cuánto necesitas?

Jackson vació la copa de tres tragos, chasqueó la lengua, volvió a llenar el vaso de vodka con naranjada y después observó su reloj de pulsera.

—Son exactamente las once menos cuarto —anunció, eludiendo la pregunta del fiscal general—. A partir de este momento dan comienzo las operaciones y no hay ni un minuto que perder. Cada uno de nosotros debe desempeñar un papel. Mandiago, a ti te corresponde empezar. Como eres el único que conocía al portero, debes aportar información sobre él. Tres preguntas: ¿quién era?, ¿tenía familia conocida?, ¿dónde vivía?

Con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón, los ojos cerrados y los brazos cruzados encima del pecho, el profesor Gomis silbaba por lo bajo *Strangers in the night*, batiendo el ritmo con el zapato.

Matar Samb le dio un codazo en el hombro.

—¡Armando, contesta!

Éste continuó silbando, imperturbable.

—¡No te aproveches de la situación, Armando! —espetó Matar Samb—. Antes he dicho tonterías, las retiro, de acuerdo. Para de hacerte el loco y responde deprisa a las tres preguntas de Jackson. ¿Quién es tu portero, tiene familia conocida, dónde vive? Vamos, responde.

El profesor Gomis acabó sonriendo, incapaz de mantener por más tiempo su flemática actitud.

—¡Hablas de Ngor Ndong en presente, como si todavía estuviera vivo! —señaló, irguiéndose en el asiento.

Matar Samb restó importancia al detalle con un revés de mano.

—¡Armando, para de bromear de una vez! Bueno, el portero, quién es..., era... ¡Ya está! Me lías con tus observaciones de tres al cuarto. Armando, sé serio. Responde. Uno: ¿quién era tu portero? Dos: ¿tenía familia conocida? Y tres: ¿dónde vivía?

—Bueno, lo que yo sé de él no es gran cosa —advirtió el médico tras un momento de reflexión—. Voy a intentar responder de una vez a las tres preguntas. Estaba casado y vivía en el hospital, donde tenía una pequeña habitación situada en la entrada de la Maternidad. Durante el día, su mujer vendía fruta, cacahuetes y buñuelos en la puerta del hospital. Es una buena mujer. Volvió a su pueblo hace tres semanas, embarazada de bastantes meses.

Desoyendo mis consejos, Ngor Ndong había decidido enviarla a su casa a dar a luz, porque anteriormente, en dos ocasiones, le habían nacido muertos los niños, en la Maternidad. Para él, igual que para su mujer, ésa era una cuestión de genio que tenían que solucionar con los fetiches en el pueblo. A ver, ¿qué más sé aparte de eso? Ah, sí, tenía un hermano que vive en Sangalcam, donde trabaja como mozo en una granja. Se llama, si no me equivoco..., Mbagnick, sí, eso es. Uno de mis ayudantes tiene el mismo nombre. Eso es, se llama Mbagnick Ndong. El mes pasado, cuando quise comprar un perro pastor, Ngor Ndong me llevó a su casa para que me pusiera en contacto con unos propietarios agrícolas. Sí, se llama Mbagnick Ndong y vive en el pueblo de Sangalcam, donde trabaja de mozo de granja. Esa es toda la información que puedo daros.

—¡Será suficiente! —concedió Jackson—. Aún te queda un papel que desempeñar, el último, pero el más importante. Por lo que dice el fiscal general y según los datos de que dispongo, el sindicato va a organizar un acto de protesta el lunes por la mañana en el hospital Le Dantec. Ahora bien, como el incidente tuvo lugar un sábado por la tarde, casi todo el personal se había marchado ya y sólo quedaban unas cuantas alumnas de tercer curso de tu escuela, un pequeño grupo, que fueron los testigos oculares. Las visitas presentes en el momento de los hechos no cuentan, porque cada cual relata su propia versión, a menudo falsa, y sobre todo porque a la gente no le gusta crearse complicaciones; detestan ver alteradas sus costumbres y, por lo tanto, no hay peligro de que vayan a atestiguar. En ese sentido, podemos estar seguros de que no habrá ningún tipo de problema. En cuanto a tus alumnas, la cosa se complica. Si hay problemas, será de ese lado de donde vengan; por eso debes intervenir de manera enérgica.

—¿Intervenir de manera enérgica, cómo? —planteó, extrañado, el médico.

—¡Intervenir de manera enérgica, sí! —insistió Jackson—. Tus alumnas no deben hablar, así de claro. Si ellas mantienen la boca cerrada, los sindicalistas se van a meter en un atolladero, os lo garantizo. No hay nada que temer, a condición de que tus alumnas callen. Para eso, no hay mil doscientas treinta y cuatro maneras de obligarlas a callarse, sino una sola: hay que amenazarlas. Tú las convocas a todas y les dices que la primera de ellas que abra siquiera la boca para hablar del asunto será expulsada en el acto de tu escuela, sin más preámbulos. Ni por asomo hay que permitir que porque alguna de ellas se vaya de la lengua, el prestigio y el renombre de la escuela se vean perjudicados, salpicados por un minúsculo escándalo, sea de la clase que sea. Es decir, que al menor murmullo, se quedan en la puerta. Ellas no están enteradas de nada, no

saben nada ni tienen nada que decir. La que peque de parlanchina no merece el honor de lucir el hermoso título de comadrona y sobra en tu escuela, porque ¿adónde iría a parar el mundo si una comadrona, con todo lo que ve y lo que oye en la sala de partos, tuviera la lengua tan larga que fuera incapaz de mantenerla guardada en la boca? Ya está, devorador de cadáveres. Tú debes de poder desarrollar mejor que yo el discurso porque eres instruido y ellas son tus alumnas. Hay que ser firme. ¡La firmeza es la clave!

—¿Has oído, Armando? —inquirió Matar Samb—. La que se vaya de la lengua será expulsada en el acto de tu escuela, sin más preámbulos. Hay que ser firme. ¡La firmeza es la clave!

Después de beber otros tres tragos de vodka y chasquear la lengua, Jackson pasó a hablar a Matar Samb.

—Ahora te toca a ti, fiscal general. El meollo de la guerra va en esto.

—¿Cuánto necesitas, Jackson?

—Diez millones.

El profesor Gomis emitió un silbido de asombro.

—¿He oído bien, diez millones? Pero ¡eso es una auténtica fortuna, Jackson!

—¿Qué auténtica fortuna? —disintió Matar Samb—. No es nada en comparación con lo que está en juego. Jackson, no tengas compasión de mí. ¿Será suficiente con los diez millones?

Jackson chasqueó la lengua después tomar tres sorbos de vodka y respondió con tono apático, como si se desinteresara del asunto.

—Como tu amigo considera que diez millones constituyen una auténtica...

—¡No! Jackson, escucha bien —lo interrumpió Matar Samb—. Lo que comente este gran derrotista no me afecta. No debes tomarlo en cuenta.

—Pero... —trató de explicar el médico.

—¡No, no! No tienes nada que declarar, Armando —lo atajó Matar Samb—. Eres un gran derrotista, así que cállate. Jackson, te hablo a ti. ¿Será suficiente con los diez millones, sí o no?

—Creo que con eso bastará —concedió, casi con pesar, el gigante.

Matar Samb sacudió la cabeza en señal de desaprobación.

—No, Jackson, no estoy de acuerdo contigo. No me vengas con «creo que bastará». Ya te he dicho que no me tengas compasión. Quiero algo seguro, no un «creo que sí». Repito: ¿será suficiente con los diez millones?

—Con diez millones, es totalmente seguro que el asunto va a quedar tapado.

—No quiero saber siquiera cómo los vas a invertir. No te pido ningún tipo de

cuentas, con tal de que todo quede arreglado. ¿Cuándo necesitas los diez millones?

—Enseguida.

—Sólo tengo dos millones en efectivo aquí. Te los doy y te firmo un cheque de ocho millones que podrás cobrar en el banco el lunes a primera hora.

—Necesito ahora la totalidad de los diez millones en efectivo —objetó Jackson—. Además, me es imposible cobrarlos en el banco, porque no tengo ni carné de identidad ni permiso de conducir, y el pasaporte, lo olvidé en Saint-Louis. Aparte, el lunes por la mañana el asunto se habrá divulgado y será demasiado tarde para actuar. Hay que empezar ahora mismo. Esta noche tengo que ver incluso al enfermero que le curó la herida a Ngor Ndong e ir a Sangalcam mañana por la mañana antes del amanecer para ver a su hermano. Después, tengo que...

—¡No! Jackson, no me interesa saber cómo vas a obrar —volvió a interrumpirlo Matar Samb.

—Armando, ¿tienes ocho millones en tu casa? —preguntó al médico—. Te voy a hacer un cheque.

Se vio obligado a callar ante la actitud del médico, aquejado por un imparable ataque de risa.

—¿Qué..., qué he dicho que tenga tanta gracia? —inquirió, sorprendido Matar Samb—. ¿De qué te ríes, Armando?

—¡Casi un disparate, sí! —afirmó el médico con un resto de hilaridad—. ¿De dónde voy a sacar yo ocho millones? Sabes perfectamente que nunca he llegado a reunir un millón, ni en mi casa ni en el banco.

La ansiedad que había desaparecido del rostro de Matar Samb volvió a manifestarse de manera brutal, desfigurándolo. En sus ojos se instaló una expresión de gacela acosada por una jauría de perros, abrumada, agotada, abocada a un destino fatal.

Durante un buen momento en el salón flotó un plomizo silencio, que él mismo acabó quebrando con un largo suspiro de desánimo.

—No conozco a nadie que pudiera prestarme los ocho millones que faltan. Si DS, mi hermana mayor, estuviera aquí, no habría ningún problema, pero por desgracia se fue de viaje a Hong Kong anoche. Jackson, ¿no se te ocurre alguien entre tus conocidos que pudiera adelantarte la suma esta noche?

Oportunista como pocos, Jackson cogió la pelota al vuelo.

—Tengo un amigo que se dedica a los negocios y que podría sacarnos del

apuro —explicó—. Pero es un usurero descarado, sin piedad, un buitre. Por ocho millones prestados, pedirá un reembolso de doce, aunque sólo sea por un préstamo de medio día. Es demasiado caro.

—¡Acepto!

—En ese caso, no hay problema.

El profesor Gomis frunció el entrecejo, pero se abstuvo de decir nada.

Matar Samb se inclinó ante el gigante y tomándole la manaza, la estrechó con fervor.

—¡Gracias, Jackson, amigo, muchas gracias! —le agradeció con voz trémula —. Hoy no puedo decir nada, pero tenemos otros días por delante en los que te demostraré que no soy un ingrato. Ay, Jackson, gracias, gracias, gracias.

Esperanzado, se irguió en el asiento, de nuevo con semblante distendido.

Jackson dio cuenta de la copa en tres sorbos acompañados de un último chasquido de lengua, la dejó en la mesa, recuperó el gorro y después de tocarse con él, se puso en pie.

—No hay de qué, joven amigo —contestó el gigante con su estruendosa risa —. Bueno, me voy a ir, mi fiscal general. Ya sólo toca tu turno para pasar a la acción.

—Yo también me marcho —anunció el profesor Gomis, que se levantó—. Estoy agotado.

Matar Samb los imitó.

—Jackson, subo a buscar los dos millones.

Al llegar a la habitación, encontró a Ramata dormida en la cama. Se detuvo a contemplarla con detenimiento.

Estaba acostada de espaldas, con la larga melena extendida encima de la sábana y con el semblante sosegado como el agua de un meandro, un lado de la cara apoyado en la almohada, una mano posada en el bajo vientre y la otra en la cama, las piernas levemente abiertas. La transparente combinación se había subido hasta la raíz de los torneados muslos. Cuando respiraba y se le ahuecaba el pecho, los firmes y rotundos senos se le separaban con un estremecimiento bajo la vaporosa tela y parecían aumentar de volumen.

Invadido por una repentina oleada de deseo, Matar Samb se humedeció los resecos labios con la punta de la lengua. ¡Dios santo, qué divina y adorable era! ¿Cómo había podido pensar él, Matar Samb, ni un solo instante que le había mentido y que debía poner las cosas en claro con ella? Debía de haber perdido el juicio. ¡No, no! Ella tenía razón en todo, lo que le había contado era la pura

verdad. Con aquella serenidad que se instalaba en su cara estando dormida, no podía haber mentido. No había, por consiguiente, necesidad de pedirle explicaciones. El único responsable era ese portero, por haberle impedido el acceso a la Maternidad. Sintió como se intensificaba su deseo. ¡Qué adorable era, por Dios! En otro momento, estuviera triste o alegre, derrengado o en forma, se hubiera abalanzado sobre ella y la habría poseído, sin desvestirse siquiera. La década larga que llevaba casado con ella no había mermado en nada el ardor de los primeros tiempos. Con ella, el paseo mil veces repetido constituía, cada vez, una nueva aventura. Esa noche, sin embargo, en ese instante, estaba intranquilo, desestabilizado. Por culpa de esos policías descerebrados y de ese pobre portero que se había buscado él mismo problemas, sobre su carrera pesaba una seria amenaza..., y su carrera lo era todo para él.

Se encorvó y rozó con tanta suavidad la mejilla de Ramata con los labios que no perturbó en nada su sueño.

Cuando regresó al salón con un maletín marrón en la mano, encontró a Jackson, que lo esperaba solo.

El profesor Gomis se había ido.

Tras depositar el maletín en la mesa del sofá, se inclinó para accionar el dorado metal de la cerradura.

—Para abrir, pones en los dos lados las cuatro letras RKMS —explicó—. Es fácil de memorizar, RK por Ramata Kaba, y MS por Matar Samb.

Jackson exhaló una gigantesca risotada y, con un gesto, se alisó las amplias mangas de la enorme túnica.

—RKMS: ¡RK por Ramata Kaba y MS por Matar Samb, fácil de retener, en efecto! —repitió.

Matar Samb abrió el maletín y tras mostrar los fajos de billetes, volvió a cerrarlo y lo tendió al gigante.

—¡Bueno! Aquí tienes los dos millones, Jackson. Negocia con tu amigo, el hombre de negocios, para los ocho que faltan. El lunes revisamos las cuentas y lo devuelvo todo.

—Todo está solucionado, joven, puedes dormir tranquilo.

Matar Samb le posó la mano en el hombro.

—Jackson, mi porvenir está en tus manos. ¡Te deseo buena suerte!

—¡La suerte me trae sin cuidado! —contestó, riendo, el gigante—. No la necesito en lo más mínimo para arreglar este asunto. ¡Lengua agradable y dinero, jovencito, lengua agradable y dinero! Ah, me olvidaba de algo muy importante,

mi fiscal general.

—¿Qué, Jackson?

—Habrá que trasladar a todos los policías de la comisaría del palacio de Justicia, a todos, del último agente al comisario Diallo. Hay que dispersarlos por los cuatro extremos del país, lo más lejos posible de Dakar.

—Me ocuparé de ello el lunes a primera hora.

—¡Perfecto, joven! —se felicitó Jackson al tiempo que cogía la botella de Smirnoff que permanecía sin abrir encima de la mesa—. Ahora me voy. Perdona que no te estreche la mano para despedirme, pero es que tengo ocupadas las mías.

—Adiós, Jackson.

El gigante dio media vuelta y se alejó, con el maletín marrón en una mano y la botella de vodka en la otra.

Las nefastas consecuencias de la última sequía resultaban todavía perceptibles en la antaño exuberante vegetación de la región de Niayes. Los numerosos arbustos que afianzaban las dunas aparecían resecos en medio de un suelo pelado. Las majestuosas palmeras se habían quedado sin su follaje. Reducidas a unos longilíneos troncos, de lejos hacían pensar en unos postes eléctricos a los que faltaba todavía acoplar los hilos, plantados en desorden en la ocre extensión de arena. Los emblemáticos baobabs habían perdido su esplendor de otros tiempos. Las hojas caducas no se renovaban, las recias ramas se pudrían, antes de caer, arrastrando a las más pequeñas, y la corteza se desprendía en placas del tronco, como la piel de un niño después de la rubéola, dejando al descubierto una madera leñosa, quebradiza como una galleta, que se erosionaba rápidamente para acabar dispersada en polvorientas migajas por el viento del Sáhara.

El río que antes bordeaba Sangalcam por el este, que nacía poco después de Goundoukouye, detrás de los campos de Bargny, y desembocaba en el mar en Niaga, había quedado reducido a una charca de agua estancada, invadida por las hojas de nenúfar, refugio de voraces mosquitos, de sanguijuelas hematófagas y de ranas que propagaban por el aire su cavernoso e interminable croar. Hace tan sólo dos décadas, todavía era un gran río de aguas abundantes en peces en el que se encontraban a veces cocodrilos.

Los propietarios de las explotaciones agrícolas situadas en los márgenes del antiguo río eran privilegiados. Sus pozos disponían todavía de agua a unos diez metros, mientras que en el resto del territorio, según las conclusiones de la

Sociedad Nacional de Prospecciones, que había sondeado durante dos semanas en diversos lugares, hasta una profundidad de seiscientos metros, sin localizar ni la menor gota, la capa freática estaba agotada.

Mbagnick Ndong se despertó con el primer canto del gallo. Debía ser madrugador esa mañana. Era domingo, día de visita del patrón. El jueves pasado, en la estación de autobuses, cuando volvía a la granja poco antes del crepúsculo, había encontrado un billete de cinco mil francos. De inmediato había desandado el camino para ir a reconvertirlo en vino de palma en casa de Étienne, una cabaña que había a la salida del pueblo, en la carretera del Servicio de Ganadería. A partir de ese momento había descuidado el trabajo, al frecuentar con más asiduidad la taberna que la granja. Llegaba de buena mañana, se quedaba el día entero y no se iba hasta la noche, cuando Étienne cerraba, siempre en acusado estado de ebriedad. De este modo, en la granja se anunciaba una catástrofe. Los árboles frutales, en periodo de floración, tenían las hojas medio marchitas y las flores comenzaban a caerse. Hambrientas y sedientas, al igual que los pollos para carne, las gallinas ponedoras prodigaban un continuo concierto de cacareos. Había que corregir los estragos: inundar los árboles (vertiendo en cada uno dos regaderas), recoger los huevos, colocarlos en las cajas y servir una ración triple de comida y agua en abundancia a las aves. El patrón no se enteraría de nada, porque no entendía gran cosa de trabajos agrícolas y menos aún de avicultura. Era incluso posible que al ver la tierra bien mojada alrededor de los árboles (lo controlaría tal como hacía siempre hundiendo el dedo en la tierra), los huevos bien ordenados en las cajas y las gallinas picoteando con voracidad, el patrón se quedara contento y hasta lo gratificara con un billete de quinientos francos. En tal caso aquello le permitiría, en cuanto él hubiera concluido la inspección y se hubiera ido llevándose las hueveras, ir a la cabaña de Étienne a quitarse la tremenda resaca con que se había levantado. Necesitaba un buen trago de aguardiente para recuperar la forma y calmar el agudo dolor que le atenazaba la cabeza y las articulaciones. Por desgracia, se había bebido la totalidad del importe del billete encontrado, y Étienne no querría fiarle.

Mbagnick Ndong se desperezó ronroneando como un gato y después se rascó con furia antes de levantarse de la cama. La noche anterior, al volver de la cabaña con una borrachera de aúpa, se había acostado sin desvestirse, con los zapatos de plástico puestos. Le costaba orientarse en la oscuridad. Después de prolongados tanteos, localizó por fin la puerta de la habitación, la abrió y salió

en el momento en que una bandada de pájaros pasaba graznando a ras del tejado.

Afuera, el hilo blanco del alba se distinguía apenas del hilo negro de la noche. Por el oeste perduraba aún la oscuridad y, a lo lejos, por encima de las tres luces rojas situadas en lo alto de las gigantescas emisoras de Yeumbeul, en el cielo añil titilaban todavía algunas estrellas, mientras que en el este comenzaba a clarear y el cielo se teñía del resplandor anaranjado previo a la salida del sol.

La bomba de motor se puso en marcha al primer intento. El ruido ensordecedor del aparato ahogó el cacareo de las aves y el piar de los pájaros come-mijo que, todavía metidos en sus innumerables nidos suspendidos de las ramas de los árboles, celebraban la llegada del día con agudos chillidos.

Mbagnick Ndong apoyó una nalga en el borde del estanque que se llenaba a ojos vista. El agua brotaba del tubo con un gigantesco borborigmo. Hundió la mano en ella para lavarse. Se estaba secando la cara con el faldón de la camisa cuando, pese al estruendo de la motobomba, se hizo perceptible el ruido de otro motor. Entonces vio a través de los barrotes de la puerta los faros de un coche que llegaba por la rojiza pista de laterita.

«¡Si que ha venido temprano hoy el patrón! —pensó con inquietud—. En cuanto vea el estado de la granja, me va a echar.»

Se alejó del estanque para ir a abrir la puerta en el momento en que un BMW amarillo se detenía en la entrada. Un suspiro de alivio surgió de su garganta al comprobar que no se trataba de su amo. El propietario del vehículo, cuya marca desconocía, debía de haberse equivocado de camino. Con una difusa sensación de desasosiego, observó al gigante que se bajó de él con un maletín marrón en la mano. Vestido con una gran túnica amarilla bordada de arriba abajo, un gorro rojo en la cabeza, pañuelo negro al cuello y botas amarillas en los pies, que fue lo que le impresionó más de todo, aquel hombre le recordó al jefe del cantón que visitó su pueblo cuando él era un niño.

—¡Buenos días, Mbagnick! ¿Cómo estás, hermano? ¡Ndong, Ndong! —lo saludó sin más preámbulos Jackson, con tono tan jovial y la mano tendida con tanta familiaridad que Mbagnick Ndong se planteó si no sería víctima de una laguna de memoria que le jugaba una mala pasada impidiéndole reconocer a un viejo conocido.

Escrutó al gigante con el entrecejo fruncido. Su vacilación no duró mucho. ¡No! Nadie podía olvidar a una persona de semejante tamaño. Nunca lo había visto, estaba seguro del todo. Le pareció casi natural que ese hombre al que no

conocía lo hubiera llamado por su nombre. Estrechó la enorme mano tendida sin atreverse a preguntarle quién era y qué quería.

—¡Tengo que hablar contigo, hermano Mbagnick! Vamos a la habitación —propuso el gigante.

—¿No habrá conflictos? —inquirió con inquietud Mbagnick Ndong.

—¡No, bueno, en realidad, sí! —respondió Jackson—. Pero espera a que estemos en la habitación, Mbagnick, hermano.

Mbagnick Ndong dudó un momento antes de introducirse delante de Jackson en la oscura dependencia. En uno de los bolsillos del pantalón, un vaquero cortado a la altura de las rodillas, encontró una caja de cerillas y, tras encender una, acerco la vacilante llama a la mecha de un trozo de vela pegada aun bote de Nescafé.

La miserable habitación estaba impregnada de olor a tabaco y a cerrado. Las paredes, resquebrajadas, sin ventana alguna, no habían recibido nunca una capa de pintura. Una cama, situada en el medio, constituía el único mobiliario, siempre y cuando se aceptara atribuir el nombre de cama al viejo jergón hecho con sacos de yute dispuesto a ras del agrietado suelo, cubierto de una harapienta sábana, del cual se escapaba la paja dispersa por todas partes.

Pedir a aquel «jefe de cantón» que se sentara allí, en ese jergón cargado de pulgas, piojos y chinches era un disparate que Mbagnick Ndong descartó de entrada. Además, de no haberlo propuesto él, nunca habría tomado la iniciativa de meterlo en ese cubil al que tampoco tenía el menor apego.

—¿Un pariente de dónde? —se aventuró a inquirir con timidez, después de haber formulado mentalmente la pregunta varias veces, con la esperanza de que el jefe de cantón se presentara por fin.

—¡De Dakar! —contestó Jackson.

Cambió de una mano a otra el maletín, que se le escapó de forma involuntaria y, sin que Mbagnick Ndong se diera cuenta, cayó con un ruido sordo. Como no estaba bien cerrado, se abrió la tapa, de tal forma que los billetes nuevos de banco se esparcieron por el suelo.

—¡Qué torpe soy! —exclamó con falso tono de consternación.

De reojo observó a Mbagnick Ndong y constató que su reacción era idéntica a la de los niños famélicos de África delante de la sémola de la ayuda alimentaria internacional, que cocían en grandes calderos y luego servían en bolsas de plástico. Permanecía como hipnotizado, boquiabierto, con los ojos desorbitados de codicia, clavados en los billetes. Jackson se inclinó para volver a

meter el dinero en el maletín, lo cerró y se enderezó sujetándolo por el asa.

—Mbagnick, tú no me conoces, pero yo te conozco muy bien —declaró a modo de preámbulo—. Tú eres mi hermano, porque tu hermano, Ngor Ndong, que me había hablado tantas veces de ti, era amigo mío y más que amigo aún, era como un hermano.

Mbagnick Ndong se dijo que Ngor debía de haber prosperado mucho en Dakar para haber conseguido trabar amistad con una clase de hombre tan importante, un hombre que se paseaba con tanto dinero encima a una hora en que ni siquiera había salido el sol.

—Ngor y yo somos hijos del mismo padre y la misma madre —explicó con una sonrisa de orgullo, halagado por que el jefe de cantón lo hubiera llamado «Mbagnick hermano»—. Ngor tiene dos años más que yo, aunque yo parezca mayor. Él mamó y después me dio el pecho para que mamara yo. ¿Cómo está?

—Estamos entre hombres, Mbagnick hermano. Tienes que ser fuerte. ¡Ngor está muerto! —reveló bruscamente Jackson.

Mbagnick Ndong se agitó con un violento sobresalto.

—¿Qué dices, Ngor, mi hermano? ¿Ngor Ndong está muerto?

—¡Somos criaturas de Dios, y a Dios regresamos! Debes tener valor, Mbagnick hermano, Ngor Ndong está muerto.

—¡Ay, madre mía! ¿Cuándo?

—Anoche, poco antes del anochecer.

—¿De qué? ¿De un accidente? Yo lo vi la semana pasada y no estaba enfermo ni le dolía nada. ¿Ha muerto de accidente?

—Tengo que explicártelo, Mbagnick hermano. Ngor no murió de un accidente. Todo lo que ha ocurrido es fruto de la voluntad divina. Es muy duro, pero si lo tomas así, verás aliviado tu dolor. ¡Animo, Mbagnick hermano!

Mbagnick Ndong respondió a las palabras de ánimo de Jackson con un penetrante grito. Con las dos manos apoyadas en la cabeza y los brazos pegados a la cara, retrocedió despacio llamando a su hermano con voz desgarradora hasta que llegó a la pared opuesta a la puerta.

—¡Eh, Ngor! ¿Dónde estás? ¡Eh, Ngor! ¿Qué ha pasado? ¡Ngor Ndong, mi hermano! Ngor, hijo de padre Timack y madre Hémess, ¿dónde estás, dónde estás, dónde estás? ¡Ay! ¡Mi hermano mayor ha muerto!

—¡Sí! Hermano Mbagnick, Ngor está muerto, por desgracia —confirmó Jackson con tristeza, intercalando resoplidos entre las palabras como si pugnara para no estallar en llanto—. ¡Tienes razón al llorarlo, Mbagnick Ndong

hermano! Ngor era tan bueno y es verdad lo que afirma el dicho, que siempre son los mejores los que se van primero. Yo también lo he llorado tanto que ya no me queda ni una sola lágrima.

—¿Qué le paso a Ngor? ¿Estaba enfermo?

—No. Es lo que te quería explicar. Anoche, en el mercado Sandaga, Ngor tuvo un altercado con una mujer. Ella lo acusaba de haberle robado la cartera, que contenía quince mil francos, porque cuando se dio cuenta de la desaparición vio a Ngor cerca de ella y...

—Mentía —lo interrumpió con vehemencia Mbagnick Ndong—. Padre Timack y madre Hémess no han engendrado ladrones. Se puede remontar a más de diez generaciones y en nuestra familia no se encuentra ni uno, ni mujer ni hombre. Juro que esa mujer mentía. ¡Que me vaya al lado de mi hermano Ngor allá donde esté si esa mujer no mentía!

—¡Escápate, escápate, Mbagnick hermano! —le deseó Jackson—. No irás a hacer compañía a Ngor allá donde está. La mujer no decía la verdad, en efecto. Un policía que se encontraba en el lugar los condujo a los dos a comisaría. En el momento en que cacheaban a Ngor, se mareó y cayó de repente al suelo. Lo transportaron de urgencia al hospital y murió poco después de ingresar.

Los lamentos de Mbagnick Ndong, que no habían cesado ni un instante, ni siquiera mientras hablaba, volvieron a arreciar.

—Hermano mayor, ¿qué te pasó? ¡Esa mujer mentía, lo juro!

—Tienes razón, hermano Mbagnick, esa mujer mentía. Antes incluso de que transportaran a Ngor en la ambulancia, reconoció que se había equivocado, que nadie le había robado la cartera y que la llevaba guardada en el sujetador, pero que lo había olvidado. En cuanto me avisaron, fui a la Policía y me encaré con el comisario. Le hice saber que aunque Ngor fuera un simple portero de la Maternidad del hospital Le Dantec, en este país había parientes y amigos que representaban algo, que querían que se aclarasen las circunstancias de su fallecimiento. Enseguida abrieron una investigación, que yo supervisé de cabo a rabo, para saber qué había pasado realmente, si los policías habían pegado o no a Ngor. Pero no le hicieron nada a Ngor, lo juro. Ha sido Dios tan sólo la causa de su muerte. En el hospital, el médico que lo recibió me explicó, cuando le pregunté, que había muerto de un ataque de corazón. El mismo médico me dijo que, cuando examinó su corazón, vio que había sido la vergüenza de verse acusado de robo y de haber sido llevado a la Policía lo que había acabado con Ngor. Hay hombres que tienen la sangre tan pura, tan noble, que no soportan una

humillación de esa clase. Ngor era de esa clase de personas. Para mí, aquello no podía acabar de esa manera, sin embargo, porque Ngor era mi amigo. Así que volví a la Policía y, después de amenazar al comisario, me fui a ver al ministro de Interior. Si el policía hubiera efectuado las comprobaciones en el lugar de los hechos, en lugar de haberse llevado a Ngor a comisaría, argumenté, él todavía estaría con vida. La Policía tenía, por lo tanto, una gran responsabilidad en su muerte y estaba obligada a indemnizar a su familia. Yo, cuando me ocupo de los asuntos de un amigo, sobre todo de un amigo como Ngor, al que consideraba como un hermano, lo hago como si fueran los míos propios. No me dirijo a los subalternos ni a los empleados de poca monta, sino a las altas esferas. Allí, cuando descargué el puño sobre la mesa, comenzaron proponiéndome dos millones, que rehusé de plano. Ngor tenía una familia, estaba casado. Su mujer embarazada estaba en el pueblo y no era cuestión de aceptar dos míseros millones, puras migajas. De modo que exigí diez millones, ni más ni menos. Después de duras negociaciones, los he obtenido. Cinco millones ahora y cinco dentro de quince días. Lo que yo te propongo, Mbagnick hermano, es que cojas ahora los cinco millones, puesto que Ngor mamó del mismo pecho que tu. A ti te corresponden éstos. Los otros cinco millones los repartirás con la viuda y con los otros parientes cercanos dentro de quince días. Esto debe quedar entre nosotros.

Mientras Jackson explicaba, Mbagnick Ndong seguía llorando y no parecía escucharlo. Cuando le anunció la suma que se suponía que iba a corresponderle, los lamentos pararon en seco. Se despegó de la pared en la que se había apoyado y avanzó tres pasos, golpeándose el pecho con la palma de la mano.

—¿Los cinco millones enteros para mí, para mí, Mbagnick Ndong? —preguntó con incredulidad, con la mirada fija en el maletín que sostenía Jackson.

—Los cinco millones son todos para ti, Mbagnick hermano —declaró, y le dio una amistosa palmada en la espalda.

—¿No me engañas, de verdad?

Jackson emitió una de sus ruidosas carcajadas.

—¿Acaso te doy esa impresión? Y además, ¿para qué iba a engañarte en un momento tan doloroso para ti, Mbagnick hermano?

—Tienes razón, te pido perdón. ¡Ja! Yo, Mbagnick Ndong, en posesión de cinco millones. ¡Nunca se sabe lo que nos reserva Dios!

—¡Es cierto! —corroboró Jackson—. ¡Lo que él nos tiene reservado llega siempre en el buen momento! Lo que ocurre es que el hombre tiene prisa y no sabe esperar. Mbagnick Ndong hermano, es preciso que me escuches un

momento más, porque es importante.

—¡No tengo oídos más que para ti!

—Verás, los diez millones han comenzado a suscitar celos en el hospital Le Dantec. Los envidiosos afirman que a Ngor lo detuvieron en su puesto de trabajo, en la puerta de la Maternidad, unos policías que le dieron una paliza de muerte, lo cual es falso. Pretenden organizar manifestaciones en el hospital y están dispuestos a hacer cualquier cosa para que no se paguen las indemnizaciones con el argumento de que la familia de Ngor no necesita diez millones, sino justicia...

—¡Son unos embusteros! —exclamó, indignado, Mbagnick Ndong—. ¿Quién les ha dicho eso? Aunque no los conozco, sé que son unos embusteros, unos envidiosos como tú mismo has dicho. ¡Que la familia de Ngor no necesita diez millones, sino justicia! ¡Qué gran mentira!

—Lo has comprendido bien, mi hermano Mbagnick, así que debes tener cuidado —prosiguió Jackson—. Es posible que vengan a verte hoy mismo o mañana para contarte mentiras. La verdad es que a Ngor lo acusó por error de robo una mujer en el mercado Sandaga y que ningún policía le hizo nada. Tienes que estar muy atento, insisto. Si vienen a verte, no los escuches. Échalos. Son sindicalistas, gente peligrosa que está contra el partido y no hacen más que buscar complicaciones y piojos en la cabeza de los demás. Porque si los escuchas, si hay problemas en el hospital, el Estado retirará los diez millones y ordenará una nueva investigación que será larga, muy larga. El resultado puede tardar incluso diez años, y no es seguro que al final de esta nueva investigación vayan a pagar los diez millones. Todo el mundo sabe que cuando el Estado da y después se vuelve a quedar con lo que ha dado, ya no vuelve a dar nunca más. Ahora ya tienes los cinco millones para ti solo, Mbagnick hermano, y dentro de quince días, habrá otros cinco para el resto de la familia, de modo que debes ser sensato. ¡Si los sindicalistas envidiosos vienen a verte, échalos y no los escuches!

—¡Tú déjalos de mi cuenta! —espetó con ferocidad Mbagnick Ndong, sin comprender apenas nada, salvo que había unos envidiosos que podrían impedirle cobrar sus cinco millones—. ¡Al primero que venga, lo echo con un garrote sin dejarle tiempo ni para abrir la boca!

—De acuerdo, muy bien, Mbagnick hermano, confío en ti. ¿Sabes firmar?

Mbagnick Ndong entornó los ojos y sacudió la cabeza con despecho.

—Nunca fui a la escuela, ni a la francesa ni a la árabe.

La estentórea risa de Jackson volvió a resonar.

—No importa, Mbagnick hermano.

Sacó varias hojas mecanografiadas y un tampón del maletín y las dejó encima de la tapa.

—¡No hay de qué preocuparse, mi hermano Mbagnick! —afirmó—. Tú pones el dedo índice en la almohadilla de tinta... Sí, eso es. Después aplicas el dedo aquí, al final de la primera página. Muy bien, y ahora en la otra, y en la otra también. Vuelve a mojar el dedo en el tampón. Perfecto, ahora marca otra página. ¡Muy bien, Mbagnick Ndong hermano!

Tras devolver las hojas y el tampón al maletín, extrajo un grueso fajo de billetes, que tendió a Mbagnick Ndong, quien por su parte los cogió con la prontitud de un gato que da caza a un ratón.

—Ahora, Mbagnick hermano, vas a venir conmigo a Dakar —propuso Jackson—. Tenemos que atender ciertos trámites para poder cobrar tus cinco millones. Estos doscientos cincuenta mil francos te los doy yo, con el corazón. Es mi participación para el funeral de nuestro pobre hermano Ngor. ¡Ah, me olvidaba! Debemos proceder a su inhumación. ¿Tenéis otros parientes en Dakar?

—No.

—Da igual. Ya lo tengo todo previsto. Te espero en el coche, no tardes.

Una vez solo, pictórico de alegría, Mbagnick Ndong depositó los billetes encima de la cama y retrocedió para observarlos. Con las manos en jarras, esbozó maquinalmente una sonrisa beatífica. Luego se volvió con una pirueta y se encaminó a la vieja maleta de cartón que había en un rincón, diciéndose que tampoco podría ir a Dakar vestido con un pantalón y una camisa sucios como un hígado de perro..., ¡y menos aún para enterrar a su hermano, no señor!

La maleta contenía el resto de su ropa, un conjunto de túnica y pantalón bombacho de bombasí, de color verde desteñido, que su patrón le había dado como obsequio para la fiesta del cordero y que sólo se ponía en días señalados, un pantalón de tergal, un vaquero y dos camisas, compradas en un puesto de ropa usada en Rufisque.

Mbagnick Ndong optó por la indumentaria de las grandes ocasiones.

Mientras se cambiaba con diligencia, se preguntó si debía guardar el dinero en la habitación o llevarlo consigo. Enseguida resolvió la disyuntiva.

—¡Yo no estoy loco! —exclamó en voz alta—. Allá donde yo vaya, irá mi dinero.

Regresó a la cama y, tras coger los billetes, los metió en el bolsillo delantero

de la túnica después de haberse cerciorado de que no tenía ningún agujero. Ya estaba en el umbral para salir cuando volvió sobres sus pasos, sacó el dinero del bolsillo, se quitó la túnica y la arrojó a la cama. Entonces examinó el bolsillo izquierdo del bombacho y, satisfecho de la inspección, introdujo los billetes en él. Luego, retomando la túnica, la volvió del revés, deshizo con los dientes la costura del bolsillo lateral correspondiente al del bombacho donde se encontraba el dinero, la volvió del derecho y se la volvió a poner. Entonces introdujo la mano izquierda en el bolsillo desgarrado, después en el del pantalón y, tranquilizado por fin, rodeó con ella los billetes.

Debía tener cuidado, tomar precauciones, estar continuamente prevenido. En Dakar había ladrones muy hábiles que operaban en todo lugar y ocasión. Dotados de una diabólica destreza, armados con una cuchilla, cortaban el bolsillo que contenía el dinero. Atraídos por éste, cual carroñeros que acuden al olor del cadáver de un asno, lo desplumaban a uno y se esfumaban antes de que se diera cuenta. No obstante, a él, Mbagnick Ndong, nadie conseguiría robarle su dinero, por más ducho que fuera. Antes tendrían que cortarle los dedos de la mano, sin que lo notara, cosa que era totalmente imposible.

Cuando Mbagnick Ndong salió, se había hecho ya de día. Encontró a Jackson sentado en su BMW amarillo encarado en dirección a la carretera, con el motor en marcha, ocupado en tomar pequeños sorbos de la botella de vodka, apenas empezada. Se instaló en el asiento de al lado, con la mano metida en el bolsillo del pantalón.

Jackson tapó la botella y se enjugó los labios con el dorso de la mano.

—¿Estás listo, mi hermano Mbagnick? —inquirió.

—Sí —confirmó Mbagnick Ndong con una leve demora y un brillo de ansiedad en la mirada, que no despegaba de la botella.

Habría querido curarse la resaca, pero no se atrevía a decirlo.

Jackson lo advirtió de todos modos. Exhalando una de sus extravagantes carcajadas, le guiñó el ojo con complicidad y le pasó la botella antes de poner en marcha el vehículo.

Mbagnick Ndong abrió la botella y se dispuso a llevársela a la boca, pero en el último momento lo asaltó una duda.

—¿Puedo beber directamente? —consultó.

—¡Por supuesto que sí, mi hermano Mbagnick, por supuesto! ¿Qué son esas ceremonias? ¿Acaso no estamos entre hermanos?

—¡Sí, sí, perdona!

Mbagnick Ndong se dijo que por fin había llegado su hora. Le había tocado en suerte un as, ¡un as de picas!

El sol acababa de despuntar entre un cúmulo de nubes y, ya a esa hora temprana, sus potentes rayos anunciaban un día de tórrido calor.

En la morgue del hospital Le Dantec, completamente borracho después de haber dado cuenta de la botella durante el trayecto, con la mirada perdida y las piernas desfallecientes, Mbagnick Ndong saludó a una decena de hombres que Jackson le presentó como representantes del personal, personas que habían acudido a acompañar hasta su última morada a su pobre compañero Ngor, y dos viejos, encargados respectivamente del aseo del cadáver y de la oración mortuoria.

La retirada de un cadáver del depósito es una operación larga y fastidiosa en la que se perdían como mínimo dos o tres horas en días laborables y entre medio día y un día entero los domingos. Al cabo de menos de quince minutos, el cuerpo de Ngor Ndong se hallaba de camino hacia el cementerio musulmán de Bétoir, en el interior de un coche fúnebre. En el BMW de Jackson, Mbagnick viajaba dando cabezadas. Detrás iba una camioneta que transportaba a los viejos y a los «representantes del personal».

La oración y la inhumación se desarrollaron con rapidez en el cementerio. El sepulturero todavía no había acabado de cerrar la tumba cuando, seguido de sus compañeros, Jackson tomaba ya la dirección de la salida.

Mbagnick Ndong, que a su pesar de su ebriedad no había soltado en ningún momento los billetes del bolsillo del bombacho, dedicó una última mirada al montículo de tierra que acababa de formar el enterrador y se fue tras ellos.

Afuera el coche mortuorio y la camioneta se habían ido ya.

Jackson estaba de pie, apoyado en la puerta del BMW. Cuando Mbagnick Ndong llegó a su lado, del bolsillo de su abultada túnica sacó seis billetes de cinco mil francos y se los entregó.

—Mi hermano Mbagnick, hay un pequeño contratiempo —explicó—. Había olvidado que como hoy es domingo, los bancos están cerrados. Hasta mañana no podrás cobrar los cinco millones. No pasa nada. Toma esto mientras tanto para volver a Sangalcam en taxi. Tengo un talonario encima, espera... —Volvió a hundir la mano en el bolsillo de su gran túnica y extrajo un cheque que colocó delante de la cara de Mbagnick—. Ya has visto el cheque de cinco millones —prosiguió—. Creo que podremos arreglarlo mejor, y así te evitarás desplazarte

mañana. A primera hora, yo mismo paso a retirar en el banco los cinco millones y vengo a traértelos a Sangalcam a las doce y media en punto. ¿De acuerdo, entonces, mi hermano Mbagnick? ¿Quedamos así? Aunque si lo prefieres, nos damos cita en el banco el lunes a las ocho. Tú vienes con tu carné de identidad a cobrar tú mismo los cinco millones.

—No tengo carné de identidad —anunció Mbagnick Ndong.

—En ese caso no podrás sacar el dinero tú mismo —infirió Jackson al tiempo que volvía a guardar el cheque en el bolsillo—. Es un cheque al portador, de modo que es obligatorio presentar el carné de identidad para que el banco te dé los cinco millones, Mbagnick hermano.

Mbagnick Ndong ignoraba qué era un cheque al portador y, aunque hubiera dispuesto de un carné de identidad, habría dejado todas aquellas gestiones entre las manos del jefe del cantón.

—Prefiero que hagas lo que has propuesto al principio. Tú vas al banco mañana y sacas tú mismo el dinero. Te pido perdón por todo el tiempo que me dedicas y por las molestias que te va a suponer desplazarte hasta Sangalcam mañana.

—¡No, no! Mbagnick hermano, no tienes que pedirme perdón por nada. Para mí no es una pérdida de tiempo, ni siquiera me supone molestia alguna ir a Sangalcam para darte tus cinco millones. En realidad es un deber para mí, a causa de la profunda amistad que me ligaba a Ngor. Entonces, mañana, a las doce en punto, nos vemos en Sangalcam, y te entrego el dinero, ¿de acuerdo? Sobre todo espérame y no te vayas a ninguna parte.

Con lágrimas de gratitud en los ojos, Mbagnick Ndong revisó en el recuerdo diversas fórmulas capaces de expresar sus sentimientos de gratitud.

—¡Dios, que tiene con qué pagarte y que sabe pagar, él te pagará! —logró encontrar.

Después de estrecharle la mano, Jackson subió al BMW y arrancó con una gigantesca carcajada.

Mbagnick Ndong siguió con una mirada rebosante de agradecimiento el vehículo amarillo del jefe de cantón, que agitaba el brazo por la ventanilla a modo de despedida. El pobre diablo no tenía conciencia alguna de la sórdida maquinación de la que acababa de ser víctima. Como la polilla sometida a la atracción de una llama, el único foco en torno al que giraba su entendimiento eran los doscientos cincuenta mil francos que aferraba en el bolsillo del bombacho, los treinta mil que llevaba en el bolsillo delantero de la túnica y,

sobre todo, la perspectiva de entrar en posesión al día siguiente de la colosal suma de cinco millones.

En el aparcamiento del cementerio encontró un taxi y se instaló en el asiento de atrás.

—¡Voy a Sangalcam! —anunció, apoyando cómodamente la cabeza en el respaldo.

—¿Negociamos el precio o pongo en marcha el cuentakilómetros?

Mbagnick Ndong no tenía ganas de ponerse a negociar.

—El cuentakilómetros —respondió.

Una vez arrancó el taxi, Mbagnick Ndong soltó por fin los billetes y, tras sacar la mano del bolsillo, ejercitó las anquilosadas articulaciones de los dedos y, después de aplicarles un prolongado masaje, entrelazó las manos encima del vientre y cerró los ojos. Aún estaba borracho, pero mucho menos que un rato antes en el depósito de cadáveres y en el cementerio, donde viendo doble, con las piernas temblorosas, aquejado de hipo, náuseas y vértigo, lo raro era que hubiera aguantado sin vomitar y no hubiera acabado cayéndose en redondo. Ahora se sentía ligero y eufórico. ¡Cinco millones de francos contantes y sonantes sólo para él! Ni siquiera lo asaltó el menor remordimiento mientras se decía que la muerte de su hermano mayor era un buen..., no un buen, sino un excelente negocio para él. Su miserable existencia de cuidador de gallinas ponedoras y de pollos para carne que tenían que estar mejor alimentados, mimados y atendidos que él mismo había acabado de una vez por todas. Siendo pobre, siempre había soñado con ser rico, igual que anhela, naturalmente, comer quien padece hambre, o dormirse quien tiene sueño. No obstante, siempre había tenido el desagradable presentimiento de que su sueño era desaforado, que nunca se llegaría a realizar. ¡Y ahora lo increíble, lo realmente increíble era que ese sueño inalcanzable se estaba cumpliendo de verdad!

Él y su hermano, con quien se llevaban dos años, habían abandonado su pueblo natal de Fafaho, situado en las islas del Sine, tras la muerte de sus ancianos padres. De peregrinación en peregrinación, los dos hermanos habían ido a parar a Sangalcam, donde vivía una importante colonia de su misma etnia, serere. En cuestión de unos días, Ngor, más despabilado que él, había encontrado trabajo en una granja, pero se lo había cedido a Mbagnick al cabo de un mes y había proseguido viaje hasta Dakar, donde, poco después, había conseguido un empleo como portero de la Maternidad del hospital Le Dantec.

Para Mbagnick, los quince mil francos percibidos cada mes representaban un

importante ingreso, superior a lo que por culpa de la sequía reportaba por año, en cada cosecha, el campo de cacahuetes heredado de su padre, que cultivaba con Ngor. Si se apretaba el cinturón, al cabo de uno o dos años podría ir de visita al pueblo. Normalmente no debería tener dificultades en ese sentido, dado que era un insular poco acostumbrado a gastar el dinero. Cada mes, ahorraba los dos tercios del sueldo y vivía con el resto. Tres años más tarde, había ido a Fafaho tal como tenía previsto. Con los bolsillos llenos, había pasado una agradable estancia de dos semanas allí, durante la cual se había casado con una joven de Fafandang, un pueblo de la otra ribera del río. Después de los grandes festejos organizados para celebrarlo, había regresado a Sangalcam en compañía de su esposa.

Al cabo de un año, su mujer había dado a luz a gemelos. Mbagnick Ndong, cuyo salario se había duplicado, proclamaba muy ufano a los cuatro vientos que su patrón era el mejor y el más generoso de todos los propietarios de granjas. Las malas lenguas aseguraban, sin embargo, a su espalda que el motivo de que le hubieran aumentado la paga no radicaba en la magnanimidad del patrón, sino en que en realidad lo único que hacía éste era mantener a sus propios hijos. Y las malas lenguas no andaban erradas, porque los gemelos eran el vivo retrato del patrón, Dasylva, un caboverdiano de quien habían heredado el pelo rizado, los ojos castaños y la piel color canela. Fueron tantos los chismes que corrieron sobre aquellos gemelos que aquello tuvo funestas consecuencias para ellos. La lengua no es buena y cada día, sus nombres, Assane y Ousseynou Ndong, estaban en boca de todos, en todas las conversaciones, con una insistencia que no habría podido soportar ni el más recio árbol al verse privado de sus hojas. «¿Has visto a Ousseynou y Assane, los gemelos? ¿Con esa piel tan clara, cuando Mbagnick y su mujer son negros como culos de olla? ¿Y los ojos? A mí, lo que más me choca es el pelo. ¡No lo tienen crespo, sino ondulado como los de Cabo Verde!» Los pobres niños vivieron sólo dos meses y medio. Una buena mañana murieron uno tras otro, de repente, sin estar enfermos.

La mujer de Mbagnick Ndong lo abandonó poco tiempo después, sin que se llegara a saber por qué. Fue por entonces cuando comenzó a frecuentar la cabaña de Étienne, para ahogar en el vino de palma la pena, la depresión y la soledad provocadas por la muerte de sus hijos y la fuga de su esposa. Como la piedra que cae rodando por una pendiente, en poco tiempo se había vuelto un borracho. Dasylva lo había echado porque, a causa de la permanente borrachera, no atendía bien la granja. Las malas lenguas empezaron a asegurar entonces que si había

perdido el trabajo era porque se había marchado su mujer. Había conseguido a duras penas otro empleo, al cabo de tres meses muy difíciles, en una explotación mucho mayor pero con un sueldo de diez mil francos.

En el momento de la irrupción de Jackson en su vida, a los treinta y cinco años, Mbagnick Ndong no poseía nada aparte de la ropa que llevaba puesta, la que tenía en la maleta de cartón, la que se había quitado al ir a Dakar y los zapatos de plástico con que iba calzado. Eso era todo. Su incierto porvenir y su horizonte sin salida se reducían a la granja en la que para vivir, o para sobrevivir más bien, tenía que regar los árboles, dar de comer a las aves y recoger los huevos para el patrón. No tenía otra alternativa.

Y he aquí que de golpe el buen Dios hacía de él, Mbagnick Ndong, un hombre rico que poseía cinco millones. Para él, eran ya suyos con la misma certidumbre que los seis billetes de cinco mil y el fajo de doscientos cincuenta mil francos que guardaba en los bolsillos, de eso no le cabía la menor duda. Iba a mandar a paseo de manera definitiva y radical la mugrienta miseria que desde siempre había tenido que aguantar en ese bajo mundo. ¡Uno, dos, tres, cuatro, cinco millones! Ahora le tocaría a él, Mbagnick Ndong, disfrutar de una vida de *nabab*, la buena vida, un buen coche, bonitas esposas, sí, cuatro esposas muy guapas y muy jóvenes. ¿Y por qué no? Una vasta propiedad en la que un criado trabajaría para él y se ocuparía de sus árboles y de sus aves, ropa buena en bombasí de primera, amarillo casi siempre y botas del mismo color, igual que el jefe de cantón. Le iba a pedir que le diera el nombre y la dirección de su sastre, y también de su zapatero, que seguramente debía de ser de Ngaye Mékhé. Nunca más volvería a remojarse el gaznate con vino de palma, que apesta y hace orinar todo el tiempo. No, sólo degustaría licor del fino, con sabor y olor agradables, que daban calor en todo el trayecto, de la boca al estómago, como el que se había tomado hacía un rato. La gente se diría, extrañada, que no era Mbagnick Ndong el hombre que veían y...

—¡Ya casi hemos llegado a Sangalcam, patrón!

La voz del chófer interrumpió el curso de los pensamientos de Mbagnick Ndong. Abrió los ojos con sobresalto y comprobó que acababan de dejar atrás Ndjihirat. Advirtió, contento, que el taxista lo había llamado «patrón». Jamás nadie lo había llamado así. No cabía duda de que los cinco millones lo transfiguraban ya, que en la cara se le veía que era un hombre rico. El chófer lo había notado y por eso lo había llamado «patrón».

—Después de la casa de dos pisos que hay al llegar al pueblo, tuerces por el

desvío de la derecha, justo antes de la gran ceiba —indicó.

Poco después, el taxi paró en la entrada de la granja, cerca del Peugeot 504 azul del propietario.

—Cuatro mil trescientos noventa francos, patrón —anunció el chófer, que paró el cuentakilómetros.

Una vez que hubo tentado el bolsillo izquierdo del pantalón para cerciorarse de que el dinero seguía allí, Mbagnick Ndong le tendió un billete de cinco mil francos por encima del hombro y le precisó que podía quedarse con el cambio, lo que le reportó vivas manifestaciones de gratitud. Después bajó del taxi y se adentró en la propiedad.

Encontró al patrón con los pies hundidos en el fango hasta los tobillos. El agua se había desbordado del depósito y había inundado todo el terreno. Se acordó de que había olvidado cerrar la bomba antes de irse con el jefe de cantón.

En cuanto lo vio, el patrón se puso a bramar de cólera.

—¡Mbagnick Ndong, a ti te esperaba! Te hablo a ti. ¿Estás loco, o te burlas de mí, o es que te duele el trasero? ¿Crees que te pago para que me arruines la finca, degenerado? ¡Mira, mira los destrozos que me has ocasionado, degenerado!

—Perdóname, soy yo el que te he faltado, así que te pido perdón —se disculpó Mbagnick Ndong, pese a que le dolió el insulto.

Reconocía que el patrón tenía razón por estar enfadado, que él le había causado un auténtico perjuicio, aunque consideraba demasiado fuerte la injuria. Como había obrado mal, debía encajarlo.

—Te pido perdón —repitió con sinceridad—. Es que me han informado de la muerte de mi hermano del mismo padre y la misma madre muy temprano esta mañana. La mala noticia me ha afectado tanto que me he ido a Dakar para retirar el cadáver de la morgue del hospital Le Dantec y asistir a su entierro en el cementerio de Bétoir sin darme cuenta de que ya había puesto en marcha la bomba. Perdóname, por los destrozos que he causado. Del cementerio de Bétoir, he vuelto lo más rápidamente posible. Incluso he tomado un taxi para volver a Sangalcam...

El patrón agitó el brazo por encima de su cabeza con gesto de rabia.

—Para mí como si joden a tu madre, ¿me oyes, Mbagnick Ndong? —vociferó, completamente fuera de sí—. Me tiene sin cuidado la muerte de tu hermano, aunque sea de la misma madre y de padres distintos, me da igual. Tu padre, tu hermana, tu hermano, tu madre, tus primos, toda tu familia, por mí

pueden reventar, ¿me oyes, Mbagnick Ndong? Por mí que revienten como perros aplastados por un camión. ¡Vete para allá! Y además, eso de que hayas venido de Dakar a Sangalcam en taxi me ha solventado una duda que tenía con respecto a ti desde hacía tiempo. ¿De dónde has sacado el dinero para pagarte un taxi? Por fin te he pillado con las manos en la masa. Tú me robas los pollos y los huevos y los vendes, y por eso tienes dinero para permitirte coger un taxi. ¡Ladrón! Voy a montar a tu madre antes de meterte en la cárcel, espera y verás. Y aparte, mira el material que me has estropeado. —Señaló la bomba de motor, de la que ascendía una densa columna de humo negro—. Como al irte has dejado el motor encendido, el aceite se ha acabado y todo se ha quemado. Lo has hecho adrede. Una bomba nueva que me había costado medio millón, destrozada. Y ahora contesta, ¿cuánto hace que no reciben mis pollos y mis gallinas su ración de comida y de agua? ¿Cuánto hace que no has recogido los huevos? Tres o cuatro días, por lo menos. Enloquecidos de hambre y de sed, los pollos se han puesto a pelear como salvajes y se han destripado a picotazos. Casi todos están muertos, y los que quedan vivos no van a tardar en morir porque ya arrastran las tripas por el suelo. Y las ponedoras han roto todos los huevos para beberlos y también han empezado a picotearse la barriga. Ve a echar un vistazo en los gallineros y verás que la explotación está perdida sin remedio. ¿Y tú no tienes nada más que venir contarme no sé qué de tu padre, o de tu hermano, que la ha palmado? Vas a vértelas conmigo, especie de degenerado, te voy a...

De repente, Mbagnick Ndong se acercó y, agarrando con firmeza el cuello de la camisa del patrón, a punto casi de asfixiarlo, le clavó una mirada fulminante en los desorbitados ojos.

—¡Eres tú, Gallo Diagne, el que va a vérselas conmigo! —gritó, tajante—. ¿Quién eres tú, Gallo Diagne? ¿Quién te has creído que eres para atreverte a insultarme? Yo mismo te voy a decir quién eres de verdad y así sabrás que tus rasgos simiescos no son obra del azar. Tu padre es un mono, un auténtico cinocéfalo. Por eso tu madre te puso al nacer el nombre de Gollo,[3] y no el de Gallo, que es como te haces llamar, y tu apellido, Diagne, de la familia de los monos, en recuerdo de tu padre. ¡Escúchame bien, Gollo Diagne, con las dos orejas, que te voy a contar tu historia!

Mbagnick Ndong explicó que hacía mucho tiempo, en un pueblecito de Ferio, una joven, la madre de su patrón, había salido una tarde a buscar leña seca al campo. Cuando volvía al anochecer con un fajo de leña en la cabeza, se

encontró con una manada de babuinos amarillos. Los monos la capturaron y la llevaron a su guarida, en un claro de difícil acceso. La primera parte de la noche, después de desnudarla, el gran jefe se la apropió y después la entregó a otros machos de la tribu, excitados por la visión del acoplamiento de la mujer y la bestia. Se habían abalanzado todos a la vez sobre ella y en todas partes donde tenía un orificio, la vagina, el ano, la boca, las orejas, la nariz y hasta los ojos, le habían introducido el pene. La gente del pueblo, al darse cuenta de que no había regresado, la había buscado durante toda la noche, pero fue en vano. Cuando por fin la encontraron con ayuda de los perros, por la mañana, todavía sufría los asaltos de los babuinos. Nueve meses después, había dado a luz a un niño medio hombre, medio mono: Gallo, perdón, Gollo Diagne.

En la mente del patrón volvieron a surgir de pronto lejanos recuerdos. Volvió a verse en la escuela primaria, a los siete años. El maestro pasa lista y los alumnos responden «¡presente!» al oír su nombre. «¡Gollo Diagne!», llama el maestro. Sentado en el fondo de la clase, éste agacha la cabeza, negándose a responder. Su compañero de banco cree que no ha oído y le da un codazo. Él persiste en su negativa y entonces el maestro dice con extrañeza: «¿Cómo, el mono no ha venido hoy?». Toda la clase estalla en carcajadas y concentra las miradas en él. Mientras resuenan los gritos de «¡Gollo! ¡Gollo!», ve al maestro doblado de risa. Odia a ese maestro, el señor Diop. Lo odia desde que al comienzo de curso, cuatro meses atrás, le dijo, después de haber recitado correctamente la lección de Geografía: «¡Muy bien! Pareces un mono, Gallo Diagne, pero te has aprendido bien la lección. ¡Está muy bien! ¡Gollo te pega más que Gallo!». A partir de ese día, se había convertido en el hazmerreír de toda la clase, que lo llamaba Gollo, *el Mono*. «¿Cómo, el mono no ha venido hoy?», se regodea otra vez el señor Diop. Entonces él se levanta del banco, toma su cartera y se dirige a la salida. Al llegar cerca del maestro, éste le pregunta, sin parar de reír: «Gollo, ¿adónde vas?». El niño abre la cartera, coge la piedra que había guardado en ella y se la arroja en plena frente. El señor Diop lanza un alarido y, vacilante, se toca la cara ensangrentada mientras él huye de la clase a la carrera, para no volver nunca más a la escuela.

—¿Y eres tú, Gollo Diagne, hijo de mono, quien se atreve a insultarme? —inquirió Mbagnick Ndong una vez hubo concluido su relato, y el patrón volvió a oír la voz del maestro y las carcajadas de la clase—. ¡Yo, Mbagnick Ndong, no quiero nada que venga de tu madre, ni joderla siquiera! ¡No me gusta comer de lo que han dejado los monos!

Estaba decidido. «Que todo el mundo sepa, empezando por el patrón, que hay otro Mbagnick Ndong.» En otro momento, habría aguantado sin rechistar las injurias. Ya decían que más vale doblar el espinazo que acabar con los huesos rotos. Pero ¡ahora que tenía cinco millones, no pensaba arrodillarse nunca más ante nadie! Ese proverbio era aplicable a los pobres. A ellos les tocaba arrodillarse hasta lastimarse la piel. Él, Mbagnick Ndong, era rico.

—¡Hijo de mono! —profirió una última vez en la cara del patrón, al tiempo que le propinaba un brutal empellón.

Gallo Diagne dio tres pasos hacia atrás, desconcertado ante la fiera y resuelta actitud de su mozo. Él, que siempre tenía la mirada gacha, que sólo lo llamaba «patrón», hasta el punto de que creía que ignoraba su nombre, había experimentado una súbita transformación.

—¡Estás despedido! —gritó.

Mbagnick Ndong avanzó con la mano tendida hacia Gallo Diagne, que volvió a retroceder tres pasos para situarse fuera de su alcance.

—Págame el sueldo de este mes. Sólo faltan tres días para final de mes. Descuéntalos de la cantidad que me debes. Págame el sueldo y me voy de aquí ahora mismo.

—¿Que te pague, yo? —inquirió, con voz estrangulada, el patrón—. No tengo que pagarte nada. Los destrozos que me has causado valdrían el sueldo de toda tu vida si siguieras trabajando para mí, aunque llegaras a vivir cien años. Da gracias a Dios de que no te llevo a rastras al cuartelillo. ¡Como no podrías pagarme, te pudrirías en la cárcel durante años!

Con la punta de los labios, Mbagnick Ndong imitó a la perfección el ruido de un sonoro pedo.

—Pues entérate de que me tenéis sin cuidado tú y tus amenazas de «cuartelillo». No me impresionas. ¡No puedes hacerme nada! Llévame al cuartelillo, a ver... Seré yo el que te meta en la cárcel, porque eres tú el que me debe un mes de sueldo. Págamelo, Gollo Diagne, hijo de mono.

El patrón pensó que ahora no le quedaba más remedio que pelearse con el criado. No sólo le había arruinado el negocio, sino que encima el muy insolente se permitía llamarlo... ¡No, aquello ya era demasiado! Iba a partirle la cara tal como le había partido la frente al señor Diop, para lavar la afrenta. Pero la mirada decidida de Mbagnick Ndong, manifiestamente dispuesto a todo, templó enseguida su ardor. Se dijo que con sus más de cincuenta años era mucho mayor que el mozo que, aun sin ser muy corpulento, contaba con la ventaja de la

juventud, una importante baza en cualquier combate. Además, su salud era precaria, ya que nunca se había recuperado del todo de la tuberculosis que lo había obligado a permanecer cuatro meses ingresado, tres años atrás, en el centro de Neumo-Tisiología de Fann. La lucha no era pues la decisión más juiciosa, pues aparte de ver perdidos sus bienes, se exponía a recibir una soberana paliza, lo cual ya sería el colmo.

—No te pienso pagar nada —vociferó—. ¡Date prisa, saca tus cosas de aquí y lárgate!

—Te regalo todo lo que tengo en la habitación —declaró Mbagnick Ndong —, pero mi sueldo no te lo doy. ¿Que no me quieres pagar? Bueno. Te dejo a cargo del buen Dios. Si no me pagas aquí, ya lo harás en el más allá.

—No te voy a pagar nada. ¡Vete ya!

Mbagnick Ndong escupió a los pies del patrón hundidos en el fango antes de darle la espalda. Con la mano metida en el bolsillo izquierdo del bombacho y la confianza en sí mismo redoblada por el contacto de los billetes, salió de la propiedad con la barbilla alta y el pecho ahuecado.

Estuvo muy ajetreado todo el día. Alquiló una habitación en el pueblo, se fue a Rufisque de compras y volvió a Sangalcam con un camión lleno de bultos. Después se instaló y empezó la espera.

La noche fue larga, muy larga. Mbagnick Ndong no pudo conciliar el sueño.

Muy temprano, mucho antes del amanecer, fue a apostarse al pie de la Ceiba, donde el jefe de cantón no dejaría de verlo cuando llegara a mediodía. Hacia media mañana, comenzó a estropearse el tiempo. Por el este se acumularon unos oscuros nubarrones que velaron el sol. Bajo el cielo encapotado, el aire se volvió inmóvil y el calor se tornó bochornoso y agobiante.

Mbagnick Ndong consultó su nuevo reloj por enésima vez. Las doce en punto y el jefe de cantón no daba señales de vida. No iba a tardar, de todas formas. Mbagnick Ndong mantenía la mirada fija en la carretera, convencido de que su coche amarillo iba a aparecer de un momento a otro.

Poco después, se desencadenó una terrible tempestad. El viento comenzó a soplar en torbellinos y sacudió los troncos y las copas de los árboles, y arrancó las cercas y los techos de las casas. Luego las nubes se dispersaron, el cielo se despejó, la temperatura bajó de manera repentina y empezó a llover a cántaros.

La lluvia mantuvo la cadencia durante cinco horas, después menguó en intensidad hasta que paró por fin. El sol volvió a salir enseguida. Mientras sus rayos hacían relumbrar con destellos de plata las gotas de agua retenidas en las

hojas de los árboles, la naturaleza volvió a asumir su curso normal, los pájaros volvieron a cantar y a volar en el cielo, y la gente salió a reparar los desperfectos de las casas.

Empapado hasta los huesos, Mbagnick Ndong seguía esperando bajo la ceiba, temblando de frío, todavía con la esperanza de que se produjera la inminente llegada del jefe de cantón. Después de teñir de rojo el horizonte, el sol se puso tras él. Casi al instante, la noche envolvió con su velo de tinieblas el húmedo paisaje.

Mucho después, vencido por el desánimo, el hambre y el cansancio, Mbagnick Ndong se resignó por fin a regresar.

El lunes por la mañana, el hospital Le Dantec se hallaba en plena efervescencia ya a partir de las ocho. El nombre de Ngor Ndong corría de boca en boca. Todo el mundo hablaba de la muerte del portero a manos de los policías que habían ido a buscarlo a su puesto de trabajo el sábado por la tarde, después de que lo hubiera agredido la esposa del fiscal general.

Tras una breve reunión, la delegación de la sección local del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Salud, dirigida por Kéba Kanté, un hombrecillo tiñoso vestido siempre con un traje de tela de Lagos de colores desgastados, decretó un movimiento de protesta. Se decidió efectuar una huelga de advertencia todo el día, con sentada delante de la dirección, a partir de las nueve, para exigir la apertura de una investigación que condujera al castigo de todos y cada uno de los culpables.

El amplio seguimiento de la huelga dejó paralizado el hospital.

Avisado por el director, el ministro de Sanidad envió un comité de investigación tal como pedían los sindicalistas, compuesto por tres miembros del sindicato y cinco funcionarios del departamento.

Hacia las cuatro de la tarde, el comité hizo públicas sus conclusiones.

La versión de los hechos desencadenantes de la muerte de Ngor Ndong que habían dado los representantes sindicales era absolutamente fantasiosa.

Al portero lo habían llevado a comisaría, en efecto, pero no desde su puesto de trabajo, la puerta de la Maternidad donde normalmente debía haberse encontrado, sino desde el mercado de Sandaga, al mismo tiempo que a una mujer llamada Salamba Gadiaga, que lo acusaba de haberle robado la cartera en la que llevaba quince mil francos, suceso que había tenido lugar delante de varios testigos.

Si Ngor Ndong había hallado la muerte en la comisaría, se había debido a un

ataque cardiaco. El médico forense no había detectado ninguna huella de violencia en su cuerpo. Todo ello venía avalado por documentos auténticos que constituían pruebas jurídicas irrefutables: certificado de defunción por muerte natural, informe de autopsia, a la que había asistido el propio hermano del portero-Mbagnick Ndong—, que corroboraba el ataque cardiaco, testimonios recogidos bajo juramento y en presencia de notario, de la señora Salamba Gadiaga y del mencionado hermano, quienes, dada su incapacidad de firmar, habían estampado sus huellas en las hojas que contenían su declaración.

En cuanto a las alumnas de tercero de la escuela de comadronas, supuestos testigos oculares de la agresión de que fue objeto Ngor Ndong por parte de la esposa del fiscal general y de la paliza infligida por la Policía en la entrada de la Maternidad, al ser interrogadas de forma individual, habían afirmado sin excepción que no estaban al corriente de nada. Lo mismo sucedía con el enfermero Paul Djibalène, a quien se había interrogado también. Había declarado no haber curado a Ngor Ndong de una herida en la cara, tal como algunos sostenían. Por lo demás, su nombre no constaba en el registro donde se anotaban los nombres de todos los enfermos atendidos en el pabellón Avicenne durante su turno de guardia, en la noche del sábado al domingo, de las dieciocho a las ocho horas.

La oficina de la sección local del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Salud, incapaz de presentar la menor prueba de sus graves acusaciones, verdaderos infundios, había arrastrado a sus miembros a una precipitada acción de nefastas consecuencias, ya que se había constatado un elevado índice de defunciones en todos los servicios, en especial los de reanimación y cuidados intensivos, muertes debidas a la falta de vigilancia y de aplicación de los tratamientos médicos prescritos a los enfermos.

La esposa del fiscal general, injustamente incriminada, se reservaba el derecho de recurrir a la justicia.

Las sanciones profesionales fueron inmediatas: los delegados sindicales fueron suspendidos de sueldo a la espera de la realización del consejo disciplinario y todos los que habían seguido la huelga recibieron una amonestación y se les descontó un día de paga.

—¿Y bien, jovencitos? —exclamó Jackson con una de sus excepcionales carcajadas—. ¿Qué os había dicho? Con el dinero y una lengua agradable, se soluciona todo, absolutamente todo. ¡En este país, la gente tiene hambre y se deja comprar como simples buñuelos!

—¡Eres único, Jackson! —elogió Matar Samb, lanzando una admirativa mirada al gigante que permanecía acodado en la mesa, con las manos cruzadas bajo la barbilla y un cigarrillo encendido en la comisura de los labios—. A decir verdad, tenía dudas de que lo consiguieras.

Al lado de Matar Samb estaba el profesor Gomis que, a su llegada en torno a las cuatro y media, los había informado de que en el hospital Le Dantec la manifestación organizada por el sindicato no había tenido más consecuencias que un pedo de conejo en pleno campo.

—Te felicito —dijo con un gesto de aprobación—. Jackson, eres un auténtico mago. ¡Hablando de buñuelos, le has dado la vuelta a la tortilla!

Acababan de dar cuenta de una copiosa comida, regada con abundante vino. La habían tomado tarde, porque antes estaban desganados a causa de la ansiedad ocasionada por la espera de los resultados de la investigación. El mayordomo había recogido la mesa y había servido el café antes de irse a la cocina; los había dejado absortos en su conversación.

—En todo caso, yo tengo una deuda eterna contigo, Jackson —afirmó Matar Samb con voz patética, después de aspirar con detenimiento el humo del cigarrillo. Se volvió hacia el médico para ponerlo por testigo—. Armando, hablo delante de ti. Sé lo que Jackson ha hecho por mí y no lo olvidaré jamás de los jamases. Me ha salvado de una deshonra segura, que es lo mismo que decir que me ha salvado la vida. Sin él, mi carrera se vería amenazada, interrumpida, y eso es algo, lo admito, que no habría podido soportar. Armando, lo que digo sale de lo más profundo de mi corazón: has de saber que tengo una deuda con Jackson para el resto de mi vida.

El profesor Gomis dejó la taza de café y se rascó la nuca, con la mirada fija en el techo.

—Aunque hay que reconocer que te ha costado carísimo —objetó—. ¡Diez..., no, doce millones, es una cantidad enorme!

Jackson emitió una carcajada aún más estridente que de costumbre.

—¿Eso crees, mandiago devorador de carroña?

—¿Qué más da, Armando, qué más da? —atajó sin ambages Matar Samb—. ¿Sabes de qué hablas? ¿Para qué sirve el dinero si no es para protegerse del deshonor, ya que no va a impedir que muera?

—¡De acuerdo, jurista! —concedió el médico—. De todas maneras, me parece que doce millones es una fortuna.

—¡Que no, Armando, que no! —insistió Matar Samb—. Doce millones no

son nada al lado de lo que habría pasado si Jackson no hubiera sofocado con magistral arte el escándalo, gracias precisamente a esos doce millones. Estaba incluso dispuesto a gastar más...

—En realidad, la suma total se eleva a quince millones —intervino Jackson, cazando al vuelo la oportunidad—. Mi amigo negociante es un verdadero buitre, ya te lo había dicho. Con su olfato de brujo, ha intuido que necesitaba con urgencia los ocho millones y, en lugar de su porcentaje habitual, ha pedido cinco millones directamente. Por lo tanto, ocho más cinco dan trece millones para él, que con los dos que adelantaste el sábado por la noche, suman quince millones.

—No hay problema —dijo Matar Samb.

—¡Oye, Jackson, estás exagerando! —manifestó con incredulidad el profesor Gomis.

Matar Samb miró al médico con expresión reprobadora, como si hubiera dicho una blasfemia.

—¿Y en qué exagera? Armando, ¿es que no has comprendido la importancia de lo que estaba en juego? Era mi honor. ¿Cómo puedes considerar carísimo el precio que ha habido que pagar para evitar cualquier salpicadura contra mi honor? Dime, Armando, ¿acaso evalúas mi honor en esos quince míseros millones que tú llamas una fortuna?

—¡Que no, jurista! —protestó con vehemencia el médico—. Te estás yendo por otro lado.

—¡Mi honor vale mucho más que quince millones, Armando, te lo aseguro! —insistió Matar Samb.

—Ésa no es la cuestión, jurista, créeme —se justificó con embarazo el médico.

—Entonces, ¡dejémoslo! —contestó Matar Samb antes de dirigirse al gigante —. Jackson, te pagaré la totalidad. Si mal no he comprendido, te debo entregar trece millones, ¿no?

—Trece, sí, mi querido fiscal general —confirmó—. Te detallaré los gastos al completo. Me vi obligado a pagar cinco millones a la familia de Ngor Ndong. Algunos de los parientes no querían atender a razones al principio, sobre todo uno de los primos, que es maestro. ¡Ya conoces a los maestros, mucha labia y muchas deudas! Hablaba de informar al ministro de Educación Nacional, que resulta que es el responsable político de su comarca...

—¡Tú también, Jackson! —lo interrumpió Matar Samb con un asomo de irritación en la voz—. Me incomodas con esos detalles. No me gusta hablar de

dinero y, además, sabes muy bien que tengo plena confianza en ti.

—Cuando se trata de dinero, sobre todo de sumas importantes, es mejor pasar cuentas —insistió Jackson—. Eso no excluye la confianza. A Djibalène, el enfermero que curó a Ngor Ndong, le di doscientos cincuenta mil francos. No fue difícil. Cuando llegué a su casa, en el barrio de Baye Gaïndé, lo habían expulsado de la vivienda por un retraso de un trimestre en el pago del alquiler. Después de varias órdenes de desalojo, el propietario había desmontado las puertas y las ventanas del piso para obligarlo a salir. Estaba en la calle, con las maletas, la mujer y los hijos, sin saber adónde ir. Al cabo de cinco minutos de conversación conmigo, se volvió a instalar en su vivienda. El médico que ha elaborado el certificado de defunción y el informe de autopsia ha cobrado un millón y medio, al igual que el notario. Los actores que representaron el papel de delegados de personal, los dos viejos..., el lavador y el recitador de oraciones..., y el alquiler de la camioneta costaron un millón en total. Hubo que dar doscientos cincuenta mil a Salamba Gadiaga por su falso testimonio, y la misma cantidad al encargado de la morgue para poder retirar el cadáver antes de la hora de abertura, cincuenta mil para untar la mano del chófer del coche mortuorio y doscientos mil francos para pagar recados confiados a personas de confianza, cuatro, que han recibido cincuenta mil francos cada una. ¿Cuánto suma eso en total?

—¿Cuánto suma eso en total? —repitió Matar Samb, con el dedo apoyado en la frente como si estuviera calculando.

—Resumamos —propuso Jackson—. La familia del portero, cinco millones. El enfermero, doscientos cincuenta mil. El médico, un millón y medio. El notario, un millón y medio también. Eso suma ocho millones doscientos cincuenta mil. La camioneta, los dos viejos, los actores: un millón. La señora Salamba Gadiaga y el encargado del depósito de cadáveres: doscientos cincuenta mil francos a cada uno. El chófer, cincuenta mil. En total, la suma exacta es de diez millones. Los diez millones que he gastado.

—¡Qué bueno eres en matemáticas, Jackson! —alabó con asombro Matar Samb—. Diez millones, en efecto.

—Diez millones exactos —continuó el gigante—. Recapitulemos. Para conseguir esos diez millones, tú me diste dos, y mi amigo, el buitre, ocho. ¿Estamos de acuerdo? Bien, si añadimos los cinco que exige como interés, eso da los quince millones. Ahora descontamos a esos quince millones los dos que entregaste el sábado y nos da los trece millones que tienes que darme, mi

querido fiscal general. ¿Está claro?

—¡Luminoso! —aprobó Matar Samb—. Ahora mismo te los doy.

Se levantó de la mesa y subió al dormitorio.

En cuanto hubo desaparecido por la escalera, el profesor Gomis se inclinó hacia Jackson con aire de conspirador.

—¡A ver, seamos serios, Jackson! ¿De verdad...?

—No te esfuerces con esa fingida complicidad —lo interrumpió en voz alta, con una enorme risotada—. Voy a hablarte muy en serio, devorador de cadáveres. ¡Como sigas entrometiéndote en mis planes, por la cabeza de mi madre, te juro que le digo al fiscal general que te acuestas con su mujer!

Ni aunque le hubieran metido una hormiga legionaria en el calzoncillo, el médico habría reaccionado con tanta rapidez.

—¡Qué! —exclamó, despegándose de la silla.

Luego miró con inquietud hacia la puerta.

—Pero ¿qué dices, Jackson? Por la Santa Cruz, estás equivocado. Te juro, de verdad, que te equivocas. Yo...

—Sí, tú, Armando Gomis —corroboró el gigante, sin bajar la voz—. Sí, tú, sigue poniendo en entredicho mis palabras. El que te engaña... Ya verás si no le pongo al corriente a Matar Samb. ¡Traidor, mal hermano!

—Es peligroso lo que dices, Jackson. ¡Y además, te equivocas totalmente! —afirmó el médico al tiempo que volvía a tomar asiento.

—¿Quién se equivoca? Mira, para atajar de entrada todas tus negativas, te voy a contar cómo empezaste la primera vez. Fue poco después de que ella tuviera la niña. Había venido a verte a tu consultorio de la Maternidad por un problema de frigidez que la obsesionaba, y tú aprovechaste para...

Matar Samb volvía al comedor. De espaldas, el profesor Gomis oyó sus pasos. Pálido, con el labio inferior caído, suplicó mudamente a Jackson que se callara.

—... para hacerle una consulta especial, tal como tienes por costumbre hacer con tus bonitas clientes. ¡Falso hermano, golfo, traidor! —prosiguió el gigante, haciendo caso omiso de la compungida expresión del médico.

Matar Samb había llegado a su lado. Sin prestar la menor atención a su conversación, pese a haber oído con nitidez las últimas palabras de Jackson, depositó frente a él una bolsa de plástico azul antes de volver a sentarse.

—¡Aquí tienes, Jackson! —anunció, deslizando la cremallera—. Dentro hay quince millones. Le pagas al buitre, como tú lo llamas, sus trece millones; los

otros dos son para tu comisión.

—¡Ah no, mi fiscal general! —protestó Jackson—. A ti no te cobro comisión. Tú eres mi joven amigo, y como me necesitabas te he hecho el favor. Es natural. Cuando yo te necesite, te lo haré saber.

—¡De ninguna manera! —insistió Matar Samb—. Quédate con los dos millones de comisión, o si no, me niego a pagar los trece.

—En ese caso acepto, mi fiscal general —declaró Jackson, que calculó que la cuerda ya estaba suficientemente tensa.

—Puedes poner el dinero en el maletín, es más discreto. Pero tendrás que devolvérmelo, porque es un recuerdo de mi padre —indicó Matar Samb.

Jackson transfirió con presteza los billetes de la bolsa al maletín; tras tomarlo por el asa, se puso en pie.

—Os dejo, jovencitos —dijo—. Mandiago comedor de carroña, no olvides mi advertencia. Mi fiscal general, transmite mis saludos a la señora cuando regrese.

—Descuida, Jackson, así lo haré —prometió Matar Samb—. Pero, espera, que abriré una botella de Smirnoff.

—No, gracias —declinó el gigante—. Con el vino que he tomado en la comida me da ya vueltas la cabeza. Es que no aguanto bien el vino, así que si encima tomo vodka, no podría conducir. Sería igual de peligroso e imprudente que acostarse con la mujer de otro. Devorador de cadáveres, no te he oído. ¿Has retenido mi advertencia?

—¡Sí la he retenido, Jackson! ¡Déjalo ya! —murmuró entre dientes el médico, cabizbajo.

Consternado por la pérfida alusión de Jackson, todavía se preguntaba cómo diablos había podido enterarse con tanta precisión. Seguramente la propia Ramata se lo había explicado, no podía ser de otro modo.

—¡Será mucho mejor para ti, golfillo, falso hermano, traidor! —espetó una vez más Jackson.

Después salió, dejando en el comedor el eco de su desaforada risa. Se fue satisfecho, y motivos no le faltaban. Había hecho su agosto en aquella operación. En realidad, no había tenido tratos con ningún hombre de negocios y no había gastado en total más que un millón quinientos treinta mil francos: quinientos mil francos para el médico, doscientos cincuenta mil para Salamba Gadiaga, doscientos ochenta mil para Mbagnick Ndong, doscientos cincuenta mil para el notario y el resto repartido entre Djibalène, el alquiler de la camioneta, el

soborno del chófer del coche mortuorio, los actores, los dos viejos y el encargado del depósito de cadáveres.

Afuera el cielo estaba encapotado y el fresco viento que soplaba acarreaba un fuerte olor a lluvia. No lejos de allí, debía de estar lloviendo.

En el umbral de la casa, Jackson vio que el portero cerraba el portal de la vasta residencia tras el paso del Mercedes rojo de Ramata. Bajó deprisa las escaleras y llegó abajo en el momento en que ella paraba el coche al lado de su BMW amarillo.

—¡Buenos días, mi gran hermano que ahora me rehuye y al que ya no veo nunca! —lo saludó ella, sonriente, mientras se apeaba.

Jackson se inclinó y, tras besarla afectuosamente en las mejillas, se enderezó tomándole la mano.

—Que no, hermanita, no te rehuyo. Es que he estado de viaje últimamente —explicó—. El sábado por la noche, pasé, pero ya te habías acostado. Hoy, al llegar he preguntado por ti, y el fiscal general me ha dicho que estabas en el fisioterapeuta. Además ¿por qué te iba a rehuir, hermanita?

—¡Era broma, gran hermano! ¿Y qué novedad hay en el frente?

—Ahora mimo me voy a Saint-Louis. Cuando vuelva pasado mañana, nos vemos en el sitio de siempre para concretar. Hay novedades.

Ramata retiró la mano. Tras echar la cabeza hacia atrás, se alisó el pelo.

—¡No me dejes sobre ascuas, hermano! Dímelo todo ahora mismo. Ya me conoces y sabes que mi gran defecto es la impaciencia.

—Has vuelto a hacer perder la cabeza a alguien.

—¡Zalamero!

—¡Te lo juro por Dios! El mismo me lo ha dicho y me ha suplicado que hiciera de contacto. Asegura que está dispuesto a todo, que es capaz de soportarlo todo y que sólo espera que le mandes una señal.

—¿Lo conozco?

—No creo. Es un nuevo rico. Estudiamos juntos en la escuela coránica de niños. Es un verdadero inculto desde el punto de vista intelectual, y en lo que se refiere a vestimenta y cuidado personal le queda mucho por pulir. No hace mucho todavía vendía helados en el estadio Demba Diop. Considera que no ha vivido lo suficiente, pero ahora que le sonríe la fortuna gracias al trabajo de su madre, quiere recuperar el tiempo a toda costa. Asegura que posee medios sobrados para llegar a lo más alto y me pide que le sirva de guía en este mundo nuevo y desconocido que le inspira un poco de miedo. Es de la misma región

que el ministro de Economía. Ha recibido un préstamo de quinientos millones para invertirlos en el transporte. Dice que se fijó en ti en el teatro nacional Daniel Sorano durante el espectáculo que dio el grupo Una Mujer, Un Gramo de Oro, en presencia del jefe de Estado. Pasado mañana te acabaré de contar. Mientras tanto habré afilado el cuchillo y no te quedará más que degollarlo.

—¡De acuerdo, hermano, hasta pasado mañana!

El Fokker F27 del ejército del aire aterrizó poco después de las seis en la pista del aeropuerto de Saint-Louis bajo una fuerte lluvia. El sargento copiloto salió de la cabina antes de que el avión se inmovilizara delante de la pequeña torre de control.

—Pueden desabrocharse los cinturones, señores, si son tan amables —anunció con respetuosa actitud después de haber dispensado un saludo militar.

El gobernador y el recaudador de impuestos, únicos pasajeros civiles a bordo, siguieron la indicación.

El gobernador, que efectuaba una gira por los tres departamentos de la región en compañía de todos los responsables de servicio con el objetivo de constatar el estado de los cultivos en ese comienzo de la estación de lluvias, había sido informado a su llegada a Matam del fallecimiento de su padre, acaecido en Thionck Essyl, su pueblo natal. Había logrado obtener una plaza al mismo tiempo que el recaudador —detentor de importantes fondos—, en el avión militar que había llegado de Dakar para llevar material al campamento de Ourossogui y que tenía previsto, en el regreso, hacer escala en Saint-Louis. Los otros miembros de la delegación debían regresar por carretera, ya que la gira se había interrumpido y aplazado *sine die*.

El sargento abrió la puerta y, tras desplegar la escalera, estrechó la mano a los dos hombres, que bajaron del aparato.

Al pie del avión los aguardaba un Peugeot 504 del gobierno civil, que había perdido el tubo de escape en la carretera.

En el barrio Sur, cerca del río, en la habitación del primer piso, inundada por un denso humo de incienso, Jackson y Biti Loho, la mujer del recaudador, se sobresaltaron al oír el petardeo del coche, que se detuvo bajo la ventana justo en el momento culminante en el que, tras coronar la cima de la montaña, se disponían a descender en caída libre.

Jackson paró de moverse, contrariado.

—¿Y si fuera tu marido?

Biti Loho, que también se había parado, reanudó el movimiento.

—Que no, no es el ruido de su motor. Él no vuelve hasta la semana que viene, cuando termina la gira. Continúa, venga.

Volvieron a emprender el ascenso a la montaña oyendo el coche que se marchaba.

El recaudador subió con celeridad la escalera, enfiló el pasillo y llegó al salón. Biti no estaba. Debía de encontrarse en el dormitorio, de donde llegaba un agradable olor a incienso. Gracias al frescor de la lluvia, en esa hora tardía había una grata temperatura que propiciaba la prolongación de la siesta. Atravesó la habitación. Al llegar a la puerta abierta del dormitorio, tiró de la cortina. Lanzó un grito gutural mientras soltaba el maletín. Pese al humo reinante, veía claro.

Cuando se desplazan con fondos importantes, los recaudadores llevan siempre un arma encima. El hombre poseía una pistola de calibre 38. Sin vacilar, la sacó del bolsillo y disparó en dirección a la cama. Herido en lo más hondo por el espectáculo que allí se desarrollaba, trémulo cual hoja en alas del viento, erró el doble blanco que, aun moviéndose, quedaba tan sólo a una distancia de cinco pasos.

En cuanto sonó el grito del recaudador, Jackson se despegó de la mujer y justo en el momento en que resonó la detonación, saltó de la cama mediante un fantástico brinco, como propulsado por un potente resorte. Aterrizó cerca de la ventana, con el sexo de semental al desnudo, erguido todavía. El pie fue a dar contra el incensario de barro cocido, que se hizo añicos. La ceniza caliente y las ardientes brasas se dispersaron por el suelo, por lo que se prendió fuego en la moqueta. Oyó otra bala que pasaba silbando junto a su oreja y la retahíla de injurias que le dedicaba, detrás de él, el recaudador. De manera espectacular, como lo haría un joven en una película del oeste, con los antebrazos cruzados delante de la cara para protegerse los ojos de las aristas de vidrio, Jackson atravesó como un bólido el cristal de la ventana. El mismo impulso lo arrojó contra el parapeto de madera del balcón, que cedió. Cayó al vacío, con los muslos al aire. Su prolongado alarido de pánico se oyó hasta Balakos y cesó cuando aterrizó cinco metros más abajo, en la acera empapada de lluvia, cerca de los puestos de vendedoras de zapotes y coco que, con gritos de sorpresa, abandonaron en desbandada el refugio del balcón.

Jackson aún no había tocado el suelo cuando en el dormitorio el recaudador se había vuelto hacia Biti Loho empuñando el arma. Petrificada por el miedo y la

humillación, ésta había permanecido acostada, con las piernas abiertas, en la posición en que la había dejado su amante. Cuando vio la pequeña boca negra de la pistola encarada hacia ella, que parecía mirarla cual ojo de cíclope, reaccionó por fin. Lanzó un penetrante grito mientras trataba de levantarse. Entonces sintió una bola de fuego que le atravesaba el pecho y volvió a caer sobre la cama, cuya blanca sábana comenzó a teñirse de rojo.

Con los ojos desorbitados y la respiración afanosa, farfullando insultos de una violencia extrema, temblando todavía como un azogado, el recaudador se metió el cañón del revólver en la boca y disparó una última vez.

Todo el drama se había desarrollado en cuestión de segundos.

Atraídos por el estrépito producido por las detonaciones y por los gritos, en especial el gigantesco y prolongado alarido de Jackson, por la rotura de los cristales y de la madera, los vecinos del edificio acudieron a la habitación.

Abajo, la calle estaba ya negra por la concurrencia de gente, pese a la tupida lluvia. Con profusión de comentarios, formaban un corro en torno al inmenso cuerpo defenestrado de Jackson, que, desnudo, lacerado y ensangrentado por los cristales rotos, adornado tan sólo por sus perendengues de oro, permanecía acostado boca arriba, con los brazos en cruz.

En el dormitorio descubrieron su ropa de bombasí amarillo colgada de la percha, sus botas colocadas al pie de la cama de sábanas enrojecidas de sangre, en la que estaba tendida Biti Loho, desnuda también. Encima del cerco de moqueta que se había quemado al romperse el incensario, se encontraba el recaudador, acostado boca abajo, con la pistola cerca de la mano; en lugar de nariz, tenía un cráter del mismo diámetro del círculo que se forma al juntar el dedo pulgar con el índice.

Había mucha sangre, pero, de milagro, ningún muerto.

Los bomberos se llevaron a Jackson, aquejado de múltiples fracturas. Se despertó en el hospital Le Dantec, adonde había sido evacuado después de tres semanas de coma, enyesado del cuello hasta los pies. De allí salió al cabo de cinco años, mucho más delgado, con una parálisis de los miembros inferiores y una sonda vesical fija para compensar su incontinencia. No podía hacer nada por sí solo. El dinero que había acumulado mediante sus turbios manejos se había esfumado durante su larga hospitalización. Sus tres esposas, muy jóvenes todas, lo habían abandonado en cuestión de un año. Las únicas relaciones que había tenido eran de interés, y ahora que no representaba ningún interés para nadie, todos le dieron la espalda. No sabía adónde ir. El alquiler de su vivienda en

Dakar había sido rescindido; además, desde que se había trasladado a la capital, siendo muy joven, había perdido todo contacto con su pueblo natal. Residía en el patio del hospital, tendido en una camilla, a la sombra de una caoba africana. Unos monjes del monasterio de Keur Moussé iban a verlo de vez en cuando y le llevaban provisiones. En tan triste estado vivió aún tres largos años, antes de morir una noche de una enfermedad pulmonar.

Biti Loho, la mujer adúltera, salió muy bien parada. Ni siquiera había perdido el conocimiento cuando la encontraron gimiendo en la cama. La bala que la alcanzó en el pecho derecho había atravesado la caja torácica y había salido por la espalda sin causar mayores daños. Operada en la misma localidad de Saint-Louis, se curó en menos de tres semanas.

En cuanto al recaudador cornudo, un pobre desgraciado en realidad, fracasó incluso en su tentativa de suicidio. Por culpa de una singular torpeza o una mala suerte asombrosa, el proyectil se había desviado y se había llevado consigo una parte del paladar y toda la nariz. También lo trasladaron al hospital Le Dantec. En el servicio de otorrinolaringología, donde permaneció seis años, los médicos probaron diversas y laboriosas sesiones de cirugía plástica que fueron un fracaso, con lo cual quedó horriblemente desfigurado para toda la vida.

Todavía estaba oscuro cuando el taxi rural en el que viajaba Mbagnick Ndong llegó a la estación de autobuses de Ndagane situada frente a la bahía que servía de muelle para embarcar y desembarcar a la vez. Había salido muy de mañana de Sangalcam con el primer Ndiaga Ndiaye[4] de Rufisque; de allí, había tomado otro con destino a Kaolack. Se había bajado en el cruce de Ndiosmone, poco después de Thiadiaye. Tras una breve espera, había llegado un taxi rural en el que había logrado hacerse un hueco yendo de pie y encorvado en la parte cubierta con la lona; iba lleno hasta los topes.

La orilla estaba ya animada pese a la temprana hora. La gente aguardaba el regreso de los pescadores. La neblina limitaba la visión a una decena de metros sobre el río. Por oriente, el despejado cielo había adoptado una tonalidad anaranjada, reflejo del sol, que pronto apareció en forma de gran bola de fuego. La bruma escampó enseguida encima del agua. De improviso el aire se llenó de un zumbido semejante al vuelo de una bandada de abejorros, cuyo volumen iba en aumento. Era el ruido de los motores de las piraguas que regresaban de la pesca. Después de desembarcar el pescado, que pondrían a la venta, iban a servir de medio de transporte hacia las numerosas islas diseminadas en el río y hacia

los pueblos de la orilla.

En torno a las diez, Mbagnick Ndong encontró una embarcación con destino a Fafaho. En el marco de la nueva política de escuelas, el Estado había previsto la construcción de tres clases en el pueblo. El jefe de distrito de Fimela, de la que dependía administrativamente Fafaho, había requisado una piragua para transportar sacos de cemento, madera, puertas, ventanas y chapas de cinc. Una treintena de personas del pueblo a las que conocía y entre las que se contaban seis mujeres, dos de las cuales cargaban a sus hijos a la espalda, aprovecharon la ocasión, a cambio de una participación de ciento cincuenta francos. No era un mal trato, ya que la tarifa normal ascendía a doscientos.

Después de haberse embolsado la suma que, según afirmaba, serviría para costear los gastos de gasolina de la piragua, el jefe de distrito apeló al civismo de sus administrados para cargar el material de construcción.

En el momento de embarcarse, Mbagnick Ndong no se sentía muy seguro. Con el material cargado, los bordes de la embarcación quedaban a menos de dos dedos de la superficie del agua. Cuando los pasajeros se hubieron instalado a bordo, la espuma de cremoso aspecto que flotaba sobre el río semejante a una alfombra de gruesas bolas de algodón, se pegaba a sus piernas y a los sacos de cemento, antes de volatilizarse sin dejar ningún rastro de humedad.

Mbagnick Ndong se dijo para sus adentros que, a la menor ráfaga de viento, la piragua podía llenarse y que en caso de que hubiera tornado... Levantó la cabeza y observó el cielo, procurando no pensar en lo que sucedería. No, no había asomo de tornado ni de vendaval. Aquella mañana el cielo estaba especialmente sereno, dominado por un sol radiante, sin rastro de nubes. Más valía no llamar al mal tiempo con ideas de mal agüero. Y además, no iba a demostrar él menos valor que aquella gente que no parecía sentir ninguna inquietud, ni aun las mujeres, y que hablaba, reía y se comportaba con toda naturalidad. ¡Al diablo con esos malos pensamientos, que ya tenía más que de sobra con los que le habían acaparado el entendimiento desde hacía una semana!

De pie en la parte de atrás, armado de una larga pértiga hundida en el agua, el piragüero hizo avanzar la barca con un vigoroso impulso que lo obligó a doblarse hasta rozar el pecho con las rodillas. Se enderezó retirando la pértiga a medida que la piragua se ponía lentamente en movimiento y la volvió a sumergir cuando estuvo erguido del todo. Poco a poco, la embarcación se alejó de la orilla. Tras repetir tres veces la operación, depositó la vara a sus pies, se volvió y encendió el motor, lo que provocó un tumultuoso rebullir de agua con el

movimiento de la hélice. A poca velocidad todavía, siguió durante quinientos metros la ribera bordeada de manglares y después viró a la derecha. Al llegar al centro del río, puso el motor a toda marcha.

Ndangane desapareció deprisa tras ellos, con su silueta reducida al minarete de la mezquita.

Emitiendo un ronroneo continuo, la hélice dejaba una larga y efímera estela de espuma en la verdusca superficie del agua. Convertida en una sucesión de pequeñas olas, acababa depositando su impulso en las orillas, donde chocaba y producía el ruido característico de una calabaza al romperse.

Fafaho quedaba a una hora de navegación, más o menos.

A medio camino, el tiempo se estropeó de improviso. Después de la formación de un cúmulo de nubes que cubrió el cielo, ocultando el sol con una extraordinaria rapidez, comenzó a caer una lluvia fuerte acompañada de un furioso viento.

En ese tramo, el río era un brazo de mar de más de cinco kilómetros de ancho. Desde una de las orillas no se alcanzaba a ver la otra. La tempestad transformó las pequeñas olas en montañas de agua, tan altas como una casa de dos pisos. La primera, monstruosa, levantó la embarcación como una brizna de paja hasta su cresta para después arrojarla con inaudita violencia y un crujido de madera quebrada a un profundo abismo antes de desparramarse en tromba sobre ella, cosa que la sumergió por completo. El motor vaciló, jadeante, y se apagó. En cuanto hubo enmudecido su ronroneo, pareció que arreciaba la intensidad del viento y de la lluvia. Los pasajeros se pusieron de pie y las mujeres gritaron de espanto. El jefe de distrito proclamó a los cuatro vientos que se arrepentía de no haber efectuado su plegaria matinal y quiso devolver a cada uno los ciento cincuenta francos que les había cobrado. Como nadie lo escuchaba, explicó que no pensaba llevarse al más allá un dinero ilícito y tiró las monedas al río. Después expresó su inquietud por sus cuarenta y dos hijos, de corta edad en su mayoría, por sus seis esposas, todas jóvenes aún, y se preguntó qué iba a ser de ellos en un mundo tan difícil, y se puso a recitar con fervor versículos del Corán.

El piragüero, por su parte, no perdió la entereza.

—Arrojad al agua los sacos de cemento y las chapas —ordenó con voz recia, poniéndose él mismo manos a la obra—. ¡La piragua va demasiado cargada!

El jefe paró en seco la recitación.

—¡No, es material del Estado!

—¡Los sacos y las chapas al río, he dicho! —sostuvo el piragüero—. La

piragua está demasiado cargada y hay que aligerar peso. Con otra ola como ésta, corremos el riesgo de que se parta por la mitad. De todas maneras, el cemento ya se ha estropeado.

Mientras hablaba, seguía lanzando el material por la borda; pronto otros pasajeros comenzaron a seguir su ejemplo.

El jefe paró de discutir. Como no sabía nadar, se puso a trabajar con afán.

En un abrir y cerrar de ojos, los sacos de cemento y las chapas siguieron el mismo camino que las vigas, puertas y ventanas, que ya se habían caído con la inmersión de la piragua, al igual que el resto de los objetos flotantes. Libre de lastre, la embarcación volvió a la superficie. Lo hizo justo a tiempo, pues ya llegaba otra ola, mayor aún que la anterior. Pese al tremendo embate a que sometió a la embarcación, ésta volvió a salir enseguida, intacta aunque llena de agua. Había que vaciarla. La calabaza destinada a dicho efecto había desaparecido. El piragüero se desató el cordón del sombrero de paja, lo metió en el agua y comenzó a achicar.

—¡Comandante, usa la gorra! —indicó al jefe de distrito—. Que las mujeres que llevan dos pareos se quiten el primero, y los hombres, la túnica o la camisa.

A dos personas por prenda de vestir, sujetándola cada una por un extremo como si fuera una especie de odre, se aplicaron en achicar el agua de la barca.

El jefe titubeó un momento observando la gorra. Luego la volvió del revés, desprendió el imperdible con el que llevaba sujeto al forro su *grigri*,[5] un cuerno de chivo cosido en una tela roja que guardó en el bolsillo del pantalón antes de introducir la gorra en el agua.

Estuvieron achicando más de media hora, pero el agua se mantenía al mismo nivel. Siempre había una nueva ola que surgía, levantaba la piragua, la hacía caer y se derramaba sobre ella para llenarla hasta el borde.

Luego, de improviso, tal como había empezado, el tornado cedió. La lluvia paró, el cielo se despejó, el sol volvió a brillar y el viento y las aguas recobraron la calma.

La barca había derivado hasta el último pueblo, situado poco antes de la desembocadura de Sangomar. Al ver a los habitantes en la ribera, los náufragos se pusieron a gritar y a hacer aspavientos. Los de la orilla respondieron y, poco después, llegó una piragua a remolcarlos. Empapados, cansados, con la cara todavía crispada por el terror, a excepción del piragüero, todos se lanzaron fuera de la embarcación antes de que tocara fondo, empezando por el jefe de distrito.

Mbagnick Ndong era el más afectado de todos. Desde el comienzo de la tormenta, había creído llegada su hora. ¡Era bien cierto que había una justicia inmanente en la Tierra! Era cierto, y alcanzaba a aquel que, sin respetar los límites, había tenido un comportamiento que en ningún caso había que tener. Como él. ¿Acaso no había considerado la muerte de su hermano mayor como una bicoca, sin ninguna forma de vergüenza ni escrúpulo? ¿Y ese papel, un papel muy sucio seguramente aunque no acabara de entenderlo, que le habían hecho representar, atraído por la promesa de embolsarse cinco millones? Dios iba a castigarlo, sin duda, iba a morir ahogado, víctima de la muerte más atroz posible, peor aún que la horca. Su cadáver, transportado hasta alta mar, sería devorado por los peces. Se quedaría sin sepultura y su alma errante no reposaría nunca en paz. Durante toda la tormenta, paralizado por el pánico, no había efectuado ninguna maniobra de salvamento. Agazapado, con el agua hasta los hombros, se había agarrado al borde de la piragua con la misma tenacidad que si le hubieran clavado las manos a él. Se le habían relajado los esfínteres sin que realizara el menor esfuerzo para retenerse. Cuando puso el pie en el río, aquejado de vértigo, cayó de rodillas y comenzó a vomitar, con la cabeza inclinada hacia delante. Al cabo de un cuarto de hora, se incorporó, se lavó y subió titubeante hasta la orilla. Su primer acto reflejo fue hundir la mano en el bolsillo del pantalón. Sacó una bola de pasta de papel, los setenta y cinco mil francos que había logrado conservar de los doscientos ochenta mil iniciales, la lombriz prendida al anzuelo que le había lanzado el gigante de quien ignoraba hasta el nombre. Habían quedado inutilizables. Entonces, la fugitiva pena que había experimentado con el anuncio de la muerte de su hermano, antes de que dicho sentimiento se viera barrido por la embriagadora perspectiva de ser millonario, resurgió de lo más profundo de sí de manera brutal, como una bofetada en plena cara. Para asombro de todos, se cubrió la cabeza con las manos y, con el pecho sacudido por violentos sollozos, dejó correr un amargo torrente de lágrimas.

El piragüero había acabado de secar y engrasar las piezas de la máquina que había desmontado. Después de colocarlas, probó el motor que había introducido en un barril de agua. Tras cuatro tentativas infructuosas, arrancó.

Fafaho quedaba a unos veinte kilómetros de distancia río arriba. Llegaron allí en el momento en que el sol poniente encendía con sus últimos rayos las copas de los mangles. Todos los habitantes se concentraban en la orilla. Después del tornado, otras embarcaciones habían salido de Ndangane y habían llegado a Fafaho. La consternación reinaba en el pueblo, pues se hallaban sin noticias de la

piragua requisada por el jefe de distrito. Cabía temer lo peor, como sucede a veces cuando la tempestad sorprende a una embarcación en el río. Por ello, cuando los supervivientes aparecieron al anochecer, en el momento en que hasta los más optimistas comenzaban a desesperar, fueron acogidos por un coro de gritos de alegría y alivio.

Seynabou Tine, la viuda de Ngor Ndong, se encontraba entre la multitud. Al reconocer a Mbagnick Ndong, corrió hacia él precedida por su abultado vientre y se precipitó en sus brazos.

—Mbagnick, ¿estabas en la piragua? ¡Dios sea loado!

—Sí, Seynabou. ¡Por suerte, todo ha terminado bien!

Seynabou Tine se separó de él.

—¿Y Ngor? —preguntó—. ¡Mace una semana que lo veo en sueños de noche y por la mañana, al despertar, me tiembla el párpado de arriba del ojo izquierdo! ¿Cómo está?

Mbagnick Ndong palideció, recorrido por un involuntario escalofrío, pero logró contenerse.

—Está bien.

—Pienso tanto en él... Lo hecho mucho de menos. ¿Está en paz?

—Está en paz.

Mucho más tarde, cuando todos en el pueblo dormían, Mbagnick Ndong se decidió a informar al padre de Seynabou Tine, su tío materno, de que Ngor había fallecido la semana anterior en el hospital Le Dantec. Una enfermedad fulgurante había venido a llevárselo: ¡lo había atacado en plena noche; por la mañana, estaba muerto!

El 31 de diciembre de 1980, cuando ya nadie lo esperaba, el poeta presidente Léopold Sédar Senghor, que llevaba veinte años en el poder gracias a una argucia constitucional, el famoso y denigrado artículo 35, cedió voluntariamente el timón de nuestra Piragua[6] al delfín oficial Abdou Diouf, que fue primer ministro de su Gobierno durante toda la segunda mitad de su largo reinado.

El motivo aducido por Sédar Senghor era que iba a regresar al mundo literario, que no habría abandonado nunca si el maestro Lamine Guèye, su mentor y sucesor de Ngalandou Diouf, sucesor a su vez de Blaise Diagne en el palacio Bourbon, no lo hubiera contaminado con el virus de la política cuando, recién llegado de la metrópolis, preparaba una tesis de doctorado de Estado que no había acabado aún.

Algunos afirmaban, sin embargo, que nada de aquello era cierto. La verdad, según ellos, era que Senghor se había visto impelido a tomar tan sorprendente decisión por un vídeo, que le había presentado su consejero *toubab*,[7] cómplice del mencionado delfín, en el cual se podían ver las insoportables imágenes del asesinato del presidente William Tolbert, de Liberia, ocurrido ocho meses antes, y de una decena de ministros suyos, una semana después. Maniatados a unos postes, en calzoncillos, fueron fusilados en una playa de Monrovia por un pelotón de jovencísimos soldados en uniforme de combate, delante de un numeroso y jubiloso público. A ello había que añadir que, durante la proyección del documento, el consejero blanco no paraba de repetir al propietario del país, en presencia de su augusta esposa, pálida como la ceniza y a punto de padecer un síncope, que por desgracia aquel tipo de trágico trance podía darse en cualquier lugar de África, con la llegada a la cúspide de los ejércitos de jóvenes oficiales y suboficiales (como quedaba patente en el caso de Ghana y de Liberia), y que incluso podía producirse en el Senegal desde que, allá en Francia, el gran primo blanco protector, residente del Elíseo, había dejado de tenerlo en olor de santidad.

Poco importaban de todas formas las causas de su renuncia, ya fueran conocidas u ocultas. Al margen de algunos aprovechados que, temiendo la futura pérdida de sus privilegios, habían querido organizar una marcha para obligarlo a desistir de su intención, con el argumento de que después de él vendría el diluvio, y a los cuales había hecho llegar la orden de no realizar ninguna manifestación en su favor, reiterando que su decisión —producto de una madura reflexión— era irrevocable, todo el mundo quedó contento. Lo que deseaba la mayoría era que se fuera, tal como había anunciado, a reposar a la residencia de su tierna media naranja, en Normandía, en el Calvados, ya que, en su opinión, había pasado ya demasiado tiempo en palacio.

La prolongada sequía, que aún perduraba, y la brutal crisis del petróleo que se produjeron al mismo tiempo, a comienzos de la década pasada, y cuyos terribles efectos se dejaban sentir todavía, habían instalado un ambiente asfixiante en el país. La grave carestía de alimentos, en especial los de primera necesidad, había hecho duplicar y hasta triplicar los precios.

El encrespamiento del oleaje, provocado por el deterioro de las condiciones de intercambio y el nuevo orden económico mundial, pese a la ideología de la negritud, se volvía cada vez más persistente. Sometida al embate de la

gigantesca marejada, nuestra piragua zozobraba peligrosamente. Alarmados por el furor de los elementos, los pasajeros montados a bordo, hombres, mujeres, jóvenes y viejos, no se apaciguaban ya con peticiones de paciencia ni de nuevas dosis de esfuerzos, sacrificios y privaciones, pues lejos de calmarse, el oleaje no hacía sino crecer. Cansados de remar, todos habían perdido definitivamente la esperanza de ver el final de las dificultades, ese final que hacían destellar en la línea de meta, ya no tan lejana ahora, situada ni más ni menos que a veinte insignificantes años, en el puerto del año 2000, año de la prosperidad y la abundancia para el que prometían a todos casa, trabajo, coche, ropa y comida de calidad para que, por fin, una vez satisfechas por entero las necesidades básicas, con Dakar convertida en una ciudad más hermosa que París, capital de la Grecia negra, que será el Senegal, todo el mundo pueda ocuparse de las obras de embellecimiento de las calles.

De este modo, un gran suspiro de alivio y de esperanza brotó de las gargantas tras el anuncio del relevo voluntario y pacífico, inédito en África, del capitán que iba a dirigir el navío.

# VEINTE AÑOS DESPUÉS, NGOR NDONG Y RAMATA KABA...

El barrio de Ranrhar, situado en las proximidades del aeropuerto Léopold Sédar Senghor de Yoff, no guardaba parecido alguno con los otros del país. Aquí no había colmado, ni mezquita, ni parada de pan, ni depósito de carbón, ni plaza grande, ni mercado, ni escuela, ni gatos ni perros errantes en sus características calles, siempre desiertas y sin basura. Los habitantes no se relacionaban entre sí, tal como ocurre en los barrios populares, porque Ranrhar era una residencia de millonarios. Las grandes mansiones de variadas y atrevidas formas arquitectónicas entre las que mediaba una distancia mínima de quinientos metros, con jardines que, por lo general, daban al agua, protegidas de las miradas indiscretas por altos y recios muros provistos de una puerta siempre cerrada vigilada día y noche por un guardia uniformado, desfiguraban el sinuoso y accidentado contorno del litoral granítico.

En sus aposentos del tercer piso del flamante palacio con vistas al mar, Ramata Kaba terminaba de acicalarse. Se había puesto una sola joya, una gruesa cadena de oro en el cuello. Al lanzar una última mirada al espejo del armario, que le devolvió su imagen de pies a cabeza, una gran sonrisa de satisfacción le iluminó la cara. El vestido azul de lunares blancos, muy simple, amplio y ligero, le sentaba de maravilla. Se conservaba bien. Ni una arruga en la cara, ni ojeras, ni papada, los pechos firmes, el vientre plano, la cintura fina, las caderas libres de antiestética celulitis. Giró sobre sí apoyándose en uno de los tacones y la falda del vestido formó un gran círculo. Elevada hasta lo alto de los muslos, descubrió unas piernas perfectas de gemelos bien torneados antes de caer de nuevo a la altura de los tobillos. Ramata se dedicó otra sonrisa, más radiante aún. Absolutamente nadie diría que tenía los cincuenta años que acababa de cumplir.

No tenía motivo de queja, se conservaba realmente muy bien.

El teléfono sonó encima del tocador. Al descolgar, oyó que el guardián la avisaba de que el taxi esperaba en la puerta.

Media hora antes, cuando ya se había acostado, una llamada de la jefa de comadronas de la Maternidad del hospital Le Dantec la había informado de que su hija Dieynaba, en la actualidad arquitecta de renombre (era ella quien había diseñado los planos de la nueva casa), acababa de traer al mundo a un niño. «¡El bebé más bonito que haya nacido nunca en la Maternidad!», había exclamado la mujer después de felicitarla por su nueva condición de abuela. No bien hubo acabado de hablar con ella, Ramata había llamado al vigilante para encargarle que pidiera un taxi; después había comenzado a prepararse.

Su marido Matar Samb, todopoderoso ministro de Justicia, estaba de viaje en Ginebra y no volvería hasta la tarde del día siguiente. Había autorizado al chófer a llevarse la 605 AD[8] para ir a visitar a Gandigal a su anciana y enferma madre. Ella había dejado esa misma mañana en el garaje su Jaguar. Había que reparar y pintar el lado izquierdo, abollado en un choque del que ella había sido responsable. En la casa sólo quedaban los tres todoterrenos, el Montero, el Jeep Cherokee y el Toyota doble cabina. El problema era que si bien consentía en subirse sin rechistar a aquellos vehículos, que por lo demás consideraba bastante cómodos, nunca los conducía porque encontraba que habría sido tan poco femenino y ridículo como si se hubiera puesto a fumar en pipa. No podía pedir a ningún vecino que le hiciera el favor, primero porque al haberse instalado hacía poco en el barrio no los conocía, y aunque los hubiera conocido, quedaba descartado recurrir a ellos. Eso era algo que no se debía hacer. Allí la norma era: «Compóntelas solo, sin ayuda de Dios ni de nadie». Nunca había que violar las normas preestablecidas.

Por eso se veía en la necesidad de ir en taxi.

Con el bolso en la mano, se introdujo en el ascensor para ir a la planta baja, frente a cuya puerta aguardaba el taxi.

Eran las doce de la noche exactas cuando el coche llegó a la Maternidad del hospital Le Dantec. Ramata entregó al conductor un billete de diez mil francos, indicándole que se quedara con el cambio y, tras recibir vivas manifestaciones de agradecimiento de su parte, abrió la puerta trasera y bajó. La jefa de comadronas la esperaba delante de la puerta, tal como habían acordado, pues la hora de visita había concluido hacía mucho. Cuando franqueó el umbral de la puerta de los peatones, que abrió el portero, ni se le pasó por el recuerdo la muerte de Ngor

Ndong, que antes había cumplido esa misma función. En realidad nunca la había atormentado esa muerte de la que no se había sentido ni responsable ni culpable. Enseguida había olvidado el incidente y no había retenido siquiera el nombre del portero.

Habían transcurrido veinte años desde entonces...

Encontró a su hija en una habitación del anexo de arriba, en el segundo piso del inmenso edificio: la habitación A, curiosamente la misma que ella había ocupado cuando nació Dieynaba. De eso ya hacía treinta años. ¡Qué deprisa pasaban los años! Dieynaba dormía profundamente. Como todas las mujeres, después del parto se había sumido en un sueño reparador. Un ángel enviado por el misericordioso Hacedor había bajado del Cielo y la había dormido con una caricia en la cabeza. Al despertar, olvidaría las molestias de la gestación, las náuseas, los vértigos, vómitos y antojos, así como el dolor de las contracturas del parto. El recién nacido se chupaba el dedo en la cuna con los ojos abiertos.

El marido de Dieynaba, Armando Gomis hijo, joven profesor adjunto de gineco-obstetricia, y que iba tras las huellas de su padre, actual decano de la Facultad de Medicina y Farmacia, permanecía inclinado sobre la cuna con expresión radiante. Al entrar Ramata, se enderezó y, tras acudir a su encuentro, se arrojó a sus brazos.

—¡Es increíble, mamá! —exclamó con entusiasmo—. Tengo un hijo. Soy el padre de un niño. Es increíble, pero cierto.

—¡Bravo, hijo! —lo felicitó Ramata con la voz entrecortada por la emoción.

Tras darle unas afectuosas palmadas en la espalda, se separó de repente de él, volvió la cara y se puso a llorar en silencio.

Armando hijo no intentó consolarla siquiera. Aquellas lágrimas no había que enjugarlas, pues lejos de expresar pena alguna, celebraban un gozo tan profundo que era imposible contenerlas. ¡Eran lágrimas de dicha! Armando se acercó de nuevo a la cuna a contemplar a su hijo.

—¡Es increíble, tengo un hijo, soy padre de un niño! —seguía repitiendo con el mismo tono enfático—. ¡Es increíble, pero cierto!

Ramata, que había conseguido dominar por fin la intensa emoción que la había embargado, se inclinó, acarició los cabellos de Dieynaba, le dio un leve beso en los labios y la observó un momento. Después fue a reunirse con Armando junto a la cuna, cogió al bebé envuelto en las mantas, lo arrebujó contra su pecho y se puso a murmurar una canción de cuna cuya letra recordaba apenas, una que le cantaba su madre de niña, mientras lo acunaba con un leve

vaivén. Al cabo de un momento, lo despegó de sí para contemplarlo.

—Pero ¡qué querubín! —exclamó con alborozo—. No duerme, me mira. ¡Qué bonito! ¡Señora comadrona, tenía razón al decir que es el bebé más guapo que haya nacido en la Maternidad!

—¡Oh, sí! Mamá, es guapo, precioso —corroboró Armando—. Se parece a mí. ¡Es increíble, pero cierto!

La jefa de comadronas, apoyada en la puerta de la habitación, se decidió a intervenir.

—¡Doctor! ¡Señora ministra! ¡No hablen tan alto, por favor, que la van a despertar! Ha tenido un parto laborioso, en el cual se ha comportado de manera encomiable. Ahora necesita reposo, así que no la molesten.

—¡Perdón, señora comadrona! —se disculpó Ramata en un susurro.

—Disculpe, señora Touré —dijo Armando, que se instaló en uno de los dos sillones situados frente a la cama—. Es que me siento realmente feliz.

—¡Es bien comprensible, doctor! Pero no hay que exagerar y despertar a su señora. Está cansada y reposa —insistió la comadrona al tiempo que consultaba el reloj—. Bueno, tengo que ir a la sala de partos. Si son tan amables, señora ministra, doctor, nada de ruido.

—¡Prometido! —aseguró Armando.

—¡Descuide! —confirmó Ramata.

Una vez se hubo ido la mujer, Ramata dejó al recién nacido en la cuna. Luego se sentó en el otro asiento, al lado de Armando y le rodeó los hombros con el brazo.

—¡Es magnífico, hijo! —susurró—. Lo habéis hecho muy bien los dos, Dieynaba y tú.

—Y hemos creado un tercer elemento aún más formidable —declaró Armando—. El que va a estar contento es papá. Está en el Méridien-Président con unos colegas, decanos de facultades de Medicina y Farmacia de universidades francófonas, y que han venido para un seminario. He intentado llamarlo, pero ha sido imposible. Debe de haber desconectado el móvil.

—Tu padrino también se va a llevar una agradable sorpresa cuando vuelva. Dieynaba es su preferida, su gran amiga.

Siguieron conversando, al principio en voz baja, pero pronto, sin darse cuenta, elevaron la voz. Dieynaba no se despertó ni una sola vez, de todas formas. De vez en cuando exhalaba un gemido, movía un brazo o una pierna, o volvía la cara encima de la almohada. Ellos callaban de inmediato, por temor a

despertarla, y ella recobraba la calma y la respiración regular. Entonces comenzaban a charlar de nuevo, primero bajito, y al poco tiempo, otra vez en voz alta.

Mucho más tarde, a su regreso de la sala de partos, la jefa de comadronas los encontró adormilados en los sillones y los despertó. Luego tomó la tensión arterial a Dieynaba sin estorbarle el sueño.

—Trece-nueve —anunció dirigiéndose a Armando, tras quitarse el estetoscopio de las orejas—. Doctor, debería ir a descansar, pues usted también está cansado.

—Tiene razón, señora Touré, estoy molido —reconoció Armando, mirando el reloj—. Son las dos y diez. Voy a acostarme a la sala de guardia.

Se levantó, imitado por Ramata.

—Yo también voy a volver, me caigo de sueño —declaró Ramata—. No me había dado cuenta de que se hacía tan tarde. ¿Me prestas tu coche, Armando? He venido en taxi.

—Por desgracia, está estropeado. Se me ha fundido una biela.

—Entonces tendré que coger otra vez un taxi para volver. ¿Se encuentran en esta zona a esta hora?

—Sí. Hay una parada a la entrada del hospital.

Bajó en compañía de Armando. No tuvieron que ir hasta la entrada del hospital, ya que delante de la puerta de la Maternidad encontraron un taxi que acababa de dejar a una parturienta, la cual se alejó sostenida por otras dos mujeres. Armando le abrió la puerta de atrás y le dio un beso antes de que entrara en el vehículo. Después sacó del bolsillo un cuaderno y un bolígrafo, retrocedió para mirar la matrícula del taxi y de nuevo al lado de la puerta, aún abierta, anotó el número repitiéndolo en voz alta.

—¡Por prudencia, nunca se sabe, con lo tarde que es! —comentó, cerrándola, tanto para tranquilizar a Ramata como para lanzarle un aviso al conductor—. Bueno, mamá, hasta mañana. Bah, ya son casi las dos y media y ya ha empezado el día. Hasta luego pues.

—¡Hasta luego, hijo! —respondió ella a través del cristal bajado—. A Ranrhar —anunció al chófer.

El taxi se puso en marcha.

El trayecto debía durar tres cuartos de hora a lo sumo. Ramata Kaba estaba cansada de alegría, literalmente, por haber tenido un nieto. La fuerte emoción del principio, que la había hecho llorar, había cedido, y la había dejado inmersa en

una especie de agradable sopor. Además, tenía sueño. Por suerte, el taxista no era, como sucedía a menudo, uno de esos charlatanes impenitentes que parloteaban sin parar creyendo suscitar el interés de los clientes. Este conducía en silencio. Ramata se arrellanó cómodamente en el respaldo y cerró los ojos cuando, después de recorrer la avenida del presidente Lamine Guèye, el taxi tomó la autopista Seydina Limamoulaye El Mahdi. Llevaba unos quince minutos en el taxi cuando, de repente, la brutal maniobra del conductor provocó que abriera los ojos. El taxi había dejado atrás el estadio Léopold Sédar Senghor, había girado bruscamente a la izquierda y había seguido por un camino arenoso, tras abandonar la calzada.

—¿Qué significa esto? —preguntó, extrañada, Ramata Kaba.

No recibió respuesta.

—¡Te van a meter en la cárcel y te vas a pudrir allí hasta que mueras! —amenazó tratando de aparentar calma, pese a su incipiente inquietud—. Sabes perfectamente que mi yerno ha anotado el número de tu coche, así que esta misma noche te van a detener. Más vale que pares ahora mismo.

Sin abandonar su mutismo ni dejarse impresionar, el conductor continuó a toda velocidad. El terror comenzó a adueñarse de ella. El reposacabezas le impedía ver la cara del hombre en la penumbra. Se puso a lanzar estridentes chillidos, pidiendo socorro, pero pronto se dio cuenta de que era inútil. El taxi circulaba a toda velocidad, saltando peligrosamente en medio de las dunas de arena, en un paraje desierto. Aparte de las dos franjas amarillas proyectadas por los faros que taladraban la noche, la oscuridad era total.

Ramata Kaba optó por cambiar de táctica.

—Llévame a mi casa y te daré todo lo que quieras —trató de engatusarlo—. Aquí en el bolso tengo poco dinero, pero en casa...

El resto de la frase quedó ahogado en su garganta. Lanzado a toda velocidad, proyectado en el aire por una elevada duna, el coche cayó con violencia sobre las dos ruedas de un lado. Así prosiguió un centenar de metros, inclinado, y cuando volvió a apoyarse sobre las cuatro ruedas, comenzó a patinar como si se deslizara sobre hielo hasta que acabó atascándose, con el motor embalado. El chófer quitó el contacto. Enseguida se instaló un denso silencio, tan profundo que se oían los chirridos de una pareja de grillos que copulaban en los alrededores. El hombre salió del taxi, abrió la puerta de atrás, inclinó el torso hacia el interior y, tras encender la lámpara cenital, tocó el pecho izquierdo de Ramata con la afilada punta de un puñal, todavía agitado por el pavor y el

zarandeo del vehículo. Con un movimiento de cabeza, le ordenó que bajara y retrocedió para dejarle paso.

Muerta de miedo, salió temblando del taxi. Después de arrancarle el bolso, se le acercó encarándole el puñal al cuello, adornado con una gruesa cadena de oro que en la oscuridad brillaba con mayor intensidad que el arma. Se preguntó, retrocediendo instintivamente, si querría degollarla o apoderarse de la joya. Entonces él le puso la zancadilla. Cayó hacia atrás, con las piernas al aire. La falda del vestido se ahuecó hasta cubrirle la cara. Se debatió tratando de destaparla.

Por la puerta abierta del taxi, la lámpara encendida proyectaba un rayo de luz que iluminó el nacimiento de los muslos de Ramata Kaba y sus exiguas bragas blancas que el conductor observó con gran atención.

Cuando por fin logró liberarse la cara y levantarse a medias, el chófer, con el pantalón bajado ya hasta los tobillos, la empujó con brutalidad hacia el suelo y se dejó caer encima, aplastándola con todo su peso. Intentó arañarle la cara, pero más rápido que ella, él la agarró por las dos muñecas con una sola mano. Aunque efectuó enormes esfuerzos para soltarse, no lo logró. Gritó y gritó hasta no poder más, pero sus chillidos se confundieron con el zumbido de los reactores del avión que planeaba en dirección al aeropuerto. Observando sus luces de posición, que parpadeaban en la noche a modo de grandes estrellas verdes y anaranjadas, concibió la esperanza de que tal vez el piloto los hubiera visto, pues el aparato volaba muy bajo. Sí, seguro que los había visto. Habría avisado a la torre de control de que un hombre estaba agrediendo a una mujer en una zona próxima; precisaría el lugar donde se encontraban. La torre de control habría prevenido enseguida a la Policía del aeropuerto, que en ese instante acudía a salvarla. No iban a tardar, sólo tenía que resistir y esperar su llegada. Forcejeó con un vigor del que no se creía capaz, pero fue en vano. El taxista era mucho más fuerte que ella y pronto sintió que la abandonaban las fuerzas. Por un breve instante, se planteó renunciar a toda resistencia, pero rechazó con vehemencia la idea. Impelida por un asco surgido de lo más profundo de sí, logró cruzar las piernas. Iba a luchar hasta que saliera el sol. No iba a dejarse mancillar por esa bestia de respiración sibilante cuyo fuerte olor a alcohol y a tabaco le producía náuseas y cuyo sexo desbocado le hurgaba el bajo vientre. Pero ¿por qué diantres no llegaba la Policía? ¡Ah, si pudiera tener las manos libres! Entonces habría dejado que la bestia se confiara para apoderarse de ese sexo y de los testículos, y entonces habría estado salvada. A falta de esos atributos masculinos, tenía su

mejilla al alcance de la boca, cobijo de la única arma con que contaba: los dientes. Lo mordió con contundencia, hasta el punto de sentir como chocaban los incisivos de arriba y de abajo. El gusto insípido de la sangre le acentuó las náuseas. Separó los dientes y salpicó con su vómito la cara del conductor. Este no pareció advertirlo, como tampoco dio muestras de notar la mordedura en la mejilla.

Sin soltar las muñecas de Ramata, se levantó y la arrastró consigo. Tras asestarle un violentó rodillazo entre los pechos, la soltó. Ella se desplomó en el suelo, sin respiración, medio inconsciente. Y del mismo modo en que los dondiegos de día se abren al salir el sol, sus piernas se separaron. Él volvió a ponerse encima y le desgarró las bragas cuando comenzaba a recuperarse un poco y se disponía a reanudar el combate. Era demasiado tarde, sin embargo. El hombre se había arrodillado entre sus muslos. Toda resistencia era superflua. Se sintió humillada, vencida, rota. No podía comprender, no quería aceptar que le ocurriera tamaña ignominia. No, no era cierto, estaba padeciendo una pesadilla. Anoche, en la cena, el cocinero se había esmerado y ella se había atiborrado de langostas a la crema, se había acostado en su cama, le había dado una indigestión y su sueño se había visto enturbiado por horribles sueños. Era eso. Era víctima de una pesadilla, acababa de constatarlo. Como siempre cuando uno se da cuenta de que está soñando, se despierta. Iba a despertarse y la pesadilla cesaría.

Supo que no estaba en su cama, que no soñaba, cuando la penetró con una sola embestida y comenzó a estremecerse de pies a cabeza. Se debatió un instante aún, pero fue breve...

Va aferrada a las crines de un veloz corcel de ruidoso aliento que arranca chispas bajo sus pies y que la lleva en un fantástico galope en plena oscuridad, ¿Desde cuándo galopa, está cerca o lejos, quién es ella, de dónde viene y adónde va? La carrera se vuelve más y más frenética, tanto que los cascos del corcel no tocan ya el suelo. Se siente entonces transportada a través del espacio sideral a una velocidad meteórica. De improviso, una cegadora claridad surgida del fondo de las tinieblas hace que el caballo se encabrite con un fogoso relincho. Mientras éste prosigue su fantástico galope, se siente arrastrada en una vertiginosa caída que se mezcla con largos chillidos.

Cuando por fin aterrizó, Ramata se encontró sola, acostada en la arena en medio de la oscuridad. El conductor había desaparecido con el taxi. Todo estaba tranquilo y en silencio a su alrededor. Hasta sus oídos llegó el inconfundible ruido del distante mar, transportado a lomos de la brisa nocturna cargada de

yodo. Tenía el cuerpo entero sacudido por espasmódicos estremecimientos, como si todavía estuviera aferrada a las crines del corcel de frenético galope. Se levantó y dio un par de pasos indecisos. Aquejada de vértigo, volvió a acostarse en la arena. Encogida en posición fetal, con las manos pegadas a las mejillas, los brazos doblados y los codos apuntalados en las rodillas plegadas, permaneció largo tiempo inmóvil, con los ojos abiertos en la negrura, sin pensar en nada, con la mente en blanco, apaciguada, invadida por un sosiego como no había sentido nunca.

Mucho más tarde, se sentó. Con la vista adaptada a la oscuridad, distinguió sus bragas rotas, sus zapatos alejados el uno del otro; entre ambos había una caja de cerillas. La recogió al mismo tiempo que los zapatos y abandonó las bragas inservibles. Al llevarse la mano al cuello, comprobó que la cadena había desaparecido. Se puso en pie, libre ya del vértigo. No tenía ninguna noción del tiempo que había permanecido acostada e ignoraba dónde se encontraba exactamente. Sólo recordaba que el taxi había pasado ya el gran estadio.

Guiada por una tenue luz visible en el horizonte, proveniente sin duda del aeropuerto, descalza porque era más cómodo para ir por la arena, se puso a caminar con los zapatos en una mano y la caja de cerillas en la otra. La soledad no la asustaba, nada la asustaba ya. Nada podía ocurrirle después de lo que le había sucedido ya. La caja de cerillas tenía para ella más valor que la joya que había perdido. Era el recuerdo del hombre que, de una manera fulgurante y cegadora, había traído la luz a su oscuro universo. La conservaría como un buen cristiano guarda una santa reliquia, por si acaso no volvía a verlo. Pero lo volvería a ver, de eso estaba segura.

A los cincuenta años, después de más de treinta y cinco de vida sexual activa, jamás había sentido la menor satisfacción. A partir del momento en que había tomado conciencia de ello, su existencia había quedado envenenada. Sin duda a causa de ese sentimiento, con la esperanza de curarse de lo que consideraba una enfermedad, jamás había tenido la presencia de ánimo de rechazar las proposiciones de un hombre, cuando no las buscaba incluso ella misma. De sus múltiples aventuras no había obtenido, sin embargo, nada que la colmara. Había acabado por desanimarse, convencida de que conservaría para siempre aquella tara, y ahora resultaba que, gracias a un taxista, un desconocido, había alcanzado, contra toda expectativa, el más alto grado de excitación sexual.

—¡Lo encontraré! —exclamó en voz alta en medio del silencio de la noche —. Además, Armando ha anotado el número del taxi en su cuaderno.

Caminó largo rato antes de distinguir claramente las luces del aeropuerto. Entonces pudo orientarse y encontró la carretera. Continuó todavía andando sin encontrar a nadie y, exhausta y con los pies doloridos, llegó a su casa con las primeras luces del alba. Apretó con insistencia el timbre de la entrada hasta que el portero acudió por fin a abrir. La observó al entrar, extrañado de su desaliño y de la arena que la cubría de pies a cabeza, pero no hizo preguntas ni comentarios.

Al llegar a su habitación, se fijó en algo que había escrito en la caja de cerillas. Era una caja Le Boxeur, con la efigie de Battling Siki en la parte de delante. En el dorso había anotados el nombre de un hombre: Ngor Ndong; también figuraba el de un pueblo: Sangalcam.

Tomó un baño caliente y luego uno frío y, relajada, se acostó. Durmió hasta después de mediodía. Al despertar sació el hambre con un copioso desayuno, se vistió rápidamente y salió. Tomó el taxi que el portero había pedido para ir a retirar el jaguar al garaje. Durante el trayecto, preguntó al chófer si conocía, entre sus colegas, a un tal Ngor Ndong, que vivía en Sangalcam; puso como excusa que tenía un recado importante para él. El hombre hizo memoria y acabó dando una respuesta negativa.

«¡Da igual! —se dijo—. Armando tiene su número y no será difícil localizarlo.»

Poco antes de la una y media aparcó el Jaguar de color blanco crema en la zona de aparcamiento de la Maternidad. Era la hora de las visitas y la puerta estaba abierta.

—¡Ramata! —exclamó Dieynaba cuando entró en la habitación A.

De pie en el centro, con el camisón arremangado y las piernas separadas, acababa de ponerse una compresa. Se arrojaron una a los brazos de la otra y permanecieron largo tiempo abrazadas, en silencio.

—¡Te he esperado toda la mañana! —confesó por fin la hija con tono de reproche—. Quería llamarte a casa, pero cada vez me decía que ibas a llegar de un momento a otro.

Ramata se separó de ella y, tomándola por el hombro, la llevó hasta la cama, donde se sentaron juntas.

—Vine anoche —se justificó con cierta incomodidad—. Como dormías, no quise molestarte.

—Armando me lo ha dicho cuando me he despertado esta mañana.

—Me fui muy tarde y, al llegar a casa, no pude pegar ojo de tan excitada que estaba con la alegría de ser abuela. No me he dormido hasta la madrugada y me he despertado hacia las doce. ¿Cómo estás, muy cansada?

—Muy bien, me he recuperado bastante. Al principio estaba un poco asustada, pero Armando estaba allí, me daba la mano y me animaba. Superé el miedo y controlé la respiración. Se me hizo un poco largo porque las contracturas no eran frecuentes, pero, al final, todo salió bien. ¿Y tú, Ramata? ¿Fue duro para ti? ¿Gritaste cuando me trajiste al mundo?

—¡No, cariño! Como eras un bebé muy grande, me hicieron de entrada una cesárea. No tuve tiempo de gritar.

—A mí me la querían hacer, pero he preferido ver nacer a mi hijo estando despierta. Pese a la insistencia de Armando, no acepté, en vista de que ni la vida del bebé ni la mía corrían peligro.

—¿Dónde está Armando, por cierto? —preguntó Ramata Kaba.

—No debe de andar muy lejos. Ha salido para acompañar al tío Armando, que ha venido a ver a su nieto.

—Debía de haberse ido ya cuando he llegado, pues no he visto su coche en el aparcamiento.

—¿Y papá?

—Llega a las tres. ¡Se llevará una agradable sorpresa!

—¡Sí! Va a estar muy contento, y más viendo lo mucho que se le parece el niño.

—Pues Armando dice que se le parece a él.

—¡No! Se parece mucho más a papá.

Se miraron y dejaron escapar al mismo tiempo una alegre carcajada, felices.

Armando las encontró abrazadas.

—¡Cualquiera que no os conociera os tomaría por dos hermanas! —comentó tras besar a Ramata en la mejilla.

—Hijo, ¿guardaste el número del taxi que cogí anoche? —preguntó Ramata.

Armando buscó en los bolsillos de la bata y, al no encontrar nada, afirmó que no sabía dónde había dejado el cuaderno.

—¿Qué ocurre? —inquirió Dieynaba.

—Perdí la cadena Van Cleef y Arpels, la que me regaló tu padre cuando naciste —explicó a Ramata—. Quería regalártela, por eso me la puse al venir. Por desgracia, te encontré dormida. Pensé que se habría caído en el taxi, aunque en realidad no estoy segura. ¡No sé dónde la perdí! ¿Qué hora es?

—Las dos y media —contestó Armando, tras consultar el reloj.

Ramata se puso en pie.

—Me voy al aeropuerto —anunció—. El avión de tu padre llega dentro de media hora.

Se dijo que conseguiría encontrar a Ngor Ndong, lo más rápidamente posible y fuese como fuese.

El ayudante jefe Ibnou Faye, comandante de la brigada de gendarmería de Rufisque, estaba muy preocupado. No sabía cómo se podría solucionar todavía por vía amistosa aquel asunto de la tontina que le llegaba de Sébikotane. Tenían un centenar de denuncias por desvío de fondos y abuso de confianza depositadas contra la presidenta y la tesorera de la asociación financiera por miembros de la asociación que llevaban casi tres años sin recibir su cuota en el reparto. La suma rondaba los cuatro millones y medio. Las denunciantes aseguraban haber recurrido sin resultado a todas las vías de acuerdo posibles y afirmaban que si habían llevado el caso a la Policía, era porque no querían ya oír hablar de reconciliación, sino de devolución. Ibnou Faye pensó que no tendría más remedio que detener a las dos responsables y no le gustaba nada. Meter en chirona a una mujer era lo que más le repelía de su oficio.

No obstante, si no las arrestaba, los miembros de la tontina no dudarían en acusarlo de haber olvidado su denuncia porque mantenía excelentes relaciones con la presidenta, que, sin duda, le untaba la mano. Aquello era falso, por supuesto, pero más valía no dar pie a chismorreos. ¡Además, aquellas dos mujeres habían ido muy lejos! Se habían quedado con el dinero de otros y tendrían que pagarlo. Así eran las cosas...

El ruido del teléfono situado en un rincón de la mesa interrumpió el hilo de los pensamientos de Ibnou. Entonces sacó del bolsillo de la guerrera un pañuelo ya húmedo con el que se enjugó el sudor de la frente y el cuello. Pese a las grandes aspas del ventilador que agitaban el aire y a la ventana abierta, en su oficina hacía un calor bochornoso esa tarde de junio. El teléfono sonaba por tercera vez cuando, después de guardar el pañuelo en el bolsillo, tomó el auricular.

—¡Brigada de la gendarmería de Rufisque al aparato!

—Querría hablar con el comandante de la brigada, por favor —solicitó alguien con amabilidad.

—El mismo al habla. ¿Quién llama?

—El ministro do Justicia, Matar Samb.

—Ayudante jefe Ibnou Faye a su servicio, señor ministro —saludó con tono respetuoso y sorprendido a la vez.

—Perfecto, comandante, necesitaba precisamente sus servicios. Verá... Sangalcam queda en su sector, ¿verdad?

—¡En efecto, señor ministro de Estado!

—Pues bien, necesito localizar a un habitante de Sangalcam llamado Ngor Ndong, un taxista. ¿Lo conoce?

Ibnou Faye se tomó un momento de pausa antes de responder.

—Disculpe, señor ministro, conozco a Ngor Ndong, pero no es taxista...

—El que me interesa es taxista. Debe de haber varios Ngor Ndong. Es al taxista a quien busco.

—Disculpe, señor ministro, sólo hay un taxista en Sangalcam. Es un guineano llamado Algassimou Diallo; tiene la casa justo delante del dispensario. En el pueblo sólo conozco a un Ngor Ndong, un joven. Fue aprendiz, pero nunca llegó a taxista.

—¿Ah sí, comandante? Espere, no cuelgue...

Ibnou Faye oyó un vago rumor de conversación al otro lado del hilo y, luego, de nuevo la voz del ministro de Estado.

—¿Sí, comandante? Si es el único que responde al nombre de Ngor Ndong, tiene que tratarse de él.

—Bien, señor ministro. ¿Habrá cometido algún delito otra vez, supongo?

—¿Un delito dice? Oh, no, comandante, al contrario. Anoche le prestó un gran servicio a mi esposa, que está empeñada en expresarle personalmente su agradecimiento. Dice incluso que va a ir a su cuartel. Comandante, cuento con usted, por favor, para que trate de localizar a Ngor Ndong antes de su llegada. ¡Adiós, comandante, y muchas gracias!

Ibnou Faye colgó cuando el ministro cortó la comunicación; se quedó pensativo. ¡Qué increíble!

Salió de la oficina acariciándose la hirsuta barba, ornamento bastante inusual en un gendarme. Su cara era alérgica a toda forma de afeitado. Enseguida le salía un forúnculo no bien había pasado la hoja, lo cual lo obligaba a guardar cama durante dos semanas con la cabeza hinchada como una calabaza. El médico lo había autorizado a dejarse barba, con una prima mensual de mantenimiento de trescientos cincuenta francos. Todavía se acariciaba el mentón, abstraído, cuando entró en la gran sala central, en torno a cuya mesa trabajaban media docena de agentes.

—¡Dème! —llamó.

Un joven de unos veinticinco años irguió la cabeza.

—¿Sí, Charlie Bravo?[9]

—Vamos a Sangalcam.

—De acuerdo, jefe. Voy a sacar el Land Rover del garaje —anunció Dème, levantándose.

Cogió la gorra y salió. Ibnou fue tras él. En la sala de espera, que estaba llena de gente, de mujeres sobre todo, en su mayoría de pie, las denunciantes de la tontina se acercaron a él.

—Jefe Faye, ¿y nuestro problema? —preguntaron a la vez.

Sin detenerse, Ibnou Faye les pidió que regresaran a la mañana siguiente, explicando que mientras tanto convocaría a la presidenta y a la tesorera porque iba a estar ocupado el resto del día, y después se fue con Dème sin atender a las recriminaciones de las mujeres.

Los mismos gendarmes habían dado a Sangalcam el apodo de «pueblo sin ley». En esa población intervenían más que en todo el resto de su zona. Y es que Sangalcam estaba lleno de habitantes llegados de los más diversos horizontes. Era un pueblo de aluvión. Los inmigrantes era mayoritarios y los escasos autóctonos no poseían ninguna raíz...

El nombre de Sangalcam, que significa literalmente «Recobra Cam», está ligado a uno de los más gloriosos episodios de la historia de los lebus.[10] Hace tiempo, mucho antes de que los toubabs conquistaran el país, la actual región de Dakar, exclusivamente habitada por los lebus, pertenecía al reino de Cayor. En señal de vasallaje, cada año, poco antes de la época de lluvias, uno de los doce pueblos de la zona debía llevar a la capital del reino, Mboul, una gran cantidad de arena fina y de conchas blancas para adornar la sepultura del *damel*[11] y de los grandes dignatarios, así como una importante provisión de sal y de pescado seco para el avituallamiento de su ejército.

El año de las grandes lluvias y de las fuertes inundaciones que habían provocado la expulsión a los elefantes, que habían hecho surgir numerosos cursos de agua y brotar las innumerables palmeras de la región de Niayes, donde Ballobé Diop, con apenas treinta años, fue elegido *diaraf*[12] de Bargny gracias a su fuerte personalidad, su clarividencia y su ardor en el trabajo, coincidió con el turno en que correspondía a dicho pueblo llevar el tributo. Después de consultar al consejo de ancianos que le prestó su apoyo y prevenir a los diaraf de los otros

pueblos lebus, Ballobé envió a su primo Bandak a Mboul para anunciar en persona al damel de Cayor que Bargny se negaba a obedecer una ley que consideraba injusta.

Así habló Bandak, después de haberse identificado y haber saludado al damel sentado delante de toda su corte reunida.

—En tiempos inmemoriales, los lebus, pueblo de pescadores habitantes de los márgenes del Nilo, refractarios a toda forma de monarquía, abandonaron su patria de origen, el Egipto de los faraones. A lo largo de su éxodo, que duró más de un milenio y en el curso del cual atravesaron desiertos, sabanas y selvas, escalaron colinas y montañas, franquearon ríos y lagos, se dedicaban a la pesca cuando podían, nunca lograron asentarse de manera prolongada en ningún sitio a causa de su pronunciado apego a la libertad. Al llegar por fin al borde del mar, se instalaron de manera definitiva allí y, sumando a sus actividades de pesca la agricultura, vivieron en paz, sin pedir nada ni deber nada a nadie. Pero el reino vecino de Cayor, demasiado poderoso, vino a imponer su soberanía sobre su territorio; los lebus, demasiado débiles, no osaron rebelarse, olvidando incluso los motivos que habían impulsado a sus gloriosos antepasados, hombres de una pieza enamorados de la justicia, a abandonar para siempre su lejana patria y una verdad convertida en proverbial para ellos: «¡El lebu no conoce rey! Bargny tiene un nuevo diaraf, que se llama Ballobé Diop. Él considera que el reino de Cayor no tiene ninguna autoridad sobre su pueblo, que está totalmente de acuerdo con él. Por consiguiente, si tú, damel Amary Ngoné Ndella Coumba, deseas arena y conchas, él, diaraf Ballobé Diop, te concede la autorización para enviar tantos hombres o mujeres como quieras, para venir a aprovisionarse gratuitamente y llevarse toda la carga que puedan transportar, pues en Bargny, la arena y las conchas son los regalos inagotables de la naturaleza. En cuanto a la sal y el pescado seco, si los quieres, es obligado que los pagues a sus propietarios. Que quede bien claro lo que he dicho. ¿Lo has comprendido bien? Mi lengua ha repetido palabra por palabra, sin omitir nada, el mensaje de mi primo, diaraf Ballobé Diop. Eso es cuanto tenía que comunicarte, damel Amary Ngoné Ndella Coumba. Recibe mi saludo».

—¡Deberían arrancarte esa lengua de la boca antes de separarte la cabeza del cuerpo! —replicó el damel levantándose con presteza, con semblante ensombrecido y la voz vibrante de cólera mal contenida.

Precisó a Bandak que su condición de enviado lo salvaba de una muerte segura, pero que ésta no tardaría de todas formas en llegar. Le encargó que

volviera a decirle a ese pretencioso de Ballobé Diop que en el plazo exacto de una semana, entrada la mañana, él mismo, damel Amary Ngoné Ndella Coumba, iría al frente de su ejército a castigar con rigor la más extrema ofensa que le había sido infligida nunca. Respondiendo con otro proverbio, ellos, en Cayor, decían que una bofetada en plena cara se venga por sí sola. Él se vengaría de la bofetada que Bargny le había dado. Quemarían el pueblo y decapitarían a todos los hombres. Primero le tocaría el turno a Ballobé y luego a Bandak, una vez que los hubieran capturado, vivos a ser posible, o si no, después de muertos en combate. Se llevarían sus cabezas como trofeos y los cuerpos los arrojarían a las llamas. Las mujeres y los niños, plegados bajo las cargas de sal, de pescado seco, de arena y de conchas, serían conducidos a Mboul y reducidos a la esclavitud. ¡Que Ballobé Diop no diga que el damel Amary Ngoné Ndella Coumba lo ha atacado por sorpresa!

Tras cuatro días de marcha forzada, igual que en la ida, Bandak volvió al pueblo a transmitir la amenazadora respuesta del damel. Ballobé no se inmutó, sin embargo. Quedaban aún tres días, durante los cuales Bargny se preparó para la guerra.

Esa misma noche, los ancianos fueron al bosque de Bahadiah para consultar a Ndogal, el genio protector del pueblo. Ndogal recomendó un sacrificio: antes del amanecer había que inmolar a una niña de diez años; con su cadáver se confeccionaría un grigri. Así, el pueblo lograría una victoria total. Ningún habitante perdería la vida, no sólo en la batalla que habría que librar contra el damel de Cayor, sino en cualquier otra batalla futura en la que participase, en todo el mundo, y nunca, por más poderoso que fuera, rey alguno conseguiría imponer su ley en Bargny hasta el fin de los tiempos.

Entre eso y un pueblo destruido, con los hombres masacrados y las mujeres y los niños reducidos a la cautividad, no dudaron mucho en elegir. Entre los ancianos, había tres que tenían hijas de diez años y todos se ofrecieron voluntarios para entregarlas. Hubo que proceder a un sorteo y luego se llevó a cabo el terrible sacrificio.

El tiempo apremiaba. Bargny no poseía ejército profesional. Diaraf Ballobé convocó con urgencia sus tropas. Todos los hombres en edad y condiciones idóneas se presentaron. En total sumaron ciento noventa y nueve voluntarios, un tercio de los cuales eran viejos.

En vistas de tan pobre número, Ballobé efectuó una llamada a los otros jefes de los pueblos lebu, a los que les explicó que el combate que Bargny debía

efectuar contra el damel de Cayor era el combate de todos. Los veintidós hombres que envió, dos por cada pueblo, regresaron con la misma respuesta negativa. Los once pueblos consideraban que el combate de Bargny no les concernía para nada y, por lo tanto, rehusaban de forma categórica, sin excepción, aportar cualquier clase de ayuda. Ellos no tenían ningún tipo de contencioso con el damel y no querían tenerlo. Los habitantes de Bargny eran los únicos responsables, merecían todo lo que se les venía encima por haber elegido como diaraf a un niño. Y puesto que ese niño, ese Ballobé Diop, por cosas insignificantes que Bargny poseía en abundancia, había querido desdecirse de la palabra dada por sus antepasados a los antepasados del damel de Cayor y exponer a su pueblo a la destrucción total, debía acarrear las consecuencias. Que se las arreglara solo, tal como había tomado solo su alocada decisión; que no pidiera socorro a nadie, porque ningún pueblo lebu le prestaría apoyo.

Al considerar insuficiente su falta de solidaridad, para no comprometerse, los otros diaraf mandaron once embajadores a Nboul, acompañados cada uno de once muchachos y once muchachas cargados con los cestos llenos de provisiones que Bargny se negaba a entregar. Los delegados declararon al damel que la ausencia de un solo mono no redundaría en detrimento de la unión, que los otros lebus condenaban de manera unánime y sin reservas la pueril actitud de Ballobé y de su pueblo, desaprobaban su desatinado desacato y creían que tenían bien merecido el castigo que les habían reservado.

El desapego de sus parientes causó un gran disgusto a Ballobé, pero no hizo mella en su voluntad. Bargny debería combatir solo. La víspera de la fecha crítica, poco antes de ponerse el sol, el pueblo de Ngalape salvó el honor de los otros pueblos lebus. Una joven llamada Cam Mbenga, armada con una azagaya en la mano derecha, un arco en la izquierda y un carcaj lleno de flechas en bandolera, llegó para sumarse a las filas de Bargny. Tras haberle dado profusamente las gracias, diaraf Ballobé le dijo que las mujeres no debían participar en el combate. Cam Mbenga respondió que lo sabía muy bien, pero que había acudido enviada por su padre. Este tenía más de cien años y ya no le sostenían las piernas. Contaba, gracias a Dios, con una familia numerosa, cincuenta dones del cielo vivos, pero únicamente con hijas, todas las cuales estaban ya casadas salvo ella, Cam, la benjamina, que tenía veinte años y aún estaba soltera. Indignado por la traición de los pueblos lebus, de no haber sido por su avanzada edad, su padre se habría sumado a la causa de Bargny, que para él era justa y noble. Por eso le había dado sus armas y la orden de ir a combatir

en su lugar. Ella, Cam Mbenga, hija de Lisikeury Mbenga de Ngalape, estaba resuelta a respetar la voluntad paterna y no veía ninguna fuerza en el mundo capaz de impedírselo.

Ante tanta determinación, los ancianos acordaron admitir a Cam a título excepcional entre los combatientes. Le dijeron que comprendían el gesto de su padre Lisikeury, porque la «habitación» de su madre se encontraba allí, en Bargny.

Al día siguiente, día de la confrontación, desde el amanecer concentraron en la playa a los niños y a los ancianos demasiado viejos para combatir, pues en caso de derrota estarían listos para ir a buscar refugio por mar en Djifer, montados en las piraguas donde habían dispuesto ya su equipaje.

Por la mañana, cuando el sol había cubierto la mitad de su trayectoria, una gran polvareda anunció la llegada de la vanguardia del ejército de Cayor, formada por la caballería provista de fusiles y capitaneada por el propio damel.

Al frente de sus tropas, compuestas de ciento noventa y nueve hombres y una mujer, diaraf Ballobé salió a la carga contra el enemigo, armado de la feroz voluntad del jabalí arrinconado contra un árbol y que es consciente de que debe vencer o morir.

El encuentro tuvo lugar en Panthiur, un bosquecillo situado al este de Bargny, después de los campos, entre el río Hulupe y el pueblo de Ndouhoura.

Pese a ser cinco veces inferiores en número y no contar con caballos ni armas de fuego, las tropas del diaraf Ballobé Diop causaron una escabechina y la huida del potente ejército de Cayor, considerado invencible hasta entonces.

El sacrificio consentido no había sido vano, pues les brindó la protección absoluta para el pueblo que había garantizado el genio Ndogal. En el momento en que, confiados a lomos de sus caballos, los soldados de Cayor apuntaban las armas aguardando la orden del damel para disparar contra la heterogénea horda que avanzaba, corriendo en desorden, con un dispar armamento compuesto de palos, piedras, algunos arcos, flechas y azagayas, unos enjambres de abejas oscurecieron el cielo cual nube de langosta y se precipitaron contra ellos y sus monturas. No atacaron, en cambio, a la gente de Bargny.

En las filas del ejército de Cayor pronto se produjo la desbandada, entre alaridos y relinchos de dolor. Enloquecidos por las picaduras de los insectos, los caballos desarzonaron a los jinetes y, desbocados, se dispersaron por el campo antes de morir con los ollares inflamados. El damel y sus hombres, que se habían quedado todos sin montura y habían perdido en su mayoría las armas, huían

despavoridos bajo el pertinaz acoso de aquellas asombrosas abejas que respetaban milagrosamente a sus enemigos. Las tropas de diaraf Ballobé no tuvieron más que perseguirlos y matar a un gran número de ellos, entre los que se contaban dos príncipes, el hermano menor y el tío del damel.

Aquella estrepitosa derrota de Bargny supuso el fin definitivo del dominio del reino de Cayor sobre el territorio de los lebus. Inmediatamente después de la batalla, diaraf Ballobé envió de nuevo a Bandak para comunicar al damel que, de las dunas de arena amarilla de Diander hasta las colinas gemelas de Uaka, y de la isla de Ngor a los acantilados rojos de Dialaw, todos los pueblos estaban habitados por parientes suyos, que quedaban por lo tanto bajo su protección. A partir de entonces, nadie les volvería a llevar nunca más conchas, ni arena, ni pescado seco ni sal. Y si Amary Ngoné Ndella Coumba, se atrevía a agredir a un solo pueblo lebu, él, diaraf Ballobé Diop, le prometía otra lección, mucho más fulgurante, más mística y más humillante que la que acababa de administrarle.

Con la cara todavía hinchada por las picaduras de abeja, el damel respondió que había oído y comprendido. De este modo dejó tranquilos, al igual que lo hicieron sus sucesores, al conjunto de los pueblos del territorio al que los historiadores suelen referirse con la errónea denominación de república Lebu.

Nunca existió tal república. Una república implica que haya, como mínimo, un poder central y unas leyes comunes. Pese a que había una organización social casi idéntica en todas partes, con el diaraf, el consejo de los notables, de los jóvenes y el conservador de las tierras, elegidos todos democráticamente pero sin privilegios ni distinciones de ninguna clase, y un consejo de ancianos al que se accedía en virtud de la edad, la sabiduría y los conocimientos ocultos, no existía ningún jefe superior, cada pueblo era autónomo y contaba con su propia administración, de tal forma que ninguno tenía preeminencia sobre otro.

Al día siguiente de la batalla, cuando avergonzados por su comportamiento, los otros diaraf acudieron en delegación a Bargny para solicitar el perdón de Ballobé, para felicitarlo y para darle las gracias, le propusieron de forma unánime asumir las funciones de jefe de la asamblea de pueblos lebus. Ballobé les concedió el perdón sin rencor, pero declinó la oferta.

—¡Queréis hacer de mí un damel! —les explicó, riendo—. Sabéis muy bien que eso es imposible, porque el lebu no reconoce ningún rey. Os doy las gracias por la gran confianza que demostráis en mí, pero no puedo aceptar. Los lebus no necesitan un damel, sino ser solidarios entre sí. Nuestras tierras son vastas y fértiles, nuestros bosques abundantes en caza, y el mar está ahí, siempre

generoso, de tal suerte que cada pueblo se basta para proveer sus necesidades. Todos somos parientes y en caso de dificultad debemos ayudarnos. Volved a vuestras casas y dirigid vuestros pueblos en la concertación, la justicia y la paz, sin abusar de la autoridad. Que el hermano menor siga al hermano mayor y que el hijo siga al padre.

Así lo hicieron, y los lebus, independientes de todos los otros reinos del país, vivieron con paz y prosperidad, al abrigo de guerras y hambrunas...

Los primeros toubabs, exploradores que llegaron por barco al país en plena estación de lluvias se dejaron engañar por la lujuriante vegetación que habían propiciado ese año las lluvias. Creyendo que aquella verde espesura era permanente, denominaron al territorio de los lebus la península del Cabo Verde. Aquellas personas se fueron de allí poco tiempo después.

Tras ellos llegaron, varias décadas más tarde, unos toubabs comerciantes. Algunos se instalaron en la isla de Ber,[13] deshabitada, tras pedir autorización a los pescadores que ocupaban unas cabañas de paja en el continente, a cambio de unas cuantas barras de hierro, de abalorios y barricas de vino tinto. Otros prosiguieron hasta Ndar.[14] Una vez asentados, los toubabs firmaron tratados de amistad con los pescadores para aprovisionarse de agua potable, para visitar los pueblos, entablar relaciones cordiales con los habitantes, comerciar y hacer trueque con ellos. Poco tiempo después, fundaron una sede comercial en Teungedj,[15] y más tarde, en Diuwala.[16]

Los toubabs traían extraordinarias mercancías, como velas, espejos, golosinas, telas, agujas, hilo, jabón o vino tinto, que trocaban por carne fresca, cera, pieles, miel, goma arábiga y sal. Todo el mundo estaba contento, pues unos y otros salían beneficiados.

Pronto, sin embargo, los toubabs no se conformaron con los productos animales, vegetales y minerales; estimaron que el producto humano era mucho más rentable. Entonces penetraron en el interior del país y compraron o capturaron esclavos para venderlos en las Américas. Y durante tres siglos, el comercio de ébano fue próspero.

Luego llegó por fin otra clase de toubabs, que no eran ni exploradores ni comerciantes. Eran militares, conquistadores temibles, astutos y eficaces. Desde su base de Saint-Louis, gracias a los cañones y a los fusiles, en el poco espacio que media entre dos generaciones, dislocaron enfrentándolos unos contra otros, a la totalidad de los reinos del país, como el Cayor, el Baol, el Djolof, el Walo, el

Fouta Toro, el Sine, el Rip, el Saloum, el Niani Wouli, el Bomabouk, el Fouladou, el Kassa, el Fogny, el Blouf, el Pakao... Casi todos los reyes perecieron en combate; los que no, fueron capturados y deportados sin posibilidad de regreso. Uno solo de ellos, el rey de Djolof, consciente de la superioridad de los toubabs, decidió exiliarse hacia otros horizontes para ponerse a las órdenes de otro rey que él consideraba dotado de fortaleza suficiente para contenerlos, pero que al final resultó también derrotado. Todas las reglas y estructuras sociales se vieron trastocadas por completo. A los príncipes menores de edad los enviaron a la Escuela de los Rehenes, los adultos se convirtieron en simples cultivadores, palafreneros o comerciantes, mientras que los antiguos cautivos de las coronas derrocadas que se habían situado, en el último momento, en el bando de los nuevos amos, alcanzaron la posición de reyes.

El territorio de los lebus, al no ser un reino, se mantuvo al margen de las refriegas. Los jefes toubabs respetaron los tratados de amistad firmados por sus antepasados. Durante todos aquellos años de conflicto, no hubo ni un disparo en esa zona. Al contrario del resto del país, cuya conquista se llevó a cabo a sangre y a fuego, la ocupación de la península del Cabo Verde se efectuó de manera pacífica, sin la menor escaramuza. La organización social de los lebus se mantuvo gracias a ello intacta, como antes.

Los toubabs fragmentaron a su conveniencia los reinos desmembrados en provincias y cantones, al frente de los cuales pusieron jefes indígenas que de insignificantes pordioseros pasaron a ser poderosos personajes. Ataviados con el abrigo y la chechia roja, atributos del nuevo poder, estos improvisados dirigentes no dudaban en emplear el látigo para recaudar los impuestos. Al país le dieron el nombre de Colonia del Senegal; a su frente pusieron un gobernador con residencia en Saint-Louis, que asumió la categoría de capital.

De allí, ayudados por las tropas reclutadas en los antiguos reinos, los famosos «regimientos senegaleses», los toubabs partieron a la conquista de otros países del continente, que no tardaron en doblegar. Entonces reagruparon el conjunto de los territorios vencidos en una vasta federación, una entidad administrativa denominada la AOF.[17] Durante un breve periodo de tiempo inferior a un año, el gobernador del Senegal, instalado en Saint-Louis, compatibilizó sus funciones con las de gobernador general de la AOF, antes de que éstas se deslindaran. Entonces, el antiguo campamento de cabañas de pescadores construido al oeste de la isla de Gorea, transformado en la ciudad

más importante del país, Dakar, se convirtió en capital de la federación.

El año en que estalló la Primera Guerra Mundial tuvo lugar la elección del primer diputado negro en el palacio Bourbon, Blaise Diagne, originario de Bargny, del barrio de Gouye Dioulancar, por parte de su abuela materna, Sarote Secka. Como homenaje a su histórica victoria sobre el mulato Carpot, las mujeres del pueblo donde había efectuado su preparación mística para la conquista del poder le dedicaron la célebre canción *El carnero negro ha derribado al carnero blanco.*

Nombrado subsecretario de Estado en las colonias, Blaise se encargó de la leva de tropas indígenas para ir a defender la madre patria amenazada por los alemanes. El gobernador general de la AOF, que no toleraba recibir órdenes de un negro, prefirió ir al frente, donde falleció alcanzado por una bala en la cabeza justo después de su llegada. Los jóvenes de Bargny fueron de los primeros en enrolarse en el ejército. Al igual que sucedió en los posteriores conflictos de la guerra del 39, de Madagascar, Indochina, Argelia, Congo, el Líbano, Shaba, Chad, Cambia y Liberia, todos los que partieron a combatir a Francia, después de haber rodeado siete veces el fetiche de Ndogal confeccionado antes de la guerra contra el damel de Cayor, regresaron sanos y salvos.

En el momento en que comenzaba a soplar el suave céfiro de la autonomía interna, precursor del cálido y seco alisio de la independencia, los altos dignatarios lebus se pusieron en contacto con las autoridades coloniales para pedir, en nombre de los tratados firmados siglos atrás entre sus respectivos antepasados, que la península de Cabo Verde quedara separada del resto del Senegal, provista de un estatuto de departamento o territorio francés de ultramar. Las negociaciones secretas estaban a punto de dar su fruto cuando el vicepresidente del Consejo de Gobierno, Mamadou Dia, se enteró del proyecto. Un proyecto tan nefasto, del que el país no se recuperaría nunca, debía fracasar a toda costa. Apoyándose en el argumento jurídico de que no se puede separar una capital del resto de un país, tomó la decisión de trasladar la capital de Senegal de Saint-Louis a Dakar. Cuando se hizo pública la noticia, los estupefactos habitantes de Saint-Louis protestaron con vehemencia y energía, afirmando que no pensaban quedarse de brazos cruzados ante lo que consideraban como una sentencia de muerte de su ciudad. Todos los habitantes salieron a manifestarse en las calles lanzando gritos de odio y maldiciones contra Dia, mientras en las mezquitas se celebraban oraciones especiales para pedir la caída de su Gobierno. Pese a ello, Dakar se convirtió en la capital de Senegal.

Pese a que Francia concedió la independencia sin que hubiera ni un disparo ni un cruce de sables, los lebus no habían renunciado a sus aspiraciones. Mientras tanto llegó al poder el presidente Léopold Senghor tras la disolución de la efímera confederación de Mali, que agrupaba el Sudán francés y Senegal. Antes tuvo que deshacerse de Mamadou Dia. Este, por entonces presidente del Consejo de Gobierno, y acusado de tentativa de golpe de Estado, fue confinado junto con cuatro de sus compañeros al penal de Kédougou. Senghor puso fin de manera definitiva al proyecto lebu. En lugar de aplicar la fuerza bruta, se valió del tacto y de la astucia. Buen conocedor de la ex madre patria, Senghor sabía que bastaría con que los dignatarios lebus dejaran de plantear su demanda para que, a falta de interlocutores, abandonara aquella diabólica empresa. Como buen poeta, dotado de un fino manejo de la palabra, Senghor comenzó formulando fantásticas promesas. Entre otras, que en menos de una década se construirían entre Rufisque y Dakar cien fábricas donde trabajarían con prioridad los jóvenes de la región de Cabo Verde. Después se emprendería el acondicionamiento de un puerto en Bargny y la financiación de las cooperativas de pesca de todos los pueblos para la adquisición de redes y piraguas con motor. A las promesas agregó un elevado salario para los dignatarios, un coche con gasolina y con chófer, teléfono, agua y electricidad gratuitos y becas para que sus hijos fueran a estudiar a Francia. Los honores prodigados atajaron para siempre las veleidades separatistas. Cada año la presidencia invitaba a la colectividad lebu a una recepción en la gran sala de banquetes en la que no faltaba de nada. Ellos eran la única etnia depositaría de tal privilegio.

Fue en el curso de una de esas recepciones cuando el presidente remató su obra. Anunció a los dignatarios que se disponía a promulgar la ley denominada «sobre el territorio nacional» que estipula que la tierra no pertenece a nadie, aparte de a aquel que está en condiciones de trabajarla. El problema era que temía la reacción de los lebus. En lugar de preguntarle el motivo de sus temores, los dignatarios se ofuscaron. ¿Cómo podía temer él, Senghor, su reacción, con todo lo que había hecho por ellos y que de justicia era proclamarlo en voz bien alta, pues quien no dice el favor y su autor es un ingrato y ellos, los lebus, no eran unos ingratos? Senghor, según lo deseara sin siquiera consultarles, podría promulgar todas las leyes que quisiera, pues aquello no era asunto suyo. Ellos tenían la obligación de aplaudir y así lo harían hasta que se les hincharan las manos. La Asamblea Nacional, dominada por el único color verde,[18] votó la

famosa Ley 64 46 , una ley peligrosa que acarreó tanto desorden como el nubarrón preñado de lluvia. Muy pronto resultó evidente que era una patata caliente en manos de los lebus.

Rápidamente, la península de Cabo Verde quedó invadida y la mayoría de los pueblos se transformaron en guetos. Desposeídos de sus tierras por medio de falsos documentos, los habitantes pasaron a ser minoritarios en su territorio. Frustrados, airados e impotentes, observaban anonadados a los nuevos propietarios de tierras que ahora se llaman Diamanka, Konaté, Blanchard, Mboup, Da Costa o Gaboune, sin poder recurrir al ya olvidado sueño de constituir un departamento o territorio de ultramar. De las cien fábricas, el puerto y la financiación de las cooperativas nunca más se oyó a hablar. Se acabaron los coches; el agua, la electricidad y el teléfono se cortaban en caso de impago, y las becas las concedía ahora una comisión nacional. La única prebenda que queda es la irrisoria recepción anual.

¡Cuántas paradojas y coincidencias nos reserva la vida! Creada para enterrar para siempre el separatismo, la ley sobre el territorio nacional encendería la mecha en el sur del país, donde, aplicada al comienzo del reino de Abdou Diouf, iba a servir de pretexto para que otro Senghor (sin lazo alguno de parentesco con el presidente poeta), el abad Augustin Diamacune, despertara al antiguo MFDC[19] y desencadenara la lucha armada, con el objetivo declarado de lograr la independencia de la hermosa región de Casamance, que, con sus abundantes palmeras, sus grandes árboles, su vegetación lujuriante y su fértil suelo, tanto se parece a Sangalcam...

¿Sangalcam?

¡Ah, sí!

Durante la batalla en que las precarias tropas del diaraf Ballobé Diop, ayudadas por las abejas, infligieron una contundente derrota al ejército del damel, Cam Mbenga, la joven venida del pueblo de Ngalape, debía tener un destacado papel gracias al cual su nombre pasaría a la posteridad.

La intrépida Cam, presente en la primera línea de los hombres que salieron a perseguir a los soldados de Cayor, recibió una bala en el pecho, que disparó uno de los pocos fugitivos que conservaba aún el fusil, emboscado en un bosquecillo del otro lado del río. Murió en el acto. Fue la única víctima del ejército del damel. «*¡Sangal Cam!*»,[20] gritó el diaraf Ballobé a su primo Bandak antes de reanudar la persecución.

A Cam Mbenga la enterraron en la orilla del río. Desde entonces, ese lugar se llama Sangalcam, localidad a la que los gendarmes se refieren con el apodo de Pueblo sin Ley.

Dotada de una capa freática superficial, por aquel entonces era una selva densa, pantanosa y deshabitada, infestada de serpientes venenosas y de insectos de toda clase, en especial las temibles moscas tse-tsé, transmisoras de la enfermedad del sueño. Cuando, después de la Primera Guerra Mundial, en la cada vez más poblada ciudad de Dakar comenzó a escasear el agua potable, la administración colonial decidió instalar allí un nuevo pozo perforador para compensar el de las Almadías cuyo régimen mermaba día a día. Se efectuó una desinsectación intensiva de la zona y se drenaron y secaron los pantanos. Trajeron la corriente eléctrica de Rufisque y construyeron una planta potabilizadora así como la vivienda del toubab que se encargaba de ella, una casa de dos plantas con vistas al río y dos chozas al lado para sus dos ayudantes indígenas. Ellos fueron los primeros habitantes de Sangalcam, único pueblo africano provisto de agua corriente y electricidad.

Otras personas vinieron a establecerse allí con el paso de los años, y así creció el pueblo. En los primeros años de la independencia alcanzó un millar de almas. En sus alrededores se encontraban los más hermosos vergeles del país, y entre los nuevos ricos, ministros, diputados, altos funcionarios, mandos del Ejército, marabúes y hombres de negocios estaba considerado de buen tono poseer una propiedad agrícola en Sangalcam. En la actualidad se calcula que la población, originaria de Guinea Conakry en su mayoría, ronda los diez mil habitantes.

Los gendarmes a menudo debían efectuar diligencias allí por los delitos más diversos. En ocasiones había incluso crímenes; el último se remontaba a menos de un mes. Sorprendidos en plena noche por el propietario de un campo de judías, los ladrones lo habían matado a machetazos y lo habían enterrado allí mismo. A la mañana siguiente, los perros errantes habían exhumado el cadáver; ese mismo día, los gendarmes habían detenido a los asesinos en Guédiawaye.

El ayudante jefe Ibnou Faye y su compañero Dème llegaron en menos de un cuarto de hora, ya que Sangalcam distaba tan sólo nueve kilómetros de Rufisque. No hubo forma de encontrar a Ngor Ndong. El jefe del pueblo, los notables, los jóvenes y las mujeres interrogados aseguraron que no lo habían visto desde hacía tres o cuatro días. Sí lo habían visto, sin embargo, dos días atrás por la tarde, tomando té en la cabaña de Mbouldy, el carnicero, próxima a la estación de

autobuses. Por desgracia, Mbouldy había cerrado el establecimiento y se había ido a buscar un buey a la feria.

El enfermero les aportó un dato concreto: Ngor Ndong había sido el primer enfermo que había atendido esa mañana. Tenía una profunda mordedura en la mejilla, probablemente producto de una pelea. Había tenido que ponerle doce puntos de sutura para cerrar la herida. De lo que no cabía duda era de que tenía mucho dinero, porque había sacado un billete muy nuevo de un fajo que llevaba en el bolsillo para pagar los medicamentos en la farmacia del pueblo. El problema era que no sabía adónde había ido después de administrarle la cura.

Los dos gendarmes regresaron a Rufisque provistos de aquel magro resultado. No bien llegó, Ibnou Faye fue informado de que la esposa del ministro de Estado lo esperaba en su oficina desde hacía casi diez minutos. Empapado de sudor, observó con gesto de desaprobación las húmedas aureolas que decoraban su uniforme. Entonces extrajo el pañuelo del bolsillo, se arregló el pelo, se enjugó la cara, el cuello, la nuca y las manos, guardó el pañuelo y se alisó la barba antes de entrar en el despacho con la gorra en la mano.

Ramata, que estaba sentada en una silla frente a la mesa, con las piernas cruzadas y el bolso apoyado en el regazo, se levantó al entrar Ibnou Faye y acudió hacia él.

—¿Han encontrado a Ngor Ndong, señor gendarme? —preguntó con apremio.

—Buenos días, señora ministra —la saludó Ibnou Faye.

—¡Ah, buenos días, señor gendarme! —rectificó con una amplia sonrisa, tendiéndole la mano—. ¿Han encontrado a Ngor Ndong?

Mientras le estrechaba la mano, Ibnou Faye pensó para sí que el ministro de Estado no debía de aburrirse con una hembra tan atractiva.

—Por desgracia, no —admitió con pesar. Dejando la gorra en la mesa, la rodeó y tras invitar con un ademán a Ramata a que volviera a sentarse, se instaló en su sillón—. Hemos registrado todo el pueblo: no estaba allí —prosiguió—. Sin embargo, esta mañana a primera hora, el enfermero le ha efectuado una cura por una mordedura que tenía en la mejilla. No tiene un radio de acción muy grande, así que lo más probable es que lo localicemos mañana.

—¡De ningún modo pienso esperar hasta mañana! —objetó con contundencia Ramata—. Enseguida me van a...

En vistas de la severa mirada que le asestó Ibnou Faye, interrumpió la frase y se puso a pestañear.

—¡Ay! Discúlpeme, señor gendarme —volvió a comenzar con afectada suavidad—. No debería hablarle así, perdone. Pero es preciso que me ayude a encontrar a Ngor Ndong, señor gendarme. Si no, pasaré la noche aquí, en el cuartel. Le dirá a su esposa que cuente conmigo para cenar y que me prepare un rincón en el salón. ¿Me ayudará, señor gendarme?

La pregunta iba acompañada de una cautivadora sonrisa. Ibnou Faye se había ofendido por el acerado tono de Ramata. Ahora, no obstante, con su extraordinaria sonrisa, la manera tan agradable de llamarlo «señor gendarme» y la dulzura de la voz, había aplicado un bálsamo sobre la herida. Ahora se decía que no podía negarle nada. Además, ¿por qué no iba ayudar a la mujer del ministro, que era un hombre tan poderoso? Era como si prestara un favor al ministro en persona, el cual quedaría en deuda con él, cosa que siempre resultaba beneficiosa en ese país. Además, lo que ella le pedía, localizar a Ngor Ndong, no era algo complicado ni censurable a ojos de la ley.

—No tendrá que pasar la noche en el cuartel, señora ministra —anunció con afabilidad—. Vamos a hacer todo lo posible por encontrarlo. Pero ¿seguro que hablamos del mismo energúmeno?

—¿Cómo dice, señor gendarme? ¿A qué energúmeno se refiere?

—¡A Ngor Ndong! El señor ministro me ha dicho que quería darle las gracias por un servicio que le prestó la noche pasada. Simplemente me preguntaba si hablábamos del mismo Ngor Ndong.

—Estoy completamente segura de que hablamos del mismo Ngor Ndong, señor gendarme.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Él me salvó de una agresión la noche pasada, cuando regresaba de la Maternidad del hospital Le Dantec, a eso de las dos. El taxi acababa de dejarme delante de mi casa, en Ranrhar, un lugar aislado y desierto, y mientras se iba y yo me disponía a llamar al portero, de repente me vi rodeada por tres maleantes salidos de la oscuridad, que querían agredirme. Por suerte, Ngor Ndong pasaba por allí. Él me socorrió y consiguió que huyeran. Fue en esa terrible pelea contra tres cuando le mordieron en la mejilla, delante de mí. Puesto que usted me informa de que el enfermero ha curado a Ngor Ndong de una mordedura en la mejilla, deduzco que hablamos de la misma persona. Él salió corriendo detrás de los tres maleantes. En aquel momento, yo me rehice un poco del miedo, llamé a la puerta, y después de que el portero abriera la puerta, entré.

Ibnou Faye se quedó pensativo un momento antes de plantear sus dudas.

—Pero ¿cómo puede saber que el hombre que acudió a socorrerla era Ngor Ndong? ¿Cómo podía conocer su nombre y saber que vivía en Sangalcam?

—¡Vaya por Dios! —exclamó con una risita nerviosa ella—. Me está usted sometiendo a un interrogatorio, señor gendarme —bromeó, tomando el bolso que tenía en el regazo.

Luego lo abrió y sacó una caja Le Boxeur, que depositó encima de la mesa, delante de Ibnou Faye. A continuación, con repentina expresión de gravedad, levantó la mano derecha.

—Juro decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, señor gendarme —declaró con seriedad—. Esta caja, que me ha servido de información, servirá de respuesta a las oportunas preguntas que me plantea. Durante la pelea, la vi caer del bolsillo de Ngor Ndong. La recogí mientras él perseguía a los maleantes, antes de entrar en mi casa, por un impulso instintivo. Hasta esta mañana, cuando al despertarme me preguntaba quién sería la persona que me había salvado, no me había dado cuenta de que había escrito su nombre y el de su pueblo. ¿Satisfecho, señor gendarme?

Ibnou Faye cogió la caja de cerillas y leyó las anotaciones. Al final sacudió la cabeza antes de devolvérsela a Ramata, que la volvió a guardar en el bolso.

—¿Satisfecho, señor gendarme? —repitió con profusión de sonrisas.

—¡Sí, sí, señora ministra! —confirmó con atropello—. Pero...

—¿Y ahora qué? Veo que es usted un policía más tenaz que Colombo...

Ibnou Faye no pudo contener una sonrisa.

—El señor ministro de Estado, su marido, decía que Ngor Ndong era taxista...

Ramata volvió a interrumpirlo con una alegre carcajada.

—¡El señor ministro, mi marido, se ha confundido, señor gendarme! —contestó, divertida—. ¡No sé de dónde sacaría eso! Seguramente fue por la fatiga del viaje. Acababa de volver de Ginebra, ¿sabe?

—Comprendo —admitió.

Ramata juntó las dos manos delante de la cara como si fuera a rezar, con un aleteo de pestañas.

—Señor gendarme, dígame, sinceramente, ¿por qué le caigo antipática? ¿Qué le he hecho yo? —preguntó, sin abandonar la hechizadora sonrisa—. ¡Ayúdeme, señor gendarme, en lugar de atosigarme con sus preguntas!

—Oh, no, señora ministra, no me cae antipática en lo más mínimo —le aseguró—. Vamos a encontrar a Ngor Ndong, se lo garantizo.

Su escepticismo no se había disipado, pese a todo, no porque la versión contada por la esposa del ministro de Estado pecara de incoherente, sino porque conocía muy bien a Ngor Ndong y no lo veía en el papel de rescatador. El mismo había sido quien lo esposó la primera vez que lo detuvieron... De todas maneras, aquél no era un problema de su incumbencia. Además, nunca se sabía. Ngor Ndong había podido cambiar. La cárcel no transforma una hiena en cordero, desde luego, pero era joven y quizás aquella vez, la larga estancia en la cárcel lo había hecho sentar cabeza. En todo caso, no tenía ninguna razón objetiva para poner en duda la palabra de la esposa del ministro. De improviso sus preguntas le parecieron ridículas, descabelladas, fuera de lugar. Poco le faltó para acusarse de patán y de cernícalo por atosigarla con ellas, tal como le había reprochado.

—Vamos a encontrarlo, señora ministra —reiteró—. ¡Volveré con él, no se preocupe!

Disculpándose por tener que dejarla sola, salió del despacho para trasladarse a la sala central. Allí pidió a todos los gendarmes, salvo al que estaba de guardia, que fueran a buscar a Ngor Ndong por los bares de Rufisque, sin olvidar los puestos de venta de vino de palma.

—Puesto que tiene dinero, tal como ha indicado el enfermero de Sangalcam, seguro que se está emborrachando —concluyó.

A continuación llamó a Dème y se fue con él a Diamniadio a bordo del Land Rover.

En París hay un restaurante llamado Fouquet’s, igual que en Dakar. Si en Francia se crea, por ejemplo, un ministerio de la Ciudad, Senegal tiene enseguida su propio ministerio de la Ciudad, hasta que algún político rechaza el puesto por considerarlo fundadamente falto de consistencia y ridículo, lo que pone fin a su existencia. Si la mujer del jefe ejecutivo de Estados Unidos lleva el título de primera dama, se concede el mismo honor a la digna esposa del propietario del país.

De acuerdo con ese orden de cosas, en Diamniadio, pueblecito situado a ocho kilómetros al este de Bargny, encrucijada donde se juntan las carreteras de Thiès a Saint-Louis y de Mbour a Kaolack, para formar una nueva vía de cuatro carriles que conduce a Dakar, uno podía encontrar el Copacabana, como en Brasil, aunque nada tenga que ver con la célebre bahía de Río.

Se trataba de un antro situado en las afueras del pueblo, cerca de la carretera de Sébi-Ponty, abierto día y noche, formado por un gran terreno cercado con viejas chapas de cinc, con una multitud de puertas de salida para facilitar la

huida en caso de redada policial.

El Copacabana se componía de una decena de pequeñas barracas de madera, pintadas por fuera con aceite de motor para prevenir la invasión de termitas. Contra dicho aceite se adhería una gruesa capa de polvo gris que confería al conjunto un aspecto sucio y lúgubre. El interior, tapizado de periódicos viejos o de papel de embalaje, con suelo de tierra apisonada y un jergón en el centro cuya sábana no se lavaba nunca, acompañado de unos cojines relucientes de mugre en el punto de apoyo de las cabezas, no superaba en nada al exterior.

Las barracas estaban dispuestas en torno a un edificio de pretensados, de una sola pieza, una gran sala de quince metros por diez. Ése era el bar, centro neurálgico del Copacabana, de paredes decoradas con las pintadas de Diakité, el artista que plasmaba en todos los bares del país sus omnipresentes temas: el cazador asustado que deja caer el fusil delante del león y se agarra con pies y manos a la rama de un árbol; la bailarina de monumentales caderas que, encorvada, con las manos apoyadas en las rodillas, mira por encima del hombro al músico que vestido con bombachos toca el tamtan detrás de ella; la pareja en la pista de baile, el hombre con traje y corbata y la mujer con vestido abombado en las caderas; el bebedor que permanece meditabundo frente a su copa, acodado en la mesa, con la cabeza apoyada en una mano y un cigarrillo en la otra.

El bar estaba abarrotado, con todas las mesas ocupadas. Los clientes, de ambos sexos, borrachos, formaban una gran algarabía cuando Ibnou Faye entró en compañía de Dème. La aparición de dos hombres uniformados impuso el silencio en la sala de forma tan repentina como cuando se aprieta la tecla «Stop» de un aparato de música que tiene el volumen a tope.

Desde su puesto de vigilancia en el taburete de detrás de la barra del fondo, encarado a la puerta de entrada, la propietaria del local, Ndiaba Dieye, una mujer de mediana edad de elefantiásicas formas a la que todos apodaban Golda Meir, con su hija Diodio, igual de enorme que ella, de pie a su lado, no se sorprendió en absoluto por la llegada de los gendarmes. No cabía la menor duda de que venían para detener a Ngor Ndong. Desde que éste había aparecido poco antes de mediodía, con la mejilla cubierta con una venda y vestido con ropa nueva de pies a cabeza, no había parado de sacar billetes rojos, nuevecitos, para pagar rondas generales. La única manera en la que había podido conseguir ese dinero era robando. Debía de haber efectuado un atraco la noche anterior; después, los gendarmes lo habían localizado.

Sentado de espaldas a la pared cerca de la ventana, entre dos prostitutas,

Ngor Ndong pensó exactamente lo mismo que Golda Meir cuando vio a los dos gendarmes. «¡Han venido a arrestarme!», pensó.

Si lo pillaban, iba a tener que comparecer por delito. No podría negar nada porque llevaba encima pruebas acusadoras: el puñal, la cadena, los billetes... De ninguna manera estaba dispuesto a dejarse coger y a volver a la cárcel, porque esa vez le caería una larga condena. Respiró hondo, reprimiendo el temblor, con los nervios tensos hasta el límite y la mano cerca de la botella de Valpierre todavía por abrir. Él era mucho más fuerte que esos gendarmes; dejaría que se acercasen, cogería la botella como si fuera a llenar la copa, dejaría a uno fuera de combate con un golpe en la cabeza, al otro con un gancho descargado contra la barbilla; después saltaría por la ventana y se esfumaría antes de que se rehicieran. Después ya podían echarle un galgo.

Los dos gendarmes se acercaron a saludar a Golda Meir y Diodio. En el momento en que Ibnou Faye iba a interrogarlos, Dème, que disponía de una visión de conjunto de la sala, advirtió a Ngor Ndong.

—¡Eh, mira dónde estás! —exclamó dirigiéndose hacia él—. Tú pasándolo bien mientras te buscan por todos lados.

Ibnou Faye siguió a Dème. Golda Meir abandonó la barra para reunirse con ellos cuando llegaron a la mesa de Ngor Ndong.

—¿Por qué me buscáis? ¡Yo no he hecho nada! —replicó, logrando apenas mantener la voz calmada, con la mano crispada en la botella de Valpierre.

Ibnou Faye le dio una palmada en la espalda, con familiaridad.

—¡Levántate, hombre, deprisa! La mujer a quien ayudaste la noche pasada te espera en el cuartel para darte las gracias.

Ngor Ndong se puso en pie, desconcertado. ¿Había oído mal o el gendarme había dicho «la mujer a quien ayudaste la noche pasada»? Y además, ¿cómo había podido identificarlo?

—¿Quién le dio mi nombre? —preguntó maquinalmente.

Ibnou Faye se echó a reír.

—Por suerte para ti, no cometiste ningún delito, porque si no, la caja de cerillas donde escribiste tu nombre y el de tu pueblo habrían sido tu perdición —explicó—. Mientras te peleabas contra los tres agresores de la mujer, uno de los cuales te mordió en la cara, se te cayó la caja del bolsillo. Ella lo recogió y así ha podido identificarte.

¡Era verdad! Se había dado cuenta de que había perdido las cerillas cuando quiso fumar un cigarrillo en el taxi, después de abandonar a la mujer a la

intemperie. También recordaba haber escrito algo en la caja mientras tomaba unas copas con Mbouldy.

—¡Venga, vamos! La mujer te espera en el cuartel e insiste en que quiere darte las gracias —lo apremió Ibnou Faye.

La sala, invadida por la calma durante unos minutos, volvió a recobrar su habitual bullicio. Ante la presencia de los dos gendarmes, todos habían contenido el aliento esperando asistir a la tumultuosa detención de Ngor Ndong. ¡Tenían en perspectiva un espectáculo que alteraría la rutina del bar y que podrían contar luego durante semanas! Decepcionados por no haber visto nada de lo previsto, reanudaron sus conversaciones y actividades con mayor ardor que antes. El primero en quebrar el silencio fue el *griot*[21] que se puso a cantar una conocida canción acompañado de su guitarra monocorde. En el medio de la pista, dos camareras vestidas igual, con camiseta roja y ceñidos vaqueros negros, que se llamaban entre ellas hermanas gemelas, volvieron a insultarse a voces. Una acusaba a la otra de querer robarle el novio. Alain Aida, su amigo homosexual, vestido con camiseta de tirantes y pantalón pegado a la piel, se apresuró a interponerse entre ambas, suplicándoles que pararan de pelearse en público.

De la mesa contigua a la de Ngor Ndong, apodada la ONU, brotaron eslóganes *políticos: «¡Sopi! ¡Folli! ¡Dialarbi! ¡Thiabi bi! ¡Fethi!»*.[22] El grupo de los «intelectuales» volvió a concentrarse en sus cábalas sobre las posibilidades que tenían los partidos de la oposición en las próximas elecciones presidenciales. Uno de ellos declaró que sin una candidatura única de toda la oposición, volvería a reproducirse el combate de la hiena y el asno: el candidato del partido que llevaba medio siglo en el poder iba a ganar. Con o sin candidatura única, objetó otro, el presidente actual iba a perder, porque su partido, desgastado precisamente por tanto tiempo en el poder, se había deshecho como una vieja tela con la marcha de sus elementos más competentes y ya no estaba en condiciones de ganar unas elecciones transparentes. Lo que es seguro es que nadie conseguirá la mayoría en la primera vuelta, y en la segunda, el candidato de la oposición mejor situado, con el apoyo de todos los demás, conseguirá una clamorosa victoria y el país entrará por fin en una alternancia. Un tercero opinó que en vista de los fraudes constatados en la confección de los carnés de identidad y las inscripciones en las listas electorales, otra vez se encaminaban hacia un escrutinio exento de transparencia, que acarrearía graves

desórdenes en el país. «¿Dónde está el excusado? ¿El excusado, dónde está?», se desgañitó un guarda de prisiones, demasiado borracho para ubicar el servicio. Ante la insistencia de su impaciente público, el erudito Jomeini, cuyo verdadero nombre era Serignee Gora, retomó el relato del asesinato de Seydina Ouseynou en Kerbala, en el punto donde lo había dejado. Justo en el momento en que, herido en la boca, en el pecho, en el vientre y en las piernas por los flechazos, tajos de sable y punzadas de lanza, con el brazo izquierdo seccionado de raíz, pero empuñando con firmeza el sable con la diestra, el hijo de Fatumata, la hija del Profeta, quería levantarse para proseguir el combate ante los numerosos enemigos que lo cercaban estupefactos por tanta resistencia y valentía, Zora se deslizó detrás de él y, tras hundirle la lanza en la espalda, le arrancó el último hálito de vida. Schamir le cortó la cabeza; Qaís le quitó la camisa; Bahr, el calzón; Ajnas, el turbante; y Habib, el sable. En ese instante de la narración, un hombre sentado delante de Jomeini, invadido por una fuerte emoción, cayó de la silla con un estridente grito y se desmayó en el suelo. Muchos se arremolinaron a su alrededor, alguien le roció la cara con agua y le golpeó las mejillas hasta que recobró el conocimiento. Entonces rogaron a Jomeini que continuara.

Después —prosiguió— Schamir proclamó que el emir Yezid, hijo de Moaweiya, hijo de Hind, la devoradora de hígado humano, ordenó que el cadáver fuera arrojado a los pies de los caballos. Veinte jinetes pisotearon con los cascos de sus monturas el cuerpo decapitado de Seynida Useynu, que quedó triturado de manera espantosa delante de las mujeres y de los niños obligados a mirar, los únicos supervivientes de la familia del profeta Mamadou,[23] que fue diezmada en ese día del año nuevo musulmán.

Una vendedora anunció que estaba lista la fritura de cuatro metros[24] aliñada con limón y guindilla. Alguien llamó a Diodio para encargar cinco La Gazelle, tres Valpierre y dos Ricqlès. Golda Meir se despidió de los agentes de la ley para volver al mostrador.

Ngor Ndong no las tenía todas mientras seguía a los dos gendarmes afuera. Los tres subieron en la parte delantera del Land Rover aparcado bajo los ceibos en flor que había en la entrada del Copacabana. Él iba en medio de los dos gendarmes y Dème conducía.

—¡Pasa por la gasolinera a llenar el depósito! —dijo Ibnou Faye.

Durante todo el trayecto, Ngor Ndong se mantuvo intranquilo, acosado por un millar de interrogantes. Por más que intentara examinar los detalles para

tratar de comprender, seguía inmerso en la perplejidad, sin saber si se había equivocado en su análisis. Aunque no, presentados bajo todos los ángulos, los mismos hechos volvían a surgir sin variar: la noche pasada, roba un taxi en Dakar, atraca y viola a una mujer, abandona el coche entre Niacurab y Ndikhirate en el camino de regreso y vuelve a Sangalcam a pie antes del alba; por la mañana, después de irse a curar en el dispensario la mejilla que le mordió la mujer, va a Rufisque a comprarse ropa nueva en Fauzzi, pasa un momento al Lion d'Or en la misma calle y termina el recorrido en el Copacabana, donde los gendarmes lo encuentran sin dificultad gracias a la caja de cerillas que se le cayó en el lugar de los hechos. Hasta allí todo encajaba. Lo que no alcanzaba a comprender era por qué los gendarmes no le habían dado una paliza de cuidado en el bar antes de esposarlo, en lugar de tratarlo con esa especie de deferencia. Lo más incomprensible de todo era la actitud de esa mujer, que tenía que ser una persona muy curiosa para ir contando que la había salvado de una agresión, cuando en realidad la había maltratado. ¡No, no, no! Aquello no tenía ni pies ni cabeza. Los gendarmes lo habían adormecido con un cuento soporífero para poder capturarlo sin que ofreciera resistencia, sin la menor violencia, como un pez en una red. Desde la huelga que hicieron todos los policías, en apoyo de tres de sus colegas juzgados y condenados por haber torturado hasta la muerte a un presunto encubridor de actividades ilegales para arrancarle la confesión, todos los agentes de la ley habían cambiado de táctica. Ahora empleaban más la astucia que la fuerza bruta, sobre todo cuando intervenían públicamente. Y así lo habían hecho ahora con él. ¿Cómo había podido dejarse atrapar de una manera tan burda? ¿Por qué demonios no había optado por su primera decisión, atacar a los dos gendarmes y después desaparecer para siempre por la ventana, mientras ellos estaban fuera de combate?

En el cuartel, al entrar en el despacho detrás de Ibnou Faye, Ngor Ndong todavía se devanaba los sesos.

—¡Aquí tiene a Ngor Ndong, señora ministra! —anunció el jefe de brigada con un asomo de satisfacción en la voz.

Ramata se levantó con presteza. Acercándose a Ngor Ndong, posó en él una larga mirada donde brillaba una extraña mezcla de incredulidad y de ansia posesiva. Después le tomó por el brazo y lo llevó afuera, sin dispensar ni una palabra de agradecimiento ni de despedida a Ibnou Faye, que se quedó estupefacto. Los otros gendarmes también observaron atónitos como salían cogidos del brazo de la oficina y atravesaban a paso rápido la sala principal.

El Jaguar de Ramata estaba aparcado en el jardincillo acondicionado entre la carretera nacional y la entrada del cuartel, cerca del asta que sostenía la bandera de color verde, rojo y oro. Tras instalarse frente al volante, abrió la otra puerta. Ngor Ndong vaciló un instante. En realidad, quería huir. Ella se inclinó hacia él, apoyando el codo en el asiento de al lado.

—¡Sube! —lo animó, sonriente, como se anima a una niña a coger con las manos el peluche regalado que le da miedo.

Como él seguía titubeando, ella lo alentó de nuevo, y acabó por subir a su lado. El coche arrancó en dirección a Dakar. Poco después de la salida de Rufisque, antes de llegar al cruce de Mbao, Ramata giró a la izquierda y se desvió por la carretera secundaria que conducía al Chez Vous, situado al borde del mar. Cinco minutos después paró el Jaguar en el aparcamiento del hotel, quitó el contacto y bajó.

—¡Ven! —lo llamó.

Todavía dubitativo, Ngor Ndong tardó un poco en abrir la puerta. Ella rodeó la parte delantera del vehículo y llegó a su lado en el momento en que ponía un pie en el suelo. Tras dirigirle una tranquilizadora sonrisa, lo tomó del brazo y, mientras la oscuridad de la noche comenzaba a ganar terreno, entraron en el patio del Chez Vous adornado de ceibos en flor. Un relámpago hendió el cielo en la lejanía, seguido de un sordo gruñido de trueno, cuando llegaron al vestíbulo del hotel.

Ngor Ndong aún no se había tranquilizado. Agobiado por un sofocante malestar, habría querido hallarse a cien leguas de esa mujer a la que había infligido un trato bestial y que no sólo no se había enojado con él, sino que parecía habérselo tomado bien. ¿Qué quería de él? Tal vez pretendía vengarse personalmente, dispararlo a bocajarro con la pistola que sin duda debía llevar en el bolso. Quería huir, pero no se atrevía a zafarse del brazo con que ella le estrechaba.

El gerente del Chez Vous, un hombrecillo de tez clara, peinado al estilo Tyson, con un bigote bien cuidado, traje negro, camisa blanca y pajarita y pañuelo rojos, los acogió con una amabilidad de cariz comercial.

—¡Buenas noches, señora; buenas noches, señor! Están en su casa —afirmó con una sonrisa—. ¿Será para toda la noche o para un momento, por favor?

—¡Un momento! —respondió Ramata.

—Serán diez mil francos, más el carné de identidad o el permiso de conducir de uno de ustedes, por favor.

Ramata abrió el bolso y extrajo tres billetes de diez mil, que tendió al gerente.

—¡No tenemos ni carné de identidad ni permiso de conducir!

El gerente tomó los billetes y se los metió en el bolsillo del pantalón. Luego acentuó la sonrisa al entregar a Ramata una gruesa llave de cobre que sacó de un cajón.

—¡Puesto que es para un momento, quizá no sea necesaria la documentación! —anunció—. Vayan a la habitación 5, arriba, al fondo del pasillo, por favor. Es la mejor. Desde la ventana, se dispone de una vista magnífica, con todas las luces de Dakar en primera línea de mar, desde la llama anaranjada de la refinería de Mbao hasta el faro rojo intermitente del cabo Manuel. Señora, señor, les deseo que pasen un agradable momento en Chez Vous; siéntanse como en su casa.

# DESTINO

Un tórrido día de septiembre, el pequeño Ngor Ndong y sus amigos se bañaban en la charca situada más arriba del Jardín Chino de Sangalcam. Se divertían con gran bullicio cuando, de pronto, el pie de Ngor Ndong chocó contra un cuerpo que yacía al fondo del agua.

—¡Eh, hay alguien acostado en el río! —gritó.

Despavoridos, sus camaradas se fueron en desbandada dejándolo solo en la balsa. También él tenía miedo, pero la curiosidad infantil lo incitaba a averiguar quién era capaz de permanecer acostado en el agua y quedarse allí sin respirar. Se sumergió y, con el corazón palpitante, agarró una pierna y arrastró el cuerpo hasta la orilla.

Era Tiguidanke Barry, una niña del pueblo. La cara salió del agua con la boca abierta, al igual que los ojos, vidriosos y dotados de una extraña fijeza.

—¡Está muerta! —exclamó uno de los niños que miraban desde la orilla.

Enseguida se dispersaron con grandes gritos, como una bandada de gorriones. Amedrentado, Ngor Ndong soltó la pierna de Tiguidanke y, tras salir del agua, recogió la camisa y corrió en pos de sus camaradas. A medio camino, los niños encontraron a todo el pueblo alertado por sus alaridos.

Ngor Ndong acababa de cumplir seis años. La muerte de la pequeña Tiguidanke Barry, una epiléptica que se había ahogado como consecuencia de una ataque durante el que nadie la había asistido porque había ido a bañarse sola, había sido una gran relevación para él. La muerte lo intrigaba sobremanera a pesar de su corta edad. Vivía delante de la mezquita y cada vez que veía que tenía lugar una plegaria funeraria en el patio del edificio, los interrogantes se agolpaban en su cabeza. Se preguntaba cómo se producía la muerte, y siempre imaginaba que un ángel bajaba del Cielo armado con un cuchillo y degollaba al difunto tal como a los corderos durante la fiesta de la Tabaski. Ahora descubría que uno podía morirse sin que le cortaran el cuello, ahogándose, por ejemplo,

como Tiguidanke. «¡A mí nunca me va a pasar eso —se dijo—, porque yo sé nadar!».

La segunda revelación que tuvo Ngor Ndong le llegó a los doce años. Todo el mundo le habría echado quince, sin embargo. Parecía una de esas plantas solitarias que crecen por generación espontánea y se desarrollan con extraordinaria vitalidad encima de un montón de inmundicias. Alumno de último año de primaria, preparaba el examen para el certificado de estudios primarios y para el ingreso en bachillerato. En la documentación que había que entregar se encontraba, entre otros papeles, la partida de nacimiento que su madre, Seynabou Tine, que había ido a buscar la semana anterior a Fafaho, el pueblo donde había nacido y que había abandonado a hombros de su madre cuando todavía era casi un recién nacido. Al leerlo, se llevó una sorpresa mayúscula: ¡su padre se llamaba Ngor Ndong, igual que él! ¿Cómo era posible? Su padre, el marido de su madre, era Mbagnick Ndong. Así era, aunque ello no constituyera un gran motivo de orgullo. Mbagnick Ndong era un borrachín de baja estofa, el hazmerreír de todo Sangalcam, un auténtico desecho que desvariaba delante de todos bajo los efectos del alcohol y que a menudo se caía por ahí, tan ebrio que se hacía sus necesidades encima. No cumplía ninguno de sus deberes como cabeza de familia y, además, pegaba a su madre a la más mínima ocasión. Sí, tenía que reconocer que se avergonzaba de Mbagnick Ndong, su padre. Si hubiera podido maldecirlo, lo habría hecho, pero no se puede maldecir a quien le ha dado a uno la vida, porque tal como afirma el dicho: «Aunque todos conozcan a alguien que es mejor que su padre, todos prefieren a su padre». Confuso, con la partida de nacimiento en la mano, fue en busca de su madre.

Seynabou Tine estaba preparando la comida en la cocina, una caseta acondicionada entre las dos chozas que servían de habitación.

Cuando Ngor Ndong la interrogó sobre el tema, permaneció sin decir nada un buen rato antes de responder con voz mesurada.

—Tú no eres el hijo de Mbagnick, en realidad. Él es sólo tu padre adoptivo. Tu verdadero padre se llamaba Ngor y era el hermano mayor de Mbagnick. Murió en el hospital Le Dantec, una semana antes de que nacieras; por eso llevas su nombre. Mbagnick me heredó de él.

Durante un instante, Seynabou Tine rememoró la lejana noche en que, después de la violenta tormenta que hubo durante el día, Mbagnick había llegado trayendo la aciaga noticia de la muerte de su hermano. Ngor había fallecido en el mismo hospital donde trabajaba, a consecuencia de una breve enfermedad, y lo

habían enterrado en Dakar. Eso era todo lo que le habían dicho. No estaba segura de si había llegado a fin de cuentas o si el parto fue provocado por la conmoción. Lo cierto fue que en cuanto se enteró empezaron las contracturas; poco después trajo al mundo sin tardanza ni dolor alguno a un varón. Ocho días más tarde, con ocasión del bautizo del recién nacido, a quien habían puesto lógicamente el nombre de su difunto padre, se casó, como era natural también, con el hermano del marido que aún lloraba. Seynabou Tine volvió la cara y con la punta del pareo se secó los ojos empañados de lágrimas y la cara empapada de sudor. Ngor Ndong se preguntó si su madre lloraba o si las lágrimas eran producto del humo que desprendía el fuego de leña que ardía bajo la olla.

—¿Qué edad tienes ahora? —preguntó, todavía turbada por la pena que se había despertado en su interior.

—Doce años —contestó Ngor Ndong—. Dime, madre, ¿mi verdadero padre, Ngor Ndong, era como..., como mi... padre Mbagnick?

Seynabou Tine no respondió. En sus labios se dibujó una fugaz sonrisa triste. Después se inclinó para abrir la olla con el gancho de la espumadera, con lo que dejó escapar un ardiente chorro de vapor; puso la tapa al revés encima de la gran piedra que había al lado del fuego. A continuación hundió el otro extremo de la espumadera en el arroz que hervía adentro.

Ngor Ndong repitió la pregunta.

—Por supuesto que tu padre se parecía a Mbagnick —respondió por fin, todavía inclinada—, ¡como pueden parecerse dos hermanos nacidos del mismo padre y la misma madre!

—Madre, no me refiero a esa clase de parecido —precisó Ngor Ndong—. Lo que quiero decir es si mi verdadero padre, Ngor Ndong, se comportaba como... mi padre... Mbagnick Ndong. ¿Mi verdadero padre era una borracho como mi... padre Mbagnick?

—No, en eso Ngor y Mbagnick no se parecían para nada —declaró—. Al contrario que Mbagnick, que es una persona insustancial, sin personalidad, tu padre era un hombre de mucho carácter. Pese a que aún era joven, Ngor se había ganado el respeto de todos, niños y mayores, por su seriedad y su empeño en el trabajo. Nunca lo vieron cometer ninguno de esos actos licenciosos en que suelen incurrir los jóvenes. No bebía nunca y era muy piadoso. Y ahora, para de agobiarme con esas preguntas, porque si no, no tendré la comida a punto. ¡Ve a estudiar!

Ngor Ndong regresó a su choza sereno y afligido a la vez. Pese a que la

deplorable conducta de Mbagnick Ndong lo había mortificado y acomplejado siempre, nunca había osado juzgar al hombre que consideraba su padre. Saber que no lo era le procuraba un gran alivio, como si le hubieran quitado una espina clavada en la planta del pie. Al mismo tiempo, su alegría estaba entremezclada de una profunda tristeza ante la idea de que nunca conocería a su verdadero padre.

Tres días después, Ngor propinó una paliza memorable a Mbagnick Ndong. Como de costumbre, éste quería sacarle dinero a su madre para ir a la cabaña de Étienne. Seynabou Tine le había respondido que no tenía más que trabajar si quería tener con qué pagar el vino de palma, que el dinero que ella tenía era para las necesidades de la casa. Furioso porque consideraba que ella lo había tratado con desprecio, y lo había insultado y lo había tachado de perezoso y borracho, Mbagnick Ndong había comenzado a pegarla.

Ngor Ndong estaba lavándose en la ducha que tenían al aire libre, en un espacio cercado detrás de las cabañas. Alertado por los coléricos «¿Me estás insultando a mí?» de Mbagnick Ndong, el ruido de golpes y los desgarradores gritos de Seynabou Tine, se puso precipitadamente el calzoncillo, salió enjabonado de pies a cabeza y ese día enjugó las lágrimas de su madre. Se abalanzó contra Mbagnick Ndong, sorprendido como una gallina encima de un saltamontes, lo agarró por la cintura, lo levantó por encima de su cabeza y tras arrojarlo al suelo con una violencia inaudita, se sentó encima de su pecho. Mbagnick daba alaridos como si le estuvieran arrancando la piel; Ngor Ndong lo hizo callar apretándole la garganta con una mano al tiempo que con la otra le metía un puñado de arena en la boca. Mientras escupía medio asfixiado, le estuvo aporreando de manera metódica la cara a puñetazos, hasta hacerle brotar sangre.

Seynabou Tine, la única testigo, ni intervino ni pidió socorro. Atraídos por los prolongados chillidos de Mbagnick Ndong, los vecinos acudieron a separarlos y pusieron fin a la tunda.

A partir de ese día, Seynabou Tine disfrutó de una paz absoluta en la casa. Mbagnick Ndong había comprendido a la fuerza la lección: tenía los dos incisivos superiores rotos; la cara entera, incluidos los ojos, la nariz, los pómulos y los labios, le quedó tumefacta durante más de tres semanas. Nunca más volvió a pedirle ni un céntimo a Seynabou Tine, ni aún menos se le ocurrió volver a ponerle la mano encima.

Desconfiaba de Ngor Ndong y lo evitaba como a un leproso. Dejó de comer

en el plato común y prefería tomar la comida solo en su choza.

Llegó el periodo de exámenes. Ngor Ndong, que era un alumno brillante, aprobó el paso a bachillerato y el certificado de estudios. Para el curso siguiente lo matricularon en el instituto Abdoulaye Sadji de Rufisque.

Lo frecuentó sólo durante tres años.

Dos días antes de concluir las vacaciones de Navidad, una mañana de domingo en que se había aislado bajo un árbol, con el bolígrafo en la mano y el cuaderno en el regazo, detrás de la vivienda, para hacer unos deberes que debía entregar cuando se reanudaran las clases, vio que su madre entraba, con el cesto bajo el brazo, en el huerto de Tangara, un rico comerciante de Dakar. Al cabo de unos minutos, vio salir de la granja al criado, Kindy, que se dirigió al pueblo. Ngor Ndong se dijo que su madre debía de ir a comprar fruta para revenderla por la tarde en el mercado de la estación o al día siguiente en Rufisque. Ella no lo había visto. Iba a darle una sorpresa y a ayudarla a cargar el cesto.

Se levantó y, guardando el cuaderno y el bolígrafo en el bolsillo del pantalón, penetró a su vez en el huerto, cuya puerta permanecía abierta. Por más que miró, no vio a su madre. Su cesto estaba en la entrada del edificio donde Tangara descansaba cuando acudía los fines de semana. Su madre debía de estar, pues, en la habitación, discutiendo el precio con él. La puerta estaba cerrada. Intrigado sin saber por qué, se planteó llamar, pero cambió de idea. Rodeó la caseta y localizó una ventana abierta. Se acercó sin hacer ruido, levantó con cuidado una punta de la cortina y al mirar al interior, quedó petrificado. Las sandalias, el pareo de su madre, el bombacho de Tangara y sus sandalias estaban tirados por el suelo. Ella yacía de espaldas en la cama y Tangara estaba acostado encima, vestido sólo con la camisa. Sus voluminosas nalgas desnudas, separadas por una gran hendidura, subían y bajaban, subían y bajaban. Ngor Ndong se deslizó despacio hasta el suelo y, como las piernas no lo sostenían, se desplazó a rastras con la garganta atenazada por una dolorosa bola.

Mucho más tarde, cuando su madre salió de la caseta, Ngor Ndong permanecía agazapado bajo un árbol de la huerta. Comenzó a recoger pomelos y mandarinas y a ponerlos en el cesto. Cuando éste estuvo lleno de la fruta del pecado, llamó a Tangara. El hombre salió a reunirse con ella. Ngor Ndong los vio hablar, pero no comprendió lo que decían. Se echaron a reír, se besaron y cogiendo a un tiempo los bordes del cesto, lo levantaron hasta la altura del hombro. Su madre dobló las rodillas hasta tenerlo encima de la cabeza y luego se enderezó mientras Tangara soltaba el borde. Volvieron a hablar y a reír a

carcajadas. Ella se volvió, él le dio una palmada en las nalgas y de nuevo estallaron en risas.

Seynabou Tine se fue con el cesto en la cabeza. Tangara subió el escalón de la caseta. Después sacó del bolsillo del bombacho un paquete de Marlboro, encendió un cigarrillo, volvió a guardar el paquete y se desperezó parsimoniosamente, cruzando los brazos por encima de la cabeza. En el momento en que los bajaba, se desplomó de golpe, sin un grito, como fulminado.

Al igual que la mayoría de los niños de su edad en los pueblos de la zona rural, Ngor Ndong llevaba colgado del cuello un tirachinas con el que cazaba pájaros y pequeños roedores y guardaba en los bolsillos los proyectiles, unos pequeños guijarros de laterita, duros como el hierro. Había apuntado a la cabeza de Tangara, tensando al máximo la goma de la honda. La bala de laterita había dado en el blanco.

Tangara aún no había tocado el suelo cuando Ngor Ndong huía ya, con el tirachinas colgado de nuevo en el cuello.

Una hora después, de regreso a la granja, Kindy se quedó muy sorprendido al ver de lejos a Tangara acostado delante de la puerta. Apuró el paso, cada vez más alarmado por la inmovilidad del patrón, y al llegar a su lado, lanzó un grito de estupor.

Tendido de espaldas, rígido y con los ojos vidriosos, Tangara llevaba muerto un buen rato. El fino hilillo de sangre que había brotado de una pequeña herida en la sien izquierda se había coagulado encima del cigarrillo apagado y había formado una oscura mancha oscura en el suelo. Tras fracturar el hueso temporal, el guijarro había penetrado en el cerebro.

Jamás se descubrió quién había matado a Tangara ni por qué.

Ngor Ndong llevaba tanto tiempo corriendo que tenía la impresión de que iban a salírsele los pulmones a pedazos por la boca. Una punzada, similar a un puñal clavado en pleno tórax, lo obligaba a doblar el cuerpo. Se dejó caer en la arena, al pie de una higuera silvestre, incapaz de proseguir la carrera. Al cabo de un rato, se arrastró con la lengua seca, jadeante, hasta el tronco de un árbol; allí, apoyado de espaldas, comenzó a recuperarse. Debía de estar lejos de Sangalcam, porque no divisaba siquiera la copa de las palmeras que rodeaban el pueblo por el oeste. Los rayos de sol que se filtraban a través del denso follaje de la higuera dibujaban fantasmagóricas imágenes sobre sus párpados cerrados.

Unas enormes bolas de color amarillo fluorescente desfilan a toda velocidad

en la oscuridad y entran en violenta colisión, estallando en mil pedazos. Una nube dorada, aún más fosforescente que las bolas, se extiende hasta invadir todo el espacio. La luz se enciende hasta límites de crudeza. La escena queda sustituida por una amplia cama en la que, transformados en gigantes, Seynabou Tine y Tangara retozan con frenesí. Después, como la llama de una vela que se acaba de consumir, la cruda luz declina, vacila y se apaga. La oscuridad vuelve a reinar y, de nuevo, las gigantescas bolas comienzan a desfilar...

Ngor Ndong abrió los ojos gimiendo, con el mismo opresivo nudo en la garganta. Al palparse los bolsillos, comprobó que había perdido el cuaderno y el bolígrafo y se hizo el propósito de buscarlos al volver. En ese mismo momento, sintió una terrible quemazón, como si le hubieran aplastado la punta de un cigarrillo en la nuca. Aplastó con presteza el insecto que le picaba y otra vez sintió el vivo escozor de una picadura, esta vez bajo la correa de cuero del tirachinas. Apartando con cuido la honda, trasladó la mano a la nuca y atrapó una gran hormiga, de brillante color pardo y enormes mandíbulas abiertas. Se disponía a hacerle correr la misma suerte que a la anterior cuando un silbido, como de un neumático perforado, le hizo levantar la cabeza. La sangre se le heló en las venas mientras dejaba caer la hormiga.

A dos palmos de su cara se columpiaba despacio, de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, como la vara de un limpiaparabrisas, una serpiente negra que prendida de la cola, mostraba el plateado vientre gris y una boca abierta de par en par, que formaba un ángulo recto entre los dos maxilares. Ngor Ndong vio con todo detalle los ojos sin párpados, fijos e inexpresivos, las fauces rosadas precedidas por unos minúsculos dientes inclinados hacia el interior, presididos por los dos acerados colmillos, inoculadores del veneno mortal. Se dijo que al menor movimiento, estaba perdido. Sabía que una mordedura de mamba negra no perdonaba. Le mordería en la cara, el veneno le alcanzaría enseguida el cerebro y moriría rápidamente.

Él no quería morir, sin embargo.

Con el tirachinas en la mano, permaneció rígido como una estatua, sin osar respirar siquiera. Por un espacio de unos treinta segundos como máximo, que le parecieron treinta días, la serpiente prosiguió con su indolente danza y luego, tranquilizada sin duda por la ausencia de movimiento por parte de Ngor Ndong, se desplomó en el suelo, como la cuerda de un arco que se distiende, con el cuerpo enroscado, la cabeza posada sobre los anillos y la bifurcada lengua, semejante a una raspa de anguila, asomando de manera intermitente y curiosa de

la boca cerrada. Ngor Ndong pensó que si no encontraba deprisa la forma de reaccionar, iba a morir. Debía de haber efectuado un imperceptible gesto involuntario; debía de haber levantado sin duda el pecho cuando, al límite de la resistencia, había inspirado, o tal vez había movido un párpado, porque la serpiente se irguió como una flecha, silbando. Poco faltó para que el corazón se le saliera del pecho con aquellos alocados latidos que percibía tan claramente, como si fueran golpes. Corría el peligro de que también los oyera la serpiente, que ya estaba lista para atacar.

Entonces, enfurecido, se puso a sermonear al corazón: «¡Mira que eres cobarde! ¿No te da vergüenza hacer tanto ruido? De todos los corazones del mundo, eres el más horroroso. Cállate, cállate de una vez, gallina. Si no te callas, la serpiente, que ya está nerviosa, te oirá, y si te oye, me morderá en la cara, y si me muerde en la cara, moriré, y si yo muero, tú también morirás y morirás antes que yo. ¿Quieres morir? No, claro. ¡Entonces para de latir como un tamtan, cobarde más que cobarde!».

Ngor Ndong tuvo la curiosa sensación de que su cuerpo era sensible a sus exhortaciones, porque los latidos se hicieron imperceptibles.

De nuevo tranquilizada, la serpiente volvió a posarse en el suelo.

Con la velocidad del rayo, Ngor Ndong estiró el brazo al tiempo que de su pecho brotaba un apagado grito de alivio y triunfo a la vez. La horca del tirachinas que aún asía apresó el cuello del reptil contra el suelo. Este levantó la cabeza y con las fauces abiertas, giró con frenesí la cola, levantando nubes de polvo del suelo. Ngor Ndong aumentó la presión de la mano, del tal modo que las puntas de la honda se hundieron hasta la raíz arrastrando la cabeza de la serpiente, que desapareció en la arena. Acercó la mano libre a la otra con la que sostenía el tirachinas y agarró con fuerza el cuello del reptil, que enroscó el resto de cuerpo a la manera de una cuerda en torno a su antebrazo. Entonces se puso en pie y miró en torno a sí en busca de una piedra para aplastar la cabeza del animal contra el tronco del árbol. No vio ninguna, pero, a unos pasos de distancia, cerca de un arbusto de kinkeliba, advirtió un palo recio como su muñeca, más o menos de un metro y medio de largo. Sin perder de vista al reptil que, con la boca llena de arena, trataba en vano de morderlo, se desplazó hasta el palo, se inclinó y lo cogió. Cuando se iba a levantar, se le ocurrió una maléfica idea. Tras soltar el bastón, volvió a sentarse, arrancó una rama de kinkeliba y con ayuda de los dientes, se puso a desprender la parda corteza. Después cogió el bastón, lo afianzó entre las rodillas, posó la cabeza de la serpiente en uno de los

extremos y la sujetó hasta el cuello con las tiras de corteza. Por fin tenía las manos libres y podía maniobrar con más facilidad. Tras desenroscar el cuerpo de su antebrazo, lo dispuso contra el palo y a continuación lo ató por el centro y luego la cola, que sobresalía más de diez centímetros de la otra punta. La operación fue larga y minuciosa, como la de un artificiero que desactiva una mina antipersona. Cuando acabó, nadaba en sudor a pesar del frío de la mañana y tenía la camisa tan empapada como si le hubiera sorprendido un aguacero. Volvió a apoyarse contra el tronco de la higuera y, con la mirada fija en la serpiente neutralizada contra el bastón, se dispuso a esperar.

El tiempo transcurrió lentamente, hasta que el día concluyó por fin. Ngor Ndong aguardó todavía un rato. Cuando la tierra se hubo enfriado, regresó a Sangalcam con su peligrosa presa, todo el pueblo dormía y no encontró ni un alma en su camino. La noche era negra, sin luna ni estrellas. En medio de la densa niebla, un perro ladró a lo lejos y luego otro y otro más, de tal suerte que llegó a la casa precedido de un concierto de ladridos.

La puerta de la choza de Mbagnick Ndong y Seynabou Tine no tenía cerradura, pero estaba provista de un pestillo. Sin ruido, con la facilidad que da la costumbre, logró descorrerlo y entrar. Había desprendido la serpiente del palo y la llevaba cogida por el cuello. Oyó la respiración regular de su madre y los ronquidos de Mbagnick Ndong; ambos dormían en su cama y permaneció inmóvil en medio de la habitación hasta que, una vez se hubo habituado a la penumbra, pudo distinguirlos bien, acostados de espaldas uno contra el otro. Entonces se acercó y, con infinita precaución, liberó al reptil inerte, pero vivo, entre los dos. Salió de espaldas y después de cerrar la puerta, volvió a correr el pestillo. A continuación entró en su choza situada al lado y se acostó sin desvestirse. Tenía hambre y sed y estaba cansado, pero el sueño enseguida lo venció.

A la mañana siguiente, cuando el sol estaba ya alto en el cielo, lo despertó una vecina, Kogna Dieng. Había ido a llamar a la puerta de su madre y al no obtener respuesta pese a sus golpes cada vez más insistentes, fue a llamar a la suya. Se levantó y fue a abrir. Ella le preguntó por Seynabou Tine y explicó que habían acordado ir juntas al amanecer a Rufisque con el primer autobús, para vender fruta y verdura. No la había visto en la estación; luego, al volver de Rufisque, no la había encontrado en el mercado de Sangalcam.

—¡Tiene la puerta cerrada todavía! —constató con asombro—. ¿Dónde está? ¿Aún no se ha despertado? ¿Y Mbagnick tampoco?

—No sé —respondió Ngor Ndong, que sabía muy bien a qué atribuir aquello —. Eres tú la que me ha despertado.

—¡Me sorprende viniendo de Seynabou Tine! —continuó la mujer—. Siempre ha sido muy madrugadora y nunca falta al mercado si no va de viaje o está enferma y siempre avisa, además. ¿Ha ido de viaje? ¿Está enferma? Y Mbagnick, ¿por qué no se ha levantado todavía?

—¡No sé! —reiteró Ngor Ndong.

Kogna Dieng volvió a aporrear la puerta. Nadie contestó. Con creciente inquietud, salió del recinto y volvió al poco tiempo, acompañada de su marido y de otro hombre. En cuanto abrieron la puerta, vieron a la serpiente que bajaba de la cama y a la pareja inmóvil encima. Entre todos mataron al reptil.

Durante el entierro de Seynabou Tine y de Mbagnick Ndong, que se celebró esa tarde, se produjo un suceso curioso, bastante chusco en realidad, que añadido a las dramáticas y brutales circunstancias de su fallecimiento, en las que jamás nadie sospechó la intervención de Ngor Ndong, alimentó durante días y días todas las conversaciones en Sangalcam y los pueblos de los alrededores. Una vez tapada la tumba de la esposa, se disponía a depositar el cuerpo del marido en su hoyo ya cavado cuando, de improviso, un enjambre de abejas se abatió sobre los congregados. Los tres hombres, que ya habían levantado a peso el ataúd con el cadáver amortajado y se disponían a pasárselo a otros tres que, con la pierna derecha en la tumba, tendían las manos para recibirlo, lo soltaron y lo dejaron caer sin miramientos al suelo. La fórmula «No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta. ¡Paz y salud a él!» salmodiada por la asistencia se transformó en gritos y alaridos. Todo el mundo huyó con indescriptible precipitación. Mientras duró la claridad diurna, las abejas impidieron el acceso al cementerio, pues atacaban a todo aquel que se aproximaba a menos de cincuenta metros. Al caer la noche, desaparecieron como habían llegado. Algunos hombres de la etnia de Mbagnick Ndong, serere, pudieron ir entonces a dar sepultura al cadáver, que empezaba a descomponerse.

Al final de las vacaciones de Navidad, Ngor Ndong volvió al instituto. Había cambiado. Él, normalmente tan estudioso, tan alegre y expansivo, se había replegado sobre sí, se había vuelto taciturno y ya no se interesaba por las clases. El triple asesinato lo había colocado en un mundo aparte, encerrado en una especie de campana traslúcida donde reinaba un gran silencio y desde donde, invisible, percibía el mundo real como a través de un prisma deformante. Cuando pensaba en Tangara, en Mbagnick Ndong y en su madre, no sentía la

menor culpa. No experimentaba mayor remordimiento que el verdugo después de haber ejecutado la sentencia capital. Encontraba normal que estuvieran todos muertos, Seynabou Tine igual que los otros. Según su manera de ver no merecían vivir, a causa de su existencia licenciosa y disoluta.

La señora Samake, su profesora de matemáticas, fue la primera en advertir la profunda transformación de Ngor Ndong y en sufrir sus terribles consecuencias. Él era su alumno preferido en razón a sus brillantes resultados, muy superiores a los del resto de sus compañeros. Una mañana en que devolvía unas pruebas en las que él había sacado un cero, cuando, según sus previsiones, habría debido obtener un diez o, por lo menos, un nueve, al llegar a su lado, dejó la hoja en la mesa y se llevó el índice a la frente.

—¡Desde la vuelta de vacaciones parece que andas en las nubes, muchacho! —lo reprendió—. ¿Qué te pasa por la cabeza?

Ngor Ndong se levantó y con un potente puñetazo en el ojo, derribó a la profesora. En la clase se armó un gran revuelo. Algunas niñas se pusieron a chillar mientras otras salían del aula. Los niños provocaron un ruido comparable aporreando las mesas. En torno a la señora Samake, inconsciente en el suelo, se formó un corro donde corrían los comentarios. Unos preguntaban por qué Ngor Ndong había pegado a la profesora, si estaba loco o qué. Otros explicaban que se había vuelto raro porque había quedado traumatizado por la muerte de sus padres, mordidos por una serpiente mientras dormían, tres días antes de acabar las vacaciones. El tumulto acabó por atraer la atención del director y de otros profesores, que acudieron a averiguar el motivo de aquel escándalo.

Ngor Ndong estaba sentado. Con los codos apoyados en la mesa, permanecía impasible mirando al frente. Al entrar el director y los profesores, se dispersó el grupo concentrado alrededor de la señora Samake. Al verla en el suelo, se precipitaron hacia ella preguntando qué había pasado. Algunos alumnos los informaron, señalando al chico con la mano, que Ngor Ndong le había dado un puñetazo. La señora Samake, todavía desmayada, fue trasladada a la enfermería del centro por sus colegas. El director llamó al servicio de Urgencias y pronto llegó una ambulancia para llevársela. La mujer regresó al cabo de una hora con el ojo cubierto con una venda, oculto tras los cristales oscuros de unas Ray-Ban que le prestó uno de los profesores que la habían acompañado al dispensario, provista de una baja médica de veinticinco días de reposo, salvo complicaciones, y de una receta. Sin embargo, pese a la insistencia del director no quiso presentar una denuncia. Se convocó un consejo de disciplina y, sin dilación, expulsaron

del instituto a Ngor Ndong, que ya había regresado a Sangalcam.

Al quedarse huérfano, Ngor Ndong fue recogido por Kogna Dieng, la amiga de su madre que había acudido a llamar a la puerta el día fatídico. Unas semanas después de su expulsión del instituto, consiguió colocarlo, tal como deseaba, con Boy Ciss, un chófer de taxi-equipaje de marca Nissan, muy popular en la línea Bayah-Rufisque. Durante cinco años, permaneció con Boy Ciss sin que éste tuviera motivo de queja de él ni una sola vez. Le gustaba su oficio y aprendía bien, y su jefe lo tenía en gran estima. Nunca sustraía ni una moneda de la caja, no pedía nunca nada, no aceptaba más que lo que se le ofrecía y sabía conducir desde había mucho. A los diecisiete años, se consideraba en condiciones de sacar el permiso y volar con sus propias alas, más que nada porque con su gran estatura y su incipiente barba y bigote se sentía un poco ridículo en el papel de aprendiz. Por otra parte, algunas clientas desabridas, vendedoras de pescado sobre todo, le hacían a menudo un comentario en esa línea y le decían que había superado la edad de aprender. Un día se sinceró con su jefe. Boy Ciss aceptó que se fuera. Había, no obstante, un problema. Para poder obtener el permiso de conducir, había que poseer el carné de identidad y, para tener el carné, había que ser obligatoriamente mayor de edad, y él no lo era.

Ngor Ndong entró en contacto, una hermosa mañana, con el responsable del registro civil, en su despacho del centro secundario de Sangalcam. Era un cuarentón vestido siempre de punta en blanco, al que la gente del pueblo apodaba «el Señor Alcalde».

—¿Tienes ya una partida de nacimiento? ¿De dónde? —preguntó, tras indicarle que tomara asiento.

Ngor Ndong se instaló antes de responder.

—Una partida de nacimiento de la subprefectura de Fimela, Señor Alcalde.

—¡Ah, sí! Fimela, lo conozco —dijo el funcionario, sacudiendo la cabeza—. Queda en la región de Thiès, por el lado de Khombole.

—Está en la región de Fatick, Señor Alcalde, antes de Ndangane-Sambu.

—¡Ah sí, sí! Antes de Ndangane-Sambu, en la región de Fatick, es verdad, me había equivocado. Bueno, puedo hacer lo que me pides. Quiero ayudarte, porque yo estaba presente cuando le ocurrió esa desgracia a tus padres. Te compadezco, los tiempos son difíciles. Tienes razón, hay que tener un trabajo, así que voy a ayudarte, pero esto tiene que quedar entre nosotros, no debe salir de aquí, porque no quiero complicaciones.

—¡En nombre de Dios, Señor Alcalde, juro sobre la tumba de mi padre y de mi madre que lo que hagamos entre los dos quedará entre los dos y nadie se enterará nunca!

—¡Ya! Es lo que decís todos, pero en cuanto tenéis lo que queríais, sois los primeros en ensuciar nuestra reputación pregonando por todas partes que os habéis visto obligados a rascaros el bolsillo para obtener lo que queríais. Pues yo, te lo digo de entrada, no quiero problemas, ni que me pase como a esos empleados de Rufisque. Ya debes de estar al corriente. Hace seis meses en el centro principal del ayuntamiento, mandaron a la cárcel a una red completa de doce hombres y siete mujeres. Todavía no los han juzgado. Yo lo que quiero es ayudarte, simplemente, porque de verdad me compadezco de ti, pero problemas no quiero ninguno.

—En nombre de Dios, nunca diré nada a nadie, Señor Alcalde. ¡Que Dios me dé muerte de manera instantánea, en el momento en que mi lengua esté a punto de contar lo que ha pasado entre nosotros!

—¡De acuerdo, de acuerdo, me fío de ti! Te voy a ayudar porque eres serio y sabes mantenerte callado, lo sé. Sé reconocer y seleccionar a las personas sin equivocarme, a los deshonestos de un lado y a los honrados de otro. Contigo puedo tratar porque eres honrado. Lo he sentido en cuanto me has expuesto con toda franqueza tu caso, así que yo también te voy a ser franco. Te voy a decir enseguida que te va a costar caro, porque ya tienes una partida de nacimiento en Fimela que hay que eliminar de los registros de esa subprefectura para sustituirla por tu nueva partida inscrita en nuestros registros, que, además, debe estar firmada por el juez en persona. Por eso te va a costar caro.

—¿Cuánto, señor alcalde?

—Ocho mil francos. No es a mí a quien van a pagar, te advierto, sino al propio juez, hasta el último céntimo. Si faltara uno, te juro que se negaría a firmar. Si llevas encima esa suma, ahora mismo me voy a Rufisque y antes de mediodía tendrás en regla tu partida de nacimiento.

—No tengo esa cantidad, Señor Alcalde, pero Dios mediante, mañana por la mañana, se la traeré. Me las arreglaré para conseguirla.

—¡De acuerdo! Ahora tengo trabajo —lo despachó con sequedad el funcionario.

Ngor Ndong se levantó, desconcertado por el repentino cambio de tono el hombre.

—¡Adiós, Señor Alcalde, hasta mañana! —se despidió.

Sin decir nada, el Señor Alcalde se mordió el labio inferior, cogió el bolígrafo, hundió la nariz en el registro que tenía abierto delante y fingió que escribía algo.

Al salir del despacho, Ngor Ndong no sabía cómo ni dónde obtener los ocho mil francos. ¿Y si se los pedía a Boy Ciss? Descartó enseguida tal posibilidad; su jefe ya no le debía nada, él le había enseñado un oficio y su obligación ahora era recompensarlo en lugar de pedirle prestado. Se las arreglaría de otra manera. Pero ¿cómo? Pasó el día devanándose los sesos. ¿Ir a la selva a cortar leña para venderla? No. No tenía hacha ni machete. ¿Trabajar de descargador en el mercado de Rufisque, como los jóvenes mandingas venidos de Gambia? Él era fuerte. Lo malo era que andaba mal de tiempo, porque en un solo día era imposible ganar ocho mil francos descargando de los camiones sacos de arroz, bidones de aceite de cacahuete, cajones de tomates y cajas de jabón y de azúcar. ¿Vender entonces fruta o verdura en el mercado? Para eso se necesita tener una cantidad inicial, dinero para poder comprar a los agricultores. ¿Pedir la suma a su tutora Kogna Dieng? Eso jamás. Ya había sido bastante peso para ella... Aunque lo de vender verdura no era mala idea. A falta de una cantidad inicial, podría...

Al caer la noche, Ngor Ndong dio una vuelta por una huerta. Al amanecer, se encontraba ya en el mercado Syndicat de Pikine y, poco antes de la salida del sol, ya estaba de vuelta en Sangalcam después de haber vendido un saco de guindillas por veinticinco mil francos. Al llegar a su oficina, el señor alcalde lo encontró esperándolo en la entrada.

Su nueva partida de nacimiento le atribuía veintiún años. Efectuó la solicitud para un carné de identidad y efectuó las gestiones para los otros documentos necesarios para el permiso de conducir, como certificados médicos, de nacionalidad, de residencia y sellos, y los presentó en el Servicio de las Minas de Hann.

Dos semanas después, lo convocaron para la primera prueba, correspondiente a la teórica. Para él era algo muy fácil: en cinco años, había aprendido el código Rousseau. Como lo conocía al dedillo, había respondido bien a todas las preguntas que le habían planteado. Se llevó por ello una sorpresa y una gran decepción cuando se enteró de que lo habían suspendido. Entonces oyó comentar a alguien que en ese país sumido en la decadencia, las cosas siempre iban así, que el mérito no contaba y que sólo conseguían aprobar la teórica los que saludaban a la senegalesa. Ngor Ndong regresó a Sangalcam

diciéndose que la próxima vez no lo eliminarían.

Dos días antes de la segunda convocatoria, en plena noche, Ngor Ndong se adentró en otro huerto. El primer taxi de equipaje, conducido por Ibra Guèye, de Gorom, lo encontró en la estación de Sangalcam, esta vez con tres sacos. En el momento en que ayudaba al aprendiz, Sulla Gaye, a subir el tercer saco al techo del vehículo, llegó Djimby Kâ, un peul[25] de Nguenduf, aldea situada a dos kilómetros de Sangalcam, y preguntó si el saco que estaban cargando y los otros dos contenían guindillas; si ése era el caso, de quién eran. Ibra Guèye, que vigilaba la operación apoyado en la puerta de delante respondió que sí y señaló a Ngor Ndong como propietario. Sin mayor preámbulo, Djimby Kâ le descargó un golpe con el machete que llevaba oculto en la túnica. Si Ngor Ndong no hubiera tenido a tiempo el reflejo de soltar el saco que sostenía con las dos manos para agacharse, lo habría decapitado. La hoja le pasó rozando el cabello para ir a clavarse en el tronco de una de las margosas que crecían al borde de la carretera. Sulla Gaye, que estaba inclinado hacia delante y ya había cogido un extremo del saco para subirlo, perdió el equilibrio cuando Ngor Ndong lo soltó sin avisarlo. Cayó del techo al tiempo que el saco y se levantó con un brazo roto. Antes de que Djimby Kâ lograra arrancar el machete incrustado en el tronco del árbol, Ibra Guèye le inmovilizó el brazo por la espalda al tiempo que uno de los pasajeros que había bajado del taxi neutralizaba a Ngor Ndong, que quería escapar.

—¡Suéltame, que le voy a cortar la cabeza a ese ladrón hijo de mala madre! —vociferaba Djimby Kâ forcejeando como un poseso—. Es un ladrón que me ha robado todas las guindillas. Suéltame, que lo mato. Es él el ladrón. He seguido el rastro que ha dejado con los zapatos de plástico desde mi campo a su casa y de su casa a la estación. ¡Es él el ladrón, y lo voy a matar!

Su ira estaba fundada. De todos es sabido que el peul aborrece toda forma de trabajo agrícola y las herramientas empleadas para ello, como azadas, hachuelas, arados e incluso tractores. Su afición, el centro de su vida, es el rebaño de bovinos, complementado con la compañía del machete y la porra. Cuando se encorva para cultivar la tierra, es porque tiene obstruidas todas las salidas y no le queda más remedio. Entonces se siente completamente postrado y desvalorizado hasta el punto de querer poner fin a su vida. Y ahora el fruto de sus penalidades y contrariedades, que apreciaba con el mismo ardor con que detestaba su trabajo, se había esfumado. Su huerto había quedado devastado. Nunca saldría adelante,

no podría pagar el abono y los fungicidas que había adquirido a crédito en el Departamento de Agricultura. En cuanto a la posibilidad de comprar una o dos vacas a fin de recomponer su rebaño diezmado por la sequía, no se atrevía ni a pensar en ello. En la oscuridad, incapaz de distinguir si la hortaliza está madura o no, el malhechor recoge todo a su paso y, en ocasiones, para ir deprisa, hasta arranca la planta de cuajo. De vuelta en su habitación, a la luz de una lámpara de petróleo o una vela, efectúa la selección. Por cada medio saco de guindilla buena, destruye dos o tres y a veces incluso cuatro.

Djimby Kâ llevó el caso ante la Justicia. Los gendarmes llegaron para llevarse a Ngor Ndong, que permanecía retenido en casa del jefe del pueblo. Después de dos meses de detención preventiva en los Cien Metros Cuadrados, [26] salió con dos años y medio de libertad condicional y volvió a Sangalcam.

Tres meses más tarde, con ocasión de la fiesta de Tamkharite, celebración del Año Nuevo musulmán, se escapó el toro que iban a inmolar en la plaza de la mezquita. Enloquecido por los gritos de los niños o presintiendo tal vez su muerte, el animal rompió las cuerdas a base de embestidas y cabriolas. Los numerosos asistentes se dispersaron. Mbouldy, el carnicero, fue el primero en correr a refugiarse en el techo de la mezquita, seguido de muchos otros.

Ngor Ndong, que acababa de despertarse y se estaba vistiendo, salió del recinto de la casa al oír el clamor. En la calle desierta, se topó de frente con el bovino. De manera instintiva, lo agarró por los cuernos. El toro detuvo en seco la carrera para sacudir con tremendo vigor la cabeza. Proyectado por los aires, Ngor Ndong aterrizó de espaldas, unos diez metros más allá, cerca de la valla de tallos de mijo protegida por alambre de púas. Con una voltereta, se puso en pie. El animal raspó el suelo con una de las patas delanteras y luego con la otra, levantando una pequeña nube de arena y polvo, y luego emitió un largo y colérico mugido.

—¡Huye, Ngor Ndong! —le gritó Mbouldy desde lo alto de la mezquita—. Salta y agárrate a esa rama gruesa del árbol de la derecha.

Otras voces se sumaron a la de Mbouldy, provocando un coro de gritos.

—¡Escápate, Ngor Ndong! Corre, que te va a matar el toro.

Pero Ngor Ndong no quería huir. Había concebido una descabellada idea que consistía en aturdir a la bestia, cansarla y, por qué no, capturarla. Como sabía que a los toros los enloquece el rojo, se quitó su camiseta Lacoste, que era de ese color, y se puso a agitarla con el brazo ante sí, brincando, con el torso desnudo.

Así, provocando al toro, tenía cierto parecido con el Cordobés en plena faena en la plaza.

El animal volvió a rascar el suelo. De improviso reinó el silencio. La gente, refugiada en las casas, en los árboles o en el techo de la mezquita, había dejado de gritar. Todos contenían la respiración en previsión de un inminente drama. El toro mugió de nuevo, retrocedió unos pasos y se detuvo un instante antes de pasar a la carga con asombrosa velocidad. Poco faltó para que embistiera al torero que, en el último minuto giró sobre sí. No fue lo bastante rápido, no obstante, para evitar que uno de los cuernos le rozara el costado. Llevado por un fantástico impulso, el toro se hundió en la cerca hasta el lomo, la arrancó y cayó de rodillas sobre las patas delanteras. Ngor Ndong le agarró entonces la cola con las dos manos y la retorció con todas sus fuerzas. El animal efectuó denodadas tentativas para desprenderse de la valla prendida en el medio del cuerpo y sólo logró enredarse aún más con los alambres de púas. Ngor Ndong porfió sin soltarlo, hasta que la bestia acabó desplomándose con las patas al aire, mientras exhalaba un prolongado mugido. Por todas partes brotaron gritos de alivio y de admiración. Fue en ese momento, y no antes, cuando Mbouldy acudió a ayudarlo acompañado de otros hombres. Por fin capturaron al toro.

La hazaña borró el incidente de las guindillas. Al anochecer, delante de su cuenco de cuscús con carne mezclada con leche fresca, todo el mundo pensó con gratitud en Ngor Ndong. Los días posteriores, en las sesiones de tamtan, las muchachas inventaron pasos de danza y compusieron canciones en las que exaltaban la valentía que demostró mientras todos los hombres de Sangalcam huían. Las chicas lo agasajaban, lo invitaban por turnos, le preparaban sabrosos platos y lo iban a visitar, de tal manera que su casa pasó a ser la más animada del pueblo. De la mañana a la noche, la tetera se calentaba en el fuego para proveer a las visitas de los tres tés reglamentarios, acompañadas de carne asada. Se había convertido en un personaje importante y considerado. Además, desde hacía un tiempo, a menudo se vestía con ropa nueva, había equipado su choza con una cama y un armario de tres puertas de fórmica y tenía un radiocasete y numerosas cintas. Siempre llevaba dinero encima y era generoso y pródigo. Las mujeres casadas también se sumaron a los halagos; algunas tuvieron serios problemas, como Dalanda, cuyo marido, Amadou Oury, apareció de improviso, prevenido no se sabía de qué forma, en el momento en que ella salía de la choza de Ngor Ndong anudándose el pareo. Después de arrastrar a la esposa por la calle, el hombre arrancó una rama de margosa con la que la golpeó con violencia y a

continuación le abrió las piernas y le metió en la vagina un pimiento que llevaba en el bolsillo.

En el pueblo comenzaron a circular preguntas al respecto de Ngor Ndong. ¿De dónde sacaba ese dinero que gastaba con tanta prodigalidad? Nadie le conocía ningún trabajo, ninguna fuente de ingresos, ninguna herencia, ni se había oído contar que le hubiera tocado la lotería.

El brutal comportamiento de Amadou Oury volvió a hacer aflorar en las memorias los sacos de guindillas de Djimby Kâ. Las cábalas se multiplicaban. A tales conjeturas, algunos, asiduos de la casa de Ngor Ndong, respondían con indignación, atribuyéndolas a los celos, a la envidia o al afán de calumniar. «La gente es mala —decían—. No quieren admitir el éxito o la suerte de los demás. Por eso nunca están en paz y siempre se quedan atrás, porque a Dios corresponde atribuir la suerte y el éxito. Él los otorga a quien quiere, sin avisar a nadie, y el que no está conforme tiene siempre el corazón invadido por la amargura».

Sangalcam se dividió así en dos facciones dispuestas a llegar a las manos: por un lado, estaban los partidarios de Ngor Ndong, los jóvenes y mujeres sobre todo, que lo ponían por las nubes; por el otro, los que lo abominaban, hombres en su mayoría, algunos de los cuales llegaban incluso a reclamar su expulsión del pueblo, o cuando menos, el embargo de sus bienes.

Una buena mañana se produjo un relámpago en medio de un sereno cielo: los gendarmes fueron a buscar a Ngor Ndong recién levantado de la cama. En el curso de la investigación, los agentes de la ley habían encontrado en Wayambame una bomba de agua sustraída en una huerta de Noflaye. En el cuartel, había media docena de denuncias presentadas por robos de ese tipo. Los gendarmes, que sospechaban de la existencia de una banda, preguntaron a Ngor Ndong el nombre de sus cómplices. Él declaró que no los tenía y sólo confesó ser autor del robo de una única bomba, la de Noflaye. Aquello fue suficiente para que volviera a los Cien Metros Cuadrados. A la prisión condicional de tres años, que aún no se había agotado, el juez agregó otros tres más, que sumaron seis en total. Cumplió en la cárcel la mitad de la condena tan sólo, ya que se benefició de una amnistía concedida con ocasión de la fiesta nacional.

De regreso a Sangalcam, Ngor Ndong se enteró de que durante su estancia en la cárcel, el sobrino del jefe del pueblo había vendido la casa que había heredado de Seynabou Tine y de Magnick Ndong a un hombre de negocios, que ya había construido un gran edificio en el solar, y de que Kogna Dieng, su tutora, había

fallecido. Como no poseía el título de propiedad de la casa, no pudo reclamarla. Se había quedado sin domicilio. Nadie quiso alojarlo, ni siquiera por unos días, salvo Mbouldy, que le había tomado aprecio a partir del día de la corrida.

Un mes y medio después de su liberación, instalado en una estera en la cabaña del carnicero, Ngor Ndong tomaba el té con él. Aquejado de un mortal aburrimiento, encendió un cigarrillo y con el bolígrafo de Mbouldy se puso a garabatear maquinalmente en el dorso de la caja de cerillas, mientras reflexionaba...

Esa misma noche se fue a Dakar. A la salida del Yang-Yang, un bar situado en la avenida Blaise Diagne, delante del Departamento de Higiene, robó un taxi. A la altura del cine El Malic, lo pararon dos mujeres que atendían a una tercera. La mujer estaba de parto y había que trasladarla al hospital Aristide-Le Dantec.

«¡El esplendor de su frente disipa las tinieblas de la noche igual que la antorcha que enciende el piadoso anacoreta en su ermita!»

Este verso en el que un gran poeta árabe ensalzaba a su amada parece haber sido escrito para Ramata Kaba. Ella era uno de esos raros seres con los que el buen Dios parecía haber puesto un especial esmero a la hora de esculpir su físico, para hacer de él una obra perfecta en todos los sentidos. No era ni alta ni baja, ni delgada ni gorda; no tenía la tez ni clara ni oscura y la visión de su cara resultaba tan agradable y apaciguadora como la contemplación de un claro de luna en plena selva, un amanecer en la montaña o la puesta de sol en un tranquilo mar, una inmensa laguna o una gran extensión de verde hierba.

Para cualquier hombre normalmente constituido, ya fuera santo o impío, resultaba imposible verla, tanto por delante como por detrás, sin concebir ideas lúbricas. Era hermosa, muy hermosa, más hermosa incluso que Gina Lollobrigida, y lo sabía.

Había conocido a Matar Samb en el curso de una manifestación organizada por la Unión Democrática de Estudiantes de Dakar para protestar contra la muerte de tres de sus dirigentes, que se contaban entre los siete que habían sido enviados, enrolados por fuerza en el ejército, a la frontera con la Guinea portuguesa, que luchaba por su independencia. La radio había anunciado la triste noticia el día anterior en su programa informativo de mediodía. La UDED había convocado una marcha pacífica de la plaza del Obelisco al palacio presidencial de la República, ante cuya verja su secretario general debía presentar las reivindicaciones de su organización. En una orden, que habían difundido varias veces el día anterior y esa mañana las emisoras de Radio Senegal, el prefecto de

Dakar había prohibido toda agrupación en la vía pública. Los estudiantes habían considerado arbitraria tal prohibición, pues consideraban que, como cualquier otra forma de expresión, la marcha era un derecho garantizado por la Constitución; así pues, decidieron no respetar el mandato prefectoral.

Hacia las diez, la plaza del Obelisco estaba negra de gente. Los alumnos de los institutos y numerosos jóvenes desocupados se habían sumado a los estudiantes universitarios.

El secretario general era un joven alto y barbudo apodado el Che, vestido con una guerrera y un vaquero desgastado, arengó a la multitud con su estentórea voz. Primero pidió tres minutos de silencio, en memoria de cada uno de sus camaradas mártires y, una vez concluido el paréntesis de recogimiento, explicó las atroces circunstancias de su muerte, achacable por entero al Gobierno. Según el Che, los estudiantes enrolados a la fuerza habían sido cobardemente sacrificados, pues tras haberlos enviado a explorar el terreno junto con otros dos soldados profesionales, el oficial de la división había ordenado la retirada al primer tiro del enemigo y había huido con el resto de sus hombres, dejándolos solos frente a una tropa de treinta kognaguis, indígenas integrados en el ejército colonial portugués. Uno de los soldados profesionales había podido escapar con vida. Escondido en el espeso ramaje de un árbol, había asistido horrorizado a la captura y la muerte de sus cuatro compañeros. Uno tras otro, los habían desnudado, decapitado, mutilado de brazos y piernas y destripado con machetes. Después, los indígenas habían ejecutado danzas y cantos rituales dando vueltas en torno a sus ensangrentadas víctimas y habían separado ciertos órganos, como el hígado, el sexo y el corazón, que se habían ido llevando junto con sus uniformes, sus cabezas y sus armas. El soldado superviviente, que había esperado mucho rato antes de bajar del árbol, corrió y caminó durante toda la noche. Por la mañana, había llegado al campamento militar de Ziguinchor. Al oír que el oficial que los había abandonado a su suerte le contaba que se habían perdido en la selva, le había replicado con una sarta de insultos entre los que lo trató de cagueta y gallina, y al final le disparó y lo hirió en el hombro. Entre todos lo habían reducido y afirmaban que, traumatizado por la muerte de sus compañeros, se había vuelto loco.

Entre los congregados se elevaron gritos de desaprobación contra el oficial responsable de tamaña ignominia.

El Che culpó al Gobierno de derrochar el dinero público con su escandaloso tren de vida y de haber enviado a una muerte segura a tres de los mejores hijos

del país, integrados contra su voluntad en las fuerzas armadas porque no eran hijos de ministros, de diputados ni de altos funcionarios, sino hijos de simples campesinos, pastores, obreros o pescadores. Después de denunciar el nepotismo y la corrupción que gangrenaban todos los niveles del Estado y las instituciones, acabó lamentando el deterioro del sistema educativo y sanitario del país, la carestía de la vida y la miseria del campo. Por fin, agitando el puño izquierdo en medio de una salva de aplausos, el Che dio la señal de salida.

Encabezado por los dirigentes de la UDED y coronado por una multitud de pancartas y banderolas cargadas de eslóganes antigubernamentales, el cortejo se puso en marcha con gritos de «¡Gobierno; asesinos; dimisión!», enfiló la avenida Elhadji Malick Sy, donde se sumaron a él un gran número de curiosos, y desembocó en Soumbedioune, en la Cornisa Este frente al mar. Imposibilitando todo tipo de tráfico rodado, remontó la avenida de la República y, un poco más allá de la sede de Radio Senegal, llegó a la plaza Washington, donde estaba la sede del ministerio del Interior.

Delante del surtidor de la rotonda había desplegado un imponente destacamento de la Agrupación Móvil de Intervención, los famosos GMI, policías de choque, con uniforme de combate, casco, lanzagranadas o porra de goma en mano y con la cara protegida con escudo de plexiglás.

El oficial al frente de los GMI avanzó en dirección a los manifestantes, seguido de otros dos mandos. Todos llevaban un *walkie-talkie* y él disponía además de un megáfono.

La cabeza del cortejo se encontraba a unos cincuenta metros.

—Esta manifestación es ilegal. Está prohibida, así que estáis violando la ley. ¡Dispersaos! —ordenó de improviso el comandante con su voz de tintes metálicos amplificada por el aparato.

El Che respondió en los mismos términos.

—¡Camaradas! Codo con codo, seguiremos adelante hasta el palacio presidencial. ¡Esta prohibición es inicua!

No hubo una segunda advertencia.

—¡Carguen!

Los gases lacrimógenos estallaron de inmediato, al tiempo que los GMI salían al trote al encuentro del cortejo. Entre los manifestantes se produjo una veloz desbandada.

Desde los primeros disparos, Matar Samb se había soltado de los brazos de los camaradas que lo flanqueaban. Él había acudido a una marcha pacífica y no a

un enfrentamiento con los GMI. Como no estaba dispuesto a dejarse aporrear ni a asfixiarse y llorar en medio del humo, giró en redondo y, con el pañuelo pegado a la nariz y a la boca, se alejó a todo correr. Por suerte, el edificio Sorano, donde vivía, se hallaba a escasos metros. Había bajado de su piso cuando, procedente de la cornisa marítima, la manifestación había llegado a la altura de su balcón. En su desbocada carrera, Matar Samb chocó con una joven y poco faltó para que cayeran los dos. En el último momento logró recobrar el equilibrio, la cogió justo a tiempo por el brazo y siguió corriendo llevándola en su huida. Enseguida llegaron al vestíbulo del edificio. El portero estaba a punto de cerrar la puerta de entrada para impedir que la multitud buscara refugio allí cuando Matar Samb le gritó que vivía en el cuarto. Al reconocerlo, lo dejó pasar antes de cerrar la puerta a otros que llegaban detrás. Sin resuello, Matar Samb soltó el brazo de la joven y con las manos apoyadas en las rodillas, respiró hondo. La joven se sentó un momento antes de tenderse directamente en el suelo. Cuando se enderezó, con la respiración normalizada, él la miró con atención por primera vez. Acostada de espaldas, con las piernas separadas, los brazos pegados al cuerpo, jadeante, mantenía los ojos cerrados y la boca entreabierta. En ese preciso instante, subyugado por la belleza de aquella joven vestida con vaqueros y zapatillas deportivas que encontró divina de pies a cabeza, Matar Samb se enamoró locamente de ella y se hizo el propósito de convertirla en su esposa. La observaba con tanta insistencia que ella acabó por abrir los ojos como si se hubiera dado cuenta. Con una sonrisa, él se inclinó y le tendió la mano.

—¡Venga! No puede quedarse aquí —dijo.

Ella le cogió la mano, se levantó y luego la soltó.

—¡Gracias! Me ha salvado de las porras de esos odiosos policías —contestó.

—Olvídese de eso. ¡Venga conmigo!

Afuera se oían aún detonaciones, cada vez menos frecuentes. La acompañó hasta al ascensor y se bajaron en la cuarta planta. Él sacó del bolsillo del pantalón una pequeña llave con la que abrió la puerta de un piso. Después de recorrer un breve pasillo, llegaron a un amplio salón amueblado con lujosos sillones tapizados de terciopelo verde. Otra puerta daba al balcón en cuya barandilla se acodaron, al igual que la mayoría de los ocupantes del edificio, para presenciar el desenlace de los acontecimientos.

Abajo, la manifestación había concluido. El estruendo de los estallidos de bombas lacrimógenas había cesado y el viento dispersaba la acre humareda.

Ahora los GMI controlaban la zona y, en las proximidades del surtidor, hacían subir a los camiones sin miramientos, a los numerosos manifestantes detenidos.

Al cabo de poco entraron en el salón.

—Tome asiento —la invitó él señalando el sillón.

—Gracias —dijo ella, que se dispuso a sentarse.

De repente, él cambió de opinión.

—Aunque me parece que sería preferible que se aseara un poco. Tiene los ojos rojos.

Ella aceptó.

Entonces la acompañó al cuarto de baño del dormitorio y la dejó sola. De vuelta en el salón, se sirvió en el minibar una copa de Smirnoff con naranjada y, tras añadir unos cubitos de hielo, se instaló en un sillón. Completamente absorto en la joven, encendió un cigarrillo y comenzó a tomar la bebida. Jamás había visto una mujer tan bonita... ¡No! La palabra «bonita» no bastaba para describir la belleza de sus rasgos. ¡Era espléndida, magnífica, sublime! En cuanto volviera, reuniría el valor para declararse. Siempre había sostenido que el flechazo no era más que una impresión subjetiva, que sólo se podía amar realmente lo que se conocía bien, lo que se comprendía bien, y toda otra serie de absurdas teorías. Ahora resultaba que se había quedado prendado de esa joven de la que ignoraba hasta el nombre. Pese a que la veía por primera vez, estaba convencido de que era la mujer de su vida, la que el buen Dios tenía predestinada para él, la que esperaba y a la que amaría siempre, a ella y a nadie más. Tenía que decírselo, allí mismo, sin demora. «¡La carne del perro, si se enfría, se vuelve insípida!», solía decir Armando Gomis. En ese momento preciso le habría gustado poseer su soltura y su mundo con las chicas. Daba igual, de todas formas. Aplicaría todo su esfuerzo. Si la dejaba marchar sin decirle nada, no la volvería a ver.

Oyó que volvía. Aplastó el cigarrillo en el cenicero, cogió la copa casi vacía que había dejado en el velador contiguo al brazo del sillón, la agitó con un movimiento de muñeca que produjo un tintineo de cubitos y la apuró de un trago. En el momento en que ella apareció, dejó el vaso y se levantó. Abrió la boca varias veces, pero fue incapaz de formular la bella declaración de amor que había preparado. Todas las palabras se habían embrollado en su interior y el valor de que había hecho acopio se había resbalado entre sus dedos como una pastilla de jabón.

Fue ella quien habló.

—¡Ahora le toca a usted! —señaló sonriendo—. Usted también tiene los ojos rojos y debería lavarse un poco.

Con la sonrisa, su belleza le pareció más pasmosa todavía. Hizo un esfuerzo supremo, doloroso casi, por confesarle la llama que lo consumía.

—¡Sí, sí —logró farfullar tan sólo—, tiene razón, claro!

Se fue al cuarto de baño.

Ella se sentó en un sillón, paseando la mirada en derredor. En la habitación todo respiraba lujo, desde la biblioteca, las piezas de decoración, los cuadros de las paredes, las cortinas de seda hasta la tupida moqueta del suelo. Una tenue sonrisa maliciosa asomó fugitivamente a sus labios. Estaba segura de que lo tenía encandilado. Se había dado cuenta desde que había abierto los ojos en el vestíbulo y había sorprendido la admirativa mirada que tenía posada en ella. Pensó que no estaba mal, que en realidad tenía bastante buena presencia. Era alto, atlético, de facciones regulares y joven. ¡Aunque era bien torpe! Antes, cuando había vuelto del cuarto de baño, había querido hablarle y había abierto incluso la boca varias veces, sin duda para decirle algo importante. Estaba, sin embargo, tan azorado que no había podido encontrar las palabras. Era muy tímido.

El joven regresó al salón más deprisa de lo que había previsto. Se sentó en el sofá frente a ella y la miró a hurtadillas, con los brazos plegados sobre el pecho.

—Me parece que afuera ya está todo más calmado —comentó ella después de un prolongado silencio, haciendo ademán de levantarse—. No voy a abusar de su hospitalidad. Me voy. Muchas gracias de nuevo, señor.

Él la agarró por la muñeca para impedírselo.

—¡De ninguna manera, señorita! —protestó—. No se vaya ahora, siéntese. Aún no nos conocemos. Yo me llamo Matar Samb. ¿Y usted? —inquirió, soltándola.

—Ramata Kaba —se presentó.

—Encantado de conocerla, señorita Kaba. ¿En qué facultad está?

—Todavía no voy a la universidad. Quizás el año próximo. Estoy en el último curso en el instituto Kennedy. ¿Y usted, señor Samb, va a la universidad?

—Sí.

—¿Y este piso es suyo?

—Sí, por supuesto que lo es. ¡Tengo incluso otros!

—Entonces, ¡es rico! ¿Cómo es posible, a su edad? No debe de tener más de treinta años.

—Cumpliré veintiocho exactamente dentro de quince días. Ay, pero estoy hablado y hablando sin cumplir las mínimas normas de hospitalidad. ¿Qué va tomar, señorita Kaba, un refresco o una bebida con alcohol? Tengo zumo de limón, de naranja, de mango, vino, vodka, whisky, cerveza...

Regresó del minibar con una bandeja y le sirvió un zumo de naranja, antes de prepararse su combinado habitual.

—Brindo por nuestro encuentro, señorita Kaba —propuso levantando el vaso, y tras un breve titubeo, añadió—: ¡Y por su extraordinaria belleza!

—¡Es usted un zalamero, señor Samb! Yo no poseo una belleza extraordinaria, como dice. Ni siquiera soy guapa —declaró, sonriente—. ¡Por nuestro encuentro y por su amabilidad infinita!

Hicieron chocar los vasos y se los llevaron a los labios.

—Yo no soy de una amabilidad infinita —replicó él, devolviéndole la sonrisa, después de tragar con precipitación un trago de vodka con naranjada.

—¡Ahora intenta vengarse porque le he dicho que no era guapa, y es verdad! Yo me considero más bien fea. Usted, sin embargo, es muy amable. Habría podido dejarme donde estaba y la Policía me habría pillado, me habría pegado y después me habría detenido, pero en lugar de eso, me ha traído con usted y me ha salvado. ¿No es eso ser amable?

—No, no ha sido por amabilidad. Como he chocado con usted porque no he prestado atención, tenía que impedir que cayera e instintivamente la he cogido del brazo y he seguido corriendo sin darme cuenta de que no la había soltado. Para mí, es el destino. En algún sitio está escrito que debíamos conocernos de esta manera. ¿Cree usted en el destino, señorita Kaba?

Abrió una pausa antes de responder.

—Sí, y sin duda tiene razón. Debe de estar escrito en algún sitio que debíamos conocernos así. Pero no ha contestado a mi pregunta, señor Samb.

—¿Cuál, señorita Kaba?

—Me ha dicho que aparte de este piso, tenía otros, a los veintiocho años. ¿Es rico, entonces? ¿Cómo lo ha conseguido?

—No tiene mérito alguno —explicó con genuina modestia—. Mi padre, que murió hace dos años, era muy rico y yo he heredado su fortuna. La Holding Samb, ¿la conoce?

Como todos los habitantes del país, había oído hablar de aquella empresa, sin conocer no obstante el significado de la palabra *holding.*

—Conozco la Holding Samb —confirmó—. Está escrito en letras gigantes

en el frontón del nuevo edificio de veinticinco pisos de la esquina de la calle Parchappe.

—Pues fue papá quien lo montó todo antes de fallecer —la informó él—. Un conjunto de cuarenta sociedades en plena expansión, para mi hermana mayor y para mí. Ella se llama Dieynaba Samb, DS para los íntimos, y es quien dirige los negocios.

—¿Y por qué ha ido a la manifestación? —preguntó con aire sorprendido—. Si es un hijo de papá, adicto al régimen sin duda, un asqueroso pequeño burgués...

Él se echó a reír, interrumpiendo su invectiva.

—¡No tan deprisa, señorita Kaba! De acuerdo, soy un auténtico hijo de papá, he aprovechado la riqueza de mi padre, nunca me ha faltado de nada y no me avergüenza reconocerlo, al contrario. Burgués también lo soy, e incluso lo reivindico, pero no asqueroso y mucho menos pequeño. Mido un metro ochenta y siete y peso ochenta kilos, y lo que gano es proporcional al trabajo del que estoy exonerado. ¡Soy por lo tanto un gran burgués, que se baña tres veces al día, y voy muy limpio por consiguiente! En cuanto a la manifestación, para contestar a su última pregunta, señorita Kaba, he participado porque soy miembro fundador de la UDED, conozco a los tres camaradas fallecidos en la frontera. Estuve incluso en la facultad con uno de ellos, antes de que los obligaran a incorporarse al ejército, lo que considero un grave atentado a la libertad individual.

—Pero eres del régimen y seguro que tu padre también. ¡Todos los ricos de este país son afectos al régimen y, aparte, son todos unos ladrones!

—Eso es usted quien lo afirma, señorita Kaba. Yo no milito en ningún partido, ni en el que está en el poder, único protagonista del panorama político, ni en los muchos otros, constituidos por facciones del ilegal Partido Comunista, que actúan en la clandestinidad. Papá tampoco era del régimen, no tenía carné del partido ni participaba en ninguna de sus actividades. Su fortuna la levantó fuera del país antes de la independencia, con sus propias manos.

Asintiendo con la cabeza, la joven cogió el vaso del velador, apuró el zumo de un solo trago y se puso en pie.

—Ahora me voy, señor Samb —anunció—. Muchas gracias, una vez más.

—¿Ya? —inquirió él, levantándose también.

—Sí. Me parece que los autobuses ya deben de volver a circular.

—No tendrá que coger el autobús, señorita Kaba, yo la acompañaré a su

casa. ¿Dónde vive?

—En las viviendas sociales Ouagou Niaye.

Bajaron al aparcamiento del patio interior del edificio y subieron a su Renault 16. Cuando salieron a la avenida de la República, la circulación había recuperado su ritmo normal. Los GMI y los manifestantes habían desaparecido. En poco rato llegaron a Ouagou Niaye, hablando de banalidades que alternaron con largos momentos de silencio. Cerca del cine Liberté, ella le pidió que parase.

—Me bajo aquí —dijo—. Vivo justo detrás del cine. Muchas gracias, ha sido realmente muy amable, señor Samb.

—Me gustaría volver a verla, señorita Kaba —anunció él, después de una profunda inspiración—. ¿Podría ir a visitarla a su casa?

—No, lo siento. Mi tío es muy severo y me prohíbe toda clase de visitas.

—Pero ¡es que yo, yo...! —balbució precipitadamente, con un nervioso pestañeo—. ¡Yo la amo, señorita Kaba!

Ella emitió una risita, abrió la puerta y se bajó sin darle respuesta alguna.

Al día siguiente, sábado, a mediodía, Matar Samb aguardaba delante del instituto Kennedy. Apoyado en la puerta del Renault 16, consumía un cigarrillo tras otro desde hacía casi media hora. Iba muy bien vestido, con traje de mohair verde azulado de impecable corte, camisa de seda blanca con finas rayas azules, corbata roja, pañuelo combinado con las rayas de la camisa y zapatos de cuero trenzado de color rojo burdeos. Al ver a Ramata enzarzada en plena conversación en el centro de un grupo de muchachas que salían del centro, la saludó con la mano. Sorprendida, ella tardó un momento en reconocerlo. Entonces se despidió y acudió a su encuentro. Sus compañeras comentaron en son de burla que esa vez no había pescado morralla ni arenque, sino un mero de buen tamaño. Entonces ella se volvió, les sacó la lengua y les dedicó un palmo de narices. Luego atravesó con paso rápido la calzada para llegar junto a él.

—Va muy elegante, señor Samb —lo halagó con una radiante sonrisa—. ¡Me tiene rendida!

Él tiró el cigarrillo que acababa de encender y lo apagó con la punta del zapato.

—Gracias —dijo con seriedad.

Le abrió la puerta en la que estaba apoyado y cuando hubo subido ella, rodeó el capó para instalarse frente al volante.

—No he oído lo último que has dicho. Repite, por favor. ¿Qué has dicho? —prosiguió alegremente, sin darse cuenta de que la tuteaba.

—¡Me tiene rendida!

—¿Cómo? Explícame qué significa.

—Yo también lo amo, señor Samb.

Dio unos golpes al volante con la palma de la mano antes de contestar con gravedad.

—¿No estará usted...? No, no, es mejor que nos tuteemos, ¿de acuerdo?

—¡Ya me has tuteado, Matar Samb!

—¿Ah, sí? ¡De acuerdo! ¿No te estarás burlando de mí, Ramata Kaba?

—¿No eres tú el que se propasa, Matar Samb? ¿No eres tú, el gran burgués, el que se burla de mí, la pequeña campesina?

—¡Te juro que te amo! ¡Te amo como nunca he amado a otra chica!

—¿Es verdad?

—Es verdad, Ramata Kaba, nunca he querido a ninguna otra como te quiero a ti.

—¿Has conocido muchas chicas?

—A muy pocas. Más que nada aventuras sin futuro. Tú eres la primera a la que amo de verdad.

—No te creo. Apuesto a que eres un donjuán. Estoy segura de que has tenido a todas las chicas que has querido y que después te has desprendido de ellas como si fueran un pañuelo usado. Pero ten cuidado, porque te advierto que conmigo no será así...

—No, te juro que no soy ni remotamente como dices —protestó él.

—Déjame acabar, no me interrumpas.

—Bueno, termina, Ramata Kaba.

—Llámame Ramata sólo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Ramata, termina.

—Te decía que tuvieras cuidado porque conmigo no será como con un pañuelo desechable. Te digo de entrada que soy muy celosa. A partir de ahora, me tienes que querer sólo a mí. Y si alguna vez miras a otra chica, habremos acabado, de manera definitiva.

—Nunca he querido a otra más que a ti, Ramata. ¡Te quiero sólo a ti y nunca querré a nadie más!

Percibiendo el temblor de sinceridad en su voz, Ramata sintió que no mentía, que cumpliría la promesa que acababa de hacerle, que lo tenía en sus manos. Percibía que no tenía una gran experiencia con las mujeres y que había realizado un esfuerzo titánico para abrirse a ella, cosa que corroboraba el sudor que le

perlaba la frente y el labio superior pese al intenso frío que hacía ese día.

—Júramelo.

—¡Sobre la tumba de mi padre, juro que sólo te querré a ti mientras viva!

Ella le tomó la cara entre las manos y le dio un prolongado beso. Por la manera como él reaccionaba y por sus gestos indecisos, confirmó que era un verdadero novato. Por fin se despegó de él y se apoyó en el asiento.

Con la respiración alterada, Matar Samb encendió el motor y puso en marcha el coche. Henchido de felicidad, se adentró en el tupido tráfico del inicio de fin de semana, todavía sorprendido, pero también satisfecho por su audacia y su éxito. Las chicas nunca habían sido su fuerte. En realidad se le daban bastante mal. En su presencia se sentía casi paralizado y todos sus esfuerzos por dominarse y parecer natural no sólo resultaban vanos, sino que acentuaban su inhibición. Hasta entonces la única experiencia que había tenido era con dos chicas, una de las cuales lo había privado de la virginidad un año atrás. Ambas eran «correpasillos», esas chicas de mala vida que frecuentaban la Ciudad Universitaria. Aun así, para trabar relación con ellas, había necesitado la intervención de Armando Gomis: él había matado la cabra, la había despedazado y la había asado. Lo único que había tenido que hacer él era consumirla. Sonrió para sí pensando en su amigo. Seguro que le preguntaría, incrédulo, cómo se las había ingeniado para conquistar a la chica más espléndida que había visto nunca.

Conducía en silencio, despacio, a causa de los atascos. Estaba asombrado por sus propios pensamientos. Había pasado la noche pensando en la reacción que había tenido Ramata después de su declaración. ¿Qué significaba su risita? ¿Estaba de acuerdo para salir con él? ¿Se burlaba? Menos mal que ella le había confesado que estaba enamorada de él. Dios santo, todo había salido bien. Había llevado el asunto de manera admirable. ¡Estupendamente! Debía continuar así.

Cuando hubieron dejado atrás la Casa del Partido, detrás de la rotonda de Colobane, y llegaron a la altura del baobab que delimitaba los barrios de Bopp y Ouagou Niaye, a menos de doscientos metros del lugar donde ella se había bajado el día anterior, tomó una resolución.

—Hoy te acompaño hasta tu casa —declaró sin mirarla.

Ella se volvió rápidamente, con patente inquietud en la mirada.

—Es imposible, Matar. Podremos vernos donde quieras, pero no en la casa. Mi tío me va a regañar y te echará como a un indeseable.

—Le explicaré a tu tío que te quiero de verdad.

—Ni siquiera te va a escuchar. Me ha prohibido tajantemente que lleve a

ningún chico, y no es broma. Siempre ha echado sin contemplaciones a todos los que han intentado venir a visitarme. No insistas, Matar, te lo suplico.

—Me escuchará. Lograré convencerlo —insistió—. Además, tú no podrás llevar sola todas tus bolsas. Tendré que ayudarte.

—¿Qué bolsas? —preguntó ella, sin comprender de qué hablaba.

Él separó la mano del volante para señalar con el pulgar el asiento de atrás.

Ramata giró la cabeza y vio las cajas de cartón, grandes y pequeñas, los paquetes y bolsas de plástico que se apilaban hasta tocar el techo del vehículo. Luego se volvió, cada vez más intrigada.

—¿Qué significa? ¿Qué es eso de mis bolsas?

—Los regalos de mi parte. Mi mejor amigo se casa hoy. Se llama Armando Gomis, es médico y...

—¿Regalos para tu mejor amigo que se casa? —interpretó ella.

Habían llegado cerca del cine Liberté. Él aparcó el coche en la acera, frente al cartel donde, con pantalón negro y torso al desnudo, Bruce Lee eliminaba a sus numerosos adversarios con un soberbio *mai gueri.*

—Espera, te lo explicaré para que lo entiendas —dijo—. Son regalos para ti. Después de la ceremonia en la iglesia, mi amigo organiza un baile en el restaurante de la Ciudad Universitaria. Todos los amigos acuden con sus novias. Yo quiero ir contigo, tú eres mi novia. Por eso te ofrezco estos regalos. Eso es lo que se hace normalmente cuando se sale con una chica, ¿no?

Estaba decidido a proseguir con su propósito. Sentía que nada podía resistírsele ese día, que si el cielo caía, podría sostenerlo sin esfuerzo con el meñique, que si un león hambriento se interponía en su camino, lo reduciría de un manotazo. La intransigencia del tío de Ramata no podía suponer, por lo tanto, un obstáculo.

—Ahora, tanto si quieres como si no, iré contigo —anunció con tono tajante —. Le haré comprender a tu tío que los sentimientos que me inspiras son muy serios y sinceros.

Ramata no se quedó tranquila. Quiso protestar todavía, rehusar, pero la importancia de los regalos y la curiosidad femenina de descubrir qué eran vencieron la aprensión por la posible reacción de su tío. Por ello le dijo de que el coche podía llegar hasta la casa y le indicó el itinerario.

Dianké Cissokho, la esposa del tío, que al oír el ruido de un motor pensó que sería su marido, se llevó una sorpresa al ver entrar en el salón a Ramata con un joven, cargados de paquetes, seguidos de sus tres hijos.

—¡Buenos días, tía Cissokho! —la saludó Ramata con turbación—. Te presento a Matar Samb —dijo, señalando con la cabeza a su acompañante.

Dianké le correspondió al saludo aliviándola de su carga. Una vez hubieron depositado todos los paquetes encima de la mesita baja, del sofá y de la moqueta, invitó a Matar Samb a tomar asiento; mientras éste se instalaba en un sillón, lanzó una severa mirada al mayor de los niños, que observaba sin pestañear al desconocido. Comprendiendo enseguida, el pequeño inició la retirada y se llevó consigo a sus hermanos.

—¿Cómo estás, Samb? ¿Te acompaña la paz? —preguntó con tono afable.

—Solamente la paz, tía. ¡Estoy bien, gracias! —respondió.

En realidad, no se sentía nada cómodo. Poco a poco perdía aplomo, pero ya no podía echarse atrás.

—¡Ramata, fíjate, no le has ofrecido ni de beber a nuestro invitado! Ve a buscar agua —ordenó Dianké.

—Ya voy, tía.

Ramata se fue a la cocina. Allí sacó una botella de agua de la nevera y ya se disponía a regresar cuando vio llegar a Dianké.

—¿Qué representa esto? —le preguntó sin rigor, con un brillo de curiosidad en la mirada—. ¿Quién ese joven?

Ramata lamentaba ya haber llevado a Matar Samb a la casa.

—Yo no quería, tía —explico—. Nos conocemos sólo desde ayer. Había una manifestación en la ciudad y él me ayudó a escapar de la Policía. Hoy, a la salida del instituto, me lo he encontrado esperándome. He intentado disuadirlo de venir, pero no me ha querido escuchar. ..

Calló, incapaz de continuar, y se puso a hipar, a punto de estallar en llanto.

—¿Y los paquetes, qué son? —inquirió la tía.

—Dice que son regalos que me ofrece. Yo no le he pedido nada, tía. A mi no me falta de nada, porque mi tío provee mis necesidades, y ahora me va a regañar.

—Lo que está hecho, hecho está —sentenció Dianké con actitud tranquilizadora—. Tu tío se va a enfadar, eso es seguro, pero no te preocupes, pues yo estaré a tu lado. El coche que oigo pararse ahora es el suyo. Volvamos rápido con tu invitado.

Toumani Kaba era director de Recursos Humanos en el ministerio de Industria y de Minas. Era un hombre de cuarenta y cinco años, bajo y de cara enjuta, que no sonreía jamás. Al bajar de su Peugeot 404, preguntó a sus hijos que acudieron a darle la bienvenida de quién era el coche aparcado a la entrada

de la casa.

—¡Es del hombre alto que ha venido con Ramata, papá! —le informó el más pequeño—. Ha traído muchas cosas, bolsas de plástico, paquetes, cajas; muchas cosas, papá. Está en el salón con Ramata y con mamá, en el salón lleno de las cosas que ha traído.

Toumani Kaba atravesó con premura el patio e irrumpió en el salón sin haber llamado a la puerta. Con mirada colérica, observó alternativamente a Dianké, que permanecía cabizbaja sentada en su sillón, a Ramata sentada con igual actitud, y a Matar Samb situado frente a ellas.

—¿Qué demonios pasa aquí? —preguntó por fin a voz en grito.

—Toumani... —comenzó a intervenir la esposa sin mirarlo.

—¡No te hablo a ti, Dianké! —la atajó con sequedad Toumani—. Más tarde me dirás por qué razón me tomas a la ligera. Por ahora me dirijo a Ramata.

—Eh... tío... Yo... Yo no... —balbució Ramata antes de ponerse a llorar.

—Disculpe, tío Toumani —intervino Matar Samb—. Su esposa y su sobrina no tienen la menor culpa. El único responsable soy yo.

Con los párpados contraídos por un tic nervioso, Toumani Kaba se quitó la chaqueta, que mantuvo plegada en el brazo, y después de aflojarse el nudo de la corbata, señaló con la barbilla al intruso.

—Tú, el único responsable como dices, ¿quién eres y qué has venido a buscar en mi casa?

—Me llamo Matar Samb...

—¿Y que más? ¡Eso no explica por qué violas mi domicilio!

—Espere, se lo voy a explicar. Ayer conocí a su sobrina, en una manifestación estudiantil en la ciudad, y me enamoré de ella. Puesto que mis intenciones son serias, he decidido acompañarla hoy, a fin de conocer a su familia. Déjeme precisarle que ella no quería que viniera a su casa. Yo la he obligado, por así decirlo. Le he dicho que le explicaría y que usted comprendería que me animan sentimientos francos y sinceros. Como ve, tío Toumani, tal como he dicho, el único responsable, a quien debe reprochar algo, soy yo.

A medida que Matar Samb hablaba, el semblante de Toumani Kaba se volvía más sombrío y crispado.

—¿Y esto? —preguntó, señalando los paquetes.

—Puesto que, tal como le he dicho, amo con seriedad a su sobrina, me he permitido hacerle unos regalos para...

Después de arrojar bruscamente la chaqueta tras él, Toumani Kaba se acercó

y, cogiendo por las solapas a Matar Samb, lo forzó a levantarse.

—¡Me vas a recoger esos supuestos regalos y te vas a largar ahora mismo con ellos, especie de vagabundo! —vociferó.

—¡Tío Toumani, tío Toumani, por favor! —trató de hacerlo razonar Matar Samb—. Tenga la amabilidad de soltarme. Serénese un poco, por favor, y escúcheme.

Entonces Dianké se decidió a hablar.

—¡Toumani, Toumani Kaba, contrólate! —lo conminó, todavía con la cabeza gacha—. La vida no es así. El joven te pide que lo escuches. Escucha al menos lo que te quiere decir.

Envalentonado por el inesperado apoyo de la tía Dianké, Matar Samb permaneció donde estaba.

—Contrólese, tío Toumani, tal como le aconseja su esposa, y escúcheme.

Toumani Kaba se volvió con vivo gesto hacia su esposa.

—¿Te has vuelto loca, Dianké? —gritó, furioso y sorprendido a un tiempo—. Me pides que escuche a un individuo que no conozco ni de Adán ni de Eva, que se presenta en mi casa con no sé qué cosas, para..., para... ¿Sabes lo que digo? Ramata ha venido aquí para instruirse. Su padre, mi primo hermano, y su madre, mi propia hermana mayor, me la han confiado y no voy a permitir que el primer vagabundo que llegue eche a perder sus estudios. Ella prepara el bachillerato este año. Con los jóvenes de ahora, que son muy peligrosos y no respetan nada, una juventud malsana, uno no se puede fiar. ¡Si tuviera algún problema, no podría volver a Saraya durante el resto de mi vida!

—Escúchalo de todas formas, ya que te lo pide —insistió Dianké.

—¡Lo que hay que ver! —exclamó, extrañado por la obstinación de su mujer.

Luego se volvió de cara a Matar Samb y guardó las manos en los bolsillos del pantalón, todavía furioso, pero mucho menos que antes.

—¡Bueno! —lo apremió—. Joven, te escucho, habla. Aunque te aviso de antemano que si esperas obtener la autorización para venir cuando quieras a mi casa, para sembrar la confusión, te digo que no. Ramata estudia y no consentiré que le eches a perder los estudios.

—Verá, tío Toumani —se animó a hablar Matar Samb al tiempo que se ajustaba el nudo de la corbata—. No tienen por qué preocuparse por los estudios de Ramata, ni tampoco se encontrará usted con la imposibilidad de ir a Saraya, pues ella no va a tener problemas. Yo le pido la mano de su sobrina. No me mire con esa cara de incredulidad, que no bromeo. Si usted está de acuerdo, me casaré

con Ramata mañana mismo y le doy mi palabra de que ella podría continuar con sus estudios como le plazca, donde quiera y el tiempo que desee, una vez casada. Yo mismo la voy a ayudar. Le ruego que me conteste que sí, tío Toumani, y seré el hombre más feliz de la Tierra. ¡Amo a Ramata y deseo fervientemente que sea mi esposa!

Toumani Kaba sacó las manos de los bolsillos. Aquello lo había cogido desprevenido. Él se esperaba un soporífero circunloquio, destinado a obtener permiso para frecuentar la casa, o proposiciones indecentes incluso. Los jóvenes de entonces carecían de pudor, hablaban con arrogancia y precipitación y, para colmo, se creían más listos que nadie. Para esa juventud malsana, él ya tenía preparada una respuesta invariable: no. Aquella petición de matrimonio le llegó por sorpresa; nunca había meditado sobre aquella cuestión.

—Espera, joven, no te acabo de entender —objetó con tono menos belicoso —. Según dices, conociste a Ramata ayer y hoy ya quieres casarte con ella. Es muy raro, lo nunca visto. Seguro que conoces a Ramata desde hace tiempo, es posible incluso que hayas venido a visitarla a mis espaldas con la complicidad de mi esposa, que por lo que se ve está de tu parte. ¡Es eso, joven, sé sincero y reconócelo!

—Pero ¿qué dices, Toumani Kaba? —intervino Dianké, indignada, levantando por fin la cabeza—. ¿Me acusas de ser la cómplice de Ramata y de acoger sin tu permiso a un chico en la casa? ¿A mí, Dianké Cissokho?

—He dicho «es posible»—puntualizó él—. ¿Y qué, a ver? ¡Con vosotras, las mujeres, todo es posible, nunca se puede estar seguro de nada!

—Tío Toumani, está acusando en falso a su mujer —afirmó Matar Samb—. Le juro que ayer al despertarme ignoraba la existencia de Ramata, y con mayor motivo, pues, la de su esposa. La verdad es lo que le he dicho y repetido. Conocí a Ramata ayer en la manifestación, y ella me contó que iba al instituto Kennedy. Esta mañana la he esperado al final de las clases y la he obligado a traerme a su casa, donde, por supuesto, no había puesto los pies nunca. Ahora, le ruego que dé una respuesta a mi demanda. Espero de todo corazón que sea afirmativa.

Toumani Kaba esbozó una involuntaria sonrisa y Dianké comentó que aquélla era la primera vez, en doce años de casados, que veía un asomo de sonrisa en los labios de su marido.

—¡Ah, sí! —reconoció él—. Con vosotras las mujeres, hay que ser firme siempre. Si uno comete la tontería de enseñar los dientes en toda ocasión, lo toman por un estúpido o un débil y no tardan en subírsele a la cabeza.

—Entonces, ¿responde que sí, tío Toumani? —lo apremió Matar Samb.

—¡Eres un joven bien curioso! —exclamó, divertido—. Ayer conoces a una chica y hoy estás empeñado en casarte con ella. ¡Lo menos que se puede decir es que vas muy rápido!

—No obro por un impulso atolondrado, tío Toumani. Créame que he reflexionado mucho. Amo a Ramata y me casaré lo antes posible con ella, si me concede su permiso.

—En cualquier caso, me gustan tu franqueza y tu desparpajo. ¿Cómo has dicho que te llamabas?

—Matar Samb.

—¿Y a qué te dedicas?

—Soy profesor en la Universidad de Dakar. Doy clases de Ciencias Jurídicas y actualmente preparo el doctorado.

Toumani Kaba le tendió la mano, impresionado.

—¡Siéntese, por favor, señor! —lo invitó calurosamente.

Cuando Matar Samb se hubo instalado en el sillón, todavía le mantenía estrechada la mano.

—Discúlpeme, señor Samb —prosiguió, algo turbado—, por haberle tratado de vagabundo, por haberle tuteado y haberme dejado llevar por el enojo. Es que, con los tiempos que corren, supone una gran responsabilidad ser padre o tutor de una muchacha en Dakar. Es algo que se ha vuelto incluso peligroso. Los jóvenes de hoy en día, tanto las chicas como los chicos, parecen haber perdido el norte. Ya no respetan nada, son agresivos y menosprecian todo valor tradicional con el pretexto de que son modernos. Yo no me fío nada de ellos. ¿Está enterado del drama que se produjo en Liberté 3, que venía explicado en el periódico de anteayer? La víctima era un colega mío; trabajábamos juntos en el mismo ministerio.

Se refería a un drama que había ocupado, en efecto, la portada del único diario del país. Se trataba de un padre de familia que, al acabar un seminario, volvía a casa con su coche más temprano de lo previsto. Al llegar al barrio Liberté 3, vio a sus dos hijas que, con las carpetas bajo el brazo, entraban en una casa en compañía de dos chicos, cuando normalmente a esa hora deberían de haber estado en el colegio privado en el que las había inscrito después de que las expulsaran del instituto. Dejó el coche en la acera y penetró en la casa con la intención de hacer salir a sus hijas. En mala hora llegó. Ante la mirada de sus hijas, que no intervinieron en ningún momento, sus compañeros le propinaron

una salvaje paliza. Ya sin conocimiento, lo sacaron de la casa y lo dejaron tirado cerca del coche.

Después volvieron a encerrarse con ellas dentro hasta el anochecer. Mientras tanto, avisados por teléfono de que había un herido en la calle, los bomberos habían acudido para trasladar a su padre al hospital, donde falleció poco tiempo después de su ingreso, tras haber recobrado el conocimiento y haber explicado lo ocurrido. Mucho más tarde, cuando volvieron a casa, las hijas encontraron a todos sumidos en lamentos y a la Policía, que las esperaba para detenerlas por no asistencia a persona en peligro y complicidad en un asesinato, como ya habían hecho con sus compañeros, los asesinos de su padre.

—¡Es un trágico suceso del que estoy al corriente! —convino Matar Samb —. Por mi parte, no tengo nada en común con esa clase de jóvenes. Pero, tío Toumani, todavía no me ha dado la contestación que aguardo con impaciencia.

—Dianké, ¿has oído lo que ha dicho el señor Samb? —preguntó a su mujer —. El señor Samb dice que quiere casarse con Ramata.

La mujer asintió con la cabeza.

—Ya te había dicho que lo escucharas. Sólo con verlo, se nota que es un chico muy formal.

—Tenías razón, lo reconozco. El señor Samb es joven, pero muy formal — admitió Toumani Kaba—. ¿Y Ramata, la principal interesada, qué piensa de todo esto? Ramata, ¿le has dado ya una respuesta al señor Samb?

Ramata irguió la cabeza y mirando a su tío con los ojos empañados de lágrimas, abrió la boca para responder, pero Matar Samb se le adelantó.

—En realidad, tío Toumani, no he tenido tiempo de pedirle que se case conmigo. Pero ahora que ya lo he expuesto todo, me va a dar la respuesta.

—¿Has oído eso, Dianké? —exclamó, estupefacto, Toumani Kaba—. El señor Samb es una persona bien curiosa y que no se anda con rodeos. Decididamente, me gusta este joven. Y bien, Ramata, ¿qué contestas?

Respondió afirmativamente moviendo la cabeza.

—¡No, no! —objetó Toumani Kaba—. Hay que hablar claramente. ¿Quieres ser la esposa del señor Samb, sí o no?

—Sí —confirmó ella tras un breve titubeo.

—¡Bien, muy bien! —se felicitó, con una palmada y gran sonrisa, Toumani Kaba—. Dianké, tú lo has oído y eres testigo. Delante de ti, Ramata ha aceptado ser la esposa del señor Samb. En tal caso, que no se diga que soy yo quien ha puesto trabas a este matrimonio. Yo también respondo sí. ¡Ay! He aquí un joven

que sabe lo que quiere y que va directo hacia su objetivo.

—Se lo agradezco de todo corazón, tío Toumani —declaró, loco de alegría, Matar Samb—. Tal como aseguraba, estoy dispuesto a casarme con Ramata hoy mismo, mañana, dentro de una semana o cuando usted quiera.

—Hay un pequeño problema, señor Samb.

—¿Cuál? —inquirió con inquietud Matar Samb.

—Para la boda, habrá que esperar a que Ramata haya pasado su examen. Ramata, ¿cuándo son las pruebas de la Reválida?

—El 12 de julio, dentro de tres semanas y dos días exactamente —informó ésta.

—No es mucho tiempo, ¿verdad, señor Samb?

—¡Oh sí, tío Toumani! A mí me parece muy largo, pero me voy a armar de paciencia. Aunque, tío, llámame Matar en lugar de señor Samb, y deja de tratarme de usted. Me da la impresión de que estoy en clase delante de mis alumnos.

—De acuerdo, señor Samb..., perdón, de acuerdo, Matar —balbució Toumani Kaba—. Estamos conformes, pues, la boda se celebrará después de los exámenes. Mientras tanto, voy a escribir a mi primo para informarle y pedirle su opinión. De todas maneras, incluso si estuviéramos juntos en el pueblo, sería yo el que debería casar a Ramata a quien me ha pedido su mano. Es una simple formalidad, pues. Envíeme, perdón, envíame a tu padre, mañana mismo si puedes, para cerrar el trato. Eso será también una simple formalidad, puesto que yo ya he dado mi consentimiento y no me voy a echar atrás.

—Es que papá está muerto.

—¡Ah, cuánto lo siento! Tu tío entonces.

—No tengo. En todo caso, no en el país. Mi madre era del Congo, donde nacimos mi hermana mayor y yo. Ella ejerce de cabeza de familia.

—Es que ese tipo de cosas no se discuten con una mujer. Las negociaciones de matrimonio son un asunto de hombres, igual que la excisión es una cuestión exclusiva de las mujeres. ¿No tienes un hermano menor, al menos, eso que los toubabs llaman un tío paterno o algo así?

—No, ninguno. Papá era hijo único.

Su padre, cuando él y Dieynaba eran pequeños, les contaba a menudo su historia. Había nacido en Diakène Ouolof, adónde, después de abandonar Gandiol, habían ido a establecerse sus padres, Matar y Seynabou. Huérfano a los dieciséis años, en Karabane se había enrolado en un barco que iba a Dakar.

Aquello fue poco después de la Primera Guerra Mundial. Desde allí, había conseguido un puesto en un barco pesquero con el que había viajado a los puertos del mundo entero, como Luanda, ciudad del Cabo, Nueva York, Sidney, Tokio, Atenas, Hamburgo o Marsella. Luego, cierto día, se cansó de la mar. Entonces dejó el barco en Luanda, Angola, y de allí se fue al Congo, donde se instaló en Mbuji-Mayi. Allí había tomado esposa; durante su estancia de tres décadas, nacieron sus hijos. De regreso a Senegal a la muerte de su esposa, poco después de la independencia, fijó su residencia en Dakar hasta su muerte, acaecida dos años antes; nunca se volvió a casar.

—La mía es una familia reducida, cosa que no es muy frecuente. No tengo tíos ni primos ni hermanastros. Sólo somos dos, Dieynaba y yo. Puesto que soy el único hombre de mi familia y que las negociaciones de matrimonio son un asunto de hombres, me voy a ver obligado a tratar con usted.

—¿Por qué no? —admitió Toumani Kaba tras reflexionar un momento—. Dianké, este chico me gusta. Es verdad, no hay que generalizar nunca. Todos los jóvenes no son malos. Como en toda franja de la sociedad, hay de todo. No cabe duda de que Matar es serio, sabe lo que quiere y va directo al grano, sin dobleces. A mí me agradan estas cualidades. Ramata, has elegido bien. Dianké, hay que comprar algo para dar de beber a Matar.

Entonces del bolsillo interior de la chaqueta que había tirado al suelo, sacó un billete de cinco mil francos, que tendió a su esposa.

—¿Qué vas a tomar, Matar? —preguntó—. ¿Limonada La Gazelle, Coca-Cola, Marc Diallo o Spark?

—¡Matar, tendrías que haber venido a esta casa hace tiempo! —se felicitó Dianké, cogiendo el billete—. Nunca había visto a mi marido tan locuaz y alegre.

—¡Dianké, no me tomes el pelo! —contestó él sin enojarse—. Entonces, Matar, ¿qué vas a tomar?

—No tengo preferencias, tío.

—En ese caso, Dianké, compra una botella grande de cada marca. Tú, Ramata, llama a la criada y a los niños para que te ayuden a recoger los regalos y sube a tu habitación.

Dianké y Ramata se levantaron y, cargadas con una buena parte de los paquetes, abandonaron el salón. Poco después, la criada y los niños entraron para llevarse el resto.

Una vez se hubieron quedado entre hombres, Toumani y Matar despacharon

rápidamente el asunto. La dote, explicó el tío, según sus tradiciones, se elevaba a veinticinco mil francos: tres para el precio de la cola,[27] diez para el padre, cinco para la madre de Ramata, dos para la mezquita y los cinco mil restantes eran a repartir entre él, Toumani, su hermana mayor, también llamada Ramata, y los otros miembros de la familia.

—¿Sólo eso? —inquirió Matar Samb cuando Toumani Kaba terminó de exponer los términos de la repartición de la dote, sorprendido por su bajo montante—. ¿Veinticinco mil francos solamente?

—Sí, veinticinco mil francos solamente —repitió—. Y así está bien. Antiguamente, en el pueblo, se necesitaban cinco vacas, diez ovejas, diez cabras o su equivalente en plata, o bien que el pretendiente cultivase un campo durante siete años. Así, en caso de que surgieran problemas graves, como ocurre a veces, si la mujer recibía malos tratos o si el marido no la mantenía de forma conveniente, a ella le resultaba difícil, o hasta imposible, romper los lazos del matrimonio, porque se veían incapaces de devolver la dote. Además, a causa de la dureza de la vida actual, los jóvenes tenían que pasar grandes trabajos para reunir el ganado, la suma equivalente o cultivar un campo con el azote cíclico de la sequía. La consecuencia era que cada vez se casaban menos. Por eso, todos los pueblos de la zona decidieron de común acuerdo reducir la dote a veinticinco mil francos, que están al alcance de todos; así, en caso de mala relación, la mujer puede devolverlos si quiere pedir el divorcio.

—Tío Toumani, si me hubiera exigido rebaños de vacas, de ovejas y de cabras de más de cien cabezas para concederme la mano de Ramata, los habría pagado sin el menor asomo de duda. Para mí, ella vale mil veces más que eso. Tampoco me hubiera planteado, como no lo hago en este instante preciso en que le hablo, que tuviera que devolverme algo un día. Nunca le daré a Ramata motivo de queja por falta de cuidados ni pie a manifestar el deseo de deshacer los lazos del matrimonio por mal trato. No le va a faltar de nada, absolutamente de nada; tendrá todo lo que desee, proveeré todas sus necesidades y haré reales sus más alocados sueños. ¡En cuanto a ponerle la mano encima, a menos que me volviera loco, loco de atar, no lo haré jamás!

—¡Ay, Matar! Te exaltas y prometes lo imposible —observó Toumani Kaba riendo—. Mira que a nadie se le pide lo imposible. Ningún hombre puede satisfacer todas las necesidades de una mujer, porque sus necesidades son múltiples e ilimitadas. Ya sé que los profesores de universidad tienen un buen

sueldo, que está en la franja alta del funcionariado, pero aunque permite vivir sin estrecheces, ni de lejos permite ofrecer todo lo que desea una mujer. Tú eres joven, Matar, y aún no conoces a las mujeres. Siempre sufren de una perpetua insatisfacción. Un día quieren una gran túnica de bombasí, entonces les regalas una de primera calidad, pero al día siguiente, te piden tela bordada. ¡Además, aseguras que nunca le pondrás la mano encima a Ramata! Eres joven, te repito, y aún no conoces a las mujeres. ¿Qué edad tienes, Matar? Sin duda, los treinta y pocos, treinta y cinco a lo sumo.

Matar Samb le precisó su edad exacta.

—No, ¿ni siquiera treinta años? —exclamó, extrañado—. Tenía razón al afirmar que eres joven, muy joven, sin experiencia, pero aprenderás rápido a conocer a las mujeres. Cuando uno les hace la corte, son agradables y obedientes, pero una vez que se te casas con ellas, se vuelven ariscas, desobedientes y respondonas. Por más impasible que uno sea, lo empujan hasta sus últimos baluartes, y en lugar de dejarle en paz allí, ¡pues no! Eligen ese momento para estallar. Y uno se ve obligado, fíjate bien, obligado, a repartir algunos pescozones para estar tranquilo. Ah, sí, Matar, dos o tres pescozones bien administrados están permitidos. Hasta el propio Dios los recomienda cuando ellas desvarían y se exceden.

—Yo pienso cumplir mis promesas —insistió Matar Samb—. Cuando sea mi esposa, Ramata tendrá cuanto desee y nunca le pondré la mano encima.

—Es imposible, te digo, Matar. Para eso hay que ser muy rico. No te digo rico a medias, sino muy rico, como un millonario. Y tener una paciencia de profeta.

—Yo no soy un profeta, tío Toumani. Pero es que maltratar a una mujer es algo contrario a mi forma de ser. No podría hacerlo, por más mal carácter que ella tuviera. Ahora bien, rico sí soy, no a medias, sino muy rico. No lo digo por fanfarronear, pero soy millonario.

—¡Un momento, Matar, un momento! ¿Cómo, millonario? Oye, no me vengas con patrañas, que no soy tan estúpido como los jóvenes de hoy en día. Además, ¿quién me demuestra a mí que eres profesor de universidad?

Sin poder reprimir la risa, Matar Samb extrajo del bolsillo de la americana su carné de identidad y lo entrego a Toumani Kaba.

—Muy fácil de demostrar porque mi profesión consta ahí. Mire y verá que soy profesor adjunto de universidad, y como también verá, soy el hijo de Mapate Samb. ¿No le suena de nada Mapate Samb, tío Toumani?

Toumani Kaba lanzó una rápida ojeada al documento, irguió la cabeza, miró a Matar Samb y se quedó boquiabierto.

—¿Mapate Samb, el millonario? ¿Es su hijo? No. ¿De verdad es usted el hijo de Mapate Samb?

Matar Samb seguía riendo del enorme asombro de Toumani Kaba. El nombre de su padre era famoso en todo el país, hasta el punto de que se decía «rico como Mapate Samb». Su nombre estaba presente en todos los grandes negocios, en la hostelería, transporte, comercio, turismo, obras públicas, industria, pesca o sector inmobiliario. Poseía incluso un avión privado, no un pequeño aparato de turismo, sino un Boeing de cuarenta y cinco plazas, capaz de volar de un continente a otro. Poco tiempo antes de su muerte, se había anunciado en un periódico francés que su fortuna ascendía aproximadamente a seiscientos cincuenta mil millones.

Toumani Kaba le devolvió con mano temblorosa el carné.

—Discúlpeme, señor Samb...

—Matar, tío Toumani.

—¡Ya no sé bien! Estoy demasiado impresionado, señor..., perdón, Matar. Estoy demasiado impresionado; nunca había conocido a un millonario en toda mi vida.

—Pues ahora ya conoce a uno. Y volviendo a nuestras negociaciones, ¿puedo entregar la dote ahora mismo?

—¡Ah sí, la dote! Desde luego, puede..., puedes, si quieres. Son veinticinco mil francos. ¡Ah, ahora entiendo muchas cosas! —exclamó Toumani Kaba, sacudiendo la cabeza—. ¡Ah! Ahora entiendo...

—¿Qué es lo que entiende, tío? —preguntó Matar Samb al tiempo que separaba cinco billetes de cinco mil francos de un fajo que sacó del bolsillo para dárselos a Toumani Kaba.

—¡Muchas cosas, Matar! —explicó—. Tu aplomo, tu vestimenta, todo. Todo en ti desprende un, no sé, una especie de aureola, sí, eso es, una aureola...

—Ah, no, tío, no exagere; yo soy una persona de lo más normal.

Matar Samb contó rápidamente unos cuarenta billetes y los tendió a Toumani Kaba, que se negó a cogerlos.

—No, no los acepto, Matar —declaró con expresión de nuevo severa, sacudiendo la mano—. Ya tengo mi parte en la dote que me has dado y con eso me basta.

Matar Samb insistió.

—Esto no tiene nada que ver con su parte de la dote —adujo, tendiéndole todavía los billetes—. Pronto vamos a ser parientes. Ya no soy el individuo que no conoce de nada. Considere este dinero como el precio de la cola que da el sobrino a su tío.

Tras un momento de vacilación, Toumani Kaba sonrió y acabó cediendo.

—Quiero pedirle un favor, tío —prosiguió Matar Samb—. Ya sé que es un poco forzado, pero me siento obligado a pedirle la autorización de salir con Ramata para poder presentarla a mi hermana Dieynaba e ir a continuación con ella a la fiesta de un amigo que se casa.

—¡Ramata es tu novia ahora, así que ya no tienes que pedirme autorización para salir con ella, Matar!

Dianké, de regreso en el salón, depositó en la mesa del sofá una bandeja. Después les sirvió un vaso y se fue.

Matar Samb tomó de un trago el contenido del suyo, consultó el reloj y se puso en pie.

—Querría irme ahora mismo con Ramata —anunció.

Toumani Kaba trató de retenerlo para la comida, pero él rehusó y, tras estrecharle la mano, subió a la habitación de Ramata. Allí encontró a Dianké, a los niños y a la criada, que estaban acabando de ayudar a deshacer los paquetes. La madre lanzó una mirada a sus hijos antes de salir por la puerta; éstos la siguieron al mismo tiempo que la criada, y dejaron solos a los novios.

Ramata se arrojó al cuello de Matar Samb.

—¡Gracias, Matar, mil gracias! —exclamó, arrebujada en sus brazos.

Al cabo de un momento se separó para mirarlo, sonriente, a los ojos.

—¡Estás loco de remate! —afirmó alegremente—. Durante cinco años por lo menos, no voy a necesitar nada. Es demasiado, realmente demasiado.

—Nada es demasiado para ti, mi reina —repuso él—. Y todavía no has visto nada. Tienes razón, estoy loco, loco por ti. Pero ¿no te estarás divirtiendo, simplemente? ¿Me quieres de verdad, Ramata? Dime que sí y seré el hombre más dichoso del mundo.

—Te quiero, Matar, mucho más de lo que tu me quieres a mí.

—Imposible.

—Sí. Y dime, Matar, ¿cómo has hecho para conocer mis medidas exactas? Todo lo que me he probado me va muy bien, como si un sastre me hubiera tomado las medidas con un metro. Hasta los zapatos son de mi número.

—La hija de mi hermana tiene la misma talla y la misma corpulencia que tú.

Ella me ha acompañado a las tiendas esta mañana, y ha sido ella quien ha elegido todo. En cuanto a los zapatos, ayer me fijé que tenías un 38 en las zapatillas que llevabas cuando estabas tendida en el suelo del vestíbulo. Espero que te guste todo.

—Me encanta. Gracias de nuevo, Matar.

Había allí ropa suficiente para llenar un armario de seis puertas. Vestidos, faldas, pañuelos, camisetas, pantalones, blusas, zapatos, trajes, chals, vaqueros, jerséis, perfumes, joyas, camisas, bolsos, cajas de maquillaje... No faltaba de nada. Y no eran prendas como las que venden en los mercados del puerto o de Coloban, sino artículos de marca, lo más selecto que se podía encontrar en las mejores *boutiques* de las grandes capitales del mundo: YSL, Dior, Givenchy, Lanvin, Cardin, Versace o Chanel.

Entonces el joven sacó del bolsillo una caja envuelta en papel de colores y atada con una cinta de seda roja y se la dio. Tras deshacer el envoltorio, Ramata emitió un grito ahogado al ver el juego de collar, pendientes y pulseras de oro. A continuación, él le entregó otra caja, más pequeña, que contenía un reloj de señora cuadrado, también de oro, con diamantes incrustados. Ramata se quedó sin voz.

Dieynaba Samb vivía en el Point E, el barrio más distinguido de Dakar. Cuando llegaron a su imponente mansión, Matar Samb y Ramata la encontraron comiendo, con su hija al borde de la piscina.

—Buenos días, DS —la saludó él con jovialidad—. ¿Estás en forma, Madou? ¡Hoy es un gran día para mí!

—¡Ah, mira quién llega! —dijo la hermana, dejando el tenedor al lado del plato—. ¿Cómo estás? Apuesto a que muy bien, porque se te ve muy alegre.

Muy elegante con su traje chaqueta de pata de gallo, camisa negra, cabellos cuidadosamente recogidos por detrás con un pasador de plata vieja, debía de tener unos diez años más que Matar, con quien guardaba un enorme parecido.

Matar Samb la besó afectuosamente en las mejillas y luego señaló con la cabeza a su acompañante.

—DS, te presento a Ramata Kaba, mi futura esposa. Ramata, ésta es mi hermana mayor, Dieynaba Samb, DS para la familia. Y ésta es mi sobrina, de quien te he hablado y a quien ya había hablado de ti, Ndèye Madeleine Seck, llamada Madou.

Las tres mujeres se estrecharon la mano y después DS pidió a su hija que

avisara para que añadieran dos cubiertos e invitó a tomar asiento a la pareja. Ellos se instalaron uno frente al otro mientras Madou se iba.

—DS, ¿no has oído lo que te he dicho? —inquirió Matar Samb—. Voy a casarme con Ramata en cuanto haya pasado los exámenes de Reválida. Ya he pedido su mano a su tío, que me la ha concedido, he tomado todas las disposiciones y hasta he pagado la dote. Sólo falta fijar la fecha de la boda, después del examen, según convenga más. No he podido avisarte antes, porque todo ha ido muy deprisa. Ramata y yo nos conocimos ayer, y hoy hemos decidido casarnos. Quería enviarte a las negociaciones, pero su tío ha dicho que, según sus tradiciones, este tipo de cosas era asunto de hombres. Me he visto obligado, por consiguiente, a tratar con él, para despachar la cuestión, y todo ha ido muy bien. Por eso te decía que hoy es un gran día para mí. Di, DS, ¿no te parece formidable?

Dieynaba lo escuchaba acodada en la mesa, con las manos cruzadas bajo la barbilla y una enternecida sonrisa en los labios.

—¡Sí, es formidable! —contestó—. Ramata, hija, ven a darme un beso. Seguro que eres una chica estupenda, porque mi hermano, que nunca se ha interesado por los asuntos de mujeres, te ha escogido. Dame un beso y dime cómo te las has ingeniado para impulsarlo a ponerse la cuerda al cuello, porque no entiendo gran cosa de todo lo que me acaba de contar.

Dos horas más tarde, Matar Samb y Ramata Kaba llegaron al piso del edificio Sorano. Él quiso instalarse con ella en el salón, como el día anterior, pero ella lo tomó de la mano y lo llevó hasta el dormitorio. Sin soltarlo, se dejó caer en la cama, lo atrajo hacia sí y le dio un largo y fogoso beso. Cuando notó, por la prominencia nacida al nivel de la bragueta y su respiración cada vez más afanosa, que estaba a punto, se apartó de él.

—¿Quieres hacerme tuya? —musitó.

Incapaz de hablar, tenso a más no poder, logró responder que sí con la cabeza. Entonces ella lo apartó y levantándose de la cama, se desprendió de los zapatos, bajó la cremallera de la falda, la dejó caer a sus pies con un golpe de caderas y empezó a quitarse la blusa sin despegar la mirada de sus ojos, donde lucía una intensa e incitante llama. Él se puso de pie, jadeante, y trató de desvestirse, pero no lo logró a causa del temblor de las manos. Ella acabó de desnudarlo y se dispuso a ayudarlo...

Cuando hubieron acabado de amarse, permanecieron pegados el uno contra

el otro.

—Ahora me vas a tomar por una chica fácil —le dijo ella, con la cabeza posada sobre su pecho—. ¡Aunque me da igual, tenía demasiadas ganas de estar contigo!

—Eres la muchacha más formidable del mundo, y yo, el hombre más feliz —contestó él, acariciándole el pelo—. Gracias, mi reina.

No salieron del piso hasta el día siguiente al amanecer. La nevera de la cocina contenía suficientes provisiones para preparar comidas frías. Ni siquiera fueron a la fiesta organizada en la Ciudad Universitaria para celebrar la boda de Armando Gomis. Ya le pediría disculpas a su amigo; le contaría la extraordinaria aventura que vivía y, cuando viera a Ramata, comprendería por qué no había podido asistir.

Se casaron el primer domingo posterior al examen de Ramata.

La suspendieron, pero eso no le causó un gran disgusto. Vivía inmersa en un verdadero cuento de hadas, muchísimo más apasionante, maravilloso y excitante que el éxito en la Reválida. La mezquita del barrio de los Castores, situada cerca del mercado, resultó demasiado pequeña para acoger al gran número de personalidades que acudieron a la ceremonia religiosa. La delegación de Matar Samb estaba presidida por Mamadou Pierre Seck, esposo de Dieynaba, alto representante del país en organismos especializados de la ONU, venido de Ginebra para la ocasión, y la de Ramata por Toumani Kaba. Todo se desarrolló de manera rápida y sencilla: Mamadou Pierre pidió tres veces la mano de Ramata Kaba en nombre de Matar Samb a Toumani, que la concedió otras tantas veces también. El imán de la mezquita inquirió a los asistentes si eran testigos y varias voces respondieron que sí. Entonces el religioso recitó la sura de la Obertura, imploró al buen Dios que grabara, entre todos los matrimonios bendecidos en el mundo, desde el de nuestro abuelo Adán y nuestra abuela Eva, el matrimonio de Matar Samb y de Ramata Kaba. Todo el mundo recitó en voz baja después del imán los versículos coránicos, que concluyeron con un clamoroso: *«¡Amín! ¡Amín!»*. Después de la distribución de diez cestos de cola, la multitud se dispersó.

La noche de la boda, hubo una suntuosa recepción en torno a la piscina de la casa de Dieynaba, en el Point E, animada por el Conjunto Instrumental y el Super Star, a la que asistió la flor y nata de Dakar. Una vez agotado todo su repertorio con magistrales interpretaciones, el grupo de música se retiró bajo una

salva de aplausos, gratificado con los billetes de banco prendidos a las túnicas de los artistas. La orquesta los sustituyó enseguida, dando inicio al baile, que abrieron tres parejas: Toumani Kaba, Mamadou Pierre Seck y Matar Samb con sus respectivas esposas. En la segunda pieza, los invitados invadieron la pista. Los camareros uniformados con librea ofrecían salchichas, pinchos de pollo o de ternera, canapés de caviar y de *foie-gras* y toda clase de bebidas. Hacia la medianoche, cuando estaban bailando una animada versión de *El manisero*, de repente se fue la luz. Un inmenso clamor de protesta sustituyó al endiablado ritmo tropical. Todos criticaban a la Sociedad Nacional de Electricidad y sus intempestivos e inoportunos cortes, hasta que se dieron cuenta de que únicamente había quedado a oscuras la mansión donde se celebraba la fiesta. En el momento en que comenzaban a preguntarse cuál sería el motivo, volvió la luz y por doquier brotaron gritos de alegría. Entonces el griot El Hadji Mor Mar Mboup, maestro de ceremonias de todos los eventos familiares de la alta sociedad, subió al estrado, tomó el micro y reclamó silencio. Acto seguido anunció que, por medio de su voz, los recién casados daban las gracias de todo corazón a quienes los habían honrado con su asistencia a la ceremonia y pedían sentidas disculpas por tener que dejarlos. La fiesta proseguía, sin embargo, sin decaer. ¡Que nadie se marchara! Antes de reanudar el baile, proponía recuperar fuerzas con ayuda de un *mechui* de cordero preparado por Baye Mbarick. A continuación se mofó de los Mbaye, sus primos de broma,[28] que se habían llenado ya la barriga de insignificantes aperitivos, y terminó su intervención pidiendo a todos los asistentes que no volvieran a casa antes de que saliera el sol, porque al amanecer debían servir el desayuno, que constituía una sorpresa.

Después de esfumarse de la mansión del Point E sumida en la oscuridad, Ramata Kaba y Matar Samb se fueron en el nuevo Mercedes Cabriolet rojo, regalo ofrecido por Dieynaba a su cuñada, pese a que ésta aún no sabía conducir. Después recorrieron a toda velocidad la carretera del canal de la Gueule Tapée, giraron a la derecha para continuar por la Cornisa Oeste y, un poco más allá del IFAN, se detuvieron frente a una gran casa blanca de dos pisos. El portero, pendiente de su llegada, les abrió la verja. El Mercedes entró en el vasto patio ajardinado, iluminado con lámparas de neón, para terminar el recorrido delante de la escalera principal de la residencia. Matar Samb bajó el primero y rodeó el coche para abrir la puerta a Ramata. Después le tendió la mano, la ayudó a bajar y la tomó en brazos antes de emprender con firme paso el ascenso de las

escaleras.

Las nubes que mucho más adelante darían lugar a un cataclismo que iba a arrasar todo a su paso comenzaron a acumularse esa misma noche en el sereno cielo del joven matrimonio.

No se había producido ninguna discusión entre ellos, todo había transcurrido bien. Reposaban entre las sabanas, cansados, recuperándose después de su primer paseo como recién casados, cuando él la oyó sollozar en la oscuridad.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, intrigado.

—Nada —repuso ella sin parar de llorar.

—¿Cómo que nada? ¿Por qué lloras?

No hubo respuesta, sólo sollozos.

Entonces él encendió la lamparilla, que inundó de una tenue luz la habitación, y se inclinó sobre su cara, apoyado en un codo.

—¡Dime qué pasa, mi reina! Venga, dile qué te ocurre a tu marido.

Ella hipó varias veces antes de responder con tono desesperado.

—¡Me da vergüenza! ¡Me da mucha vergüenza!

Él retiró la sábana y, sentándose en la cama, la tiró del brazo. Ella se sentó también. Él la abrazó, le acarició el pelo, hablándole con voz dulce y apaciguadora, como se tranquiliza a un niño que despierta por la noche asustado por una pesadilla.

—Cálmate, pequeña, no llores, no llores. ¿Por qué? ¿De qué tienes vergüenza? Confíate a tu marido. No debe existir ningún muro entre nosotros, nunca. Si hay un muro, por más alto y grueso que sea, dímelo y puedes estar segura de que lo derribaré, igual que barren las olas los castillos de arena construidos al borde del mar.

Hay, empero, una clase de muros indestructibles, imposibles de designar porque son intangibles, y Ramata Kaba pensaba que el muro que la separaba de su marido pertenecía a esa categoría.

Ramata Kaba tenía doce años y todavía no había alcanzado la pubertad. Aún no sabía nada de la vida, aparte de que ésta transcurría plácidamente en Saraya, su pueblo natal. Una tarde del mes de octubre, mientras ayudaba a su madre a preparar la cena, Naa, la coesposa, la llamó.

—Ve a decirle a tu tía Ramata que me preste su calabaza grande —le ordenó la coesposa—. Mañana tengo que ir muy temprano a buscar leche al rebaño. Repítele exactamente lo que te he dicho: que me preste la calabaza grande para ir a buscar leche al rebaño, mañana a primera hora. ¡Y no vuelvas sin la calabaza!

Se fue a casa de la hermana mayor de su padre a cumplir el encargo. La encontró cerca del pozo, triturando mijo en un mortero.

—La calabaza grande se la presté a tu abuela Sokona —respondió la tía, dejando la maja en el suelo—. Después irás a buscarla a su casa. Ahora ven conmigo.

La tía Ramata condujo a la niña a su habitación y cerró la puerta tras ella. Luego le ordenó que se quitara el pareo y se acostara en la cama. Ramata obedeció, un poco asustada. Entonces su tía se sentó a su lado y le hizo plegar las piernas, sin levantar los pies del colchón.

—¡No te muevas, que no te haré daño! —aseguró mientras trataba de introducir en el sexo de la pequeña un huevo de pintada que había cogido previamente de una pequeña vasija llena de arena que había debajo de la cama.

El huevo moteado no pudo pasar. Era virgen.

La tía le indicó que se levantara, se pusiera el pareo y fuera enseguida a buscar la calabaza grande a casa de la abuela. Extrañada al principio por lo que le había hecho la tía, Ramata pronto se olvidó, concentrada en la calabaza que debía llevar a su casa.

La abuela Sokona la mandó a la vivienda de otra de sus tías, hermana de su madre, que a su vez, la envió a ver a otra...

Al caer la noche, la última a quien visitó, después de ir una decena de veces de un lado a otro, le anunció que ella misma acababa de llevar la calabaza a la coesposa de su madre y que ya podía volver a su casa.

Después de la cena, Ramata Kaba se acostó y se durmió sin comprender que, con su búsqueda de la calabaza, había prevenido a todas las mujeres del clan familiar y que al día siguiente tendría lugar su iniciación.

Muy de mañana, se llevó una sorpresa cuando la abuela Sokona la sacó de la cama. Todavía era de noche cuando la siguió hasta el patio. La naturaleza entera parecía adormecida; todo estaba en calma, tranquilo; se oía el agudo rechinar de las mandíbulas de la infinidad de grillos que, con incansable afán, devoraban la abundante hierba propiciada por la estación de lluvias. El cielo estaba repleto de estrellas y, a lo lejos, por el oeste, el gran disco amarillento de la luna, medio escondido por la cumbre de la montaña, se preparaba para ocultarse del todo. Detrás de las cabañas, Naa y su tía Ramata acababan de calentar agua en una vasija. La abuela la llevó a la ducha al aire libre, donde la lavaron meticulosamente, insistiendo en cada parte de su cuerpo. Después tomó un consistente desayuno compuesto de gachas de mijo endulzadas con miel salvaje,

siguiendo las recomendaciones de Naa, que le dijo que comiera bien porque lo iba a necesitar ese día. Después, mientras todos los demás dormían en la casa, la abuela la tomó de la mano, cargada con un hatillo en la cabeza. Caminaron un buen rato por un camino que se adentraba en la selva antes de que los primeros rayos del sol comenzaran a disipar las sombras de la noche, hasta que, por fin, dejando atrás los grandes árboles de tupido follaje, llegaron a un amplio claro donde aguardaban ya media docena de abuelas acompañadas de sus nietas.

Por el sur, el oeste y el norte, el claro estaba rodeado de gigantescos árboles cubiertos de una maraña de lianas y de densos arbustos. En sendos costados se abrían los caminos que conducían a los pueblos circundantes, por los cuales surgieron aún más viejas y niñas. El lado este estaba limitado por el río de tranquilas y límpidas aguas que corría al pie de la abrupta montaña. En la orilla había construidas dos cabañas, una mucho mayor que la otra.

Hacia media mañana, cuarenta y cinco atemorizadas niñas, cada una con su abuela, permanecían concentradas, en fila india delante de las cabañas.

Ramata Kaba fue la tercera en pasar. Su abuela la llevó hasta el umbral de la cabaña pequeña y, tras aconsejarle que no tuviera miedo, la empujó al interior y la dejó sola. En el centro de la estancia iluminada por la luz del día que entraba por un gran ventanal encarado al río, había tres ancianas, la veterana y dos supervisoras, más viejas todas que su abuela. En el suelo de tierra batida reposaba una estera manchada de sangre fresca. La veterana le indicó el agujero cavado en la esquina, cerca de una gran vasija.

—¡Ve a orinar!

Ramata se dirigió al orificio. Un momento antes de entrar, había hecho sus necesidades. No tenía por lo tanto ningunas ganas ya, pero no se atrevía a decirlo. Pese a la recomendación de su abuela o a causa de ello precisamente, tenía miedo, mucho miedo. Desde que la habían despertado, estaba intrigada por el misterio que la envolvía, con todo ese ceremonial que no comprendía y que no le habían explicado. Ahora estaba asustada por la visión de la sangre de la estera, por la ausencia de las dos niñas que habían entrado antes que ella y que no habían vuelto a salir por la única puerta, que, sin embargo, no veía y, sobre todo, por la presencia de las tres viejas de ojos enrojecidos y cara de bruja. Con el pareo levantado por encima de las rodillas, se agachó delante del agujero y emitió un forzado gemido sin evacuar la menor gota de orina. Permaneció mucho tiempo en esa posición, hasta que la sarcástica voz de una de las supervisoras le produjo un sobresalto.

—¡Eh, tú! —le gritó a sus espaldas—. ¿Vas a estar orinando hasta que se ponga el sol? ¡Levántate, rápido!

Ramata Kaba se incorporó dejando caer el pareo.

La veterana le ordenó que se quitara la ropa y que fuera a sentarse encima de la gran vasija donde maceraban unas tiras de corteza rojas. Aunque el agua le produjo un ligero picor en las partes íntimas, después ya no sintió nada.

—¡Ahora ven aquí!

En cuanto se levantó de la vasija, las tres viejas la cogieron y la tendieron sin miramientos encima de la estera. No tuvo tiempo ni de gritar ni de oponer resistencia. Una de las supervisoras se le sentó encima del pecho y le tapó la boca con la mano; la otra, instalada sobre su vientre, de espaldas a su compañera, le mantuvo las piernas separadas. No veía a la tercera, la veterana, la que debía efectuar la operación. Experimentó un dolor agudo pero fugaz, tras lo cual se vio liberada del asfixiante peso de las supervisoras.

—¡Ya está! —anunció la veterana blandiendo el cuchillo ensangrentado—. Levántate de la estera y ponte de rodillas en el suelo.

Ramata obedeció. Entonces se dio cuenta de que sangraba. No era un flujo abundante. La tierra engullía enseguida la sangre que manaba gota a gota de su sexo. Apenas sentía dolor, sólo una comezón entre las piernas.

La veterana le indicó que volviera a instalarse sobre la vasija con la corteza roja. Cuando salió al cabo de unos diez minutos, la sangre había cesado, al igual que el picor. La veterana deshizo el hatillo que había traído su abuela y sacó un pareo y una camisa de cotonada que le hizo poner, con el cuerpo todavía mojado. Una de las supervisoras abrió una puerta que había disimulada al fondo y, haciéndola pasar por detrás, la condujo a la cabaña grande, que servía de dormitorio y donde se encontraban acostadas en esteras las dos niñas que habían entrado antes que ella.

En el momento en que el sol emprendía la segunda mitad de su recorrido, se llevó a cabo la excisión de la última niña. Luego las tres viejas salieron de la cabaña y entonaron a coro el *Canto de las iniciadas*:

¡Las madres de las excisadas están preocupadas!
¡También están preocupadas las madrastras de las excisadas!

En el claro, las abuelas respondieron con la misma melopeya, acompasada con rítmicas palmadas. Estuvieron cantando y bailando hasta que se puso el sol.

Llegó la noche. En el despejado cielo constelado de estrellas, el enorme y reluciente globo plateado de la luna permitía ver como en pleno día. Fatigadas, las abuelas regresaron por fin a sus pueblos, y dejaron a las nietas a cargo de la veterana y de las dos supervisoras.

La hoguera encendida en el centro del dormitorio despedía más humo que claridad. Al cuidado de las tres viejas, las niñas pasaron la noche atormentadas por el hambre, ya que desde el desayuno que habían tomado en casa de madrugada, no habían comido absolutamente nada.

Al día siguiente las despertaron muy temprano y las condujeron, una tras otra, a la cabaña pequeña. Sujetas por las supervisoras, con las piernas separadas y dobladas encima de la estera, todas gritaron de dolor cuando la veterana les aplicó en las heridas la espesa sabia de un helecho recogido al borde del río, de un color blanco amarillento, parecida a la nata, que escocía tanto como el alcohol. Después de las primeras curas, regresaron al dormitorio, donde cada una recibió una pequeña calabaza llena de insípidas gachas de mijo, sin sal, ni leche, ni azúcar. Una vez concluida esta comida, se sentaron en las esteras y escucharon con suma atención a las tres viejas, que les inculcaron las reglas que en adelante debían regir su puesto en la sociedad, la sumisión que deberían mantener ante su futuro marido y el importante papel que tendrían que desempeñar en su condición de esposas y madres, pilares de la familia y guardianes del hogar. Hacia mediodía, hubo una pausa en la que les sirvieron otra ración de insulsas gachas; después, el adiestramiento prosiguió hasta el anochecer. Entonces recibieron una ración más de gachas antes de acostarse.

Los días transcurrieron, idénticos, con la sucesión de curas, clases, gachas, clases, gachas...

Así pasó una semana.

La sabia del helecho era eficaz y las heridas habían cicatrizado ya. La veterana les anunció que había concluido el tiempo de reposo. A partir de entonces deberían ocuparse ellas mismas del aseo del dormitorio, de la cocina, de acarrear el agua y la leña y de fregar los platos, para lo cual las distribuyeron en pequeños grupos.

Un día, Ramata Kaba estaba atareada preparando el desayuno cuando advirtió a su madre, con la calabaza en equilibrio encima de la cabeza, en el linde del bosque. Loca de contento, dejó en la olla la cuchara de madera con la que removía las gachas y corrió hacia ella.

¡Cuál no fue su decepción ante la actitud de su madre cuando se encontraron

en el centro del claro! En el momento en que se disponía a arrojarse a sus brazos, ésta la apartó bruscamente con la mano y después, sin mirarla siquiera, sin hablarle, como si no la conociera, prosiguió camino hacia las cabañas, dejándola plantada allí, humillada y atónita. Su madre se fue al encuentro de las tres ancianas, hincó una rodilla en el suelo para saludarlas, depositó la calabaza llena de mijo que llevaba, se levantó y dio media vuelta. Volvió a pasar a su lado sin concederle la menor atención. Durante un fugaz instante la asaltaron las dudas. ¿No se habría equivocado confundiéndola con otra? ¡No! Aquello era imposible; habría reconocido a su madre entre otras mil mujeres, incluso en la oscuridad. Era ella. Pero ¿por qué se comportaba de ese modo? Con el corazón encogido, Ramata observó inmóvil cómo se alejaba su madre, con la esperanza de que se volviera para decirle que era una broma. Su madre no se volvió, sin embargo, y pronto desapareció entre los árboles.

En el momento en que se disponía a volver a atender la olla, la veterana la llamó para que entrara en la cabaña.

—¿Por qué te has ido corriendo con tu madre? —le preguntó, con las manos ocultas en la espalda.

—Porque estaba tan contenta de volverla a ver... —repuso con lágrimas en los ojos.

No había acabado de responder cuando la vara de bambú que la veterana mantenía en la espalda se abatió con terrible fuerza sobre su hombro. Lanzó un estridente grito y retrocedió, levantando el brazo para contener el segundo golpe. El siguiente, que no había previsto, le azotó la espalda, seguido de otro más. Se dejó caer al suelo, retorciéndose de dolor. Las tres brujas continuaron descargando sobre ella las varas de bambú hasta que se quedó sin voz de tanto gritar. La veterana le ordenó que se levantara, que parara de llorar y que se secara las lágrimas.

—¡Tonta, más que tonta! —le espetó con mordacidad—. ¿No te han enseñado que una mujer no debe nunca exteriorizar sus sentimientos de manera escandalosa? ¿Que en toda circunstancia debe dominarse, mantener el sentido de la mesura, no gemir cuando sufre ni reír a carcajadas cuando está alegre? ¡Ahora vuelve a acabar de preparar la comida, y no te demores!

Al día siguiente, Ramata Kaba lavaba los utensilios de cocina en el río cuando vio a Naa caminando en el centro del claro, con la calabaza en la cabeza. Con obediente actitud, prosiguió con su quehacer sin ocuparse ella. La visita de Naa fue igual de breve que la de su madre.

La veterana volvió a llamarla otra vez.

—¿Por qué no has ido corriendo a saludar a la coesposa de tu madre?

Consciente de las doloridas magulladuras que habían dejado en todo su cuerpo las varas de bambú, recitó de corrido la lección. Pese a ello recibió una nueva azotaina, igual de severa que la del día anterior.

—¿No has retenido nada de todas las palabras que te han inculcado, niña de cabeza huera? —la reprendieron—. ¿No te han enseñado a no confundir el sentido de la mesura y el respeto? ¿No debías manifestar un respeto por la coesposa de tu madre precipitándote a su encuentro para aliviar su carga?

Todas las niñas recibieron visitas similares y todas fueron tratadas de tontas y de cabezas hueras y recibieron terribles palizas sin excepción. Ni una sola evitó al castigo fuera cual fuese la respuesta que diera. Las tres brujas encontraban siempre el error y remitían siempre, con el violento refuerzo de las varas de bambú, a las lecciones impartidas.

Pasó un mes.

Por la mañana, a la hora de las primeras gachas, las niñas vieron llegar por todos los caminos a sus madres y a sus coesposas, tías, abuelas y primas, y a las mujeres y las jóvenes de sus pueblos. Ese día no hubo labores ni lecciones, ni tampoco azotes. Por primera vez, se bañaron en el río, se rehicieron las trenzas ayudadas por las recién llegadas, se pusieron ropa nueva y tomaron una sustanciosa comida a base de arroz con salsa de cacahuete y carne. Después de comer, cada una con una pequeña escudilla de madera en la mano, formaron un gran círculo en el claro, rodeadas en la segunda fila por sus allegadas. En el centro, las dos supervisoras terminaban la preparación de un brebaje de leche fresca y de miel en las calabazas. Cuando hubieron servido de él a todas las niñas y éstas hubieron dado cuenta del contenido de la escudilla, la veterana y las dos supervisoras se quitaron el pañuelo de la cabeza, lo lanzaron al aire y después de dar tres palmadas, lo recuperaron antes de que cayera al suelo.

Aquello era una señal.

Los griots, escondidos detrás de los árboles, empezaron a tocar el tamtan con animado ritmo antes de salir al claro. Todas juntas, las mujeres lanzaron sus pañuelos y dieron palmadas a su vez.

La veterana anunció en una larga alocución que, después de haber dado las gracias al Dios Todopoderoso, ella y sus dos compañeras se sentían muy orgullosas de ver regresar a sus casas, sanas y salvas, a cuantas muchachas les habían confiado. Ninguna de ellas había padecido, ni una vez siquiera, mal

alguno, no se había producido ningún fallecimiento, y lo que era aún mejor, durante toda su estancia, no se había oído ni una sola vez el grito del búho, anuncio de funestas noticias. Por fin, la veterana lanzó una última vez al vuelo su pañuelo y entonó el *Canto del retorno.*

Dos años más tarde, Ramata Kaba incumplió una de las enseñanzas más importantes, en la que habían hecho especial hincapié la veterana y las supervisoras: no desanudarse nunca el pareo delante de un hombre que no fuera el propio marido. Fue el mismo año en que había visto su «bien» de mujer. Había crecido, se le habían agrandado los pechos, le había nacido vello en el pubis y en las axilas y la voz se le había vuelto más grave. Ahora, cuando se cruzaba con los hombres, advertía con satisfacción las miradas de interés que le dedicaban, y más de uno había que se volvía incluso para contemplarla.

Una noche de luna llena en que había organizada una sesión de tamtan en la plaza del pueblo, el joven delegado de Agricultura, que dirigía a los campesinos en los campos de algodón, con el cual coqueteaba desde hacía unos días, logró atraerla hasta su habitación.

—No debo hacerlo más que con mi marido —se defendió ella débilmente mientras permanecía acostada en la cama, con el pareo deshecho, y la mente ocupada con la imagen de las tres brujas.

—¡Sabes muy bien que me casaré contigo! —adujo él.

—Mi padre me matará si se entera —insistió ella.

—Nunca lo va a saber. ¡Además, me voy a casar contigo!

Nunca llegó a saber si hablaba en serio o no, porque se ahogó una semana después mientras se bañaba en el río.

Al año siguiente la admitieron en el instituto Kennedy y se trasladó a Dakar para vivir en casa del hermano de su madre, Toumani. Allí conoció a otros hombres, y a cada trasgresión, veía y oía a la veterana y a las dos supervisoras que le recomendaban que no se desanudara el pareo.

Al principio, como era muy joven, no se daba cuenta aún de que era insensible. Más adelante, ya más madura y habiendo leído artículos en que se tocaba el tema de la sexualidad, acabó por planteárselo. No pensaba en ello de manera obsesiva, sino vaga. Se decía que padecía un bloqueo normal, porque mantenía relaciones prohibidas; se decía que una vez estuviera casada todo cambiaría.

Ahora estaba casada. Por primera vez, las tres brujas del claro de Saraya se

habían esfumado de su recuerdo y había enmudecido su voz. Aun así, acababa de constatar que seguía igual de fría que una barra de hierro.

La hipótesis de la culpa en la relación no se sostenía. La verdad era que era frígida. Con su cuerpo escultural, sufría de una enfermedad que debía de ser producto de la mutilación que había padecido en la infancia, una enfermedad que le resultaba tan insoportable como si hubiera sido jorobada, coja o tuerta. Por eso lloraba en los brazos de su marido, incapaz de explicarle el motivo de su desasosiego.

—Tengo vergüenza... de..., de mí misma —dijo, volviendo a sollozar con la cabeza apoyada en el hombro de Matar Samb—. Me habría gustado poder ofrecerte lo más hermoso y valioso que puede ofrecer una joven a su esposo la noche de bodas: su virginidad.

Aquélla fue la primera de una larga serie de mentiras.

Matar Samb emitió una sonora carcajada de alivio antes de tomar el rostro de su esposa entre las manos.

—Eres una pequeña pueblerina, con la cabeza abarrotada de ideas anticuadas. ¿Acaso crees que yo iba a tener tan elementales criterios basados en una membrana? Tú ya me has ofrecido lo más hermoso y valioso que puede regalar una joven a su esposo, reina mía, ¡tu amor!

—Dejarás de respetarme, no me creerás si...

—Dices tonterías —la interrumpió él con voz grave, posando el índice en sus labios mientras la miraba a los ojos—. No me interesa lo que pasó antes. Ahora bien, a partir de ahora, no soportaría que otro hombre te toque.

—¡Ningún hombre me ha tocado nunca, te lo juro! Por eso te digo que no me vas a creer.

Le explicó que siendo niña, un día en que se estaba columpiando, la cuerda se rompió. La caída fue muy dura y se hirió. Con el pareo manchado de sangre, su madre la había llevado al dispensario, donde el médico comprobó que había perdido el himen.

—¡Claro que te creo, mi reina! —afirmó él con sinceridad una vez hubo concluido—. Te juro que te creo.

Samb no sospecharía nunca el doble juego de su esposa. Cuando mantenían relaciones, Ramata fingía a la perfección. Simulaba con amante y apasionada actitud, con jadeos, hasta el final en que exhalaba prolongados suspiros de hembra satisfecha. Él era un marido feliz. Ramata le traía suerte, repetía a menudo. Mientras ejercía de juez en el Tribunal Supremo, había obtenido un

doctorado de Estado cuando aún no llevaba un año de casado. Dieciocho meses más tarde, la familia se agrandó con el tan esperado nacimiento de una niña, a la que pusieron el nombre de DS. El feliz acontecimiento se produjo el mismo día que llegó su nombramiento para el cargo de fiscal general de la República.

Armando Gomis, por entonces profesor adjunto de gineco-obstetricia, había supervisado el embarazo de Ramata Kaba y la había atendido en el parto, en el hospital Le Dantec. Con la esperanza de hallar una solución, ella le confesó su problema tres meses después del nacimiento de su hija. Él le formuló un sinfín de preguntas sobre sus actividades sexuales y sobre la excisión, y luego le indicó que se desnudara y se acostara en el diván. El médico se puso un par de dediles en el dedo índice y mayor de la mano izquierda y, después de mojarlos con aceite de parafina, se inclinó hacia ella.

—No te tenses. ¡Abre bien las piernas! —le pidió.

Ella cerró los ojos, se mordió el labio inferior y gimió levemente cuando él movió los dedos en el interior de la vagina al tiempo que acentuaba la presión de la mano izquierda, que estaba apoyada en su vientre.

Al cabo de un momento, se enderezó y quitándose los dediles, los tiró a la basura. Ella se levantó y se sentó en el borde del diván, con los pies apoyados en las baldosas del suelo.

—Dime la verdad, Armando, no me ocultes nada. ¿Es irreversible?

—No puedo responder con exactitud. Eres clínicamente normal, completamente normal...

—No, no soy normal, soy frígida —lo interrumpió, mientras le asomaban las lágrimas a los ojos—. ¿Cómo puedo ser normal si no siento absolutamente nada? Ayúdame, Armando, tú eres el especialista. ¡No soporto ser frígida!

Con la mirada brillante a causa del repentino deseo que se había adueñado de él, con la respiración agitada, cada vez más afanosa, el médico se acercó a ella, con la mano posada en la bragueta del pantalón, deformada por una reveladora hinchazón.

Ella pestañeó repetidas veces y no opuso resistencia alguna cuando, después de bajarse el calzoncillo y el pantalón, él la impulsó con suavidad sobre el diván. Estaba tan excitado que no tardó en eyacular.

—¿Y conmigo? —preguntó, jadeante.

Ella lo apartó y después se puso de pie y empezó a vestirse.

—Nada. Igual que con los otros —respondió.

Dándole la espalda, él cogió una venda para limpiarse el pene y luego

recompuso su indumentaria.

—¿Cuántos fueron los otros? —inquirió, volviéndose.

—Cinco antes de conocer a Matar, que fue el sexto. Tú eres el séptimo.

—¿Y realmente no has sentido nada conmigo?

Ella le lanzó una mirada burlona y despreciativa a la vez.

—¡Nada de nada! —reiteró—. ¿Sabes? Matar está mucho mejor dotado que tú, tiene el sexo más grande y más tieso que el tuyo, aguanta mucho más tiempo que tú, y aun así sigo insensible con él. ¿Qué podría sentir contigo, con tu pito de pato y con esa rapidez, que pareces un gallo fornicando con una gallina?

El doctor Gomis exhaló una estrepitosa carcajada desprovista de alegría; no logró disimular que las palabras de Ramata habían dado en el blanco.

—Vaya, gracias por asimilarme a las aves —contestó con voz temblorosa.

—Dime, Armando —continuó ella con seriedad—, ¿de verdad no me puedes ayudar?

El doctor Gomis sabía que no le podía prestar ningún auxilio. Con frecuencia recibía en consulta a mujeres, no siempre excisadas, que acudían por el mismo problema que Ramata Kaba, insatisfechas, frustradas, a menudo miembros de movimientos asociativos, a las que siempre remitía a su colega Karamba Gasama. Nunca se había publicado ninguna tesis que demostrara la relación entre ese tipo de trastornos y la excisión. Un día había expresado a Gasama su extrañeza por aquella omisión, y éste le había respondido que ya había reparado en ella y que, tras reflexionar al respecto, pensaba que esa ausencia de trabajos científicos se debía al simple hecho de que los estudiantes de Medicina no encontraban en el ámbito hospitalario suficientes casos patológicos concretos para dar pie a un estudio. A partir de entonces, el doctor Gasama, que era malinke, etnia en la que se excisaba a las mujeres, había decidido consagrarse a la cuestión.

—Te voy a confiar a un colega —anunció.

El doctor Gasama, con quien Ramata Kaba concertó una cita para el día siguiente, no la sacó, sin embargo, de apuros.

Tuvo otros amantes y hasta tuvo una amante, Erika Johanson, embajadora de la Unión Europea, una lesbiana que se había prendado locamente de ella. No obstante, ni ella ni nadie llegó a colmarla.

Sin sospechar ni por asomo sus simulacros, Matar Samb ascendía a su lado los peldaños de su carrera. Quince años después de haber sido nombrado fiscal general, lo llamaron para formar parte del Gobierno.

Adulada por su marido, envidiada por todas las mujeres, admirada por todos los hombres, Ramata Kaba debería de haber estado contenta. Pero en el fondo no lo estaba y, con el paso de los años, no se acababa de resignar.

Una noche se había ido muy tarde, en taxi, de la Maternidad del hospital Le Dantec, donde su hija, Dieynaba, había traído al mundo a un niño...

La Declaración Universal de los Derechos Humanos del 10 de diciembre de 1948, cuyo cincuentenario celebramos hace unos años, enseña en su preámbulo que en todo el mundo la ignorancia y el desprecio a los derechos humanos han conducido a actos de barbarie escandalosos para la conciencia de la humanidad. Ello es especialmente aplicable en la actual África, donde, por poner sólo un ejemplo, se ha dado el alucinante y pavoroso espectáculo de unos carroñeros devorando en pleno día cadáveres de mujeres y niños en las calles de Freetown sin que los transeúntes se inmutaran apenas. El advenimiento de un mundo en el que los seres humanos sean libres para hablar y creer, sin el lastre del terror y la miseria, ha sido proclamado como la más elevada aspiración del hombre...

Matar Samb paró de escribir y se apoyó en el respaldo del asiento. Desplegando los dedos entumecidos que apenas lograban sostener la pluma Parker, la dejó encima del bloc de notas, cruzó las manos encima de la cabeza y se estiró para aliviar las contracturas del músculo del cuello. Después cerró los ojos y se frotó los párpados con la punta de los dedos.

Le faltaba poco para terminar, por fin. Unas cuantas frases más, tres a lo sumo, y habría acabado de redactar el discurso que debía pronunciar dos días después, en la inauguración del coloquio de la Liga Africana de Derechos Humanos en el hotel Méridien King Fadh, presidida por el jefe del Estado. Las primeras delegaciones extranjeras habían llegado ya. La noche anterior había aparecido en directo en el telediario de las ocho, recibiendo a sus homólogos de África del Sur, de Burkina Faso y de Mali, en el salón de honor del aeropuerto Léopold Sédar Senghor. Aquélla había sido su última actividad oficial del día.

Se había acostado muy temprano, mucho antes de las doce, y se había dormido sin problema. Se había despertado como de costumbre a las cuatro y media, unos segundos antes de que sonara el despertador programado para esa hora. Había pasado media hora en la sala de gimnasia, un cuarto de hora en el baño y, luego, a las cinco y media, después de tomar una taza de café acompañado de su bebida favorita, el vodka Smirnoff, se había instalado en su mesa de trabajo, en el despacho que tenía acondicionado en un extremo del vasto

dormitorio, vestido con una vieja túnica de color índigo.

Matar Samb dejó de masajearse los párpados y abrió los ojos. Contó el número de páginas que había llenado con su tupida escritura inclinada. Veinte. Pasado al ordenador por su secretaria a doble espacio, el texto acabaría dando unas doce. Sería suficiente; ni demasiado largo ni demasiado corto. Resuelto a concluir, volvió a coger la pluma tras lanzar una breve ojeada a los números rojos del reloj digital que tenía delante, cerca de la foto en blanco y negro de Ramata expuesta en un marco dorado. Las siete menos cuarto. En cuanto acabara, saldría a dar un paseo por el accidentado litoral para contemplar con el amanecer el vuelo de las gaviotas sobre el mar y el tumultuoso choque de las olas contra las rocas.

Era sábado. Hasta las once no tenía ningún compromiso; pasaría por su oficina del Building donde tenía cita con su secretaria, antes de ir a la estación. Ramata, que se había ido de viaje a Saraya, al otro extremo del país, debía regresar con el expreso Bamako-Dakar. La echaba muchísimo de menos.

Inclinado sobre el cuaderno, Matar Samb volvió a coger la pluma y la apoyó en la página, en el lugar preciso donde había parado de escribir, dispuesto a plasmar sobre el papel el final de la larga frase que tenía pensada. En el último momento se detuvo, las palabras no fluían, se negaban simplemente a aflorar, pese a que ya las había formulado y reformulado mentalmente. Reconociendo que estaba desconcentrado, volvió a apoyarse en el respaldo y fijó la mirada en la foto de su mujer, tomada un mes después de que naciera Dieynaba. Era una obra de Sala Kase, que representaba a Ramata en todo su esplendor. Se acodó en el brazo del sillón, sin despegar la vista de la foto, mientras esbozaba una fugaz sonrisa. Sí, echaba mucho de menos a Ramata, muchísimo, como siempre que debía separarse de ella. En general era siempre él quien se ausentaba por motivos profesionales, cosa que sucedía demasiado a menudo para su gusto. Ya la había hecho visitar, al margen de los viajes oficiales, como turista, todos los países. Pese a que se había hospedado en los hoteles de más categoría y había gastado colosales fortunas en las *boutiques* de lujo de todas las grandes capitales del mundo, ahora se negaba con obstinación a acompañarlo, salvo a París. Ella argumentaba que ya no le quedaba nada que descubrir en las otras ciudades, salvo en París, que le encantaba siempre que iba, ya fuera invierno o verano.

Desde que se conocían, sólo había vuelto a su pueblo en tres ocasiones. La primera vez fue una semana después de la boda, para presentarlo a sus padres. La segunda ocasión, él la había acompañado para asistir a los funerales de éstos,

que habían fallecido en un intervalo de veinticuatro horas, quince años atrás. Esa vez, la tercera, se había ido sola.

Matar Samb pensó que después de más de un cuarto de siglo de matrimonio, jamás había sentido vacilar el ardor de la llama, para él eterna, que alumbraba en su interior Ramata. Desde que la había visto, se había quedado prendado de ella, nunca había tenido ojos para otra mujer y ni una sola vez se le había ocurrido tomar una segunda esposa. Ramata le bastaba desde todos los puntos de vista, de una manera completa y total, y no tenía reparos en reconocerlo. Ella lo merecía. Esposa amante, fiel y atenta, lo había apoyado en todos sus proyectos, como la estaca que sostiene un cercado. Sin ella no habría alcanzado tanta plenitud en la vida. Ella había hecho de él un hombre satisfecho y feliz que, además, tenía el gozo y el privilegio de ser abuelo. Ramata tenía sus caprichos, desde luego, y era a veces quisquillosa, como correspondía a las mujeres. No era nada grave... Salvo en una ocasión, debía admitirlo para ser sincero consigo mismo, hacía ya mucho de eso, cuando se produjo la muerte del portero de la Maternidad del hospital Le Dantec. Por suerte para él, en aquella época el país estaba inmerso en pleno oscurantismo, con un partido único, un sindicato único, una radio única y un único periódico. Hubo un tipo que se encargó de sofocar el asunto. ¿Cómo se llamaba? Sólo se acordaba de su apodo, Benson o Johnson. Un hombre muy eficaz que, en aquellos tiempos de tinieblas, lograba resolver todo tipo de embrollos. Gracias a él, se había evitado el escándalo. Después se había visto envuelto en un escabroso suceso a partir del cual se había vuelto poco frecuentable y ya no sabía cómo había acabado. ¡No! No era Benson ni Johnson, lo tenía en la punta de la lengua, Carrington..., no..., Jackson, ¡eso era, Jackson! ¿Habrían surtido efecto las argucias del tal Jackson si aquel malhadado incidente se hubiera producido entonces, con la profusión de periódicos, emisoras de radio, partidos y sindicatos? Sólo Dios lo sabía. Sacudió la cabeza con vigor como si con ello quisiera ahuyentar de la memoria aquel episodio del que no le gustaba nada acordarse...

Matar Samb reconoció con un asomo de pesar que, a causa de las responsabilidades de su cargo y de sus numerosos viajes, a veces le había faltado tiempo para ocuparse bien de Ramata. Ella siempre había sido comprensiva, sin embargo, y no se había quejado. Cuando se iba, lo acompañaba hasta la puerta del avión y, entristecida por la separación, lo besaba murmurándole al oído que volviera pronto, que lo iba añorar, que lo estaba esperando ya. A su regreso, allí estaba, sonriente, diciéndole que los días le habían resultado largos sin él.

Entonces, embargado de dicha, le entregaba, sin olvidarse nunca, un valioso regalo, a menudo una joya, en el trayecto del aeropuerto a casa.

De improviso, sin motivo alguno, Matar Samb se preguntó cómo reaccionaría si se enterase de que Ramata lo había engañado alguna vez. Ah, sí, ¿por qué no? «¡Ama a la mujer, pero no te fíes de ella!», había declarado el sabio Koce Barema.[29] Se dijo, riendo para sí, que no lo soportaría. Pero ¡aquello no era posible! ¿Por qué iba a cometer Ramata semejante tontería? ¿Por el dinero? No, ella vivía en la abundancia, como dueña de toda su fortuna y estaba, por lo tanto, para siempre, al abrigo de la necesidad. ¿A causa de sus frecuentes viajes? Tampoco. Ella no era de esas mujeres sujetas a un perpetuo ardor entre las piernas que hubiera que apagar a toda costa. Así se lo había confesado ella misma una noche en que él se inquietaba, aquejado por una vaga culpabilidad, preguntándose si sus ausencias no la perjudicaban, si no sentía a veces, aunque sólo fuera por un breve instante, cierta comezón cuando él no estaba allí. Le había respondido que ni siquiera se le pasaba por la cabeza, puesto que al estar excisada, podía soportar sin ningún trastorno ni molestia la más prolongada abstinencia. ¿Porque estaba insatisfecha en la cama? ¡Eso sí que no! Se compenetraba muy bien físicamente con Ramata, y a él, Matar Samb, le gustaba en especial hacer el amor con ella. No recordaba haber renunciado ni una sola noche, incluso estando enfermo, cada vez que ella estaba disponible y que tenía la certeza de que no la iba a importunar. ¿O bien por...?

De todas formas, no veía la necesidad de devanarse los sesos con una situación en la que no se vería nunca jamás. Admitía haber sacado a colación a Koce Barema tan sólo para limpiar su conciencia. Siempre había sostenido, con sólidos argumentos, que la significación que atribuía el viejo sabio de Baol a los cuatro mechones de su original peinado era muy discutible, cuando no errónea. La primera, por ejemplo: si no había que fiarse de la mujer, también se puede, sin ser un militante de la lucha por la imposible igualdad del varón y la hembra, afirmar lo mismo del hombre. ¿Ramata infiel? ¡No, aquello era un desvarío!, se dijo con una carcajada. Pensar siquiera en ello era desleal de su parte. Cuando la fuera a buscar más tarde a la estación, le pediría perdón por haber dudado de ella. Mientras tanto, más valía que terminara el discurso, en lugar de dar pábulo a ideas tan absurdas, tan mezquinas, tan bobas...

Matar Samb oyó que el móvil sonaba encima de la mesa en el momento en que se disponía a rematar el texto. Dejó la pluma para cogerlo. Tan temprano,

sólo podía ser Ramata. El tren no debía de haber salido aún de Tamba o se habría averiado en Kaffrine, Kousanar o Kaolack. Seguramente lo llamaba desde una de esas estaciones para avisarle de que llegaría más tarde de lo previsto...

—¿Está bien mi reina? —preguntó, convencido de que era su esposa la que lo llamaba.

—¿Sí? ¡Buenos días, el ayudante jefe Ibnou Faye al aparato!

Chasqueado, Matar Samb sintió unas ganas terribles de cortar la comunicación.

—Se equivoca de número —contestó con sequedad.

—Perdone, por favor —insistió el hombre—. ¿Es el 836 11 66?

—Sí, es el 836 11 66.

—¿Es usted el señor ministro Matar Samb?

—El mismo. ¿Qué desea? ¿Quién es?

—El ayudante jefe Ibnou Faye, comandante de la brigada de la gendarmería de Rufisque. ¿No se acuerda de mí?

—Sí, sí, lo recuerdo. Pero ¿quién le ha dado este número?

—Ha sido su esposa, señor ministro.

—¿Mi esposa? ¿Ramata? ¿Cuándo? ¿Cuando fue a verlo hace dos semanas?

—No. Ahora mismo, señor ministro de Estado.

—¿Ahora mismo? ¿Dónde está Ramata? ¿Qué le ha ocurrido? ¿No habrá tenido un accidente?

—No, señor ministro de Estado. No le ha ocurrido nada. Bueno, nada grave. Está aquí en el cuartel...

—¡Está usted en un error! Mi esposa se encuentra de viaje desde hace dos semanas.

—Lo siento, señor ministro, pero su esposa, la señora Ramata Kaba, está aquí sentada delante de mí. Ha pasado la noche en el cuartel. Es necesario que venga a Rufisque...

—No..., no entiendo... ¿Qué es lo que pasa exactamente? —balbució.

—Verá, es bastante difícil de explicar, señor ministro de Estado. La señora, su esposa, ha sido detenida en estado de ebriedad esta noche en una redada que se ha efectuado en un bar de mala fama de Diamniadio.

—¿Se está burlando de mí?

—De ninguna manera, señor ministro. Es la pura verdad. Esta noche, la han detenido en una redada, borracha, junto con una treintena de prostitutas, en el Copacabana.

—Escúcheme bien, ayudante jefe Ibnou Faye...

—Ibnou, señor ministro —rectificó el gendarme.

—De acuerdo, ayudante jefe Ibnou Faye. Escúcheme bien. Si es una broma, le garantizo que le va a costar muy caro.

—No es una broma, señor ministro de Estado, jamás me habría permitido una incorrección semejante. Su señora esposa está efectivamente aquí, en mi oficina, delante de mí. Le ruego que venga porque es imprescindible que hable con usted.

Matar Samb vaciló un momento.

—Está bien... Ahora voy —anunció por fin con voz débil.

Dejó el móvil encima del cuaderno, sin saber qué pensar, aturdido y desamparado.

—¡Es falso! ¡No es verdad! —exclamó con un grito ronco que se confundió con el estrépito del tremendo puñetazo que descargó en la mesa—. Es falso. No es verdad. ¡Ramata se fue a Saraya!

Con la precisión de una película pasada a cámara lenta, Matar Samb volvió a repasar la noche de su regreso de Ginebra, hacía unos quince días. Justo después de depositar el equipaje, había ido a la Maternidad para ver a Dieynaba y al pequeño y se había marchado poco antes de las ocho, bajo la lluvia. De nuevo en Ranrhar, se había instalado en un sillón de la biblioteca, en el segundo piso con un combinado de Smirnoff y naranjada y se había puesto a releer una novela de Malraux, esperando el retorno de Ramata, que se había trasladado al cuartel de Rufisque. Había llegado una hora después, con la ropa empapada. Él había cerrado el libro cuando apareció y ella le había dado un somero beso en la comisura de los labios.

—Vengo de la Maternidad —explicó—. Cuando he llegado a eso de las ocho, Dieynaba y Armando me han dicho que acababas justo de irte.

—Sí, me he ido cuando empezaba a llover —confirmó él, con el libro cerrado en la mano—. ¿Lo has visto? Me cuesta acordarme de su nombre..., al joven que te...

—Se llama Ngor Ndong. Es muy joven, un chico que no tiene más de veinte años. He ido hasta Sangalcam y le he dado las gracias delante de sus padres.

—¿Lo habrás recompensado por lo menos?

—¡Por supuesto! Le he dado dinero, y a sus padres también. Son gente de condición muy humilde, que vive en cabañas de paja, pero muy digna y valiente. No querían aceptar el dinero y he tenido que insistir mucho.

—¡Ah, sí! En esta sociedad en la que se pierden los valores, en que yo no existen modelos de referencia, es la gente modesta la que conserva aún las nobles virtudes, como la valentía, la dignidad y la solidaridad. Habría que hacer algo por ellos, por sorpresa. Vamos a construirles una bonita casa, sustituir toda esa paja por cemento, con agua corriente, electricidad y todas las comodidades necesarias, además de una pensión mensual. Me voy a ocupar a partir de la semana próxima.

—Eso estaría bien porque están muy necesitados —aprobó ella.

Después se había mirado la ropa con asombro, como si acabara de darse cuenta de su estado.

—¡Si estoy empapada! Como el aparcamiento estaba completo, he tenido que aparcar bastante lejos de la Maternidad.

—Ve a cambiarte deprisa, que si no vas a coger frío y podrías resfriarte —le aconsejó él—. Yo termino el capítulo y ya voy.

Ramata había ido al dormitorio, situado en el tercer piso, mientras él se concentraba de nuevo en la lectura. Se había reunido con ella unos veinte minutos después, en el momento en que salía del cuarto de baño, vestida con su batín de seda roja. La había abrazado por el talle y le había dado un beso en la boca mientras le acariciaba las nalgas. Ella lo había rechazado al cabo de un instante y había retrocedido con un sonoro bostezo, tapándose la boca.

—Estoy rendida, Matar. Estoy cansada, derrengada —había declarado con voz de cansancio—. Entre el viaje a Rufisque, después a Sangalcam, y la alegría y la emoción de ser abuela me he quedado sin energías. Me voy a acostar enseguida.

Se había tendido en la cama y había cerrado los ojos. Él se sentó a su lado en el borde antes de dejarse ir para atrás, posando la cabeza en su pecho.

Ella le había acariciado el pelo y lo había llamado por el apodo íntimo que le tenía reservado.

—¡Padre de Dieynaba!

—¡Qué, mi reina!

—Tengo que ir a Saraya. No me queda más remedio que tomar el expreso de mañana. Ya he avisado a Dieynaba. ¿Me dejas ir? Me das tu permiso, ¿verdad?

Él se había incorporado y se había vuelto hacia ella con fingida sorpresa.

—¿Desde cuándo me pides permiso, eh?

—¡No digas lo que no es, padre de Dieynaba! Nunca he salido de la casa sin tu autorización, lo sabes muy bien.

—Me extraña, porque no entra dentro de tus costumbres que me pidas permiso para ir a Saraya.

—¡Es porque voy a estar fuera dos semanas! Incluso si es por una buena razón, incluso si la llama su propio padre, la mujer no debe abandonar el domicilio conyugal sin la autorización del marido. ¡Dos semanas es mucho tiempo, padre de Dieynaba!

—¿Y qué ocurre en Saraya?

—Debo ir a buscar un grigri para el bebé —explicó con seriedad—. Es una costumbre sagrada para nosotros. El primer hijo varón, nacido de una mujer originaria de mi familia paterna, debe llevarlo en la muñeca izquierda, desde la primera semana después del nacimiento hasta que él mismo pida que se lo quiten, porque si no, corre el riesgo de morir en la infancia.

Él se había echado a reír a carcajadas y se había mofado de ella, tratándola de pueblerina de mentalidad atrasada a pesar de las tres décadas de residencia en Dakar. Ella había replicado, con fingido enfado, que era muy poco respetuoso con las tradiciones.

—Pero ¿por qué vas a coger el tren? Sería mucho más cómodo que fueras con el todoterreno —había propuesto él—. El chófer te llevaría...

—Por desgracia, es imposible. La carretera está cortada entre Kaffrine y Maleme Hodar a causa de los aguaceros de la semana pasada. Allí las lluvias empezaron hace un mes, no como aquí. Por eso te he dicho que estoy obligada a ir en tren.

—¿Y el avión? ¡Sería perfecto el avión! Lo malo es que el de Dieynaba no puede aterrizar en el aeropuerto de Kédougou, porque es muy pequeño. Pero ¡puedo fletarte un aparato de Senegal Air!

—Te lo agradezco mucho, padre Dieynaba. No sabía que me detestabas hasta el punto de desear mi muerte. ¡Muchísimas gracias!

—¿A qué viene eso de desear tu muerte?

—Recomendarme que me suba a un avión de Senegal Air es desearme la muerte, así de claro. ¿Que yo, Ramata Kaba, monte en uno de esos aviones que llevan queroseno mezclado con agua? Lo siento mucho, Matar, pero no tengo ningunas ganas de morir de manera prematura y dejar mi puesto a otra. Lo que quiero es seguir contigo.

Al día siguiente a mediodía, él se burlaba todavía de ella a cuenta del grigri mientras la conducía a la estación con su voluminosa maleta. Debía coger el expreso de la una con destino a Tambacounda, donde encontraría sin dificultad

un coche que la llevara hasta Saraya. Habían llegado media hora antes de la salida del tren a un andén invadido por un ruidoso gentío y abarrotado de toda clase de bultos. Él la había instalado en su coche cama, con la ayuda del propio jefe de estación, al que había ido a buscar a su oficina.

—Lástima que el móvil no funcione más allá de Kaolack, porque así podrías haberte llevado el tuyo y habríamos estado en contacto. Lástima también que no te pueda acompañar. Me habría tomado con gusto unos días libres para disfrutar en Saraya, lejos de los ruidos y del ajetreo de la capital, ¡mientras tú te ocupabas de tu grigri!

Había vuelto a reproducir la broma hasta el momento en que resonaron tres potentes silbatos en medio del tumulto. Estrechándola con fuerza en sus brazos, le había dado un prolongado beso y luego había bajado cuando, con una brusca sacudida, el tren comenzó a circular lentamente sobre los raíles. Desde la ventana, ella agitó su pañuelo blanco a modo de despedida. Matar le había correspondido con un amplio vaivén con la mano, parado en el andén entre el trajín de la multitud, hasta que el tren desapareció en una curva.

Matar Samb se tomó una copa de Smirnoff sin diluir y llamó al portero para que abriera el garaje. Sin cambiarse de ropa, con el cabello hirsuto, subió al Montero y se fue hacia Rufisque rodeado de la grisácea luz precursora del día, totalmente abrumado, anonadado por lo que acababan de comunicarle, repasando sin cesar al ralentí la misma película en la cabeza.

# SIEMPRE SE MUERE DE UN ATAQUE AL CORAZÓN

Enclaustrado desde hacía dos semanas con Ramata Kaba en la casa situada en la cornisa Este al borde del mar, frente a la isla de Gorea, Ngor Ndong se sentía invadido por una imperiosa necesidad de evasión. Todavía no lograba comprender la actitud de aquella mujer; pese a todas sus explicaciones, su comportamiento, desde luego, le parecía algo más que extraño.

La primera noche, en el Chez Vous, apenas se cerró la puerta de la habitación 5, había empezado a desvestirse febrilmente, con un intenso brillo en la mirada. Ya desnuda, se había acercado a él y tras arrancarle casi la ropa, lo había llevado a la cama y le había suplicado que la poseyera como lo había hecho la noche anterior. Se había puesto a gritar tan fuerte, diciendo tamañas barbaridades, que, por temor a que el gerente acudiera para averiguar si estaban matando a alguien, le había tapado la boca. Entonces ella se había callado y, de repente, se había quedado inerte. El se había levantado de la cama y se había vuelto a vestir. La observó y durante un breve instante creyó que había fallecido, porque se había quedado absolutamente inmóvil, con los ojos en blanco, pero pronto los regulares movimientos del pecho le indicaron que aún respiraba.

Al cabo de un cuarto de hora, aproximadamente, cuando comenzaba a preocuparse, se había movido y había emitido un hondo gemido, como si se recuperara de un desmayo, con la mirada extraviada en el vacío. Todavía se preguntaba si había perdido realmente el conocimiento cuando vio que se levantaba y se acercaba vacilante para arrojarse a sus brazos.

—¡Ah, gracias, un millón de gracias, amor mío! —había murmurado.

Luego lo había abrazado con fuerza, con el cuerpo agitado por un temblor nervioso y con la cabeza pegada a su pecho. Cuando por fin se había calmado, lo había observado un momento con una mezcla de agradecimiento y ternura, y

después le había acariciado con la punta de los dedos la mejilla, que tenía adornada por una venda sujeta con esparadrapo.

—¡Perdóname por esto! ¿Te curaron bien?

Él asintió con la cabeza.

Ella se separó de él y volvió a empezar a desvestirlo.

—Te llevo buscando desde hace mucho tiempo sin conocerte. ¡Ahora que te he encontrado, no te voy a soltar!

—¿Cómo que me has buscado mucho tiempo sin conocerme? —preguntó, sin poder contener su asombro.

—¡Ah, pero si hablas, amor mío! ¡Hablas! —exclamó ella con los ojos desorbitados por la sorpresa, antes de acabar de desnudarlo—. Te oigo hablar por primera vez. Creía que eras mudo. Verás, ningún hombre había podido hacerme sentir como una auténtica mujer, excepto tú, sólo tú. Por eso, inconscientemente, te buscaba desde siempre, y ahora que te he encontrado por fin, no pienso soltarte más. ¡Poséeme otra vez, poséeme, te lo suplico!

En el mismo estado de febril agitación de antes, se había puesto a gritar con estridencia profiriendo palabras sin sentido, para después abandonarse a un profundo silencio y a una total inmovilidad. Cuando le pellizcó con fuerza un pezón, no había sentido nada. Viendo que seguía con los ojos en blanco, comprendió que estaba desmayada.

Cuando volvieron a salir, dos horas después, al patio del Chez Vous, se había puesto a llover, detalle que ella consideró como un buen augurio.

—¡Cuando la primera lluvia del año le sorprende a uno y lo moja, es una señal anunciadora de inmensa dicha! —había afirmado con alegría—. Seremos muy felices, vas a ver, muy felices. No hay por qué apresurarse, amor mío.

Le había cogido la mano y había caminado con paso lento.

Era la primera lluvia del año, pero era intensa.

Llegaron empapados al Jaguar parado en el aparcamiento.

Una vez en Dakar, lo llevó a la casa donde se encontraban ahora. Jamás en su vida había puesto los pies en una mansión tan bonita, tan grande, con flores por todas partes, hasta en el dormitorio. Ella lo había conducido hasta la cama, donde se habían amado, una y otra vez, hasta que se fue, pero prometiendo regresar al día siguiente.

Cuando se quedó solo, trató de comprender el embrollo en el que se hallaba, pero cuanto más reflexionaba, menos comprendía aquella situación. Al final, ya entrada la noche, cansado de pensar, acabó por dormirse.

Al despertar por la mañana temprano, tomó la decisión de irse antes de que ella volviera. Entonces constató que había cerrado por fuera la puerta principal y se había llevado la llave. Viendo que sin el material apropiado le sería imposible forzar aquella complicada cerradura, se dedicó a recorrer las otras habitaciones, el salón, el dormitorio de los huéspedes, la cocina, el cuarto de baño, la despensa, el comedor... Fue inútil, porque todas tenían ventanas protegidas con recios barrotes. Podía, por consiguiente, vagar a su antojo por la residencia, pero no podía salir. Entonces se arrellanó en un sillón del salón y esperó su llegada.

Debían de ser poco después de las dos cuando apareció por fin. Tras dejar la maleta en la moqueta, había ido a arrodillarse a sus pies, con la cabeza posada en sus rodillas y la mano en la bragueta del pantalón.

—¡He estado pensando en ti toda la noche, amor mío! —había declarado mirándolo a los ojos—. ¿Y tú, has pensado en mí?

Él sacudió la cabeza.

—¡Quiero que me hables, amor mío! —protestó ella—. Necesito oír tu voz. Respóndeme, ¿has pensado en mí durante la noche?

—He pensado en ti durante la noche.

—¿Es verdad? ¿Durante toda la noche?

—Es verdad.

—¡Ay, qué feliz soy! Quiero que pienses en mí siempre, igual que yo pienso en ti todo el tiempo. Vamos a conocernos mejor. Tenemos dos semanas sólo para nosotros. Le he dicho a mi marido que me iba a Saraya. Me ha acompañado a la estación y me he ido en el expreso hasta Thiaroye. Allí me he bajado y he cogido un taxi, y aquí me tienes, exclusivamente para ti, durante dos semanas. ¿Conoces a mi marido? Seguro que habrás oído hablar de él porque sale a menudo en la tele y en la radio. Se llama Matar Samb; es el ministro de Justicia. Yo me llamo Ramata Kaba.

Sin saber por qué, se había levantado del sillón y, tras hundir la mano en el bolsillo trasero del pantalón, había sacado la joya que le había robado tres noches atrás y se la había tendido. Era una cadena de oro entorchado, gruesa como un meñique, casi de un metro y medio de longitud.

—La cadena es tuya ahora —le dijo ella, poniéndose en pie—. Te la regalo de todo corazón. ¿Temes que mi marido te mande a la cárcel porque es ministro de Justicia?

Le cogió la cadena de las manos y al advertir que el cierre estaba fuera de rosca, lo reparó con los dientes. Después la enrolló con doble vuelta y se la colgó

del cuello.

—No tengas miedo —prosiguió—. Matar es una buena persona. No lo digo porque sea mi marido, sino porque realmente lo es. Además, nunca sabrá lo que hay entre nosotros. Nunca lo sabrá nadie. Será nuestro secreto particular. Pero ¿por qué hiciste eso? El taxi que conducías la otra noche no era tuyo. ¿Por qué haces eso?

Él le había sostenido la mirada, sin responder.

—¿Por qué haces eso? —insistió—. No está bien robar. Te arriesgas a ir a parar a la cárcel, ¿lo sabes?

Él le confesó que ya había estado en dos ocasiones en los Cien Metros Cuadrados.

—¿Qué te impulsó a ir por ese mal camino, amor mío? ¿Estás obligado porque tienes personas que mantener? ¿Estás casado, con hijos y sin trabajo? ¿Tus padres no te pueden ayudar?

—Mis padres murieron hace tiempo.

—¿Tienes mujer e hijos? ¿Tienes trabajo, un oficio?

—No, nada.

—¿Con quién vives en Sangalcam? ¿Tienes un tío, una tía, una hermana o algún pariente que te pueda ayudar?

—Nadie.

—¿Con quién vives en Sangalcam? ¿Tienes casa?

—No. Además, he decidido irme del pueblo.

—¿Para ir adónde?

—No lo sé todavía.

—¿Y no tienes ningún sitio dónde vivir?

—No, ninguno.

Estaba tan conmovida por su precaria situación que los ojos se le arrasaron de lágrimas. ¡De modo que su hombre era un desvalido sin techo! De ninguna manera podía aceptarlo, se dijo, resuelta a remediarlo en el acto.

—¡Todo eso ha acabado, mi pobre amor mío! —anunció—. Nunca más te va a faltar de nada. Yo te lo daré todo, absolutamente todo. No tendrás necesidad de trabajar, ni mucho menos de robar los bienes ajenos para vivir. Mientras tanto, te doy esta casa para que vivas aquí. Espero que te guste. Si no, te haré construir otra. Es muy bonita y me pertenece. Matar no sabe siquiera que la poseo. Me la dio Erika, cuando volvió a su país el año pasado. Nos encontrábamos aquí tres veces por semana. Estaba muy enamorada de mí. Te la regalo. ¡Ya verás, te va a

encantar!

Se quedó estupefacto. Había oído decir que algunas señoras ricas, a menudo insatisfechas, mantenían a sus chulos, pero nunca había imaginado que aquello pudiera resultar tan rentable.

Ella había abierto la maleta llena de ropa, había extraído una bolsa negra de nailon y se la había entregado.

—Hay cinco millones dentro. Son para ti, para que los gastes como quieras. Cuando se acaben, no dudes en pedirme más. Soy muy rica. Ya no te va a faltar de nada.

Se sintió totalmente abrumado.

—Tampoco volverás a estar solo nunca más, amor mío —añadió—. Yo lo seré todo para ti, un padre, una madre, una hermana, un hermano. Seré toda tu familia a la vez. Seré sobre todo tu mujer, tu amante adorada.

Le había pedido que la desnudara mientras ella le desataba el cinturón y le bajaba la cremallera de los pantalones. La sesión se inició en la moqueta del salón, para continuar luego en el dormitorio. Duró hasta el anochecer.

—¿No tienes hambre? —le había preguntado ella después de recobrarse, acostada a su lado en la cama—. Yo sí.

Él había reconocido que no había probado nada desde el almuerzo del día anterior y que estaba hambriento, a lo cual ella respondió que el congelador y la nevera estaban provistos de toda clase de vituallas y que iba a ocuparse de todo. A continuación se había levantado, vestía un salto de cama negro que le llegaba a un palmo de las rodillas, y se fue a la cocina. Al cabo de un momento lo llamó. Después de ponerse los vaqueros, fue a su encuentro. Estaba asando un pollo que había sacado de la nevera.

—Ven a hacerme compañía. Ponte aquí, cerca de mí.

Pronto había olvidado vigilar la olla del fuego. El humo y el olor a quemado habían inundado la habitación cuando concluyeron sus retozos encima de la mesa de la cocina, que ella había despejado tirando del hule que la cubría, sin preocuparse de los platos que se rompieron al caer. De todos modos, confesó que con lo mala cocinera que era, tampoco le hubiera salido mucho mejor el guiso. Luego encontró un paquete de patatas fritas y pan conservado en bolsas de plástico en el congelador, que puso un momento a tostar en el horno, antes de volver a poner la mesa.

—¿Tomas vino? —le preguntó cuando, sentado frente a ella, había empezado a comer—. Hay dos o tres cajas aquí. A mí no me gusta el alcohol, al contrario

que a Matar. Hace mucho, en los primeros tiempos de casada, lo probé dos o tres veces, pero no soporto ni el gusto ni el olor. ¿Quieres?

No obstante, quiso imitarlo, pese a su aversión declarada. A la cuarta copa de Royal Kébir, estaba tan borracha que había abatido la cabeza en la mesa. El se vio obligado a llevarla en brazos hasta el cuarto de baño, donde la había lavado un poco, antes de trasladarla al dormitorio mientras gritaba a voz en cuello que todo daba vueltas, que se sentía ligera como si planeara. En la cama, había estado más exigente aún; se había desmayado varias veces; al alba, antes de dormirse por fin, le había murmurado que el vino había acentuado sus sensaciones.

La cama después de la mesa, la mesa después de la cama, ése había sido el ritmo imperturbable de su vida durante catorce días.

La noche del viernes, Ngor Ndong estaba malhumorado y deprimido. El ambiente había acabado por hacérsele insoportable. No sólo porque aquella intensa actividad lo había saturado hasta el punto de que se sentía tan débil como si acabara de sufrir una gripe de las malas, sino porque tenía el sentimiento de ser un simple objeto, una marioneta que ella accionaba con unos hilos, obligándolo a moverse en una situación que no controlaba, en la que lo único que hacía era cumplir demandas sin tomar iniciativa alguna, reducido a una lamentable esclavitud sexual, cuando mal que bien, él siempre había tenido entre sus manos las riendas de su destino. Tenía la impresión de ser como una de esas fieras enjauladas, bien alimentadas y cuidadas, que dan vueltas en su habitáculo en busca de una abertura por donde escapar.

Tras levantarse de la cama, se puso el pantalón que estaba tirado en la moqueta al tiempo que dedicaba a Ramata, inconsciente, la torva y fatigada mirada del toro que acaba de aparearse con todas las vacas del rebaño. Con gesto mecánico, se rascó la mejilla, que le picaba. La noche anterior, delante del espejo del cuarto de baño, se quitó la venda. La herida estaba curada; la cicatriz que le habían dejado los dientes formaba un marcado círculo rosado. Encendió un cigarrillo y, con paso lánguido, fue a acodarse al borde de la ventana que daba a la ensenada Bernard. La brisa nocturna le refrescó la cara y el torso empapados de sudor. En la noche sin luna, reflejadas en las tranquilas aguas, la miríada de estrellas que constelaban el firmamento transformaban el mar en un inmenso depósito de metal negro irisado de plata. Al frente, en la lejanía, las luces de la isla de Gorea, sombría masa semejante a una gigantesca ballena varada, interrumpían la oscuridad.

Ngor Ndong oyó que Ramata Kaba se levantaba y acudía a su lado, pero no se volvió. Se pegó a él y con la cabeza posada en su espalda cruzó los brazos alrededor de su cintura. El se puso rígido, con todos los músculos contraídos, como si le repeliera su contacto.

—¿Qué ocurre, amor mío? —le preguntó ella al cabo de un momento.

Aspiró una honda calada; después, con un papirotazo, lanzó el cigarrillo apenas consumido por la ventana. Se zafó con un movimiento brusco de espalda antes de volverse de cara a ella.

—¡Quiero salir de aquí!

Le asustó la aspereza de su voz. Permaneció confusa un instante, sin saber qué pensar.

—Pero..., pero ¿por qué? —balbució—. ¿Te..., te falta algo? Dime...

—No me falta nada, no necesito nada, aparte de salir de aquí.

—Sabes bien que no podemos, amor mío —contestó, tranquilizadora—. No sería prudente. Podrían vernos juntos y decírselo a mi marido. No se sabe nunca. Para él, yo me fui a Saraya...

—Tú te quedas y yo me voy.

—Pero ¿adónde? ¿Adónde quieres ir y por qué?

No estaba acostumbrada a que la contrariasen, así que la irritación que comenzaba a invadirla se hizo patente en su voz.

—Me asfixio aquí —espetó él—. Quiero ir a respirar el aire al Copacabana.

Sintió como si la hubieran insultado. ¡Que se asfixiaba allí! De modo que todos sus esfuerzos habían sido en vano. ¡Se había puesto a su entera disposición, se había avenido a satisfacer todos sus deseos y lo único que se le ocurría decir era que se asfixiaba allí y que quería ir a respirar el aire a no sabía adónde! No estaba dispuesta a dejarse ofender sin reaccionar.

—¿Así que te asfixias aquí? —inquirió con causticidad, frunciendo el entrecejo—. Y dime, ¿en la cárcel no te asfixiabas?

No supo si la flecha había dado en el blanco o no, pues él permaneció impasible. Enseguida lamentó su malévola alusión, y así iba a decírselo cuando él le respondió por fin, mirándola a los ojos.

—Sí, en la cárcel me asfixiaba también. Pero allí comprendía por qué. Había cometido una falta y por eso me habían encerrado y no podía salir.

Se arrojó a sus brazos y se apretó contra él.

—Perdóname por haberte recordado la cárcel, amor mío —se disculpó, molesta consigo misma—. Nunca más lo volveré a hacer. ¿Adónde quieres ir,

dime?

—Al Copacabana.

—¿Al Copacabana? ¡No sabía que hubiera un local con ese nombre en Dakar! Debe de ser nuevo. ¿Sabes?, he ido varias veces a Brasil y conozco bien la verdadera Copacabana. Un día te llevaré. ¿En qué parte de Dakar está el Copacabana?

—No está en Dakar, sino en Diamniadio.

De improviso, decidió acompañarlo. En Diamniadio no conocía a nadie. El riesgo de que la reconocieran era mínimo, sobre todo en la penumbra de un bar. En cualquier caso, estaba dispuesta a correr todos los riesgos, pues no estaba segura de que volviera si lo dejaba irse solo, pese a todo lo que le había ofrecido y a todos los esfuerzos que hacía por retenerlo.

—Vamos juntos y volvemos juntos —decretó.

Ramata Kaba se preparó como si fuera a un baile de gala. Una vez duchada, peinada y maquillada, se puso un magnífico vestido de seda blanca, que combinó con zapatos de salón y bolso de piel de cocodrilo negros, y el aderezo de joyas. En el momento de salir, deslizó en la mano de Ngor Ndong un grueso fajo de billetes.

Después de recorrer cogidos de la mano la cornisa Este hasta la altura del hotel Terranga, subieron por la escalera de madera que da a la plaza de la Independencia. En el aparcamiento del cine Paris encontraron un taxi que tardó un poco más de tres cuartos de hora en llegar al cruce de Diamniadio.

La entrada del Copacabana estaba abarrotada de vehículos, en especial camiones. En la gran sala la animación era aún mayor de noche que durante el día. Impresionada, Ramata Kaba estuvo a punto de retroceder cuando puso el pie en el umbral de aquel bar repleto de gente, mal iluminado por las lámparas de petróleo, donde reinaba un ensordecedor bullicio y un calor opresivo y donde el aire era asfixiante, cargado de olor a alcohol e irritante humo proveniente de los cigarrillos y de los fogones donde las prostitutas asaban carne y pescado. Se aferró instintivamente al brazo de Ngor Ndong, tratando en vano de contener los nerviosos temblores que se adueñaban de ella. En todas las mesas, los clientes hablaban y discutían de forma acalorada, forzando la voz para hacerse oír. En el centro, un corro de gente daba excitados gritos y palmadas en torno a un músico de *tama*[30] vestido con bombacho y camiseta blancos y a una muchacha muy alta que, con un conjunto de pareo anudado muy por debajo de las caderas,

bailaba la danza del perro, la más perversa de cuantas se han puesto de moda en los últimos treinta años. Era peor aún que el ndaga, que según confesó el ex presiente-poeta Senghor, lo hizo morir de vergüenza cuando se interpretó delante de sus invitados de alcurnia, en el teatro nacional Daniel Sorano. El clip de la canción (ya que el perro es a la vez canción y danza) estuvo a punto de ser prohibido por el consejo de marabúes,[31] tal como había ocurrido por ejemplo con la serie televisiva *Cuatro viejos en el viento*, acusada de ser contraria a las costumbres del país y de mofarse de los imanes, la religión y las mezquitas. El perro se había salvado por poco de la censura gracias a la intervención del gran imán. Picado por alguna misteriosa mosca satánica, en el sermón de la oración del final del Ramadán, olvidándose del Dios Todopoderoso, de su santo Corán, de la suna del profeta Toumani (que disfrute de paz y salud), había recomendado con insistencia a los desconcertados fieles que meditasen profundamente sobre el sentido de esa canción cuyo autor, al ser tan joven, no tenía conciencia de la hondura y sabiduría que la impregnaban:

Una palabra es una palabra.
¡La palabra del prójimo no es una palabra!
Un agujero es un agujero.
¡El agujero del prójimo no es un agujero!

La muchacha tenía la voz cascada y desafinaba a más no poder, pero hacía rodar las generosas caderas como un ventilador, en tanto que su acompañante golpeaba el tamtan con desenfrenado ritmo, y cada vez que decía «agujero», señalándose el pubis con el índice, levantaba una pierna y con el pareo abierto hasta el nacimiento de los muslos, doblaba la rodilla y daba bruscos movimientos de caderas para imitar al perro que levanta la pata, lo que provocaba un delirio de histeria en la sala. Los chillidos y los aplausos llegaban a su paroxismo. Algunos se desgañitaban gritando: «¡Rojo! ¡Rojo!», otros: «¡Azul! ¡Azul!», en referencia al color de las bragas de la chica, en tanto que otros clamaban que no era verdad, que ellos no habían visto nada, que parecía que no llevaba nada debajo del pareo. Con objeto de averiguar quién tenía razón, cada bando reclamaba: «¡Bis! ¡Bis!», para poder observar mejor...

Golda Meir, a quien nunca se le escapaba nada en su territorio, reparó en la cadena que llevaba colgada del cuello Ngor Ndong no bien hubo entrado en el local. Después de que se fuera dos semanas atrás en compañía de los dos

gendarmes, no había tenido ninguna noticia e ignoraba qué había sido de él. No obstante, aún le llamó más la atención la guapísima mujer que lo acompañaba. Jamás en la vida había visto una pareja tan dispar. ¡Un asno con una yegua pura sangre! La mujer, que era mayor que Ngor Ndong, estaba perdida, desorientada. Se veía en la manera en que se agarraba de su brazo, como un niño temeroso que busca el amparo de su padre. Su altivo porte, las joyas, el impecable peinado y la inmaculada blancura de su vestido indicaban que no pertenecía a ese medio. No tenía nada que ver con las prostitutas que frecuentaban su establecimiento para sobrevivir; debía de ser una de esas mujeres que llevan una vida de lujo, como las que emplean en los grandes hoteles para amenizar las noches de las grandes personalidades en visita oficial y de los turistas. De todas maneras, concluyó Golda Meir, se encontraba al otro lado de la montaña, donde la vida era bella, el dinero corría en abundancia y se gastaba a menudo en futilidades, sin tener el desagradable y frustrante sentimiento de malgastarlo, y donde las contingencias cotidianas quedaban lejos de las duras preocupaciones de la existencia de la gente humilde.

Presintiendo que allí había un buen filón, Golda Meir salió de detrás de la barra para ir a su encuentro.

—¡Ngor Ndong, hijo mío! —exclamó con afectación, precedida de su mejor sonrisa—. He estado haciendo muchas cábalas a cuenta tuya. Me tenías muy preocupada.

—¡Hola, mamá Golda! —contestó Ngor Ndong con un tono festivo que Ramata Kaba no le conocía—. ¿Cómo marcha el negocio? ¿A todo trapo?

—¡Como siempre, gracias a Dios! ¿Has estado de viaje?

—Estaba por ahí, mamá Golda.

—¿Sólo por ahí y desde hace tantos días nadie te ha visto? ¿Debías de estar muy acaparado?

—Tienes razón, estaba muy acaparado.

Golda Meir emitió una carcajada gutural antes de volverse, con la mano tendida, hacia la acompañante de Ngor Ndong.

—¿Cómo estás, Guapa Señora? —la saludó—. Y si digo que eres tú la que acaparaba a mi hijo Ngor, ¿diría la verdad?

Ramata Kaba se quedó desconcertada ante tanta familiaridad. Sin saber cómo reaccionar, miró a Ngor Ndong, buscando en sus ojos una indicación de cómo debía actuar; al no encontrarla, se decidió a estrechar por fin, con un escalofrío, la regordeta y húmeda mano de Golda Meir.

—¿Te acompaña la paz, Guapa Señora? —prosiguió.

—¡Solamente la paz! —replicó Ramata Kaba.

—¿Sabes qué vamos a hacer, Ngor, hijo mío? Os voy a llevar a mi habitación. Allí se está más tranquilo. Sólo la ocupan dos parientes míos y una chica. Aquí hay demasiado ruido.

Confiando la caja a Diodio, los llevó afuera.

Golda Meir vivía al fondo del recinto. Acompañó a la pareja en medio de la oscuridad del patio. El olor a amoniaco que desprendían los urinarios al aire libre era tan intenso que cualquiera hubiera podido pensar que se encontraba en Sonacos el día de la explosión de la cisterna manipulada que causó ciento cincuenta muertos. Del interior de las barracas surgían retazos de animadas conversaciones, carcajadas, estertores y exagerados suspiros de hombres y mujeres en estado de embriaguez. En el momento en que pasaban cerca de la última barraca, próxima a la de Golda Meir, la noche se pobló de repente de estridentes gritos.

—¡Huuy! Me voy a correr, me voy a correr, me voy a correr. ¡Huuy, que me corro, me corro! ¡Aaay! Ya... me he... corrido, me... he... corrido, me... he... corrido.

En cuanto comenzaron los gritos, en todas las barracas se hizo un silencio total. Todo el mundo escuchaba como si hubieran acordado una señal. Y cuando la trémula voz anunció la culminación, se produjo un unánime estallido de risas.

Golda Meir explicó que el que gritaba, un viejo jubilado de Thiès que venía cada trimestre a pagar la pensión a Binette, una joven laobe de Bambey, estaba aquejado de la maldición del gato, una aflicción que se remontaba al Diluvio Universal. El profeta Noé había prohibido todo acto sexual en el arca durante la travesía, a todas las parejas de animales y a los cuarenta y un hombres y cuarenta y una mujeres que habían ido con él. Entonces el perro sorprendió al gato, su tradicional enemigo, y a la gata en flagrante delito de copulación y se fue a contarlo a Noé. «¡Desgraciados! —les dijo el profeta—. Hasta el fin de los tiempos, cada vez que os acopléis, todos cuantos os rodean se enterarán.» En el mismo momento, un hombre y una mujer que estaban fornicando se vieron afectados, ellos también, por la misma maldición.

—¡Y así se cumple hasta hoy en día! —sentenció Golda Meir—. Por eso, en el periodo de celo, con sus intempestivos maullidos, los gatos anuncian a todo el mundo que se están acoplando. Ese jubilado que grita que se va a caer es un descendiente directo del hombre del arca, y existen también mujeres como él,

que descienden de su compañera.

Ngor Ndong emitió una estrepitosa carcajada y sintió que Ramata Kaba le pellizcaba el brazo.

La habitación de Golda Meir, aislada al fondo del patio, era mayor que las otras barracas y estaba amueblada con dos camas de madera, separadas por un viejo aparador en el que había expuestos en perfecto orden copas, tazas, tazones y soperas esmaltadas o de aluminio provistas de cubiertos. La estancia estaba iluminada por una lámpara de petróleo dispuesta en una mesa baja de cuadros blancos y negros, junto a una concha en la que ardía un cono de incienso. En una de las camas, una pareja se besuqueaba sin prestar atención al individuo que permanecía tumbado en la otra, fumando, con la mirada fija en el techo.

—¡Ah, hermano menor Ngor Ndong, qué pequeño es el mundo! —exclamó el hombre, que se puso en pie al ver entrar a Golda Meir y sus nuevos huéspedes —. ¿Cómo estás, hermano?

—¡Tiguis, amigo, tú por aquí, qué increíble! —respondió al reconocerlo Ngor Ndong, con el mismo entusiasmo—. ¡Menuda sorpresa!

Se fundieron en un abrazo, dándose afectuosas palmadas en la espalda. Eran compañeros de desdichas. Se habían conocido en el Château de Rebeuss, donde habían compartido celda junto con otros veinte presos. Ngor Ndong había conocido a Tiguis cuando le faltaban dieciocho meses de los siete años a que lo habían condenado por haber abatido uno de los pocos elefantes que vivían aún en el parque nacional de Niokolokoba.

Tiguis, un tipo altísimo de casi dos metros, tan delgado que llamaba la atención, era un hombre multidimensional. Poseía tres nombres, tres nacionalidades y tres profesiones declaradas. Mamadou Lamine Diop, chófer en Senegal; Malamine Diop, comerciante en Gambia; y Malang Traoré, pescador en Guinea-Bissau. Poseía tarjeta de identidad justificativa en cada uno de los tres países. Aparte, se dedicaba a actividades ilícitas como el tráfico de armas y mercancías y la caza furtiva.

Cuando por fin dejaron de congratularse, Tiguis y Ngor Ndong se miraron en silencio sujetándose por los hombros y luego se echaron a reír a la vez.

—¿Cuándo te soltaron, hermano?

—Hace un poco más de dos meses. Me beneficié del indulto presidencial de la fiesta de la Independencia. ¿Qué tal te va, amigo Tiguis?

—Bastante bien, hermano, bastante bien. Aunque si el buen Dios abriera un poco más la mano, tomaría con placer lo que me diera —reconoció Tiguis, que

se separó de Ngor Ndong para volverse hacia Ramata Kaba y estrecharle la mano—. Perdona, hermana, aún no te he saludado. ¿Te acompaña la paz?

—¡Solamente la paz! —respondió ella, intimidada.

—De modo que Tiguis y Ngor Ndong ya se conocían —constató Golda Meir —. Sobran pues las presentaciones. Así es mejor.

—Ah, sí, nos conocemos desde hace mucho —corroboró Tiguis—. ¡Ngor es un buen chico!

—Dices bien, Ngor Ndong es muy buen chico —acordó Golda Meir.

Tiguis se inclinó sobre la cama donde la pareja seguía besuqueándose y tiró de la pierna del hombre. Este se incorporó y dirigió una mirada sorprendida e inquisitiva a Ngor Ndong y a Ramata Kaba.

Tiguis los fue señalando con el pulgar y, tras señalarse a sí mismo, cruzó los dedos índices de ambas manos.

—Es mi primo, Hobou Nguer —explicó—. Es sordomudo y no oye ni el ruido de los truenos. Me ha preguntado quiénes sois y le he dicho que erais amigos.

Hobou Nguer movió la cabeza indicando que comprendía mientras se expresaba con gemidos, como hacen todos los sordomudos. Luego se levantó con una gran sonrisa en la cara y tras estrechar calurosamente la mano de Ngor y de Ramata, volvió a instalarse en la cama. Su compañera se levantó y se sentó a su lado.

—Hola, Ngor, ¿qué tal? —dijo.

—Más o menos, Lat Déguène —repuso éste—. ¿Y tú?

—Esta noche no va mal. Y tú, mujer, ¿lo pasas bien? —preguntó a Ramata Kaba, que no respondió—. Chico —agregó, dirigiéndose a Ngor Ndong—, tenemos que vernos esta noche. Te he reservado una cosa muy agradable.

—¿Tan agradable es?

—¡Ya lo sabes bien, porque lo has probado! ¿Verdad, mamá Golda?

Golda Meir soltó una gran carcajada y tomó a Tiguis por testigo.

—¡Diles a esos dos que no me den el papel de juez! Cuando estaban encerrados en la habitación, yo no estaba presente.

—Tienes razón, Golda —abundó Tiguis, contagiado por su risa—. Puesto que no estabas presente, no te debes pronunciar.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó de pronto Ngor Ndong a los presentes —. ¿Habéis pedido ya?

—Yo estoy ya muy bien entonado —contestó Tiguis—. Me he tomado un

litro y medio de vino y tres cervezas desde el comienzo de la noche. ¿Sabes? Hobou Nguer y yo estamos aquí desde anteayer.

—¿Desde anteayer? Si lo hubiera sabido, habría venido antes...

—No hay que hablar a lo tonto, hermano —se burló Tiguis—. Habrías sido un idiota si hubieras dejado un solo instante a la que te acompaña. Pero sentémonos.

—Pero ¡Tiguis, tú estás mal! —exclamó con aire festivo Ngor Ndong, tomando asiento en la cama libre al mismo tiempo que el traficante-cazador furtivo—. Estés entonado o no, vamos a celebrar nuestro reencuentro.

Del bolsillo trasero del pantalón sacó el fajo que le había dado Ramata Kaba al salir de la mansión de la cornisa Este y, seleccionando unos seis billetes, lo tendió a Golda Meir.

—¿A cuánto sube, mamá Golda?

La mujer se inclinó sobre la mesa de cuadros y, tras colocar los billetes delante de la luz de la lámpara de petróleo, los contó uno por uno.

—¡Cincuenta mil francos! ¡En billetes nuevecitos y crujientes! —anunció con fingido tono de sorpresa.

—Bueno, con eso pagas todo lo que Hobou Nguer y Tiguis han tomado desde que están aquí y después nos traes bebida a discreción. Si lo que te he dado no alcanza, me pides más.

—¡Será suficiente, Ngor, y aún va a sobrar! —dictaminó Golda Meir—. Guapa Señora, siéntate, siéntate en la cama.

—Sí, es verdad, ven a sentarte —la invitó Tiguis, que se apartó un poco para dejarle sitio.

Todavía dubitativa, Ramata Kaba acabó por instalarse entre él y Ngor Ndong.

Golda Meir se retiró prometiendo volver enseguida.

Tiguis y Ngor Ndong so enzarzaron en una alocada discusión trufada de anécdotas y risas en la que rememoraron su estancia en la cárcel. En la cama de enfrente, Hobou Nguer y Lat Déguène reanudaron sus retozos. Ramata Kaba, absorta en una profunda meditación, guardaba silencio.

Golda Meir regresó instantes después, seguida de su hija Diodio cargada con una palangana de plástico llena de botellas.

—¡Ayúdame, madre, que pesa demasiado!

Golda Meir cogió una de las asas y juntas depositaron la palangana en el suelo.

—Hay de todo —anunció la madre, trasladando las botellas a la mesa de cuadros—. Cerveza, vino, whisky, ginebra y Riqlès. Por desgracia, con este calor, el hielo se ha fundido.

—No hay problema —aseguró Ngor Ndong.

—A mí el hielo me provoca catarro —comentó Tiguis.

—Entonces, todo está perfecto —se felicitó Golda Meir—. ¿Y no tenéis hambre? Hay alas de pavo, muslos de pollo, pinchos de hígado y carne, asados o fritos, y también hay arenques. ¿Qué vais a tomar?

Todos, salvo Ramata Kaba, optaron por los pinchos.

—Diodio os lo trae enseguida —prometió Golda Meir antes de salir de la habitación en pos de su hija.

Tiguis y Ngor Ndong se pusieron a beber directamente cada uno de una botella de vino. Hobou Nguer y Lat Déguène se dedicaron a beber ginebra seca en unos vasos que sacaron del aparador. La conversación prosiguió hasta la llegada de Diodio, que dejó la bandeja con los pinchos en la mesa, junto a las botellas, y se marchó.

Ramata Kaba no quiso tomar nada. Pese a la insistencia de Tiguis, aseguró que no tenía hambre ni sed. En realidad, se sentía humillada. Desde su llegada, Ngor Ndong no se había preocupado de ella, ni la había mirado ni le había dirigido la palabra una sola vez. ¡Y para colmo, aquel adefesio de mujer de piel destrozada por la despigmentación artificial que tenía sentada delante de ella no paraba de desafiarla con la mirada en lugar de ocuparse del sordomudo! La muy descarada no había tenido suficiente con dirigirse a ella de manera tan insolente, encima tenía la desvergüenza de hacerle proposiciones indecentes a su hombre. La habían asaltado unas ganas enormes de darle un par de bofetadas, para poner en su sitio a esa viciosa que en nada podía rivalizar con ella. Pese a que hasta le escocían las manos, en el último momento había optado por reprimirse, porque esas mujeres de mala vida eran unas verdaderas salvajes, que a veces llevaban escondida una cuchilla de afeitar en un pliegue del pareo o en el sujetador y la usaban con destreza, dejándolo a uno desfigurado por cualquier menudencia. Además, estaba de incógnito y no le convenía provocar un escándalo allí. ¡Por otro lado, no merecía la pena molestarse con esa mala pécora! No era de su clase y nunca le llegaría ni a la suela del zapato. Aunque en el fondo, ella, Ramata Kaba, ¿lograría conseguir a Ngor Ndong? No estaba del todo segura. Los separaban demasiadas cosas, por no decir todo. Se había acabado de convencer de ello desde que había llegado al Copacabana. Pese a sus esfuerzos, no podía

comprender y dudaba que llegara a comprender algún día. ¡Qué idea más estrafalaria había tenido él de abandonar la intimidad en la que se hallaban los dos para ir allí, simplemente para emborracharse! ¿Por qué la había dejado de lado por una conversación inconexa e insípida, en la que sólo se hablaba del mundo de la cárcel? ¡Y pensar que ella se había preguntado al principio si era mudo! ¡Era un verdadero sacamuelas! ¡Y la risa burlona con que había salido cuando Golda Meir había explicado esa historia del arca! Seguro que lo había hecho para mofarse de ella, porque personalmente no le había encontrado la menor gracia. Y sin embargo, pensó con aflicción, durante aquellas dos semanas que habían pasado juntos, no había reído ni una sola vez, había abierto la boca en raras ocasiones y sólo cuando ella lo interrogaba, para responder de la manera más breve posible. Allí parloteaba sin cesar y estallaba en carcajadas constantemente. ¿Por qué no hablaba con ella? ¿Por qué no reía con ella? ¿Por qué no había querido quedarse con ella en la lujosa casa que le había regalado, donde el vino era mejor, al igual que el marco, que no era ni remotamente comparable con aquella chabola que apestaba a miseria a pesar del olor a incienso?

Se juró que conseguiría domarlo. Era un joven semental salvaje, que aún no se había habituado al bocado y la silla. No sería fácil, desde luego, pero lo iba a conseguir. Se sometería a todas sus órdenes, sin una queja, satisfaría todos sus deseos y caprichos, hasta que acabara por acostumbrarse a ella. Mientras tanto, tendría que volver a casa al día siguiente. Sólo de pensarlo, sintió que se le encogía el corazón. La idea de separarse de Ngor Ndong le resultaba dolorosa, insoportable. Iría a tomar el tren en la estación de Thiaroye, para reunirse con su marido que la esperaría en la estación de Dakar. Después, encontraría la ocasión de ir a ver a Ngor Ndong todos los días. ¿Y si lo llevaba a la casa y le decía a Matar que lo había contratado para el servicio doméstico? Así todo estaría arreglado y lo tendría siempre a su alcance. No sería prudente, de todas formas, porque no podría dominarse y acabaría por delatarse. Pese a que su marido era algo distraído, podría abrir los ojos y advertir sus relaciones. Además, no soportaría verlo efectuar el trabajo de los criados. Ya idearía la solución más adecuada, aunque no en ese antro donde se sentía tan a disgusto. Podría reflexionar mejor cuando volvieran a la casa de la cornisa Este.

Acercó la cara a la de Ngor Ndong y le apretó el brazo.

—¡Volvamos! —le susurró al oído.

—¿Ya? —contestó éste, extrañado, sin mirarla—. Si acabo de llegar casi...

—Me siento incómoda aquí.

—Eso es al principio. Bebe, come y participa en la conversación. ¡Espera!

Ngor Ndong se levantó y llenó hasta el borde un vaso de ginebra, que tendió a Ramata Kaba.

—Toma y bébelo con los ojos cerrados, que después te daré otro. ¡Luego comes unos cuantos pinchos y verás como se te pasa el malestar!

Ella titubeó.

Él insistió.

Acabó por tomar la copa y, efectivamente, cuando hubo dado cuenta de la segunda y el alcohol se desparramó en su cabeza con la contundencia de una ola, se sintió relajada. Él le pasó un pincho, que encontró delicioso, de manera que comió varios.

A la segunda botella, Hobou Nguer y Lat Déguène habían abandonado los vasos en la mesa y habían parado de comer. Entonces la chica se había desanudado el pareo y su compañero se había bajado el pantalón hasta los tobillos...

—¡Eh! ¿Qué haces, Hobou Nguer? —exclamó Tiguis, como si el sordomudo pudiera oírlo—. ¡No tiene ningún pudor! ¡Es un verdadero fresco!

A Ramata Kaba comenzó a hervirle la sangre ante el impúdico juego que se desarrollaba ante sus ojos, en la cama de enfrente. Todo su cuerpo se estremecía, como el agua de una olla a punto de hervir. De improviso se quitó los zapatos, se puso en pie levantándose el vestido y se desprendió de las bragas, que tiró al suelo. Entonces se acostó en la cama, cogió a Ngor Ndong del brazo y lo atrajo hacia sí.

Tiguis comprendió que estaba de más allí.

—Tengo la vejiga llena, voy afuera —anunció.

Al salir de la habitación, cerró la puerta.

Las dos parejas estaban tan enfebrecidas que no oyeron, y Hobou Nguer aún menos, los gritos, los ladridos y las carreras que resonaban en el patio del Copacabana.

La puerta se abrió con violencia y los gendarmes irrumpieron en el interior de la cabaña.

De pie en el umbral de la entrada del cuartel, con los brazos cruzados en la espalda y semblante inexpresivo, el ayudante jefe Ibnou Faye esperaba después de haber llamado por teléfono.

Las calles comenzaban a animarse. En la avenida Maurice Guèye, donde ya

se habían apagado las farolas, circulaban algunos coches con los faros encendidos en medio de la indecisa luz del amanecer.

Seguro que el ministro no sospechaba la clase de mujer que tenía, pensaba Ibnou Faye. ¡La habían detenido en estado de embriaguez avanzada, en una guarida de borrachos y prostitutas, y para colmo, con un delincuente de la talla de Ngor Ndong encima de ella, en una posición inequívoca! Aquello superaba su capacidad de entendimiento. Sin acabar de admitir aquella verdad, todavía se preguntaba cómo y por qué encadenamiento de hechos había podido producirse aquello.

Una vez concluida la plegaria matinal, pasaba las cuentas del rosario sentado encima de la alfombra, cuando uno de los agentes de guardia de noche había llegado para avisarlo.

—Charlie Bravo, hay una mujer muy guapa entre las prostitutas detenidas en la redada en Diamniadio, que monta un escándalo increíble. Anoche, cuando la trajeron, borracha como una cuba, ni siquiera sabía qué le había pasado ni dónde estaba y enseguida se durmió. Pero desde que se ha despertado, hace diez minutos, y tiene la cabeza un poco más clara, no para de insultarnos y amenazarnos.

—Aisladla en el sótano y encended el grupo electrógeno durante media hora. Cuando se haya calmado, se dará cuenta de que nosotros podemos hacer más ruido que ella. En cuanto a las amenazas y los insultos, y más viniendo de una mujer, no hay que hacer caso. Ya estamos acostumbrados. ¿Está fichada?

—No, Charlie Bravo. Lo que pasa es que esa mujer tan guapa no parece para nada una ramera. Además, ha dicho que lo conocía a usted y reclama que vaya.

—¿Qué me conoce? ¿Y cómo se llama?

—No sé. Seguro que es una mitómana. Afirma ser la esposa del ministro de Justicia.

—¿Cómo es?

Levantando el pulgar, el gendarme había expresado su positiva apreciación.

—De unos treinta y cinco años, cuarenta como mucho. Bien plantada, muy bien plantada, Charlie Bravo. En toda mi vida no había visto una mujer tan guapa. ¡Es tan guapa que parece que no la haya traído al mundo un ser humano sino un genio!

—¡Ya entiendo! No es mitómana, si se trata de la mujer que creo que es. ¿No la has reconocido? ¿Te acuerdas que, hace dos semanas, batimos todo el sector para encontrar a ese gamberro de Ngor Ndong?

—Yo tenía unos días libres, pero me lo contaron cuando volví.

—Pues bien, es esta mujer la que provocó todo ese barullo. Buscaba a Ngor Ndong para darle las gracias, según decía, por haberle salvado de una agresión la noche anterior. Es, en efecto, la esposa del ministro. ¿Y dónde dices que la detuvieron?

—En el Copacabana. ¿Y quiere saber en qué condiciones, Charlie Bravo?

—¿En qué condiciones?

—La encontramos en una barraca, completamente borracha, en compañía de un sordomudo con una mujer, concentrados en plena actividad en las camas, y con el mismo Ngor Ndong que acaba de mencionar acostado encima de ella, dándole un buen meneo.

—¡Dios santo, no es posible!

—Sí, es verdad, Charlie Bravo, exactamente tal como le digo.

Después de sustituir la túnica por el uniforme, Ibnou Faye se había dirigido con premura al recinto del cuartel siguiendo los pasos de su compañero. Había encontrado a Ramata Kaba gritando como una posesa, mientras trataba de sacudir los barrotes de la puerta de la celda donde estaba encerrada junto con unas veinte prostitutas.

—Sacadme de aquí, salvajes, brutos, os van a expulsar del cuerpo, a todos los del cuartel. Os digo que soy la esposa del ministro de Justicia. ¡Ya veréis, os vais a quedar sin empleo, os lo digo, si no me sacáis de aquí! Mire, señor gendarme Faye... —increpó con viveza al ver al ayudante jefe Ibnou Faye.

—¡Cállese!

Ramata Kaba había parado en seco, sorprendida por el tajante tono del jefe de brigada. Soltando los barrotes, había querido retroceder hasta el fondo de la celda, pero las prostitutas la habían empujado sin miramientos hacia delante. Entonces se había llevado las manos al cuello y se había quedado inmóvil, asustada.

Ibnou Faye había dirigido una señal a uno de sus hombres, que sostenía un manojo de llaves.

—¡Abra! —Una vez abierta la celda, señaló con el índice a Ramata Kaba—. Usted, salga.

Las prostitutas se habían puesto a protestar.

—¿Y por qué ella y nosotras no? ¡Eso es discriminación! ¡Por más esposa de ministro que sea, la detuvieron en la misma redada que a nosotras!

Sin prestarles atención, Ibnou Faye había conducido a Ramata Kaba a su

despacho, donde le había ofrecido la misma silla que había ocupado durante su anterior visita.

—¿Qué significa toda esta historia, señora? —inquirió mientras tomaba asiento en su sillón.

—¡No es asunto de su incumbencia!

—Sí, lo es, y también lo es de su marido. Me veo en la obligación de avisarlo. Deme su número de teléfono.

—Ni lo sueñe...

—¡Ah no, señora! Preste mucha atención y escúcheme. Me va a dar ahora mismo ese número. Si no, la devuelvo a la celda. No olvide que la han detenido en un burdel, sin tarjeta sanitaria, como a una vulgar prostituta, lo cual es un delito. Le voy a explicar el reglamento. Vamos a tomarle las huellas digitales de los diez dedos, huellas que se enviarán a Dakar para la identificación judicial y esperaremos dos o tres días, o incluso más, antes de que llegue la respuesta. Después se hará un atestado, se la fichará y a continuación se la transferirá a las autoridades judiciales. Aparecerá en todas las portadas y en todas las emisiones de radio, y su marido, no lo dude, se va a enterar. No es eso lo que le conviene, ¿verdad?

Se había levantado de la silla y, rodeando la mesa, se había acercado a él. A pesar de los ojos enrojecidos, los rasgos hinchados, marchitos a causa del cansancio, la falta de sueño y el abuso de alcohol, Ibnou Faye pensó que de todas formas seguía siendo una mujer espléndida y muy atractiva. Inclinándose, había aproximado la cara a la suya al tiempo que le posaba con familiaridad el brazo en el hombro.

—Deje que me vaya, Faye, y no lo lamentará. Sabré recompensarle —había prometido con voz melosa.

Insensible a su maniobra de seducción, la había cogido con firmeza por la muñeca y, tras desprenderse de su brazo al levantarse, la había conducido sin brutalidad hasta su silla antes de soltarla.

—¿El número, señora? —había insistido, inclinado hacia ella, con las manos apoyadas en la mesa.

De repente se había puesto a sollozar y había hundido la cara entre las manos, abatida y desarmada.

—¿El número, señora? —había repetido él, inflexible.

—836 11 66... Es... el... de su móvil.

El ayudante jefe Ibnou Faye había llamado entonces al ministro. Después

había dejado a Ramata Kaba sola en su oficina y aguardaba de pie en la puerta. Consideraba que le había tocado hacer el papel de macarra, cosa que le disgustaba sobremanera. Tendría que hablar con franqueza al ministro, por más embarazoso que fuera, para que vigilara mejor a su esposa. Se arrogaba ese derecho porque el propio ministro en persona lo había implicado en aquel turbio embrollo enviándolo a buscar a Ngor Ndong para ponerlo en contacto con su mujer. Puesto que había estado implicado en aquel asunto desde el principio, pensaba concluir, como de costumbre, el trabajo que había empezado.

El hilo de los pensamientos de Ibnou Faye se interrumpió cuando vio el Montero de matrícula oficial que, procedente de la carretera de Dakar, rodeaba la rotonda para venir a pararse cerca del mástil en el que flotaba la bandera de color verde, rojo y oro con la estrella verde. Debía de ser el ministro, dedujo tras consultar el reloj. Habían transcurrido casi cuarenta y cinco minutos desde que lo había llamado. Pensó que se había equivocado de persona cuando vio bajar del coche a un individuo vestido con una vieja túnica índigo, con el cabello gris en desorden y unas sandalias de plástico en los pies. Aunque no, era él, sin margen de duda. Lo reconocía porque lo había visto a menudo en la televisión, y la última vez fue el día anterior, precisamente.

Matar Samb subió con paso lento los cinco escalones hasta llegar al umbral.

Ibnou Faye se cuadró ante él.

—¡Ayudante jefe Ibnou Faye a su servicio, señor ministro!

—¡Descanse, ayudante! —contestó Matar Samb, que le tendió la mano.

Después de saludarse, Ibnou Faye pidió al ministro que lo siguiera. Tras recorrer el pasillo, atravesaron la sala de permanencia, ocupada por los agentes que habían efectuado la redada, y llegaron a la oficina. En cuanto hubo franqueado la puerta detrás del gendarme, Matar Samb se quedó pasmado al ver a Ramata Kaba, sentada en la silla, de espaldas. Al volverse, Ibnou Faye observó impresionado el rostro crispado del ministro. Sus ojos desorbitados, los brazos colgantes y la boca abierta expresaban a la vez un asombro y un sobrecogimiento absolutos.

Al cabo de un momento largo, presidido por un tenso silencio que permitía distinguir hasta el ruido de las aspas del ventilador, Ibnou Faye se decidió a intervenir.

—Tengo que hablar con usted de hombre a hombre, si me lo permite, señor ministro.

Matar Samb se repuso y, despegando la vista de Ramata Kaba, posó en el

gendarme una mirada que había recuperado la normalidad.

—Adelante, ayudante —lo animó con voz calmada.

—Verá, señor ministro —comenzó Ibnou Faye, hablando con rapidez—, la señora, su esposa, nos pone en una situación que nos impide hacer correctamente nuestro trabajo. ¿Comprende usted? Según las normas, en vista del lugar y las condiciones en las que la detuvimos, deberíamos transferirla a las autoridades judiciales. No podemos hacerlo porque usted es su marido y ella, por consiguiente, esposa de un miembro del Gobierno. Por ello, me permito aconsejarle que la vigile bien. El Copacabana, donde se encontraba en estado de embriaguez, es un bar de Diamniadio que en ningún caso debería frecuentar, y la compañía de un individuo tan indeseable como Ngor Ndong es inadmisible para una dama de su categoría. A las mujeres hay que atarlas en corto. Vigile a la suya, señor ministro. Lamento tener que decirle esto y le ruego que me disculpe, una vez más.

—Tiene usted toda la razón, ayudante —concedió Matar Samb con la misma calma en la voz—. La voy a vigilar. Le doy las gracias por todo.

—No hay por qué darlas, señor ministro. ¡Y créame, lo lamento muchísimo!

—No tiene por qué, ayudante. Ha actuado como debía y le estoy muy agradecido.

—A su servicio, señor ministro.

Matar Samb se acercó a Ramata Kaba y le posó suavemente la mano en el hombro.

—Levántate. Volvemos a casa —declaró con la misma tranquilidad.

Ramata Kaba se puso en pie y, sin dedicar una mirada ni a su marido ni a Ibnou Faye, se encaminó a la salida. El ministro se despidió del gendarme y fue tras ella.

Afuera, en el momento en que subía al asiento del coche, advirtió, en el colmo de la confusión, que iba descalza.

—¡Ahora te has metido en un buen lío, esta vez va en serio! —anunció Ibnou Faye—. ¿Conoces bien a la mujer que arrastraste hasta el Copacabana? Su marido, si es que no te mata, te va a meter en chirona para rato. Te está buscando, de hecho...

Sentado frente a Ibnou Faye, en su oficina, Ngor Ndong se mantenía cabizbajo, rascándose con gesto maquinal la cicatriz de la mejilla.

—Yo no arrastré a nadie hasta el Copacabana, por Dios —protestó en voz baja—. Se lo juro, jefe Faye.

Después de soltar a la esposa del ministro, por un prurito de equidad, el ayudante jefe había concedido el mismo favor a cuantos habían sido detenidos en Diamniadio, en total una cincuentena de hombres y mujeres. Había retenido a Ngor Ndong por simple curiosidad. En ningún momento había dado crédito a la versión de la mujer del ministro y quería saber qué era lo que de verdad había ocurrido entre ella y Ngor Ndong. No obstante, sabía que si lo interrogaba directamente sobre la cuestión, se resistiría a responder. Con tal objeto, sacó del cajón un buen fajo de billetes y los colocó delante de Ngor Ndong.

—Te encontraron mucho dinero encima. ¡Doscientos cincuenta mil francos es una suma importante!

—¿Cómo, no tengo derecho a llevar dinero? —replicó con indignación Ngor Ndong, todavía con la cabeza gacha.

—Sí, como todo el mundo. Pero debes ganarlo de manera lícita, no robando. Tú tienes un historial. Hace justo un mes y medio que has salido de la cárcel y ya te paseas con doscientos cincuenta mil francos en el bolsillo cuando ni siquiera trabajas. ¿De dónde los has sacado?

—Fue la mujer la que me los dio, igual que la cadena que llevo colgada, lo juro por Dios, jefe Faye. Puedes preguntarle.

Ibnou Faye emitió una tenue carcajada de decepción.

—Te creo —afirmó con tono menos profesional—. Puedes coger el dinero. Acepto tu palabra.

Ngor Ndong cogió los billetes de la mesa y los guardó en el bolsillo de los vaqueros.

—¿Puedo irme, jefe Faye? —preguntó, sin levantar la cabeza.

—Sí, Ngor, puedes irte, pero antes querría que me dijeras..., sin engañarme... Dime la verdad, Ngor...

—¿Qué, jefe Faye? ¿Qué verdad?

—Quiero que me expliques cómo hiciste para..., para ligarte a esa mujer. Explícame exactamente cómo lo hiciste.

Por primera vez, Ngor Ndong levantó la cabeza y miró al gendarme con una maliciosa sonrisa en los labios.

—Ella lo contó, ¿no? La salvé de una agresión de la que salí con esto —afirmó, señalándose la cicatriz de la mejilla.

—No, Ngor, esa versión no es la buena, quiero la verdad. Dime cómo empezó vuestra relación. ¿Quién dio el primer paso, ella o tú?

—En nombre de Dios, jefe Faye, le aseguro que sucedió como ella dijo. Yo

la salvé de una agresión y ella quiso darme las gracias —sostuvo Ngor Ndong, que se levantó de la silla—. Puedo irme, ¿jefe Faye?

—Sí, Ngor, puedes irte —concedió Ibnou Faye, convencido de que no le iba a sacar nada más.

Para entonces miraba a Ngor Ndong con cierta consideración. Lo había dejado de ver como a un pequeño delincuente, y con un extraño asomo de envidia y celos se lo imaginaba en los brazos de la espléndida esposa del ministro. Poniéndose de pie a su vez, le estrechó la mano por encima de la mesa.

—Buena suerte, Ngor. Eres un buen chico y no eres tonto. Si quieres, volverás a ir por el buen camino.

—Gracias, jefe Faye.

A la salida del cuartel, Ngor Ndong se topó con la pequeña aglomeración formada por los recién liberados clientes del Copacabana, que en diferentes corros, se contaban en voz alta sus desventuras y las aderezaban con grandes carcajadas. Entonces vio a Tiguis que le hacía señas, en compañía de Hobou Nguer, Lat Déguène y otra chica y, apretando el paso, se fue hacia ellos.

Matar Samb y Ramata Kaba no se dirigieron la palabra ni una sola vez en todo el trayecto desde el cuartel de Rufisque a la mansión de Ranrhar, donde no quedaba ni un solo miembro del personal doméstico, con excepción del agente del Servicio de Seguridad de Senegal, que montaba guardia en la puerta.

No bien llegaron al dormitorio, él la interrogó con actitud sosegada, con la misma calma que parecía dominarlo desde que se había rehecho de la violenta conmoción causada por la visión de su esposa sentada en la oficina del ayudante jefe Ibnou Faye.

—¿Y bien?

Con los brazos cruzados sobre el pecho, ella miraba por la ventana abierta el encrespado mar que rompía contra las rocas y que provocaba inmensos surtidores de espuma.

—¿Y bien qué?

—Exijo una explicación, por lo menos. ¿Dónde has estado estas dos semanas y qué hacías en el Copacabana con Ngor Ndong?

Ella se negó a responder.

Él reiteró las preguntas, sin alterar el tono.

Ella persistió en su mutismo.

Interpretando su silencio como un desprecio, una rabia tremenda lo sumergió de improviso con el ímpetu de un torrente. Entonces la agarró del brazo, la

obligó a volverse con brusquedad y le propinó una sonora bofetada. Por primera vez en un cuarto de siglo de matrimonio, le había puesto la mano encima. Por otra parte, consideraba que lo merecía, que merecía eso y mucho más. Sus dedos dejaron una evidente marca de la violencia del golpe.

Ella permaneció impasible, sin esbozar el menor gesto para esquivarlo ni para defenderse, mientras, con el brazo levantado, él se disponía a descargar otro revés.

—Adelante, Matar, pégame, mátame incluso si quieres. Lo merezco —declaró con tono afligido—. Tú siempre has sido bueno conmigo en todos los sentidos. Me he comportado muy mal contigo, y por eso te pido el divorcio.

Él bajó el brazo y la miró con el entrecejo fruncido, pensando que no era Ramata, sino otra mujer la que tenía delante. Una mujer con una cara y una voz diferentes, una mujer que no había visto nunca.

—¡Lo de pedir el divorcio es otra cuestión! —espetó él—. Mientras tanto, explícame, porque no lo entiendo. Que no fuiste a Saraya está muy claro. ¿Dónde estuviste entonces estas dos semanas? ¿Qué hacías en el Copacabana en compañía de Ngor Ndong?

—Te voy a hacer aún más daño, Matar, y no quiero. Concédeme el divorcio, te lo suplico, que toda la culpa recaiga en mí, por supuesto. Es mejor para ti y para mí. ¡Devuélveme la palabra dada, por favor, Matar!

Trató de enlazarle el cuello con las manos, pero él la rechazó con aspereza.

—¡No será antes de que me expliques lo que te pido! —gritó fuera de control —. Espero tus explicaciones, ¿me oyes? Mi paciencia tiene un límite y ya lo has sobrepasado. Habla.

—¿Te empeñas en que te lo explique? De acuerdo —aceptó con un encogimiento de hombros—. Te lo explicaré y así lo sabrás todo. Te advierto, sin embargo, que lo que voy a decir no te gustará. Escúchame bien, porque, por una vez, voy a ser sincera contigo. Cuando nos conocimos, las cosas fueron demasiado deprisa. No tuve tiempo de reflexionar para saber si te quería hasta el punto de atar para siempre mi existencia a la tuya. Pronto me di cuenta de que no te amaba. Nunca te he amado, Matar, nunca. Es así, no puedo evitarlo. Lo he intentado, pero ha sido en vano. Siempre quise decírtelo, pero no podía, de tan deslumbrada que estaba con tus artificios, tu fortuna, tu categoría, tu posición y los regalos con que siempre me cubrías. Aparte, hay que reconocer que eres un hombre estupendo, una buena persona de gran corazón, y por eso me repugnaba hacerte daño. Sin Ngor Ndong nunca habría reunido la fuerza para confesarte la

verdad. Tú me lo has dado todo, Matar, todo lo que podías: respeto, consideración, comodidades, seguridad, tu amor, que sé que no tiene doblez. Desde que estamos juntos no he tenido motivos de queja de ti, siempre has sido bueno conmigo, pero, por desgracia, no me basta con eso. Quizá tú sí eras feliz conmigo, Matar. Yo, yo mentía si te decía que lo era contigo, porque es imposible que una mujer conozca la dicha con un hombre al que no ama. Y, sobre todo, me faltaba algo, lo único que no has podido darme y que era la causa de que estuviera insatisfecha contigo. No es culpa tuya, lo sé; no puedes, porque si no, me lo habrías dado. Resulta que contigo soy frígida, no me puedes colmar. Como todos los hombres que conocí antes de ti y como todos los que he conocido, pese a todo, a lo largo de nuestro matrimonio, porque te he engañado varias veces. Sólo uno ha llegado a satisfacerme: Ngor Ndong, le mentí con respecto a él, de cabo a rabo. Siempre te he mentido, siempre te he engañado. Ni siquiera sé por qué actuaba así. Soy una auténtica cerda, siempre lo he sido y tú nunca te diste cuenta. Tú eres bueno. Incluso en la cama, te mentía haciéndote creer que me colmabas cuando no era así. Nadie ha sabido colmarme nunca, excepto Ngor Ndong. El nunca acudió a socorrerme tal como te conté. En realidad me traía en un taxi que había robado, de la Maternidad a casa, la noche en que Dieynaba había dado a luz. Por el camino me llevó a un lugar apartado de la carretera y me violó. Aquello fue para mí como una luz cegadora en la oscuridad. No puedes, es imposible que me comprendas nunca. No puedo describirte lo que siento cuando estoy con él. Es algo tan profundo que hasta pierdo la conciencia. Es como si muriera para renacer, una experiencia que no había conocido nunca. Tienes razón, no estaba en Saraya. He estado en Dakar con Ngor Ndong, durante dos semanas, y no me he saciado de él. No lo puedes comprender, Matar. ¡Me he convertido en su esclava!

—¡Te has vuelto loca! —vociferó Matar Samb.

Dio dos pasos hacia Ramata y se detuvo de improviso, aquejado por un fulminante dolor en el pecho. Era como si una mano de acero se le hubiera metido adentro para atenazarle el corazón y tirase de él con intención de arrancárselo. Se ahogaba, le faltaba el aire. Con las manos pegadas al cuello, los ojos desorbitados, la boca abierta y la respiración impedida, lanzó un grito ahogado mientras se desplomaba en la moqueta. Luego se agitó un instante de forma espasmódica antes de inmovilizarse.

Cuando recobró el conocimiento, no tenía noción del tiempo que había durado el desmayo.

Se levantó poco a poco, con sordos gemidos. Primero logró ponerse de rodillas, agarrándose a la cabecera de latón dorado de la cama a fin de recuperar aliento y fuerzas para proseguir. Permaneció largo tiempo sin poder sostenerse en pie, con las piernas temblorosas y un intenso vértigo. Se sentó en la cama, y se llevó las manos al pecho, todavía sometido a la presión de aquella garra de acero, con un gusto amargo en la boca, la saliva espesa y un zumbido en las orejas. A pesar del oscuro velo que le dificultaba la visión, advirtió que Ramata no estaba ya en la habitación.

Con todo, aun siendo terrible, aquel dolor en el tórax no era nada comparado con el otro, que no era físico sino psíquico y que se extendía curiosamente por todo su organismo, atenazándole la garganta, imposibilitándole la respiración y ocasionándole sofocos y temblores convulsivos cada vez que imaginaba a Ramata con ese hombre, juntos durante dos semanas enteras. ¡Él había acabado con ella, la había echado a perder! Pero ¿quién demonios era ese individuo? ¡Ngor Ndong! Ese nombre le resultaba vagamente familiar, no era la primera vez que lo oía. Pero ¿dónde y cuándo había sido? Trató de hacer memoria y por su mente desfiló el recuerdo de cuantos hombres había conocido, y a todos los vio con los rasgos de Ngor Ndong, a quien, sin embargo, no conocía.

Ve a Ngor Ndong con Ramata, desnudos en la cama. Él está encima y ella exhala bufidos de placer. La visión era tan nítida que sentía una comezón en el bajo vientre y su sexo se irguió con ímpetu.

—¡Ngor Ndong, deja a mi mujer, deja a mi mujer! —gritó al tiempo que se levantaba bruscamente de la cama, con los brazos estirados frente a sí, con aire alelado.

Tropezó y volvió a caer al suelo sin dejar de ver a Ngor Ndong y a Ramata absorta en sus abrazos.

Ngor Ndong no quiere dejar a Ramata, y Ramata no quiere que Ngor Ndong la deje. Lo dice, lo pone de manifiesto con ronroneos y suspiros de hembra satisfecha y se agarra a él con manos y pies como un náufrago a una balsa.

De improviso, los recuerdos afluyeron. ¡Ah, ya se acordaba! Ngor Ndong era el portero de la Maternidad del hospital Le Dantec. ¡No, no, no era posible! Ngor Ndong llevaba veinte años muerto.

—¡Ramata me está tomando el pelo! —exclamó con una gran carcajada—. Ngor Ndong no podía ser su amante, porque está muerto y bien muerto.

Cerró los ojos, pero la visión seguía allí, clara y precisa en su mente.

El sol acababa de salir cuando Ramata Kaba aparcó el Jaguar ante la verja de

la casa de la cornisa Este. Después de atravesar el pequeño jardín, cogió las llaves de su escondrijo bajo el porche y entró en la casa.

Se sentía mal, muerta de cansancio, embotada por el dolor de cabeza y una horrible resaca. Entró en el cuarto de baño y, tras abrir el grifo de agua caliente de la bañera, se fue a la cocina a buscar la última botella de vino, con la que regresó bebiendo directamente a largos tragos.

Después de dejar en el borde del lavabo la botella medio vacía, se miró al espejo. Se volvió con celeridad, a punto de echarse a gritar. Aquella cara asimétrica de mejilla tumefacta, ojos enrojecidos y ojerosos y mirada extraviada no era la suya. Qué bajo había caído. Se sentía miserable con aquel rostro devastado y el vestido desgarrado, invadido de toda clase de manchas. Comenzó a desvestirse y, una vez desnuda, cerró el grifo y entró en la bañera.

El vino empezaba a subírsele a la cabeza, destilando su efecto de euforia. La resaca se disipaba al tiempo que recobraba el ánimo. Ahora se sentía a gusto.

Al pensar en Ngor Ndong, un agradable prurito recorrió todo su cuerpo. Se dijo a sí misma que Ngor Ndong iba a volver. Tenía la copia de la llave y no iba a tardar en llegar. No vivía en ninguna parte, no tenía ningún sitio adónde ir, de modo que sólo podía regresar allí, a su casa, donde sabía que lo esperaba ella. No era posible que no volviera.

Por entonces se sentía aliviada, ligera, como si se hubiera liberado de un peso inmenso que le oprimía la cabeza. ¡Por fin!

Por fin había tenido el valor de decirle la verdad a Matar. Hacía un cuarto de siglo que lo posponía. Se lo había tomado muy mal, desde luego, hasta el punto de que le había dado un desmayo. El se lo había buscado. Le había advertido de que las explicaciones que exigía lo iban a afligir, pero había insistido demasiado. Bah, tampoco se iba a morir, y si se moría, tanto mejor. Aquello facilitaría mucho las cosas. ¡Por fin sería libre, de una vez por todas!

Salió borracha de la bañera. Con el batín puesto, regresó al dormitorio con paso vacilante y se dejó caer en la cama, que aún conservaba el olor de Ngor Ndong. Iba a llegar de un momento a otro. Seguramente había vuelto al Copacabana a recuperar sus cosas y se habría quedado un rato con su compañero de desgracias y el sordomudo, el tiempo de tomar unas copas. Después iba a volver...

Acabó por dormirse.

Se despertó tres horas después. Ngor Ndong aún no había llegado. Iría a buscarlo al Copacabana. Se levantó y se sentó al borde de la cama, como si

tuviera un enjambre en la cabeza.

¿Y el pobre Matar? Iba a llamarlo para preguntarle cómo llevaba la situación. Seguro que se había serenado y se le había pasado el enfado. Él la comprendería, como siempre la había comprendido, incluso cuando le mentía de la manera más descarada. Por una vez que le había confesado la verdad, una verdad dura, por supuesto, hiriente incluso..., pero qué quería, la verdad es la verdad, y era él el que la había exigido. Acabaría por comprenderla. Después se iría a buscar a Ngor Ndong al Copacabana.

Tomó el teléfono de la mesita y marcó el número del móvil de su marido.

—¿Sí, Matar? —dijo cuando se abrió la comunicación.

—¡No soy Matar, sino Armando! ¿Ramata? ¿Dónde estás?

—Hola, Armando. Pásame a Matar.

—Ramata, ven ahora mismo. Ha ocurrido una desgracia espantosa. Ven rápido.

Eran exactamente las once y media cuando el profesor Armando Gomis franqueó la verja de la mansión de Ranrhar al volante de su voluminoso Mercedes negro. Con los años había aumentado de peso y había perdido por completo el cabello. Ahora tenía el cráneo tan liso y brillante como una bola de ágata. Tras detener el vehículo al lado del portero que le había abierto, lo interrogó por la ventanilla.

—¿Están en casa?

—El señor ministro se encuentra dentro. La señora ha vuelto a salir poco después de que volviera de su viaje —le informó el portero.

El profesor Armando Gomis volvió a arrancar y fue a aparcar junto a la casa. En la planta baja, tomó el ascensor para subir a las dependencias del tercer piso.

—¿Estás listo, jurista? —preguntó en voz alta después de llamar a la puerta del dormitorio.

Seguía llamando a Matar Samb con el mismo apelativo que en sus tiempos de juventud, cuando iban juntos a la universidad. Ese día estaban invitados en casa de DS para celebrar en familia el nacimiento del hijo de Dieynaba y Armando hijo, su nieto común. Al despedirse la noche anterior en el Terrou Bi, habían acordado que pasaría por Ranrhar a las once y media. Ramata habría regresado de Saraya y así irían los tres al Point E, donde los esperarían su hijo, su esposa y el pequeño. Dedicó un piadoso pensamiento a su esposa Philomène, que no estaría en la fiesta: había fallecido dos años y medio antes a causa de un cáncer de mama.

—¿Estás listo, jurista? —repitió, entrando en la habitación.

El profesor Armando Gomis se quedó extrañado por el insólito espectáculo que lo aguardaba en el dormitorio: las cortinas de las paredes habían caído al suelo y una cuerda de nailon, la que sujetaba las cortinas a la barra, estaba atada a la cabecera de la cama y atravesaba, muy tensa, toda la habitación hasta desaparecer por la ventana abierta que daba al mar. Atenazado de repente por un funesto presentimiento, se precipitó hacia la ventana y se asomó. Un grito de horror brotó de su garganta al ver el cuerpo de Matar Samb que, vestido con su vieja túnica, se balanceaba en el extremo de la cuerda, pegado a la fachada del edificio, ligeramente sacudido por el viento del océano. Se inclinó más y, tendiendo los brazos, rozó con los dedos, como para constatar por medio del contacto la brutal realidad, el cabello gris de la cabeza torcida hasta tocar el hombro, con las vértebras cervicales desencajadas en el punto en que la cuerda había herido la carne.

Se incorporó, desencajado. En el mismo momento oyó el timbre del teléfono móvil posado en la mesa de trabajo. Al descolgar, reconoció la voz de Ramata. Después de pedirle que volviera lo más deprisa posible a la casa, marcó en el mismo aparato el número de DS.

Ramata Kaba y DS llegaron casi de manera simultánea al dormitorio. La esposa entró justo antes que su cuñada.

—Armando, ¿qué ocurre? ¿Dónde está Matar? —inquirió con inquietud DS al advertir el estado de la habitación, la cuerda y el desesperado semblante del médico, quieto junto a la ventana.

A su lado, Ramata callaba, sosteniéndose a duras penas en pie. DS se dirigió presurosa a la ventana, cada vez más intrigada.

—¿Dónde está Matar? —volvió a preguntar—. ¿Y qué significa esta cuerda?

El profesor Armando Gomis, blanco como el papel, acudió a su encuentro y las cogió por los hombros para impedir que avanzaran.

—¡No hay que mirar, DS, es demasiado horroroso! —dijo—. Ramata, tú tampoco mires. ¡Dios mío, es horrible, horrible!

Con gesto enérgico, DS apartó al médico de su camino y continuó, seguida de Ramata Kaba. Él no efectuó más tentativas para contenerlas. Al llegar juntas a la ventana y mirar, reaccionaron de manera distinta. Ramata lanzó un alarido de espanto, se enderezó al momento y retrocedió hasta chocar contra Armado Gomis, que la sostuvo entre los brazos para impedir que cayera.

DS no se movió ni un paso. En lugar de ello cogió la cuerda con las dos

manos y se puso a tirar con todas sus fuerzas.

—¡Dios Todopoderoso! ¿Por qué has hecho esto, pobre hermano mío? —susurró con voz quejosa—. Armando, ¿qué ha pasado? ¿Por qué ha hecho esto mi pobre hermano?

El profesor Armando Gomis dejó a la vacilante Ramata encima de la cama y se aproximó a DS.

—No lo sé —respondió—. Lo he descubierto así cuando he llegado hace menos de media hora.

DS seguía tirando, pero el cuerpo, demasiado pesado para ella, no se movía.

—Ven a ayudarme, Armando —pidió sin resuello, agarrada a la cuerda con el pie afianzado en la pared.

—Déjame a mí —dijo él, que le cogió la cuerda de las manos.

Entonces DS se situó detrás del médico y se puso a tirar al mismo tiempo que él, sin parar de proferir exclamaciones y lamentos.

—¡Dios Todopoderoso! ¿Por qué lo has hecho, mi pobre pequeño?

Lentamente, a base de esfuerzos aunados, lograron hacer remontar el cuerpo; primero aparecieron la cabeza, el hombro y el busto. Siguieron tirando hasta que las piernas llegaron al borde de la ventana. DS soltó la cuerda para coger los tobillos, mientras el profesor Armando Gomis le pasaba el brazo bajo las axilas; después, lo depositaron, jadeantes, encima de la moqueta.

DS se arrodilló, decidida a desatar la cuerda hundida en el cuello. Lo logró con gran dificultad, después de haberse roto las uñas y arañado los dedos. Un líquido rosáceo manaba de la piel lacerada, como de una ampolla agujereada después de una quemadura.

Era horrible ver al muerto. Los ojos, desorbitados, parecían expresar un agudo estupor. Los labios, retorcidos en un horrendo rictus, dejaban al descubierto unos dientes erguidos como la mandíbula de una trampa para ratones, en el nivel del frenillo de la amarillenta lengua, que sobresalía de la boca hasta tocar la punta de la barbilla. Los brazos y las piernas estaban rígidos, al igual que el resto del cuerpo; los dedos crispados contra las palmas de las manos y los dedos de los pies separados en forma de abanico. Los esfínteres habían cedido y sus excrementos se habían secado encima de las piernas desnudas.

DS trató de enderezar el cuello torcido de dislocadas vértebras; el *rigor mortis* ya instalado tornó inútil su intento. Entonces le cerró los ojos manteniendo un momento la presión de la punta de los dedos sobre los párpados,

pero no consiguió moverle las mandíbulas para volver a introducir la lengua en la boca. A continuación le reajustó la túnica hasta los tobillos, antes de sentarse cerca de la cabeza. Tras observar con detenimiento el torturado semblante de su hermano, se inclinó, le besó la frente, apoyó la cabeza en su pecho y se puso a llorar en silencio.

Parado en medio de la habitación, el profesor Armando Gomis se retorcía las manos con impotencia.

—¡Es horroroso! ¡Es horroroso! —repetía una y otra vez.

Ramata, anonadada, no decía nada.

DS levantó la cabeza con las mejillas relucientes de lágrimas y se colocó de rodillas.

—¡Matar debe de haber dejado una carta para explicar su acto de desesperación!

Después de buscar en vano en los bolsillos de la túnica, se puso en pie.

—Seguro que Matar ha dejado una carta. Busquémosla —propuso.

Como si aquello no lo concerniera, Ramata Kaba se tumbó en la cama y fijó la vista en el techo con aire distraído.

Fue el médico quien prestó su ayuda a DS. Buscaron en el dormitorio y en el cuarto de baño, registraron a fondo todos los muebles, el armario, las mesitas, el tocador, miraron debajo de las almohadas y el colchón, levantaron la moqueta, pero no vieron ninguna carta. Luego fueron al escritorio, donde repararon en el cuaderno con el discurso inacabado y en la pluma que, todavía abierta, reposaba encima. Allí tampoco obtuvieron resultado alguno. Volvieron a iniciar la indagación, insistiendo en todos los sitios. Al final tuvieron que resignarse a la evidencia, tan incomprensible como el propio suicidio, de que Matar no había dejado ninguna nota explicativa.

Después de reunirse con Ramata, que seguía acostada en la cama en la misma actitud de postración, se pusieron a hacer conjeturas para trata de comprender los motivos que habían podido impeler a su amigo y hermano a llegar a tal extremo. Rememoraron y analizaron los menores detalles y gestos del día anterior.

DS comentó que había visto a su hermano a primera hora de la tarde. Había pasado para saludarla, tal como hacía todos los fines de semana. Tenía muy buena cara y ella misma se lo había dicho. Él había respondido con una alegre sonrisa que estaba en plena forma, pese a que echaba mucho de menos a su esposa, ausente en Saraya. Habían hablado con regocijo del recién nacido, de la

fiesta que iba a organizar para ese día, cuando regresara Ramata, y de unas cosas y otras, antes de que él se fuera hacia el aeropuerto para recoger a las personalidades que llegaban de visita al país. En ningún momento había advertido el menor signo de preocupación, de melancolía ni de agitación en su rostro.

Armando y su amigo Matar habían cenado juntos por la noche, en el Terrou Bi, en torno a las ocho y media. Cuando se habían encontrado en el restaurante, le había dicho que había tenido un día muy ocupado. No había manifestado ninguna tensión. Al contrario, estaba alegre y jovial, rebosante de buen humor. Mientras comía con apetito y bebía sin excederse, había hablado de su mujer y había filosofado sobre la felicidad que procuraba ser abuelo, más intensa, según él, que la dicha de ser padre. Inspirado, había evocado con poéticos comentarios la brisa nocturna que hacía tan agradable el tiempo; el mar con su vaivén cargado de melodía de olas, tranquilo en la superficie y provisto en las profundidades de una extraordinaria variedad de vida y actividad; el cielo constelado de un sinfín de estrellas, porque esa noche, según la leyenda, el cuidado del rebaño de Dios recaía sobre la liebre, Leuk, y no sobre Buki, la hiena, con lo cual ni un solo animal iba a perecer devorado. Poco antes de las once se habían despedido y se habían dado cita para el día siguiente, en su casa. Para entonces Ramata habría vuelto ya y se trasladarían los tres a casa de DS. Las últimas palabras que había oído de sus labios eran que iba a acostarse y que se levantaría temprano, para redactar el discurso que iba a pronunciar en la inauguración del coloquio sobre derechos humanos. En su condición de médico, no lo había encontrado ni deprimido ni agitado, ni siquiera había observado anomalía alguna en su comportamiento.

Ramata era la última que había visto vivo a su marido. DS le sacudió con suavidad el brazo para sacarla de su estado de sopor y preguntarle qué sabía. Ramata se incorporó y se sentó en la cama. Ya se había repuesto del espanto inicial y aunque el vino seguía enturbiándole la cabeza, tenía las ideas claras. Con tono cansino y la lengua pastosa, que los demás achacaron a la conmoción emocional, explicó que como el tren había llegado con adelanto esa mañana, había llamado desde la estación a Matar, que había ido a buscarla. No había duda de que estaba muy contento de verla. En cuanto llegaron a casa, se había dado cuenta de que había olvidado en el compartimento del tren uno de las bolsas de viaje que contenía objetos de valor. Matar lamentó no poder acompañarla porque tenía que acabar el discurso. Ella le había dado un beso y le había dicho «hasta

luego» mientras él se sentaba delante del escritorio. Había pasado toda la mañana, ayudada por el jefe de estación y dos empleados, buscando en el enorme almacén de objetos perdidos, sin encontrar el bolso. Había llamado otra vez desde la estación, para decirle a Matar que no se preocupara, que iba a seguir buscando un poco, cuando le respondió Armando.

La conclusión unánime fue que Matar Samb gozaba de plenas facultades, no padecía afección alguna, ni siquiera un resfriado, ni tampoco sufría de ningún trastorno familiar.

Por consiguiente, había que indagar por otro lado.

¿Problemas económicos? Matar Samb no tenía ninguno. Sus dos sueldos de profesor universitario y ministro, sumados al sustancioso sobre que lo aguardaba cada mes en la mesa del primer Consejo de Ministros y a otras ventajas derivadas de su posición de miembro del Gobierno, le permitían vivir con suma holgura, sin contar los dividendos generados por las sociedades dirigidas por DS, una gestora sin igual. A pesar o a causa de la devaluación del franco CFA, que con supremo aplomo el propietario del país había jurado que nunca jamás se iba a producir y que había acabado poniendo en serias complicaciones a la mayoría de las empresas, su grupo prosperaba. Propulsados por el sector del turismo y la exportación a Europa, Asia y Estados Unidos de pescado, frutas y verduras, los negocios marchaban viento en popa.

Había que descartar de entrada que Matar estuviera implicado en algún asunto turbio. No tenía nada que temer pues de las voces que reclamaban una reactivación de la ley sobre el enriquecimiento ilícito y la formación de un tribunal encargado de inspeccionar los bienes de todos cuantos asumían o habían asumido, desde la independencia, funciones gubernamentales. Estas se habían alzado como reacción a la declaración de un inepto del partido gobernante, que en la Asamblea Nacional había afirmado poseer pruebas fehacientes de que los antiguos ministros, componentes ahora de la oposición, habían expoliado los recursos del país. Acto seguido los había conminado a callar, ¡pues de lo contrario...! La fortuna personal de Matar lo ponía al abrigo de ciertos deslices como la malversación de dinero público o las gratificaciones ilícitas. De todos modos, en esas latitudes no había costumbre de suicidarse por tales nimiedades. Pese al interés con que observamos a nuestros primos y antiguos amos, los franceses, a quienes sabemos imitar a la perfección, esa manera expeditiva de lavar el honor no había encontrado émulos en este país. De lo contrario, los culpables fehacientes de clamorosas irregularidades, como la venta pública del

cargamento del barco griego embargado, la quiebra de las cajas de la Cruz Roja y de la Lotería Nacional, entre otras, no andarían pavoneándose por las calles sin la menor impudicia. Aquí no tenemos personajes como Boulain o Bérégovoy, ni los tendremos nunca. Las creencias religiosas no tienen ninguna repercusión. El caso es que, cuanto mayor era la suma sustraída, mayor era la garantía de impunidad judicial, de manera que el asunto nunca llegaba a juicio. Los periodistas, esos loros de servicio, generalmente informados por los falsos amigos, podían contar lo que quisieran. La consigna era no responder a sus artículos, por más acerados que fueran, para no dar pie a más cábalas. Así el asunto caía pronto en el olvido, sustituido pronto por otro. Al final, sus acusaciones no tenían mayor incidencia que el agua caída encima de las plumas de los patos.

Estaba claro, por lo tanto, que Matar no tenía problemas económicos. No quedaba por examinar más que el aspecto político. En ese sentido tampoco, ninguna sombra planeaba sobre la carrera de Matar Samb. Después de entrar en el Gobierno en condición de tecnócrata, tal como habían subrayado los periódicos de la época, había dejado una buena impresión en todos los cargos que había ocupado, en especial en el ministerio de Educación. Había sido el único ministro que se había atrevido a poner los pies en la Ciudad Universitaria sin escolta y se había sometido a un cara a cara con los estudiantes en un memorable debate que tuvo lugar en el campo de baloncesto y que duró más de cinco horas. Abucheado al principio de su alocución, había logrado imponer silencio y convencer a su público gracias a la hondura de su pensamiento, a la riqueza de su argumentación y a su extraordinaria elocuencia. Al final de su intervención, todos los asistentes se pusieron de pie y lo ovacionaron con una prolongada salva de aplausos. Considerando que tenían un interlocutor válido con quien negociar, los estudiantes anularon el movimiento de huelga que estaban a punto de iniciar. Durante los cuatro años que Matar había ocupado esa cartera, antes de hacerse cargo del ministerio de Justicia, había reinado la calma en la universidad. Por otra parte, nunca se había inmiscuido para nada en las batallas políticas, a menudo feroces y en ocasiones mortales, que se daban entre los clanes y las distintas tendencias del partido gobernante, al que no estaba afiliado. Gozaba de la confianza total del jefe de Estado, el cual lo había reafirmado sin ambigüedad una semana atrás tan sólo, en el salón de honor del aeropuerto, a su regreso de un viaje, en declaraciones a un periodista de RFI que le preguntaba si el señor Matar Samb sería candidato para el puesto de secretario

general de la OUA, cuya designación debía producirse dos meses después, tal como deseaban la mayoría de sus colegas, que ya habían enviado emisarios para manifestar su apoyo.

—El señor ministro Matar Samb —había respondido el presidente—, uno de mis colaboradores más brillantes, más eficaces y más fieles, tributa un inmenso servicio al país, y el país lo necesita. Por consiguiente no será candidato al puesto de secretario general de la OUA y seguirá trabajando para su país.

Por más cambiante, oscilante y resbaladizo que fuera el terreno de la política, donde el brillante y fiel colaborador de la mañana es motejado de rencoroso e hipócrita a mediodía, antes de volver a erigirse en hombre providencial a media tarde, Matar se mantenía estable en su puesto. En ese periodo de explosión democrática y mediática, en el que los miembros de los cuarenta partidos políticos existentes se hacían la guerra sin cuartel, dispuestos a desbaratar toda acción del adversario, en el que los periodistas de la decena de periódicos y emisoras privadas de radio se mantenían al acecho, a la caza de naderías para ventilarlas en público, Matar era uno de los raros políticos, por no decir el único, que gozaba del respeto de todos a causa de su competencia y de su probidad. Ni en una sola ocasión había protagonizado un artículo descalificador en la prensa, y en la votación del último presupuesto en la Asamblea Nacional, todos los diputados, sin distinción de bando, lo habían felicitado calurosamente por la transparencia y la equidad con las que gestionaba un ministerio tan complicado. Todos habían solicitado el aumento de su presupuesto, a despecho de la crisis económica, de la globalización y de las draconianas restricciones exigidas por el FMI y por el Banco Mundial. La propuesta había sido votada por unanimidad, cosa que constituía una verdadera proeza.

Una vez concluidos los análisis, la hermana, el amigo y la esposa del muerto acabaron por admitir que ignoraban por completo, y que probablemente seguirían ignorándolos siempre, los motivos que habían llevado a Matar a poner fin a su vida.

DS decidió, en definitiva, que el suicidio de su hermano debía permanecer en secreto. Aparte de ellos tres, nadie conocía la verdad. Para no deshonrar su memoria, evitar toda habladuría y no tener que dar unas explicaciones que, por lo demás, se les escapaban, les pidió que jurasen afirmar que Matar había fallecido de un ataque cardiaco que había sufrido delante de todos ellos.

Según la tradición, las viudas no debían quedarse nunca solas. La tía Dianké se había trasladado por ello a la mansión de Ranrhar, para hacer compañía a

Ramata Kaba y dormir con ella durante los cuatro meses y diez días que duraría su periodo de viudedad. DS, Armando hijo y su esposa Dieynaba habían decidido instalarse allí también, pero sólo durante una semana. Los funerales iban a concluir ese mismo día y no habría ceremonias de tercer, octavo y cuadragésimo día. Una vez que se hubieron ido las últimas visitas, estaban los cinco sentados en el salón, absortos en un meditativo silencio, consternados, abatidos y cansados por los dolorosos sucesos del día, cuando Ramata Kaba, vestida con su ropa de duelo, una sencilla camisola, un pareo y un pañuelo para la cabeza de tela de Vichy, se levantó de improviso del sillón.

—Voy a dar una vuelta con el coche, para calmarme los nervios —anunció, ajustándose el pañuelo en la cabeza—. ¡Si no, siento que me va a dar algo!

Por fin podía liberarse.

Desde que las emisoras de radio y la televisión habían anunciado, hacia las dos, el fallecimiento de Matar Samb como consecuencia de un ataque cardiaco, no había parado de afluir gente a la casa de Ranrhar. Media hora antes del anuncio, el presidente de la República, que había sido la primera persona a quien había avisado DS, había acudido en compañía de su esposa. Después de darles el pésame, se había inclinado delante del cadáver expuesto en el salón y se había quedado un momento. En cuanto se había difundido la noticia, la gente había comenzado a llegar en oleadas. Entre ellos, el primer ministro y los otros componentes del Gobierno se habían personado para dar el pésame a la familia. Enseguida los habían sustituido otras personas; el desfile había durado hasta las cuatro, cuando, en honor a la condición de coronel reservista del difunto, seis jóvenes soldados habían acudido para llevarse el ataúd y cargarlo en un *jeep* del Ejército. Un cortejo de vehículos, de dos kilómetros y medio de longitud, encabezado por DS, Ramata Kaba y los allegados, lo había seguido hasta el Building, sede del Gobierno, en la avenida Léopold Sédar Senghor, donde debía rendirse un homenaje póstumo al ministro.

Los medios de comunicación, que cubrían el acto en directo, comentaban que, desde la muerte del primer presidente de la Asamblea Nacional, no se habían visto funerales tan solemnes, hasta el punto de que cabía preguntarse si no superaban a los de Lamine Guèye.

Asistieron a la ceremonia el jefe de Estado y el Gobierno en pleno, los diputados y senadores, los magistrados, los abogados y profesores universitarios ataviados con sus togas, las autoridades religiosas y los jefes encargados de velar por las costumbres, una delegación de las fuerzas armadas vestida con uniforme

de gala, el cuerpo diplomático acreditado en Dakar, los ministros africanos de justicia que se encontraban allí para asistir al coloquio previsto para dos días después y una inmensa multitud de amigos, conocidos y simples curiosos.

A las seis, el *jeep* se había detenido junto al Building, delante de la gran tribuna ocupada por las personalidades. Los jóvenes soldados habían bajado el ataúd que, cubierto con la bandera verde, roja y oro, desaparecía casi bajo una montaña de flores, y lo habían depositado en un estrado al pie de la tribuna.

Había habido dos responsos fúnebres, uno pronunciado por el profesor Armando Gomis, en nombre de la familia, que había acabado con sollozos y lágrimas, y después el del presidente de la república, que había rendido un sentido homenaje a su difunto colaborador.

Otro cortejo, más imponente aún, había acompañado el féretro hasta la gran mezquita. El imán había provocado una molesta situación al preguntar si alguien había visto, aunque sólo fuera una vez, efectuar la plegaria a Matar Samb. A continuación había declarado que, personalmente, él no lo había visto, que ni siquiera durante las fiestas del Tabaski y del Korité, el ministro había formado parte de la delegación oficial que acompañaba al propietario del país. Si nadie podía testificar en su favor, se vería en la obligación, no sólo de no dirigir la plegaria mortuoria, sino de prohibirla formalmente en aquella casa de Dios de la cual era guardián, ya que en ese caso Matar Samb no podría ser considerado como musulmán. Siguió un embarazoso jaleo de conciliábulos y murmullos no exentos de irritación. El tío Toumani Kaba, que se había convertido en jefe del gabinete de Matar Samb desde su incorporación al Gobierno, había asegurado que varias veces había cumplido con sus devociones al mismo tiempo que él. El imán se había decidido entonces a dirigir la plegaria.

Después de la inhumación en el cementerio de Yoff, poco antes del crepúsculo, se había reanudado el asedio a la casa; la multitud había desfilado hasta después de las diez y media. El profesor Armando Gomis y Toumani Kaba habían sido los últimos en marcharse.

Aquél era el momento que Ramata aguardaba con impaciencia.

—¡Si no salgo un rato en coche para calmarme los nervios, me va a dar algo!

Armando hijo y Dianké la miraron con estupefacción. Su cuñada, que estaba a su lado, se levantó también y, tras rodearla con los brazos, la besó afectuosamente en las mejillas y en los labios.

—¡Pobrecita, eso no puede ser! —declaró—. Si tú te vienes abajo, todos nos vamos a desmoronar. Has sido tan valiente, tan digna y tan fuerte que tu

maravilloso comportamiento nos ha impuesto la razón y ha atemperado nuestro dolor. Tras la muerte de papá, sentí exactamente el mismo deseo y recuerdo que me había servido de alivio conducir. Ve, querida, pero actúa con prudencia.

—¡Pues yo pienso que no debe ir! —objetó Armando hijo, volviéndose hacia su mujer en busca de apoyo—. Debe acostarse y descansar, mamá. Salta a la vista que está cansada.

Su esposa no le sirvió de ninguna ayuda. Desde que la habían avisado de la muerte de su padre, Dieynaba no había parado de llorar ni un solo instante. Tenía los párpados tan hinchados que era incapaz de abrir los ojos.

Fue Dianké quien le aportó el respaldo que reclamaba.

—El marido de Dieynaba tiene razón, Ramata —sostuvo—. Estás cansada, no has tenido un momento de descanso en todo el día. Debes subir a acostarte. Vamos.

—Que no, tía Dianké —se resistió Ramata—. No estoy fatigada y tampoco tengo sueño. Si me acuesto ahora, no me dormiré. Me voy a poner a pensar y pensar, cuando lo que necesito es dejar la mente en blanco.

DS le rodeó el hombro con el brazo, la llevó hacia la salida y se detuvo en el umbral de la puerta.

—Ve, querida —dijo, besándola de nuevo—. Pero ten cuidado y no conduzcas demasiado deprisa.

Unos instantes después, Ramata Kaba se alejaba a toda velocidad al volante del jaguar en dirección a la casa de la cornisa Este. No tenía ningunas ganas de calmar los nervios. En realidad sólo tenía un deseo, o más bien una necesidad, volver a ver a Ngor Ndong. Aquella necesidad era tan intensa, tan imperiosa, que le provocaba un malestar general, un doloroso temblor nervioso que le sacudía el cuerpo, como a un drogadicto en pleno síndrome de abstinencia. Durante todo el día, Ngor Ndong había acaparado de continuo su mente. Distanciada de los terribles acontecimientos que vivía, sólo pensaba en él y en el momento en que se volverían a ver. En su rostro no se advertía rastro alguno de aflicción, cosa que había engañado a todo el mundo. La gente lo había interpretado, en efecto, como la manifestación de un gran sentido de la mesura, fuerza de carácter y dominio de sí, absolutamente admirables en tan doloroso trance. Aparte de la sorpresa y del terror que había experimentado al ver el cuerpo de Matar colgado de una cuerda, que por lo demás había superado ya, no la afectaba nada más, como si aquella tragedia no le concerniera. No se formulaba ningún reproche, no sufría ningún remordimiento, ni se sentía en modo alguno responsable de su

muerte. En el fondo, Matar no podía haber reaccionado mejor ante aquella situación. El no podía divorciarse, porque aquello estaba fuera de lugar a su edad y con su posición social. Como no era tonto, después de sus revelaciones, había comprendido que estaba decidida a hacer su vida con Ngor Ndong. Puesto que es imposible que dos carneros beban juntos en una misma fuente, no tenía más alternativa que marcharse. Se había ido con elegancia, sin decir nada, sin comprometerla en modo alguno. «Hay que reconocerlo, Matar siempre ha sido bueno conmigo. ¡Lo ha sido hasta el final!», se dijo con fugaz pesadumbre.

—Pero yo no lo quería, nunca lo quise —declaró en voz alta.

Era a Ngor Ndong a quien quería, era a Ngor Ndong a quien había querido siempre. En su fuero interno, pensaba que le debía mucho, muchísimo, y por más que hiciera para compensarlo, siempre quedaría en deuda con él. Sin él, sería siempre una tarada, expuesta a una insulsa existencia, pese a los numerosos artificios que iluminaban su vida. Ahora, gracias a él, vibraba con toda la intensidad de su ser, convertida por fin en una verdadera mujer, jamás podría pagárselo.

De repente se echó a reír reconociendo lo equivocada que estaba al atribuir su frigidez a la excisión. Siempre había guardado rencor por ello a sus padres, a aquella absurda costumbre, a las tres viejas brujas del claro de Saraya y al mundo entero. Estaba en un error, un gran error. El doctor Gasama, a quien la había derivado Armando, le había explicado, sin embargo, que la ablación del clítoris, incluso la total, extremo que no se exigía en las recomendaciones del Profeta, no implicaba en absoluto la ausencia de orgasmo, pues el cuerpo de la mujer poseía diversas zonas erógenas. No lo había creído. Se acordaba como si fuera ayer. Ngor Ndong le había confirmado de manera bien concreta que el ginecólogo tenía toda la razón. La excisión no tenía nada que ver con la frigidez, puesto que con él llegaba al clímax del placer. ¡Oh sí, con él gozaba plenamente, de una forma absoluta, gozaba hasta desmayarse! No sentía vergüenza alguna en reconocerlo; nunca había conocido algo tan agradable, pese a que se bañaba ya en el agua de su quincuagésima temporada de lluvias. Debería pedir perdón a todo el mundo, a la costumbre, que ya no motejaba de estúpida, a las viejas excisadoras y a sus padres, que habían respetado la tradición. Incluso el dolor, cuyo recuerdo conservaba aún, había desaparecido por entero. En el fondo, ¿era tan doloroso? Ya no estaba segura, después de tanto tiempo. Bien mirado, la nueva ley que castigaba la excisión con una severa pena de cárcel y una fuerte multa, que ella había aplaudido con entusiasmo cuando se votó en la Asamblea

Nacional, era grotesca y absurda, un grave insulto a los propios valores culturales. La verdad era, tenía que admitirlo, que durante ese periodo iniciático en el claro de Saraya había aprendido mucho, e incluso si no había aplicado todas las lecciones recibidas, opinaba que le habían permitido tener un comportamiento adecuado, admirable incluso entre la alta sociedad y en todas partes.

Pero ¿cómo y por qué Ngor Ndong, y sólo él, conseguía impulsarla hacia el punto culminante, allá donde nadie había logrado transportarla, o dicho de manera concreta, a excitar sus zonas erógenas? ¿Cuáles eran exactamente sus zonas erógenas? ¿Lo que le quedaba del clítoris mutilado, la vulva, los labios internos y externos, el monte de Venus, la vagina, la cara interna de los muslos, las nalgas, la oquedad del ombligo, los pechos, o simplemente la totalidad de su cuerpo en cuanto Ngor Ndong la tocaba? ¿Cuál era su maravilloso secreto? ¡Misterio! Se lo preguntaría cuando lo volviera a ver. Desde que lo había conocido, se había convertido en el único propietario de su tesoro; aparte de él, nadie poseía la llave; nunca dejaría penetrar a nadie más en él, porque no lo soportaría, se sentiría mancillada. ¿Qué podía aportarle, además, otro hombre, aparte de jadeos seguidos de desagradables gruñidos exhalados a su oído? No gracias, aquello era demasiado poco para ella. Ngor Ndong la había rescatado de aquello. Antes se revolcaba en el fango, reducida a un vulgar receptáculo en el que los machos en celo llegaban a verter su exceso de ardor sin que ella experimentase el menor placer. ¿Cómo había podido aceptar aquello? Por la gracia de Ngor Ndong, se había acabado aquella malsana vida, donde siempre lo había dado todo sin recibir nada. A partir de entonces, se consagraría sólo a Ngor Ndong y a nadie más, sólo a él, que la llevaba hasta el séptimo cielo.

Ahora era libre por completo; nada ni nadie podrían impedir que se uniera a él, en las alegrías y en las penas. Ya podían irse al diablo los tontos, los imbéciles que no comprenderían y que se escandalizarían por su matrimonio a causa de su diferencia de edad y de posición social. No les dirigiría más la palabra, así de sencillo, como si no existieran.

Ngor Ndong era su única preocupación. Tenía prisa por volver a verlo. Lo demás no contaba, ni la brutal desaparición de su marido ni la disolución de su hogar...

No advirtió ninguna luz en la casa cuando llegó, un cuarto de hora después. Al irse tras la llamada del profesor Gomis, no había cerrado con llave, por si Ngor Ndong volvía durante su ausencia y se daba cuenta de que había perdido la

suya. Se dijo que debía de haber regresado ya, que la esperaría tumbado en la cama del dormitorio, a oscuras. Entró y encendió la lámpara. Ngor Ndong no estaba. Una rápida inspección le indicó que ni siquiera había ido: la bolsa de nailon con los cinco millones seguía encima de la mesita de noche. Si hubiera estado allí, se habría llevado sin duda el dinero. Debía de estar en Diamniadio.

Decepcionada, entró en el cuarto de baño, cogió la botella de vino que había dejado medio vacía en el lavabo por la mañana y la terminó. Luego volvió a la habitación, se sentó en el borde de la cama, aspiró la sábana y la almohada en el lado que él había ocupado y descubrió que se había disipado su olor. Entonces se levantó y, después de coger la bolsa de nailon de la mesita, apagó las luces, salió y cerró la puerta con llave. No había comido nada en todo el día y al dispersarse en su estómago vacío, el alcohol le procuró una tenue sensación de vértigo que pronto se transformó en agradable sentimiento de bienestar. Se dio cuenta de que empezaba a acostumbrarse al vino, a apreciarlo.

Un poco achispada, Ramata Kaba aparcó el Jaguar en la entrada del Copacabana poco después de la medianoche. Con la bolsa de nailon en la mano y paso titubeante, se adentró en la gran sala abarrotada de gente y se encaminó hacia el mostrador.

Golda Meir no estaba. Su hija Diodio ocupaba su puesto.

—¿Te acompaña la paz, mujer? —saludó Ramata.

—¡Solamente la paz! —contestó Diodio.

—Necesito ver a Golda Meir. ¿Está aquí?

Diodio confió la caja a uno de los camareros para conducir a Ramata Kaba junto a su madre. Al entrar en la habitación después de golpear tres veces la puerta, encontraron a Golda Meir gimiendo en la cama, tapada hasta la barbilla, con la cabeza rodeada por una corona de hojas de margosa sujeta con un pañuelo.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó sin dejar de gemir—. ¡Diodio, te he dicho que estoy enferma y no quiero que me molesten!

—Ya sé, madre, perdona —se excusó la hija—. Es que ha venido esta mujer que dice que necesita verte.

—¿Qué mujer?

Ramata Kaba dio un paso hacia delante.

—Soy yo. Me reconoces, ¿no? Busco a Ngor Ndong. ¿Está aquí?

Golda Meir paró de gemir y, tras levantarse provocando crujidos y chirridos en la cama, se sentó en el borde, con los pies en el suelo y las piernas tapadas

con la manta.

—¡No te había reconocido, Guapa Señora! —exclamó, y tendió la mano a Ramata—. ¿Cómo estás? ¿Te acompaña la paz? Espero que todo se solucionara bien en el cuartel, la noche pasada, después de esa maldita redada. ¡Si supieras lo mal que me supo, Guapa Señora! ¡Para la primera vez que venías a mi casa! Podrías haberte formado una mala opinión. ¿Te acompaña la paz, Guapa Señora?

Ramata Kaba se sentó delante de Golda Meir, en la otra cama, con la bolsa de nailon en el regazo.

—Solamente la paz —respondió de nuevo con prisa—. ¿Dónde está Ngor Ndong?

Llevándose la palma de la mano a la frente, Golda Meir volvió a reanudar de improviso los quejidos.

—¡Aaay! Se me va a partir la cabeza en dos. Me ha vuelto a subir la tensión. Diodio, esta tensión podría llevarme a la tumba. ¡Aaay! ¡Qué daño!

—Nadie puede hacer nada, ¡y tú no quieres tomar una aspirina para calmar el dolor de cabeza! —la reprendió la hija.

—Ya sabes que no puedo tomar aspirinas porque tengo un estómago... Guapa Señora, ¿cómo estás? ¡Ay, mi cabeza!

«¡Vete al Infierno con tu cabeza, con tu estómago y tu tensión, vieja macarra, y tú también, digna hija suya!», estuvo a punto de ponerse a vociferar Ramata Kaba, exasperada. Sentía que la cólera hervía en su interior, pero logró dominarse.

—¿Dónde está Ngor Ndong, Golda Meir?

—¿Ngor Ndong? ¿Ngor Ndong? —se preguntó a sí misma, como si fuera la primera vez que oía ese nombre.

Fuera de sí, Ramata Kaba se levantó con presteza, dejando caer al suelo la bolsa de nailon.

—¡Ngor Ndong! Ngor Ndong, el joven que estaba conmigo, en esta misma cama donde estás sentada, en esta misma habitación donde nos encontramos, la noche pasada, en compañía del tipo alto y delgado con el que estuvo en la cárcel y de su primo sordomudo y una chica llamada Madjiguène, creo, de cara estropeada. ¿No te acuerdas? ¡Es imposible que te hayas olvidado!

—¡No me he olvidado, Guapa Señora! —reconoció Golda Meir—. Es que intento recordar adónde se fue Ngor Ndong. No sabía bien si me avisó o no. Ahora estoy segura, no me dijo nada antes de irse. ¿Sabes, Guapa Señora? Ngor Ndong desaparece y después vuelve, a veces al cabo de una buena temporada, a

veces al cabo de unos días, sin informar nunca a nadie.

—¿Y el otro, Boris? ¿Ngor Ndong no está con él?

—¿Quién, Tiguis? Ngor Ndong no está con él, me consta, Guapa Señora. Tiguis y Hobou Nguer volvieron solos de Rufisque y enseguida se fueron, solos, en su camioneta, delante de mí. A Ngor Ndong no lo he vuelto a ver.

Ramata Kaba se inclinó para recoger la bolsa, que tendió a Golda Meir.

—Te suplico que me localices a Ngor Ndong —dijo—. Necesito verlo, ayúdame. Mientras tanto, quédate con sus cinco millones.

Golda Meir se levantó de un salto dejando caer al suelo la manta que le cubría los muslos y arrancó la bolsa de la mano de Ramata Kaba. La abrió febrilmente y observó con ojos desorbitados los billetes. A continuación extrajo tres fajos y los agitó delante de su cara.

—¡La Guapa Señora dice la verdad! —explicó con incredulidad a su hija, que se había precipitado a su lado.

—¡Cinco millones! —exclamó Diodio, frunciendo el entrecejo.

—Sí, cinco millones de francos —confirmó Ramata Kaba—. Quédatelos. Ayúdame a buscar a Ngor Ndong. Me dijo que ya no vivía en Sangalcam. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Madre, trata de acordarte. ¿De verdad no sabes dónde está?

—Con toda sinceridad, no lo sé, pero me voy a informar. Ahora es tarde. Mañana por la mañana, a primera hora, sabré dónde está y lo traeré aquí —prometió Golda Meir.

—Localízame a Ngor Ndong. Mañana volveré y te daré mucho más si lo encuentro aquí. Cuento contigo, Golda Meir. Si me ayudas a encontrarlo, te volveré a recompensar.

Diodio acompañó hasta la entrada del Copacabana a Ramata.

—Debe volver mañana —le recomendó cuando ya había encendido el motor del coche—. Seguro que madre traerá a Ngor Ndong a primera hora, tal como ha dicho.

—Volveré. ¡Hasta mañana! —se despidió Ramata Kaba.

Diodio regresó al dormitorio; como la puerta estaba cerrada, tuvo que llamar.

—¿Quién es?

—Yo, Diodio. Abre deprisa, madre.

Golda Meir abrió y no bien hubo entrado su hija, volvió a cerrar con llave. Ya no llevaba nada en la cabeza. Había tirado al suelo, cerca de la manta, las hojas de margosa y el pañuelo que las envolvía, había vaciado la bolsa y estaba

contando los billetes diseminados encima de la cama cuando Diodio llamó.

—Trescientos veinticinco mil —continuó—. ¿Era eso? ¡No! ¡Sí! ¿Trescientos veinte o doscientos veinte mil? Ya me he descontado. Tendré que empezar otra vez. Diez, veinte, treinta...

Diodio estalló en risas.

—¡Sabes muy bien que aunque estuvieses contando un mes entero, no acabarías nunca! Volverías a empezar, con dudas, cada poco.

Golda Meir renunció y se dispuso a guardar los billetes.

—Tienes razón, hija. Es que estoy que no me lo creo. Tú también, ¿no, Diodio?

—Sí, yo también, pero tengo miedo, madre. Igual eso nos acarrea problemas. Esta mujer no sabe lo que hace, está enferma, madre.

—¿Cómo, enferma? Pues yo la veo bien sana.

—¡No está bien, está loca, madre!

—No. No está ni loca ni poseída por los jin. Está borracha, desde luego, aunque no hasta el punto de no saber lo que hace. Ngor Ndong le dio a probar lo que ella desconocía. ¡Por eso se aferra a él!

—¡No me vengas con ésas, madre! ¿Qué le iba a dar a probar un jovenzuelo como Ngor Ndong a una mujer madura como ésa? No, madre. No la has mirado bien, porque si no, te habrías fijado en el brillo extraño que tiene en los ojos. Está loca, madre. Me da miedo que nos vaya a causar problemas...

—¿Qué problemas? Según tú, entonces, ¿habría tenido que rechazar los cinco millones que me ha ofrecido libremente? ¡Yo no le he pedido nada, tú misma eres testigo!

—Yo no he dicho que haya que rechazarlos, sólo que tengo miedo, porque cinco millones representan una fortuna. Si estuviera en su sano juicio, no los habría dado sólo con el objetivo de encontrar a Ngor Ndong. A propósito de Ngor Ndong, ¿de verdad no sabes dónde está, madre?

—Por supuesto que lo sé, aunque no pienso decirle nada a la Guapa Señora. Ngor Ndong se fue con Tiguis y Hobou Nguer a Gambia. De allí, irán a la región de la Alta Casamance. Ngor Ndong me pidió que no le dijera nada a la Guapa Señora, por si acaso lo buscaba.

—¿Y cuándo regresan?

—No tengo ni idea. Cuando Tiguis se despide, nunca dice cuando va a volver. Puede que estén aquí dentro de un mes o dentro de un año.

—¿Qué vamos a hacer, madre? ¿Qué le vamos a decir a esa mujer cuando

vuelva? ¡Es mucho lo que nos ha dado!

—De todas maneras, por más que me pueda ofrecer, no le diré nada concreto, nada. Mientras tanto, hay que actuar.

Golda Meir confió a Diodio el dinero que había devuelto a la bolsa y salió con la recomendación de que no se moviera de la habitación. Entonces fue a llamar con gran alboroto a la puerta de las barracas y reunió a toda la clientela en la gran sala. Allí anunció que acababan de informarla del fallecimiento de su hermana mayor, del mismo padre y madre, que vivía en Costa de Marfil. Para respetar el duelo y la terrible tristeza que la asediaba, pedía a todos que se fueran enseguida, porque iba a cerrar inmediatamente y no volvería a abrir hasta al cabo de dos semanas. Cuando todos se hubieron ido, no sin hacer oír sus recriminaciones y protestas, apagó las lámparas, cerró el Copacabana y regresó con Diodio. Con la ayuda de ésta, cavó un agujero de unos tres palmos de profundidad en el urinario situado detrás de la habitación. Después de poner la bolsa de nailon dentro de otras dos de plástico y protegerla a continuación con un estuche metálico, la metió en el orificio. A fin de disimular el escondrijo, colocó encima de la tierra que acababan de remover los ladrillos que se encontraban al lado y acondicionó allí un nuevo urinario.

A la noche siguiente, Ramata Kaba regresó al Copacabana, que estaba inmerso en un silencio y una oscuridad poco normales. Diodio, que permanecía en la entrada, pendiente de su llegada desde hacía casi dos horas, a pesar del bochorno y los relámpagos que presagiaban tormenta, corrió a su encuentro en cuanto hubo detenido el Jaguar. Ramata se bajó y, tras inclinarse hacia el interior del coche, se enderezó sosteniendo una bolsa de nailon que parecía muy pesada, más voluminosa que la otra, y volvió a cerrar la puerta.

—Te ayudaré a llevarla —se ofreció Diodio, cogiendo la bolsa—. Ven, mi madre ha conseguido localizar a Ngor Ndong.

Golda Meir, que aguardaba en el umbral de la barraca, estrechó la mano de Ramata y, sin soltarla, la hizo entrar en la habitación y la impulsó hacia la cama.

—¿Ya estás aquí, Guapa Señora? —dijo, liberándole la mano—. Eso está bien. ¿Te acompaña la paz? Siéntate. ¿Sabes?, te guardé las cosas que habías dejado aquí la noche de la redada, el bolso, los zapatos y las bragas. Cuando viniste ayer, me olvidé de devolvértelos. Diodio, ¿no has visto las cosas de la Guapa Señora?

—No, madre.

—No sé dónde estarán...

—Puedes quedártelas, te las regalo —la atajó con impaciencia Ramata Kaba —. ¿Dónde está...?

—¿Y de qué me iban a servir a mí, Guapa Señora? —la interrumpió a su vez Golda Meir con una cavernosa carcajada—. Quizás el bolso podría serme de utilidad, y ni siquiera, porque es un bolso para una señora que lleva vestidos, como tú. Yo no llevo. En cuanto a los zapatos y las bragas, con mis pies tan gordos y las nalgas tan enormes, de ninguna manera podría ponérmelos. ¡Qué graciosa eres, Guapa Señora! ¿No te has fijado en mi trasero? ¿Y en mis pies?

—¿Dónde está Ngor Ndong, Golda Meir? ¿Dónde está Ngor Ndong? — estalló Ramata Kaba con voz ronca y respiración afanosa.

—¡No te enfades, Guapa Señora! —trató de calmarla Golda Meir, que se sentó cerca de ella en la cama, sorprendida por su reacción—. He hecho indagaciones. Ngor Ndong se fue a Loul Sessène, a visitar a una tía. He enviado a alguien que, por desgracia, no lo ha visto, porque acababa de marcharse de Loul Sessène en dirección a Mbour, pero su tía ha asegurado a mi correo que en cuanto regrese le dará el recado y ella misma vendrá con Ngor Ndong mañana. Así pues, mañana Ngor Ndong estará aquí sin falta. Si vienes, lo verás. Cuando llegue, le diré que lo buscas y lo mantendré en mi habitación, ¡a la fuerza si hace falta!

—¡Sí, seguro que mañana Ngor Ndong estará aquí! —apoyó Diodio—. Si vienes, lo verás. Mi madre lo retendrá.

Un cegador relámpago iluminó de forma brutal el interior de la barraca, como si fuera pleno día, seguido de un apocalíptico trueno, cuando Diodio aún no había acabado de hablar. La mujer lanzó un chillido de terror buscando refugio cerca de su madre. Golda Meir y Ramata Kaba, asustadas también, se disponían en el mismo instante a levantarse. Como Diodio cayó encima de ellas, se hundieron las tres en la cama, que se desarticuló con un crujido seco, con las cuatro patas y el somier rotos.

Golda Meir, la primera en levantarse, se sentó en el colchón a ras del suelo, con las piernas separadas y las manos apoyadas en la cabeza.

—¡Huuy! Estoy muerta, madre mía —se lamentó—. ¡Nunca había visto nada igual! Diodio, levántate y acompaña a ésta, para que vuelva a su casa. Ngor Ndong no está en mi casa, que se vaya. Además, está lloviendo.

Sobre el tejado caían, en efecto, con gran estrépito unos gruesos goterones.

Diodio, que tenía asfixiada con su peso a Ramata, se puso en pie y, ayudándola a levantarse, la agarró por la muñeca y la llevó afuera, bajo la lluvia.

Ella la siguió dócilmente, en silencio, hasta el Jaguar.

Todavía llovía cuando Ramata llegó a Ranrhar. La tía Dianké la esperaba sola en el salón, consumida por la preocupación. Cuando entró, se levantó del sillón exhalando un hondo suspiro de alivio.

—¡Tienes un comportamiento estrambótico, Ramata! —la regañó—. Las viudas no deben salir sin alguien que las acompañe. Te lo hemos dicho y repetido, pero tú no quieres escuchar. Anoche estuviste afuera y esta noche has vuelto a salir. ¿Qué pretendes? ¡Fíjate cómo te has mojado! ¿Dónde estabas? No volverás a salir sola.

Ramata posó una mirada extraviada sobre Dianké; luego, sin pronunciar ni una palabra, encorvada como si soportara sobre sus delgados hombros todas las desgracias del mundo, se introdujo en el ascensor para dirigirse a sus habitaciones.

Tal como se había anunciado, el Copacabana tardó dos semanas en abrir sus puertas, dejando en el desamparo a sus numerosos clientes. Incapaces de soportarlo más, a partir del segundo día de cierre algunos se habían reunido en la gasolinera de Diamniadio, cuyo encargado frecuentaba el local, con el fin de encontrar la manera de hacer que Golda Meir cambiara de parecer. Quince días era mucho, muchísimo tiempo. Y además, ¿por qué tenían que ser precisamente dos semanas? Aquello era lo nunca visto: tres días, una semana o cuarenta días eran los periodos habituales para celebrar las ceremonias de duelo, pero nunca quince días. No se podía cerrar un bar a la ligera durante tantos días. Los habituales también tenían unos derechos que Golda Meir debía respetar. El primero de ellos hacía referencia a ser servidos cuando estaban en condiciones de pagar. Sin embargo, para que los sirvieran, antes era preciso que el bar estuviera abierto. Era obligatorio, pues, que se redujera el tiempo de cierre a una semana, como máximo. Después de largos conciliábulos, habían decidido formar una delegación de siete miembros, cuatro hombres y tres mujeres, para ir a hablar con Golda Meir. El que había sacado a colación la cuestión de los derechos, principal instigador de la reunión, Pape Demba Gaye, fue nombrado portavoz. Era un ex secretario de los archivos del Ministerio Fiscal, beneficiario de una «jubilación voluntaria». Con los bolsillos repletos con los cincuenta y dos meses de sueldo cobrados de una sola vez, había estado pagando rondas todas las noches, rodeado de una nutrida corte de pedigüeños. Así, había dilapidado rápidamente el dinero y ahora vivía de las últimas reservas, ya que, justo el día antes del cierre del Copacabana, había conseguido tras muchas dificultades

colocarle a un cliente su descodificador de Canal + Horizon, eso sí, a una tercera parte de su precio normal.

Golda Meir había detenido a la delegación a la entrada de su barraca y la había recibido en el umbral.

—Quedaos donde estáis. No entréis en mi habitación. ¿Qué pasa? ¿Qué queréis?

Intimidado por el tono cáustico y la colérica actitud de Golda Meir, el portavoz había agachado la cabeza, replanteándose el modo de abordar la cuestión. Pronunciaba mal las erres y las eses, lo que confería una extraña particularidad a sus frases.

—Mide, mamá Golda Meid... —comenzó—. Noss envían todoss loss clientess que fdecuentaban el Copacabana, pada dadte nuesstdo máss ssentido péssame, con ocassión ded fadyecimiento de tu hedmana mayod ded missmo padde y madde...

—Os doy las gracias a todos y ruego a Dios que llegue lo más tarde posible la hora en que tengáis que presentarlo por mí. ¿Qué más? —inquirió con sequedad Golda Meir.

—¡Ssí, ssí! ¿Qué máss? Loss cdientess me han encadgado que te diga que deduzcass ed tiempo de ciedde del bad, nuesstdo bad, ed Copacabana, a una ssemana. Doss ssemanass es mucho, la veddad. Loss clientess también tienen dedechoss que tú esstáss obdigada a resspetad...

Golda Meir se quitó el pañuelo de la cabeza, se lo ciñó en torno a las caderas e interrumpió con una palmada la perorata del portavoz.

—Si se hubieran muerto tu padre y tu madre, Pape Demba, ¿habrías dicho que dos semanas de duelo eran demasiado? La misma pregunta les hago a todos los que te han enviado y los que te acompañan. ¿Sabéis qué os digo? Que el Copacabana es mío y lo abro y lo cierro cuando me viene en gana. Esos derechos vuestros de los que hablas, Pape Demba, con esa lengua tuya de estropajo que se te arrastra por toda la boca y te impide hablar como todo el mundo, salpicando de saliva a cuantos tienes alrededor como una muchacha en su primer embarazo, lo que tú llamas «*nuesstdos dedechos*», ya podéis metéroslos por donde os quepan, tú y los que te han mandado, y marchaos ahora mismo de mi casa.

—No, no, mamá Golda, no tiene que tomad miss palabdass como... —había intentado parlamentar el portavoz.

—¡Esperadme, que voy a ir a cortarle el pene a los padres de todos vosotros! —espetó con cajas destempladas Golda Meir, que les dio la espalda.

Luego se había precipitado al interior de la barraca; cuando salió al cabo de unos instantes, armada con una pequeña hacha de mango metálico y afilada hoja, la delegación se esfumó.

En realidad, la madre y la hija estaban que no vivían. La segunda bolsa que había traído Ramata contenía la misma suma, además de cinco lingotes de oro, un cofrecillo lleno de joyas y una bolsita de cuero con una treintena de piedras preciosas multicolores, rojas, azules, verdes y opalinas, de incalculable valor. Pronto aquel botín fue a parar al mismo escondite que el segundo.

Desde entonces sufrían la continua aprensión de que llegaran para detenerlas, o de que la Guapa Mujer pensara mejor las cosas y acudiera a reclamar sus bienes. Por otra parte, si de verdad estaba loca, tal como aseguraba Diodio, sus parientes se percatarían de la desaparición del dinero y de las joyas y ella los conduciría hasta allí. Tanto en un caso como en otro, tendrían serios problemas. No obstante, estaban decididas a afrontarlos, pues la fortuna que tenían en sus manos compensaba todos los problemas del mundo. Estaban dispuestas a pasar una larga temporada en la cárcel, pero nunca confesarían haberla visto antes, ni haber recibido absolutamente nada de ella, y en cuanto al lugar donde estaba escondido el tesoro, ¡nadie les arrancaría el secreto!

Sin embargo, pasaron los días y nada de eso se produjo. Poco a poco, la angustia que las atenazaba desde la mañana y las acompañaba el resto del día, sin abandonarlas a la hora de dormir, atormentándolas en sueños, había comenzado a disiparse, sin llegar a desaparecer del todo. Por más que habían aguzado el oído, no habían oído ninguna noticia alarmante. El único tema que habían abordado los clientes con que se cruzó una de ellas al salir era la reapertura del Copacabana, que todos aguardaban con impaciencia.

Ésta se produjo por fin en la fecha prevista, con gran satisfacción general.

Los días, las semanas y los meses se fueron sucediendo, con excesiva lentitud para el gusto de Golda Meir y de Diodio. Todas las mañanas al despertarse, no podían evitar pensar que ese día intervendrían la Policía o los gendarmes.

Así transcurrió un año.

Era el comienzo de la época de lluvias, la medianoche había quedado atrás hacía rato y el bar estaba cerrado. La madre y la hija estaban a punto de acostarse cuando, de improviso, reapareció Ramata Kaba.

# CUANDO FLORECEN LOS CEIBOS

Al tercer día de la muerte de Matar Samb, DS, Armando hijo, su esposa Dieynaba y la tía Dianké, a quien Ramata había dejado sola, durmiendo todavía en el colchón instalado encima de la moqueta del dormitorio del tercer piso donde pasaban juntas la noche, para bajar al patio, se despertaron de manera repentina de madrugada, alarmados por sus estridentes gritos. Bajaron en tropel al jardín, que estaba empapado por el fuerte aguacero del día anterior, y la encontraron desnuda, tal como su madre la trajo al mundo, con los ojos tan desorbitados y fijos que parecían de vidrio, y con una espuma blanca en la comisura de los labios, llamando con voz monocorde a Ngor Ndong. Quería salir de la propiedad y el guardián, estupefacto, la retenía por el brazo para impedírselo.

Ante aquel mórbido espectáculo, Dieynaba, que estaba ya terriblemente afectada por la muerte de su padre, cayó desmayada sobre el césped húmedo. Dianké se desprendió del pareo que llevaba bajo la túnica para preservar la dignidad de Ramata. DS ocultó la cara entre las manos susurrando con patetismo: «¡Dios Todopoderoso! ¡Dios Todopoderoso!». Armando se agachó para recoger a su mujer y después de trasladarla al sofá del salón llamó por teléfono a su padre.

El profesor Armando Gomis tardó poco en llegar.

Fue a ver a Ramata, a quien habían llevado ya a su habitación. La encontró sentada en la cama, agitada, llamando todavía a Ngor Ndong, mientras Dianké y DS la sujetaban por los hombros.

Al ver entrar al médico, la cuñada la soltó y se acercó a él.

—¡Dios Todopoderoso! ¿Qué nos está pasando? Armando, ¿quién es este Ngor Ndong cuyo nombre no para de pronunciar? ¿Tiene alguna relación con la muerte de mi hermano? ¿Quién es? ¿Lo conoces?

El profesor Armando Gomis desvió la mirada despavorida que tenía posada

en Ramata Kaba para centrarla, sacudiendo despacio la cabeza, en DS.

—No, es imposible. ¡Es totalmente imposible! —exclamó por fin con un hilo de voz.

—¿Qué? ¿Qué es eso que es totalmente imposible, Armando? ¿Conoces a ese Ngor Ndong y la relación que pueda tener con la muerte de mi hermano?

—Conocí a Ngor Ndong, pero ignoro si tiene algo que ver con el sui…, la muerte de Matar. ¡Seguro que no!

DS lanzó una mirada fulminante al médico. Este bajó la cabeza, diciéndose que en el futuro debería evitar de una vez por todas esa clase de lapsus y esforzarse por expulsar definitivamente de la memoria la dolorosa y persistente verdad, que Matar se había ahorcado, y adoptar la mentira a la vez reconfortante e insoportable que decía que su amigo había muerto de un ataque cardiaco, tal como había jurado a su hermana y como creía todo el mundo.

—¿Quién es ese Ngor Ndong? —lo interrogó ella, mirándolo con insistencia —. Si no tiene nada que ver con la muerte por ataque cardiaco de mi hermano, ¿qué relación mantenían, entonces? ¿Por qué Ramata lo llama sin cesar? ¿Lo conocía ella?

El profesor Armando Gomis contó hasta el último detalle que hacía mucho tiempo un portero de la Maternidad del hospital Le Dantec, llamado Ngor Ndong, había perdido la vida a manos de los policías; explicó cuál había sido el grado de responsabilidad de Ramata y cómo había logrado sofocar Matar Samb el asunto con la ayuda de Jackson. Aquello sucedió veinte años atrás. Desde entonces nadie le había prestado ninguna atención. Todo había quedado en el olvido.

¿Era posible que el espectro de Ngor Ndong hubiera regresado, después de tan largo periodo, para vengarse de la pareja, para sumir al marido en una congoja tan honda que lo impulsó a poner fin a su vida de una manera tan repentina, sin explicar unos motivos que sin duda consideraba irracionales, y para aquejar a la esposa de una demencia súbita, con su nombre prendido a la boca, tres días después? ¿Cómo había que interpretar, si no, aquellos perturbadores hechos? Aunque era imposible, totalmente descabellado, en el albor del tercer milenio, pensar en historias de fantasmas y creencias que habían quedado superadas desde hacía mucho, incluso en el medio rural, y más teniendo en cuenta que él, Armando Gomis, de formación cartesiana, al igual que DS, nunca había dado crédito a tales cosas. No obstante, por más que reflexionaran, no conseguían encontrar otra explicación para aquellos misteriosos y dolorosos

acontecimientos. En definitiva, debían reconocer que la desgracia que se abatía sobre el infortunado matrimonio era tan nebulosa como el asesinato del político Babacar Sèye.

Ese mismo día, llevaron a Ramata Kaba al hospital psiquiátrico, en contra de la opinión de la tía Dianké, que afirmaba que su enfermedad, al igual que el sorprendente fallecimiento de su marido, estaba provocada por las maléficas acciones de numerosos envidiosos que, con su mal de ojo y sus malas mañas, habían logrado acabar con aquella rutilante pareja que tantos celos suscitaba, porque Matar y Ramata nunca habían querido aceptar la eficaz protección de los grigris. Según ella, había que llevarla al pueblo, donde un buen curandero lograría hacerle recobrar la cabeza o, si no, hacer venir uno a la casa. Los psiquiatras hablaron de conmoción afectiva generada por un trabajo de duelo mal abordado, sin aportar explicación al hecho de que el nombre de Ngor Ndong no parara de brotar de sus labios.

Durante una semana, Ramata Kaba rechazó toda clase de alimento y tuvieron que introducírselo por vía intravenosa. Llamaba, sin tregua, a su amante, salvo cuando se dormía por el efecto de los tranquilizantes y de los somníferos que le administraban. Siete días después de que se hubiera manifestado su trastorno, calló por fin. Indiferente a todo, parapetada en un silencio que nada alcanzaba a perturbar, con el rostro petrificado e inexpresivo, la mirada vacía, las mandíbulas y los labios comprimidos, permanecía al margen del mundo real, ajena a toda noción de espacio y de tiempo, incapaz de reconocer ni de manifestar el menor interés por nadie.

Un mes más tarde, Ramata abandonó el centro psiquiátrico, lugar lúgubre e insano, para ingresar en la ultramoderna clínica que llevaba por nombre «Dieynaba», y que era propiedad de la Holding Samb.

Una buena mañana, al cabo de un año de hospitalización en un estado estacionario que no alteraron las diferentes medicaciones, Ramata se escapó. Se fue a pie, guiada por un misterioso instinto, hasta Diamniadio, adónde llegó entrada la noche.

La gran sala del Copacabana estaba cerrada y los clientes se habían instalado en las barracas o habían regresado a sus casas. Se dirigió pues a la vivienda de Golda Meir, situada al fondo del recinto. En la entrada, se desprendió de la ropa y entró en la habitación, llamando a Ngor Ndong.

Diodio, que se disponía a cerrar la puerta, retrocedió de manera precipitada, presa del pánico.

—¡Huy! —chilló—. Madre, una diablesa.

Chocó con la pequeña mesa a cuadros negros y blancos y a punto estuvo de caer hacia atrás.

El grito de Golda Meir, que ya estaba acostada, resonó a continuación.

—¡Una diablesa! —repitió, levantándose.

Desnuda de pies a cabeza, Ramata Kaba se mantenía en el centro de la habitación con las dos manos posadas en la cabeza de larga cabellera desgreñada, sin parar de pronunciar el nombre de Ngor Ndong.

—¡Ya te había dicho que estaba enferma! —apuntó Diodio, una vez hubo salido de su estupor—. ¿No la reconoces, madre?

—Ahora sí —dijo Golda Meir, todavía impresionada—. Es la Guapa Señora. Tenías razón, Diodio, está completamente loca. Cuando una persona se desnuda así, no le queda nada, es que ha perdido del todo la cabeza.

Diodio buscó un pareo en el armario y tras cubrir con él a Ramata, la tomó por el brazo y la hizo sentarse en una de las camas. Sin salir de su asombro, Golda Meir la observaba con la mano apoyada en la barbilla.

—¡Date cuenta de que es una enormidad lo que quiere ésta a Ngor Ndong! —exclamó.

—¡Ngor Ndong! ¡Ngor Ndong! ¡Ngor Ndong! —seguía repitiendo sin cesar Ramata Kaba.

—¿Y ahora qué hacemos, madre? —planteó Diodio.

—No sé. Yo iba a preguntarte lo mismo. Quizá mañana sus parientes anuncien su desaparición en la radio. Ya preguntaremos a los clientes…

—¡No! —la interrumpió Diodio—. Si la encuentran aquí, tendremos complicaciones con lo que nos dio el año pasado. Seguro que sus parientes nos harán preguntas al respecto.

—Si nos preguntan, lo negaremos. Como está loca, afirmaremos que nunca la habíamos visto.

—Más vale no tener que negar nada, madre. El asunto podría ir a parar a la Policía o al cuartel, y esa gente, los policías y los gendarmes, tiene un olfato endemoniado, lo sabes muy bien. Una vez que han puesto la nariz en un caso, siempre acaban encontrando lo que buscan. No siempre basta con negar para desprenderse de sus garras. Ellos poseen métodos eficaces capaces de hacer confesar un delito hasta al que no lo ha cometido.

—¡Tienes razón! Entonces echémosla lejos de aquí.

—Ay, si la echamos, volverá. ¿Por qué crees que ha venido aquí? Para

encontrar a Ngor Ndong. Sólo le interesa él. Yo creo que su enfermedad empeoró desde la última vez que la vimos, hace un año, y que se ha escapado del sitio donde estaba encerrada. Lo que es seguro es que ha venido por Ngor Ndong y que mientras no lo haya encontrado, no se moverá de aquí. Si la obligamos a irse, va a volver. En cualquier caso, no debe de haber venido de muy lejos…

—¿Por qué dices eso?

—Porque si hubiera venido de lejos, así desnuda, habría llamado la atención de la gente y alguien la habría vestido con un pareo o una túnica.

—¿Quién, a ver? La gente ya no se fija en nada hoy en día. Están preocupados con los problemas para sobrevivir cada día; tienen el corazón reseco, están distraídos y nada los afecta. Aunque te mueras en plena calle, a duras penas se van a fijar en ti, o sea, que aún menos se fijarán en una loca que se pasea desnuda, porque eso es algo corriente. Los únicos que la habrán mirado son los viciosos.

—Es posible. Ahora, madre, lo que urge es encontrar una solución.

—Estoy de acuerdo contigo. Pero ¿cómo encontrar una solución? Te confieso que estoy desorientada y ya no sé qué pensar.

—He reflexionado un poco, madre. En primer lugar, de ninguna manera hay que preguntar por ella a los clientes. Por suerte, cuando ha llegado, el bar estaba cerrado y los residentes se habían acostado. Nadie la ha visto entrar, pues, y nadie tiene por qué saber que está aquí. Ya no podemos echarnos atrás en este asunto. Puesto que no quiere irse mientras no haya visto a Ngor Ndong, eso creo, lo va a esperar aquí. Si sus parientes transmiten una orden de búsqueda por la radio, haremos como que no nos hemos enterado.

—Para empezar, es necesario que se calle, porque si no, la gente sabrá que está aquí. A mí, la manera en la que llama a Ngor Ndong me produce escalofríos. ¿Cómo hacer para que se calle, Diodio? Espera, voy a probar.

Golda Meir fue a instalarse en la cama, al lado de Ramata, que estaba cubierta con el pareo que Diodio le había atado a la altura de las axilas y, rodeándole los hombros con su elefantiásico brazo, comenzó a hablarle con el tono de voz grave e infantil que se suele emplear para hacer entrar en razón a los dementes.

—¡Guapa Señora, Guapa Señora! Ngor Ndong va a venir, te ha estado esperando aquí desde hace una semana con la esperanza de que tú llegaras. Diodio va a ir a llamarlo a la barraca donde se encuentra. ¡Ahora, cállate!

Dirigió una señal a su hija, que se encaminó a la puerta.

—Me voy a buscarlo y ahora mismo vuelvo —anunció con seriedad antes de salir.

—¡Guapa Señora, Guapa Señora! —prosiguió Golda Meir con el mismo tono—. Calla y escúchame, ¿eh, Guapa Señora? Ngor Ndong está aquí. Diodio ha ido a buscarlo y va a volver con él. ¡Ahora calla un poco, Guapa Señora, que Ngor Ndong está a punto de llegar!

Al cabo de un momento, Diodio regresó con la camisola, el pareo y el pañuelo de tocado que Ramata Kaba había dejado afuera y los dejó en la cama.

—Debe de ser su ropa —señaló—. Seguramente se la ha quitado antes de entrar en la habitación.

Tras dedicar un somero vistazo a la vestimenta, Golda Meir volvió a centrar la atención en Ramata.

—¡Cállate un poco, Guapa Señora! Ngor Ndong va a venir. Diodio lo ha llamado ya. Calla un poco, por favor, Guapa Señora.

—No te oye, o si te oye, no te entiende. Es Ngor Ndong lo que quiere, él y nada más.

—Pero yo a Ngor Ndong no lo he visto desde el año pasado. Desde que se fue con Tiguis y Hobou Nguer, no he tenido ninguna noticia de ellos y no sé cuándo van a volver.

—¿Y si la amordazáramos? —propuso Diodio.

Golda Meir se levantó de la cama, tomando una repentina decisión.

—Se me ocurre algo mejor. La voy a dejar fuera de juego con…

—¡Madre! —exclamó, espantada, la hija—. No vas a…

Golda Meir emitió una risita.

No te preocupes, sólo la voy a dormir con una fuerte dosis de alcohol. Pásame una botella de ginebra de la caja de debajo de la cama y después, del aparador, la caja de Riqlès y un vaso grande.

Diodio dejó en la mesa a cuadros lo que le había pedido Golda Meir. Entonces ésta vertió dos frascos de alcohol de menta en el vaso y acabó de llenarlo de ginebra hasta el borde.

—¡Bebe, Guapa Señora! —la animó—. Está muy rico. Bebe un poco, Guapa Señora.

Ramata Kaba siguió impasible como una estatua, una estatua cuya voz resonaba sin cesar en la habitación. Golda Meir volvió a sentarse a su lado para ofrecerle el brebaje.

—¡Guapa Señora, bebe, es muy bueno!

En cuanto el vaso le rozó los labios, Ramata Kaba cerró herméticamente la boca, con las mandíbulas tan comprimidas que hasta le rechinaron los dientes.

De improviso, en la estancia se hizo el silencio. Por primera vez desde su llegada, se había callado. Un grillo cantaba en un rincón. Afuera, no brotaba ningún ruido de las barracas y, a lo lejos, iba menguando el gruñido del tren de las Industrias Químicas de Senegal que pasaba, cargado de mineral, por la cercana vía férrea.

—¡Ven a ayudarme, Diodio! Hazle como a los niños cuando los obligan a tomar un medicamento.

Con una mano, Diodio agarró la larga cabellera de Ramata y la inmovilizó tirando hacia atrás, mientras con la otra le tapaba la nariz. Ramata resistió tanto como le fue posible, reteniendo la respiración hasta el límite, pero, con los pulmones a punto de estallar, se vio obligada a abrir la boca para respirar. Golda Meir aprovechó para pegarle el pulgar y los cuatro dedos juntos a las mejillas y, acto seguido, le introdujo en la boca la mezcla de ginebra y de Ricqlès. Ramata forcejeó con todas sus fuerzas, hasta el punto de hacer caer el pareo que la cubría. Golda Meir se sentó encima de sus muslos, neutralizándole las piernas; sin dejar de paralizarle la cabeza, Diodio le destapó la nariz para sujetarle las dos muñecas con una sola mano.

La mitad del líquido la expulsó escupiendo y tosiendo, pero la otra mitad logró abrirse paso hacia su garganta. Después de la cuarta tentativa, habían dado cuenta de toda botella de ginebra y de seis frascos de Riqlès. Como Diodio consideró que era suficiente, la soltaron.

Ramata siguió resoplando un breve instante antes de reanudar sus quejidos: «¡Ngor Ndong! ¡Ngor Ndong!». La letanía no duró mucho. Con lengua torpe y pastosa, comenzó a hacer vacilar la cabeza a uno y otro lado, hasta que de repente la dejó caer hacia delante, y se habría caído al suelo si Diodio no la hubiera sostenido en el último momento.

Estaba roncando.

La madre y la hija la acostaron en la cama y la taparon con el pareo.

No bien se descubrió la fuga de Ramata de la clínica Dieynaba, como no existía ninguna agencia de detectives privados en todo el país, Armando hijo y su esposa recorrieron durante un día entero todos los servicios de Urgencias y los depósitos de cadáveres de los grandes hospitales de la capital. Una vez descartada la posibilidad de que le hubiera sobrevenido un accidente o la muerte en la vía pública, decidieron recurrir a la Policía y a los medios de

comunicación, la única vía disponible en caso de desaparición.

Durante más de un mes, cumpliendo órdenes de la más alta jerarquía, los policías de las comisarías de Dakar y de los alrededores detuvieron para efectuar controles a todos los enfermos mentales que deambulaban por las calles. En los periódicos, en la televisión y en la radio se publicaron anuncios de búsqueda, con la promesa de una cuantiosa recompensa para quien aportara información útil para encontrarla. El tío Toumani Kaba y la tía Dianké, por su parte, consultaron a numerosos marabúes y videntes.

Ninguna investigación dio, sin embargo, resultado.

Y es que la aguja perdida se hallaba escondida debajo del pie de Golda Meir: aunque la buscara el mundo entero, nadie la iba a encontrar. La familia de Ramata jamás lo logró.

El profesor Armando Gomis guardaba cama en el dormitorio de su mansión de Fann Residence. No se encontraba nada bien. Los terribles acontecimientos de la semana, que se habían sucedido con la lúgubre inmediatez de un entierro después de un fallecimiento, lo habían dejado postrado. Su tensión arterial, que aun siendo alta controlaba bien con un tratamiento, había subido de manera vertiginosa y no conseguía hacerla bajar, sobre todo desde la repentina enfermedad mental que había aquejado a Ramata dos días antes. Unos persistentes vértigos le impedían mantenerse en pie; oía un zumbido de moscas que revoloteaban delante de sus ojos. Y los medicamentos, que normalmente le procuraban un rápido alivio, no parecían surtir efecto esa vez.

Lo curioso era que sufría espantosas pesadillas, que habían acabado por despertarlo, pese a que había tomado un fuerte tranquilizante. Con la vejiga llena, la cabeza pesada, el vértigo acentuado, el bordoneo más intenso que nunca y empapado de un pegajoso sudor, se decía que aquello no era normal, que en el sueño inducido de forma artificial mediante un producto hipnótico, no debería soñar.

No obstante, había padecido varias pesadillas, la última de las cuales le había causado un profundo desasosiego. En ella lo había perseguido durante un día entero, del amanecer a la puesta de sol, un toro negro que tenía la cara dé Ngor Ndong, a través de una sabana llena de espinas que se le clavaban en la planta de los pies. Al anochecer, había logrado despistar al animal y había llegado, agotado, a una gran plaza iluminada por un proyector rojo, dominada por un baobab gigante con la forma precisamente de Ngor Ndong, de cuyas ramas

colgaban unos panes de mono[32] con la cara de Mbagnick Ndong y de los que resbalaban lágrimas de sangre. Al pie del árbol había concentradas cincuenta personas, veinticinco hombres que formaban un semicírculo a la derecha y veinticinco mujeres a la izquierda, con cara de gato, vestidas completamente de rojo, en torno a Ramata, Matar, el comisario Diallo y Jackson, que, con caras de ratón y desnudos, permanecían sentados en el centro del círculo. Un miembro del grupo de hombres gato, el jefe sin duda, el más alto, cuya vestimenta era de un rojo más intenso que el de los demás, se había adelantado y lo había cogido por la muñeca para conducirlo junto a los cuatro compañeros ratones instalados en el suelo. Al entrar en contacto con el hombre gato, su ropa había desaparecido y él se había metamorfoseado en hombre ratón desnudo. Entonces los «Mbagnick Ndong-panes de mono» anunciaron con cavernosa voz que aquel a quien esperaban, Armando Pierre Marie Gomis, había llegado por fin y que podía dar comienzo el juicio. En el curso de un proceso sumario, los cuatro hombres y la mujer ratones fueron declarados culpables de un infamante crimen cuya naturaleza no se especificó: se les condenó a ser devorados por los hombres gato. Cuando clamaban su inocencia, el baobab-Ngor Ndong y su hermano múltiple personificado por los panes de mono los habían instado a callarse, en vista de que todos habían ratificado su culpabilidad.

En el momento en que diez hombres gato, provistos ahora de unas patas de aceradas garras en lugar de brazos, se abalanzaban sobre ellos, se había despertado con un sobresalto y con el ritmo del corazón desbocado.

En realidad, por más que se negara a reconocerlo, estaba asustado. El suyo no era la clase de miedo lógico e instantáneo, por ejemplo el que te asalta cuando en plena noche se te atraviesa un agresor armado con una pistola o un cuchillo y reclama: «¡La bolsa o la vida!». No, el suyo era un pavor profundo, insidioso, destilado gota a gota como un suero intravenoso, provocado por el recuerdo, reprimido una y otra vez de forma racional y que, sin embargo, regresaba sin cesar con la misma fuerza del oleaje contra un acantilado, el recuerdo del trágico incidente acaecido mucho tiempo atrás en el curso del cual el portero de la Maternidad había perdido la vida. Siempre iba asociado a la idea de que, aunque se hubiera producido de forma tardía, todo aquello guardaba un extraño parecido con una venganza divina o mística, con el inexplicable suicidio de Matar y la súbita demencia de Ramata, quien a pesar de no haber retenido nunca el nombre del portero, se había puesto a repetirlo un buen día sin parar.

¿Y si se tratara de una venganza divina o mística, por más que se negara a admitirlo? En el fondo, ese tipo de cosas podían existir. En ese caso, corría el riesgo de acabar mal si continuaba tratándose con el método occidental por medio de pastillas, gotas y comprimidos, tal como les había ocurrido a todos los protagonistas que habían intervenido en ese turbio asunto. ¿Cómo había que interpretarlo? ¿Como una señal premonitoria que lo había visitado en sueños cuando estaba bajo la influencia del asombro que le había causado escuchar a Ramata pronunciando sin parar el nombre de Ngor Ndong? Jackson, hacía mucho, había sido el primer afectado. Él había sido testigo de sus últimos años de vida, un largo y doloroso calvario en la pendiente de la decadencia humana. Mientras el gigante todavía ocupaba una cama en el hospital, se había enterado de que el comisario Diallo había muerto en un accidente de tráfico, en la curva situada en la salida del pueblo Ndiass, en la carretera de Mbour, cuando regresaba de Kédougou, adonde lo habían trasladado, para ir a ver a su familia en Dakar. Dos décadas más tarde, la pareja de amigos se había desintegrado de una manera espeluznante, horrorosa. Sólo quedaba él. ¿Saldría de aquélla? ¿Qué maléfico destino tenía reservado?

Lo que necesitaba eran las oraciones y el *safara*, esa agua con la que se habían lavado los versículos del Corán escritos en un papel blanco sin rayas o en una tablilla de madera, de un buen marabú, así como los grigris y los encantamientos de un hechicero serio. Suzanne se encargaría de ello cuando llegara.

Suzanne era su prima hermana, que, después de la muerte de su querida esposa Philomène, se había convertido en su compañera oficial. Era viuda como él y nunca había tenido hijos. No vivían juntos de común acuerdo y se veían cuando así lo deseaban. El intenso fuego que antaño le devoraba el bajo vientre se había apaciguado con la edad, aunque sin apagarse del todo. De vez en cuando el viento soplaba, descubriendo las brasas ardientes que se mantenían bajo las cenizas. Suzanne era una amante perfecta, una mujer madura de formas rotundas, con una estrecha cavidad de muchacha debido a la ausencia de partos, con quien se entendía de maravilla. Anoche le había preguntado si quería que pasase la noche con él, ya que se encontraba mal. Como él había declinado la oferta, había regresado a su casa, en la Patte d’Oie, con la promesa de que volvería al día siguiente para desayunar con él. En cuanto llegara, le pediría que se ocupara de aquello.

Aun siendo católica practicante asidua a la misa de los domingos, profesora

de Filosofía en la Universidad de Cheikh Anta Diop y nada ingenua, Suzanne creía en esas prácticas oscuras y frecuentaba esos medios de los que él no sabía gran cosa. Conocía muchos marabúes y hechiceros, en especial a uno de sus compatriotas, un tal Cumpridou, mandiago como ellos, de quien le había hablado a menudo, que era a la vez curandero, vidente e intérprete de sueños; un hombre de gran prestigio.

El profesor Gomis se sintió un poco idiota por albergar ideas tan atrasadas, pero se dijo que si algo no podía tomarse a la ligera era su salud. Aquellas cosas podían existir realmente. África estaba repleta de misterios insondables, impenetrables para el entendimiento y el racionamiento científico. Aunque, bien mirado, ésa era la característica esencial de todo misterio. Tampoco podía rechazarlos haciendo honor a la objetividad en tanto en cuanto no llegara a encontrar una explicación aceptable. En más de una ocasión se había visto confrontado a hechos irracionales que no por ello dejaban de ser reales. Un ejemplo era el caso de la ex mujer de ese mismo Ngor Ndong, puesto que había vuelto al primer plano de la actualidad. Aquella mujer había dado a luz de forma consecutiva a dos bebés muertos, pese a las visitas y los tratamientos constantes de que había gozado en la Maternidad. De regreso a su pueblo, gracias a los fetiches, había dado vida a un niño sano. Ella misma se lo había enseñado, lo recordaba muy bien, cuando la había vuelto a ver un año después, un domingo por la tarde en que regresaba de Kayar en compañía de Philo y de su hijo, que por entonces tenía seis años, y se había parado en el mercado del fin de semana de la estación de Sangalcam para hacer provisiones de fruta y verdura. Sentada en un banco frente a una mesa cargada de pomelos y mandarinas, Seynabou Tine lo había reconocido en cuanto había bajado del coche. Había oído con sorpresa que lo saludaba con un caluroso: «¡Buen señor profesor Gomis!», que acompañó de una amplia sonrisa cuando todavía no lograba identificar su cara y la confundía con una de sus antiguas pacientes. Ella le recordó quién era, le presentó al robusto bebé que tenía en los brazos, le contó las peripecias de su existencia desde la muerte de su primer marido, Ngor Ndong, el parto que se había producido la misma noche en que se enteró de que había muerto a consecuencia de una breve enfermedad en el hospital Le Dantec, el niño al que habían puesto el nombre de su padre, y su boda con su hermano Mbagnick Ndong, para acabar negándose a que Philomène le pagara las frutas que había cogido de su mesa.

—¡No, señora, es regalo para ti y niño! Profesor Gomis siempre muy bueno

conmigo y el mi marido, cuando nosotros vivir los dos en Maternidad del hospital Le Dantec —dijo.

Sufrió un escalofrío involuntario al pensar que la pobre Seynabou Tine ignoraba por completo las trágicas circunstancias de la muerte de su primer esposo.

Sí, no había que descartar nada. Encargaría a Suzanne que llevara a Cumpridou a la casa y le buscara también un buen marabú. No había nada de ridículo en eso. Ella estaría de acuerdo, porque siempre argumentaba, cuando se mofaba de ella, extrañado de su forma de actuar, que las dos medicaciones podían ir a la par, que una no era incompatible con la otra.

La vejiga del profesor Gomis, excesivamente llena, le presentó una exigencia que debía satisfacer de inmediato. Era la reacción al medicamento diurético que había tomado. Se había levantado en tres ocasiones, en las que había llegado a duras penas al cuatro de baño, adormilado y medio impedido por el vértigo. Esa vez había postergado lo más posible el desplazamiento, pero ahora debía levantarse e incluso apresurarse si no quería mojar el pantalón del pijama. Levantó el brazo hacia atrás y, tras localizar a tientas el interruptor, encendió la lámpara. Se sentó pensando que debería proveerse de un orinal, utensilio muy práctico cuando uno guarda cama. Lanzó una ojeada al despertador y logró distinguir, con la impresión de mirar a través de un velo, las agujas de la esfera, que indicaban las cinco y media. Tenía la sensación de que los simples movimientos efectuados para encender la luz, levantarse, sentarse y poner los pies en el suelo, le habían supuesto titánicos esfuerzos, hasta el punto de dejarlo sin resuello, gimiendo con la boca abierta. Levantó la cabeza. Tras evaluar la corta distancia que lo separaba del baño, se levantó con precipitación, incapaz de contenerse por más tiempo y se dijo, con la presión de la orina en el esfínter, que tampoco estaba tan mal como para no poder llegar. Lo cierto fue que no logró dar un solo paso. La habitación y los muebles daban vueltas como peonzas, el suelo se movía bajo sus pies, las moscas que veía y oía eran más numerosas y más activas, y la cabeza le estalló con el ruido de un neumático pinchado. Las piernas dejaron de sostenerlo. La última idea de la que fue consciente era que había mojado el pantalón; después perdió el conocimiento y se desplomó en la moqueta.

Al llegar a las siete, Suzanne lo encontró acurrucado en el suelo, con la mitad del cuerpo sacudida por breves temblores espasmódicos, los puños crispados, una extraña respiración cavernosa que le hacía hinchar las mejillas a cada

inspiración y desinflarlas al espirar, la boca cerrada y los labios encogidos, como un viejo que fumara una pipa sujeta entre los dientes.

Llamó a su hijo Armando, que no tardó en acudir.

—¡Es un accidente vascular cerebral! —diagnosticó enseguida.

—¿Qué es un accidente vascular? ¿Es grave? —preguntó con inquietud Suzanne.

—Una hemorragia cerebral —explicó—. Hay vasos sanguíneos que se han roto en su cerebro. Es bastante grave. Hay que hospitalizarlo enseguida.

Media hora después, el profesor Gomis ingresaba con admisión prioritaria, mientras otros pacientes aquejados de la misma dolencia esperaban en los pasillos acostados en las baldosas, en la sala de reanimación del centro de neuropsiquiatría donde se encontraba Ramata desde hacía cuarenta y ocho horas. La misma noche, el avión de DS lo trasladó urgentemente a la Pitié-Salpêtrière, un gran hospital de París, acompañado de su hijo y Suzanne. Nadie puede sustraerse a su destino, sin embargo, nada ni nadie pueden alargar el límite de la vida cuando llega la hora fatídica que nadie puede prever con exactitud cuándo ni dónde se producirá. El profesor Gomis tenía cita con la muerte, allá en las riberas del Sena. Pese a los cuidados intensivos prodigados por los mejores especialistas de Francia, murió al cabo de un mes, sin haber recuperado el conocimiento. El Boeing de DS volvió a despegar al día siguiente para llevar su cadáver a Dakar. Lo enterraron tres días después en presencia de una numerosa multitud, no en el nuevo cementerio Saint-Lazare de Betania, situado cerca de la vía rápida del norte, que acababan de acondicionar con un alumbrado público paralelo a las luces de la pista del aeropuerto L. S. Senghor, lo cual podía inducir a error a los pilotos en la operación de aterrizaje, sino en el de Bel Air, próximo al mar, completo desde hacía años, donde su familia poseía un panteón.

En esta tierra de hombres donde conviven la abundancia y la miseria, la vida y la muerte, nada está oculto del todo, nada queda por saberse de manera indefinida, todo secreto acaba por aflorar a la luz.

Ese dicho, formulado por Bayab Gondia, suscitó una acalorada discusión entre los pescadores instalados en la cabaña situada al borde del mar, que mientras reparaban las redes se dedicaban a conversar sobre las cosas de la vida, el tiempo, las estaciones, el mar, los peces y la condición humana.

—¡Pues yo no estoy de acuerdo! —protestó Maniéna, que siempre llevaba la contraria a los otros—. Yo soy capaz de esconderme y de hacer algo que nadie, digo nadie, fijaos bien, podrá saber nunca, a menos que yo se lo revele.

—¡Ahí salió Maniéna, a ayudarnos! —exclamó Bayab Gondia, decidido a no medirse con él—. Tú siempre pones reparos a lo que decimos sin llegar a dejar nada en claro. Lo que te gusta es alargar la charla.

—¡No, no! —insistió Maniéna—. Tú afirmas que nada permanece secreto, desconocido u oculto. Yo, Maniéna, digo que no es verdad. Mañana me esconderé y haré algo que nadie, ni tú ni otra persona, sabrá jamás. ¡El que consiga decírmelo podrá tratarme como si fuera perro!

—¡Hombre, Maniéna, tampoco hace falta llegar a eso!

—¡Bayab Gondia, he dicho, y lo mantengo, que el que consiga decirme mañana lo que habré hecho cuando me esconda podrá ir a buscar tiras de corteza de baobab para trenzar una cuerda para atármela al cuello y llamarme perrito, perrito, llevarme pegándome con una rama si por azar me volviera remiso a seguirlo hasta su casa o su campo, donde una vez enseñado, me convertiría en su fiel perro guardián!

—Hablas demasiado, Maniéna. Eres incapaz de hacer algo que no podamos averiguar.

—Sí, Bayab Gondia. Mañana lo haré y te desafiaré a que me lo digas.

—De acuerdo, mañana se verá.

Al día siguiente al amanecer, al regresar de la pesca, solo a bordo de su piragua individual, después de pasar la noche en el mar, Maniéna paró de remar de repente, a más de un kilómetro; tras mirar en derredor y no ver ninguna embarcación en los alrededores, se desnudó y se sumergió en la tibia agua de la mañana. Con una maliciosa sonrisa se introdujo el dedo índice en el ano; de nuevo en la superficie, volvió a subirse en la piragua en el momento en que el sol asomaba por levante y se fue a su casa.

Cuando se encontraron después de la comida, a la hora en que la sombra de la cabaña se agrandaba ya hacia el este, Maniéna volvió a sacar a colación la cuestión.

—Eh, Bayab Gondia, a ti te hablo, yo, Maniéna. ¿No habrás olvidado lo que hablamos?

Por más que trató de hacer memoria, Bayab Gondia no recordó haber mantenido una conversación en especial con Maniéna.

—¿De qué hablamos? —preguntó por fin.

—¡Ja, ja! Finges haberlo olvidado, Bayab Gondia, pero no te has olvidado de nada. Es imposible que te olvidaras de lo que dijimos ayer, algo que tú mismo provocaste.

—¡Ay, Maniéna! Eso fue ayer, como bien dices. En este mundo hay que avanzar. Dejemos las palabras de ayer en el ayer y ocupémonos de las de hoy. Es mejor así.

—¡Ah no, eso sí que no! ¡Me niego! No vas a plantear algo y escabullirte después. No se puede dejar las palabras de ayer en el ayer para ocuparnos de las de hoy. Las palabras de ayer no están muertas y enterradas, y las de hoy no han nacido todavía. Te pregunto, pues, qué he hecho de especial esta mañana, cuando estaba escondido. ¿Qué he hecho? Te pregunto a ti, Bayab Gondia. Te lo pregunto delante de todo el mundo. ¡Respóndeme!

—Mira que te gusta discutir, ¿eh, Maniéna? De acuerdo. Pero antes querría que me des la garantía de que tendrás la buena fe de reconocer que he revelado exactamente lo que has hecho de especial esta mañana, cuando estabas escondido.

—¡Huuy! Y ahora pone en duda mi buena fe. Desde luego, Bayab Gondia, vaya manera de insultarme —protestó, indignado, Maniéna—. A ti te lo puedo consentir, sin embargo, porque cuando éramos pequeños nos sentamos en el mismo mortero[33] y compartíamos la misma choza. Si dices la verdad, aunque estoy convencido de que no dirás la verdad, seré el primero en reconocerlo, y si no, beberé el agua sucia en la que se han lavado las manos todos los varones y hembras de mi familia.

—Vosotros sois testigos, ¿sí o no? —preguntó Bayab Gondia a los presentes.

—¡Sí, sí —confirmaron a coro—, todos somos testigos!

Todos aguzaban el oído en medio de un silencio absoluto que permitía distinguir el monótono choque de las olas desparramadas en la playa. Bayab Gondia estaba considerado como uno de los hombres más serios del pueblo. Nadie le había oído decir nunca lo que no sabía o lo que no existía, ni siquiera de broma, y todos reconocían que uno podía fiarse de su palabra en cualquier circunstancia.

—Maniéna, voy a decirte cuál es el gesto infantil que has efectuado esta mañana cuando creías estar bien escondido y que nadie te veía. Maniéna, al volver del mar, donde has pasado la noche colocando, vigilando y levantando las cañas de pescar, al amanecer, poco antes de llegar al sitio donde las olas comienzan a romperse cerca de la costa, te has detenido con la piragua. Después de mirar a tu alrededor para asegurarte de que nadie te veía, te has desnudado, te has zambullido en el agua, que has encontrado tibia, y sonriendo, convencido de

que nadie te veía, te has metido bien hondo. Mira bien con tus dos ojos mi segundo dedo, el dedo índice de mi mano derecha. ¿Lo has visto, sí? Pues el tuyo, Maniéna, el dedo índice de tu mano derecha, es el que te has metido, afirmo, en el culo. Luego te has subido a la piragua en el momento en que salía el sol y has vuelto a casa.

—¡Mientes, no es verdad! ¡Tú, Bayab Gondia, sabes mentir! —exclamó Maniéna con manifiesta mala fe, boquiabierto de todas formas por la asombrosa precisión de las revelaciones de Bayab Gondia—. ¡Huuy! ¿Quién se ha metido bien hondo el dedo índice de la mano derecha en el culo? Pues deja que te diga una cosa, el que hayamos frecuentado juntos la misma choza no te da derecho a echarme encima todos los maliciosos pensamientos que se te ocurran. No me gusta nada, ni hoy ni mañana. ¿Quién ha hecho ese gesto infantil tan de mañana?

—Tú, Maniéna. ¡Reconoce al menos que es un gesto infantil!

—¡No es verdad! ¡Mientes! —insistió Maniéna—. No me has visto, era imposible que me vieras. ¿Acaso estabas allí para verme?

—Se puede ver sin estar presente.

—¿Cómo? ¿Cómo se va a poder ver si uno no está ahí?

—Si te lo digo, vas a llevarme la contraria, como haces siempre con todo lo que se dice.

—¡No es verdad! ¡Mientes! ¡No me has visto, mentiroso!

—Sí, te he visto tal como te veo ahora y te oigo ahora, Maniéna.

Era en tiempos muy antiguos. El islam y el cristianismo no se habían implantado todavía en el país. Entonces había muchas personas depositarías de conocimientos paranormales, a menudo desconocidos, y no era raro asistir en cualquier reunión, bajo el árbol de las palabras, en el campo o en la ciudad, a hechos asombrosos, incluso cercanos al milagro.

Bayab Gondia era una de aquellas personas. A partir de ese día se reveló como un gran vidente, como no había existido otro igual, como no volverá a existir nunca, y lo seguirá siendo hasta que le llegue la muerte en la vejez. La gente contaba que de niño había cogido la secreción del ojo de un perro y se la había puesto en sus ojos. Desde entonces, gozaba de la misma vista aguzada del animal, tanto de noche como de día, y percibía las cosas y los seres visibles e invisibles.

Se quitó un ojo de la cuenca y lo mostró en la palma de la mano.

—¡Ha sido el ojo, que he enviado, y que te ha seguido por todas partes, el que te ha visto, Maniéna! —declaró ante la sorpresa general, antes volverse a

colocar el órgano en su sitio.

Todo acaba pues por saberse, tal como aseguraba Bayab Gondia.

La edición de *El Ojo del Testigo*, publicada quince días después del fallecimiento de Matar Samb, tuvo el mismo efecto que una bomba, una de las tantas que la revista tenía por costumbre hacer estallar. Era un artículo de unas cuantas líneas que aparecía en el primero de los conocidos recuadros de la segunda página, titulado: «¿Ataque cardiaco u horca?».

Contrariamente a lo que se había anunciado, todo apunta a que el difunto ministro Matar Samb no murió de paro cardiaco, sino colgado de una cuerda. La tragedia tuvo por escenario el dormitorio situado en el tercer piso de la nueva residencia del ministro, en Ranrhar. En nuestro número de la semana próxima expondremos con más detalle los pormenores de lo que desde ahora se puede denominar ya como el caso Matar Samb, a fin de dilucidar los graves y turbios motivos que pudieron impulsar al eminente político a acabar con su vida de una manera tan repentina. Continuará…

Entre las numerosas publicaciones mensuales, bimensuales, semanales, quincenales y periódicos de la mañana y de la tarde que por fortuna han ido surgiendo durante los últimos quince años, *El Ojo del Testigo*, que salía los viernes por la tarde, era el que batía el récord de comparecencias judiciales, de condenas a penas de cárcel por el momento condicionales y de imposición de multas. Los procesos les llovían igual que los aguaceros en una generosa estación de lluvias, de tal forma que muchos se preguntaban, y no sin razón, pues la astucia del pueblo es cosa reconocida, si el jefe de redacción no lo hacía ex profeso con la intención de provocar el escándalo en torno a su persona para así hacer subir las ventas de su periódico, expuesto a una reñida competencia con sus competidores.

Un buen exponente de ello era el caso del puesto de aduanas de Séléty, situado en Fogny, en la región de la Media Casamance. Una noche, unos elementos armados atacaron el puesto, mataron al jefe y a uno de sus ayudantes e hirieron de gravedad a otro. Oficialmente, fueron los rebeldes del MFDC los responsables. El mismo día, por medio de su portavoz y representante en Europa radicado en Francia, el movimiento independentista desmintió formalmente toda implicación. No se sabía pues quién tenía razón y quién mentía.

Para *El Ojo*, siempre fiel a sí mismo, aquello no pasaba de ser una historia de faldas, pese a su sangriento y trágico desenlace. Acto seguido pasaba a explicar

que el jefe del puesto se acostaba con la segunda mujer del comisario de Policía de la capital gambiana, Banjul, a quien alguien había avisado por medio de una carta anónima. El delator añadía que si no lo creía, no tenía más que desplazarse, tal noche, en torno a las doce, al puesto de aduanas de Séléty; allí descubriría a su esposa *in fraganti*.

La noche indicada, el comisario gambiano se dirigió a Séléty en una camioneta Toyota en compañía de seis hombres armados hasta los dientes. No abrigaba ya dudas, porque el mismo día en que recibió la carta, su mujer le había pedido permiso para ir a Serekunda y quedarse tres días para visitar a su anciana tía enferma. Después de derribar la puerta de la habitación, que por lo visto ya conocía, encontró a la indigna esposa y a su amante desnudos en la cama. A él lo abatió a balas y a la mujer la dejó sin conocimiento de un puñetazo. Alterados por el ruido de pasos, las detonaciones y los gritos de la mujer, los otros dos aduaneros salieron imprudentemente de sus dormitorios para ir en busca de sus armas y toparon con los miembros del comando, que mataron a uno y dejaron herido al otro. Considerando que ya había lavado su honor, el comisario gambiano recogió a su esposa inconsciente y regresó a Banjul.

Las familias de los aduaneros pusieron una denuncia contra el periódico.

En el juzgado, el jefe de redacción reconoció que le era imposible aportar la más mínima prueba de lo que había escrito, ya que pese a las garantías que le había dado de venir a aportar su testimonio delante del juez, su informante se había echado atrás en el último momento.

El asunto concluyó con una nueva condena.

*El Ojo*, tal como lo llamaban los lectores, no se dejaba arredrar, sin embargo. En una programa de radio FM muy popular dedicado al mundo de la prensa, en el que intervino como invitado, su jefe de redacción había declarado sin tapujos que la línea editorial de su diario era el sensacionalismo y que éste consistía en hurgar sin tregua en los fondos de las papeleras, de las altas esferas sobre todo, en búsqueda de sórdidos desperdicios de los que la gente se quiere deshacer y que, expuestos a la luz, causan siempre escándalo.

—Pero ¿por qué esta desenfrenada búsqueda de escándalo? —había preguntado el entrevistador.

—¡Los senegaleses ansían el escándalo! ¡Los vuelve locos! ¡Les encanta, más aún que el arroz con pescado, que es nuestro plato nacional! —había exclamado a modo de respuesta.

Eso provocaba siempre airadas reacciones, por supuesto, bien comprensibles,

por otra parte, que podían ir desde la amenaza a la denuncia, pasando raras veces por la agresión directa. ¡Gajes del oficio, qué se le iba a hacer! Había que aceptarlos con el mismo estoicismo que un sacerdote. Lo esencial era informar con precisión y sin faltar a la verdad, tal como se enorgullecía de hacer su periódico, explicó.

Poco tiempo después, *El Ojo* había revelado, sin suscitar desmentidos ni denuncias de ninguna clase, que la joven esposa del alcalde de una vieja ciudad del norte del país, citados con nombres y apellidos, había pagado cincuenta millones a un marabú con el encargo de trabajar al propio presidente de la república para que, al no estar ya acompañado de su espíritu, nombrase a su viejo marido primer ministro del próximo Gobierno de Nuestra Piragua. Ni más ni menos.

El guapo y apuesto marabú, un hábil charlatán en realidad, se había ganado la total confianza de la esposa del edil. Alojado en una mansión de las Almadies, había sido mimado y cuidado como un príncipe heredero durante un semestre entero, sin que le faltara de nada. En todas las comidas recibía manjares de primera: por la mañana gachas de mijo condimentadas con pasas, mantequilla de vaca de Normandía, dátiles de Medina y cuajada endulzada y perfumada con vainilla y azahar; a mediodía, pollo del país a la brasa, acompañado de todos los ingredientes necesarios, como pimienta, olivas negras de España, cebollas de Holanda y mostaza picante de Dijon, seguido de la sesión normal de tres vasos de té verde de China a la menta; por la tarde, una merienda compuesta de pasteles de Gentina; por la noche, costillas y pierna de cordero asados con fuego de leña y mayonesa Calve, todo ello regado con agua mineral embotellada y cerveza envasada. En su larga estancia gozaba asimismo de la distracción de frecuentes visitas de una rica clientela de féminas —jóvenes o de edad madura— recomendadas por su anfitriona, muchas de las cuales se habían avenido a retozar con él en posición horizontal y con las piernas al aire. El día antes de la tan esperada reorganización del Gobierno, aprovechando el habitual paseo matinal por la playa, se había esfumado discretamente.

Al ver que no volvía a la hora de la comida, la señora alcaldesa había empezado a inquietarse. No mucho, pero sí un poquito. A la hora de la cena y a la de acostarse, torturada por la duda, no había podido engullir ni un solo bocado ni conciliar el sueño en la cama. Durante una noche interminable, estuvo esforzándose para no creer en una huida y mantener la esperanza de su regreso.

El día siguiente fue largo, muy largo. Lo había pasado sentada en el sofá del

salón, con la cabeza apoyada en una mano, muda, absorta en una profunda meditación, roída por la incertidumbre, esperando todavía, sin cambiar de postura. A las ocho de la tarde, cuando después del consabido saludo inicial, la presentadora del telediario había anunciado el nombramiento de Mamadou Lamine Loum como primer ministro en sustitución de Habib Thiam, la señora alcaldesa se había levantado bruscamente como si le hubieran clavado una aguja. Después, llevándose las manos a la cabeza, gritó con estridencia: «¡Me ha engañado!», antes de caer desmayada en la moqueta.

Había pasado un mes gravemente enferma de decepción y había perdido un tercio de su peso. En la clínica de las Almadies, donde la habían hospitalizado, pese a todos los análisis, exámenes, radiografías y escáneres a que la sometieron, los médicos no lograron llegar a un diagnóstico preciso, por lo que dedujeron que su trastorno era de origen psicosomático.

Los efectos personales abandonados por el granuja no eran gran cosa: dos túnicas de bombasí azul y blanco, dos chilabas de rayas negras, colgadas en el armario, dos pares de babuchas marroquíes amarillas y blancas, colocadas cerca del colchón de muelles dispuesto directamente encima de la moqueta de la habitación, que ella había pagado con su propio dinero, y una gran maleta con diarios viejos, tres botellas llenas de *safara*, dos rosarios largos, un retal de percal, una cabeza y una pata de perro momificadas y dos cuernos de koba y de carnero. No había ningún papel. Se había ido sin dejar dirección alguna.

Apenas repuesta, resignada a no ver cumplido el sueño de ocupar la residencia del primer ministro, se había consagrado de manera frenética a investigar, hasta que por fin encontró al causante de su desengaño en la Unidad 18 de las Parcelas Saneadas, cerca de la iglesia, en el último piso de un edificio de cinco plantas de construcción reciente, contratado por un socialista que había perdido su puesto de diputado a manos de un opositor liberal en las elecciones legislativas de ese mismo año y que aspiraba a un cargo de edil de distrito en las municipales del año próximo, a quien había estafado igual que a tantos otros. Lo único que deseaba ella era compensar los gastos, nada más. Prefería dialogar con él que denunciarlo a la Policía, porque entonces se habría hecho público el asunto, cosa que había que evitar a toda costa.

En el número anterior al que evocaba la muerte de Matar Samb, *El Ojo* había denunciado con contundencia al propietario de una discoteca, culpable de haber organizado una velada senegalesa en el curso de la cual se había celebrado, con gran éxito, un original concurso. Varias mujeres habían desfilado desnudas

delante de un jurado compuesto de tres miembros que debía determinar cuál poseía el monte de Venus, afeitado o hirsuto, más imponente y abombado, así como la vagina más aseada. La feliz ganadora, una joven de veinticinco años, de asombrosas curvas, con formas de mujer adulta envuelta en un cuerpo de niña, se había llevado el saco de arroz de cincuenta kilos que había en juego. Aquel satánico concurso recompensado con tan módico premio, según denunciaba con indignación el redactor en su artículo, representaba un verdadero insulto para todas las mujeres del país, sus valientes abuelas, madres, hermanas y tías; era un certero exponente de la decadencia moral de nuestra sociedad, socavada en lo que constituía su mayor riqueza, su juventud, a la que se ha querido calificar de malsana pese a no serlo más que en otras partes. Ese concurso era una demostración más de que la extrema pobreza, cuya existencia se tiende a negar, pese al elevado e intolerable umbral publicado recientemente por las Naciones Unidas, y la lúgubre y espantosa escolta que siempre la acompaña, el hambre, golpeaban con dureza en plena cara a una gran parte de la población en general y a la de origen rural en particular. Era hora ya de que replantearan esas veladas senegalesas o de que se prohibieran incluso, concluía el artículo. Lejos de atentar contra la libertad de expresión garantizada por la Constitución, con aquella medida se pondría coto a una nueva forma de depravación de las costumbres, a situaciones como la que se había dado menos de un mes antes, cuando en el curso de una de esas famosas veladas organizadas en Monaco Plage, los gendarmes de Hann habían sorprendido a quince parejas de homosexuales en pleno desenfreno carnal en la arena de la costa y los habían llevado al cuartel.

A través de todas las emisoras de radio, las numerosas asociaciones musulmanas habían lanzado una manifestación unánime de repulsa contra el gerente del local, un impío que merecía ser flagelado en público. Una ONG islámica había puesto una denuncia, esa vez no contra *El Ojo del Testigo*, sino contra el sacrílego, al que vilipendiaba. Al día siguiente de la publicación del artículo, cerraron el local, el Cinq sur Cinq, en M’Boro, pueblecito de la región de Niayes dedicado a la producción hortofrutícola y al turismo, y detuvieron a su propietario.

Mamadou Moustapha Marone, que firmaba sus artículos con el apodo de «Emme Tres», jefe de redacción de *El Ojo del Testigo*, despertó con el melodioso tintineo de su móvil cuando apenas acababa de dormirse después de haber apagado la lámpara del dormitorio.

Volviéndose despacio en la oscuridad, tendió el brazo y se apresuró a coger el aparato con la intención de evitar que la luz, los movimientos bruscos y el ruido prolongado del teléfono importunaran a su mujer, Salimata Badiane, y a su hija Yaye Ndoumbé, de nueve meses, que dormía también a su lado y no en la cuna. Yaye Ndoumbé estaba enferma desde el día anterior. Ardiente de fiebre y con diarrea pese a la administración de los medicamentos que le había recetado esa mañana el pediatra, se había pasado gritando buena parte de la noche. Muy preocupados, ya que aquella era la primera vez que la veían sufrir así, el padre y la madre se habían turnado para velarla, sosteniéndola en brazos, hasta el amanecer casi, cuando por fin había conciliado el sueño poco antes de que Salimata se durmiera a su vez.

—¿Emme Tres? —oyó que le preguntaba una voz de hombre, suave y cansina.

—El mismo al aparato —respondió con una brusquedad que no se molestó en reprimir, furioso por verse sacado de los brazos de Morfeo, maldiciendo para sí a tan madrugador interlocutor—. ¿Quién me llama?

—Mi nombre no le va a sonar de nada. ¿Está interesado en recibir información relacionada con lo que su diario llama el caso Matar Samb?

—¡Desde luego! —exclamó, sorprendido, Emme Tres—. ¿Dónde y cuándo nos vemos, por favor? Puede fijar hora y lugar según le convenga, por supuesto.

Notó que su mujer se acercaba y se pegaba a él.

—No hables tan alto, que vas a despertar a Yaye —le susurró.

—Ahora mismo, si quiere —respondió la voz suave y cansina—. Estoy aparcado delante de su casa.

—¡No, es increíble! Enseguida salgo.

Emme Tres volvió a dejar el móvil en la mesita, apartó a su mujer y se levantó para encender la lámpara.

—¿Adónde vas a esta hora? —inquirió Salimata después de dedicar una ojeada al despertador de la cómoda—. Son las seis menos cuarto; aún es de noche.

—Me quedaré justo en la entrada de la casa. ¡Un tipo me espera para darme información sobre el caso Matar Samb! —explicó con entusiasmo.

Yaye Ndoumbé se despertó a causa del elevado volumen de su voz y lo hizo saber con grandes alaridos. Salimata se incorporó, la tomó en brazos y sacando el pecho del camisón, le introdujo el pezón en la boca. El llanto cesó de inmediato.

—El médico había dicho que había que dejar de darle de mamar por completo hasta que parase la diarrea —señaló.

—¡Bah, tiene hambre! Tengo que darle el pecho. No le hará ningún daño —opinó mientras acariciaba a la pequeña con la mejilla posada en su pelo.

—¡Bueno, me voy!

—¿Será prudente? —objetó ella—. Igual es una trampa. Hay muchos maleantes en el barrio, aún es de noche, Yaye está muy enferma y yo tengo miedo. No salgas.

Emme Tres no la escuchó hasta el final.

Salió en pijama de la habitación y entró en el salón; tras encender la luz de afuera, atravesó el pequeño patio. Pasó junto al cobertizo sin prestar atención a *Reporter*, el loro, que parecía dormir en su jaula, y llegó al portal.

Se dijo que una vez más había dado en el blanco; la breve noticia había tenido sin duda el mismo efecto efervescente que una patada descargada contra un hormiguero. Había recibido la información cuando el periódico ya estaba montado y no había vacilado en suprimir otro recuadro donde se relataban las desventuras de un *ustaz*, un maestro de árabe, a quien había propinado una soberana paliza un enfurecido padre de familia, que había hecho irrupción en su clase armado con una barra de hierro para castigarlo por haber sometido a tocamientos a su hija de ocho años. Su bomba había causado gran conmoción como de costumbre, superando todas sus expectativas, llenando de asombro a más de uno. Todo el mundo se había lanzado a hacer conjeturas.

—Eh, ¿has visto *El Ojo* de este viernes?

—No, no lo he leído.

—Entonces no estás al corriente. Tienes que leerlo. El ministro Matar Samb no murió de un ataque al corazón. ¡Se suicidó en su dormitorio, en Ranrhar!

De este modo, avisados por el boca a boca, los lectores se habían precipitado sobre el tabloide como las moscas sobre un hueso de mango. Al acabar el día, la edición se había agotado y era imposible encontrar un solo ejemplar en los kioscos de la ciudad. En el próximo número, que se publicaría con tirada doble, iba a exponer en profundidad el asunto, tal como había prometido. Estaba convencido de la fiabilidad de la información que le había hecho llegar su informador, Ngagne Demba Thiongane, al que conocía bien. Habían crecido en el mismo barrio, habían asistido a los mismos centros de secundaria y habían pasado el bachillerato juntos. Sus caminos se habían separado en la universidad, cuando a Ngagne Demba lo habían orientado a la Facultad de Derecho y

Ciencias Jurídicas, mientras que él fue el primero de la lista en el examen de ingreso a la escuela de periodismo, la CESTI, de donde salió dos años después provisto del título, de nuevo como primero de su promoción.

La vida no había sido muy pródiga con Ngagne Demba. Tenía una mala suerte proverbial, que lo seguía a todas partes como una sombra. Como no había podido seguir el ritmo infernal del campus y de las aulas, se había enrolado en el ejército, de donde lo habían licenciado al cabo de veinticuatro meses sin haber rebasado, pese a tener el bachillerato, el grado de soldado raso. Después de un largo y difícil periodo de paro, durante el cual había vivido sombríos momentos y había cometido actos que prefería no recordar, gracias a la intervención de su hermano mayor, ingeniero de telecomunicaciones, que, obedeciendo a su insistente demanda, había accedido por fin a hablar con un amigo suyo director de empresa, había conseguido un empleo en la agencia de personal de seguridad y limpieza Senegal Sécurité Service. Ngagne Demba se había puesto en contacto con él tres días atrás, impelido, según decía, por la necesidad de resolver con urgencia un espinoso problema al que se hallaba confrontado, y le había vendido el secreto que había descubierto quince días atrás, la mañana en que estaba de guardia en casa del difunto ministro Matar Samb.

Él, por su parte, le había pedido que recabara otros datos para los que estaba dispuesto a pagar incluso el doble, interrogando al personal doméstico, mujeres de limpieza, cocineros o el mayordomo, para averiguar qué había ocurrido realmente entre la pareja después de su regreso a casa en el todoterreno a primera hora de la mañana, en el breve espacio que había mediado antes de la precipitada salida de la esposa al volante de su Jaguar. Aunque nadie les preste atención, siempre que se producen dramas familiares de esa clase, los criados están enterados de lo que ocurre con todo lujo de detalles. Seguro que Ngagne Demba lograría sonsacarles algo. Ese mismo día tenían cita en el restaurante Ali Baba, a la una.

Y para acabar de arreglar las cosas, he aquí que los dioses de los periodistas se ponían de su parte y acudían en su ayuda: alguien, a quien la lectura de su breve artículo sobre el asunto Matar Samb había impulsado sin duda a descargar la conciencia de un secreto demasiado pesado, se presentaba casi en la puerta de su casa con intención de contarle lo que sabía.

Emme Tres abrió la puerta y en la incipiente luz del alba vio a un hombre vestido de blanco, de pie junto a un gran Mercedes del mismo color que su ropa. De estatura mediana, más bien delgado, debía de ser un fanático del blanco. De

su gorro blanco se habían escapado algunos mechones de pelo tan blancos como el tupido bigote enroscado en forma de manillar, o como el conjunto de túnica y bombacho y los zapatos marakis,[34] así como el rosario que sostenía en la mano derecha, cuyas blanquísimas perlas desgranaba entre el índice y el pulgar.

Al ver a Emme Tres, atravesó la calle juntando el rosario entre las dos palmas de las manos. Luego sopló encima, se lo frotó en la cara y lo guardó en el bolsillo de la túnica en el momento en que llegaba a su lado.

—Buenos días, Mamadou Moustapha —lo saludó calurosamente con aquella voz dulce y cansina, un tanto afeminada, que había hecho pensar a Emme Tres que tal vez se trataba de un hombre-mujer—. ¡Marone, Marone! Tiene usted un gran apellido, el nombre de la mejor de las criaturas del Todopoderoso, mil veces más hermoso que el insulso apodo de Emme Tres.

El redactor creyó oír la voz de su difunto padre, que de niño a menudo le repetía más o menos lo mismo. Tendió la mano al hombre de blanco, que se la estrechó con una firmeza y energía muy distintas de la sensación que transmitía su voz. En su breve inspección, le llamó la atención el brillo feroz, incluso cruel, que ardía en sus ojos. Entonces pensó que se había equivocado. Aquel hombre de duras facciones no era un homosexual; era un individuo peligroso, implacable, probablemente capaz de estrangular con sus propias manos al imprudente que lo importunase. No le gustaría nada tener que vérselas con él.

—Buenos días, tío —saludó—. ¿No se decide a decirme su nombre?

El hombre esbozó una sonrisa con la que mostró una dentadura de una centelleante blancura que, en lugar de suavizarle la cara, acentuó la dureza de sus rasgos y la ferocidad de la mirada.

—Le repito que mi nombre no le sonará de nada —contestó—. Pero ¿podemos entrar, Mamadou Moustapha? No en el salón, donde podríamos molestar a su esposa y a su hija enferma, que están acostadas en la habitación de al lado. Sólo en el cobertizo con las sillas y la hamaca verdes que hay en el centro del patio.

—¡Vaya, parece estar muy bien informado en lo que a mí concierne! —comentó con asombro Emme Tres, apartándose para cederle el paso.

El hombre entró en el patio y se encaminó al cobertizo. Después de cerrar la puerta, Emme Tres se reunió con él. Se instalaron en las sillas de plástico verdes dispuestas frente a la hamaca tejida con hilo de nailon del mismo color.

—Lo felicito, Mamadou Moustapha —prosiguió el recién llegado—. Su

nueva casa es muy bonita. Todo hombre debe cuidar su propia persona, no por narcisismo, sino por respeto a sí mismo. Vivir en una residencia cómoda, vestirse de manera impecable, consumir una comida sana y suculenta, tener una, o mejor, cuatro buenas esposas, todo esto es la clave de una existencia dichosa durante este nuestro efímero paso en la Tierra. De nuevo, lo felicito. Mamadou Moustapha, ¿puedo tutearle?

—Desde luego, tío —repuso Emme Tres, con la boca muy abierta y la dicción entorpecida por un irreprimible bostezo.

—Gracias, Mamadou Moustapha. Ni qué decir tiene que yo también te autorizo a tratarme de tú. Te he pedido permiso para entrar porque tengo que hablarte largo y tendido, y además soy por naturaleza muy hablador. Lo que otra persona despacha en tres palabras, para mí implica una docena. No quedaría nada bien que permaneciéramos en la calle, incluso estando desierta a esta hora, como si fuéramos gentes recién llegadas a la ciudad. Antes has dicho «parece estar muy bien informado en lo que a mí concierne». En eso te equivocas un poco. Debes saber, Mamadou Moustapha, que yo estoy enterado de todo, de todo, fíjate bien, de todo lo que te concierne, de cerca o de lejos, desde hace dos décadas. Si supieras hasta qué punto te conozco, te asustarías…

Emme Tres se dispuso a hablar, pero vencido de nuevo por las ganas de bostezar, abrió otra vez la boca exhalando una larga y ruidosa espiración.

—Tápate la boca con la palma de la mano, Mamadou Moustapha —le recomendó el hombre de blanco—. Como todos los jóvenes, descuidas las buenas enseñanzas. ¿No sabes que cuando bostezas sin protegerte la boca con la mano, el diablo aprovecha para colarse en tu cuerpo y provoca enfermedades cada vez más difíciles de curar? Así, Mamadou Moustapha, pon siempre la mano delante de la boca cuando bosteces como medida de protección, tal como haces ahora. ¡Así está mejor!

Emme Tres comenzaba a sentirse exasperado con ese desconocido que no alcanzaba a definir. Quiso negarse a seguir su consejo, como desafío y porque además no creía para nada en esas historias del diablo, pero la mirada del hombre, fija en él, lo disuadió. Muy a su pesar, siguió la recomendación como si estuviera obligado a obedecer una orden que no le agradaba, recordando a su difunto padre que siempre le hacía la misma observación cuando bostezaba en su presencia.

—¿Quién es usted, dígame? —se apresuró a inquirir cuando aún no había acabado de espirar el aire, con la mano delante de la boca.

—Ya he declinado dos veces responder a esa pregunta, creo, pero puesto que insistes, te voy a dar mi nombre. Podría decirte Mamadou Ndiaye, el nombre más común de los senegaleses, y entonces no me habrías creído, y no te habría faltado razón. En realidad, me llamo Mamadou Moustapha Marone, como tú. Tenemos el mismo nombre ¿ves?, y las coincidencias van más allá. Mi padre, que Dios le conceda estar en su santo paraíso, que falleció bajo las ruedas de un camión hace veinte años, se llamaba Masamba Marone, igual que tu propio padre, fallecido también en las mismas tristes circunstancias. Mi madre se llama Ndoumbé Fall, como la tuya. Mi primera hija de mi única esposa, Salimata Badiane, del mismo nombre que tu única mujer, se llama como tu hija de nueve meses, Yaye Ndoumbé. Son extraños, muy extraños, estos casos de homonimia. Y eso no es todo, mis dos hermanas mayores se llaman respectivamente Khady y Yama Marone, y mis dos hermanastros, Masamba y Lamine Niang, nacidos del segundo matrimonio de mi madre con el hombre a quien yo llamo padre, Basiru Niang, tienen el mismo nombre que tus hermanas mayores, que tus hermanastros y que tu padre adoptivo. Es realmente extraño, Mamadou Moustapha Marone, tanta homonimia, ¿no?

—¡No, no son casos do homonimia! —exclamó, horrorizado, Emme Tres—. Eso es que te has informado muy bien sobre…

No pudo concluir la frase, compélalo por la necesidad de bostezar.

—No has dormido bien, ya sé —observó el hombre—. Por eso bostezas sin parar. Ponte, tal como te he recomendado, la mano delante de la boca abierta. Salimata tampoco ha dormido bien, porque nuestras amadas esposas, cuando los bebés están enfermos, se angustian mucho más que nosotros, los maridos. Todos los niños del mundo suscitan la inquietud de sus padres cuando se ponen enfermos, sobre todo la primera vez, como le sucede a Yaye Ndoumbé. De todas formas, no tienes por qué preocuparte, tal como te ha asegurado el profesor Macode Thiam, el pediatra de la clínica Dieynaba al que la llevaste ayer por la mañana, junto con su mamá, que la cargaba a la espalda pese a no tener costumbre. El profesor Thiam, apodado el Doctor de los Niños, los conoce muy bien. Una simple salida de dos dientes, una otitis no purulenta del oído interno derecho y una diarrea leve se curan fácilmente con Catalgina en polvo, a razón de un sobre por la mañana, al mediodía y por la noche; para combatir la fiebre y el dolor, Antibio Synalhar, gotas auriculares, dos en el oído afectado, el derecho, ése donde aplica siempre la manita llorando, por la mañana, mediodía y noche, sin obstruir el conducto auditivo con algodón. Y no olvides tampoco, contra la

diarrea, el Arabon, polvo de agradable sabor a cacao, tres cucharadas por la mañana, al mediodía y por la noche. Además, hay que parar por completo de darle el pecho y que tome sopa de zanahoria, papilla sin leche, agua mineral y agua de arroz hasta que las heces sean sólidas. Nuestras sufridas esposas nunca respetan esta última indicación, que es igual de importante que la administración de los medicamentos. «Bah —dicen—, el médico no sabe lo que dice. ¡El pecho de la madre no puede hacerle daño a su hijo!» Y se ponen a darle de mamar, tal como ha hecho Salimata, sin duda. Tranquilízate, de todas formas, Yaye Ndoumbé se va a recuperar pronto. Ya fuiste a comprar los tres medicamentos a la Grande Pharmacie de Dakar. Pagaste con un billete de diez mil y uno de cinco mil francos y te devolvieron cuatrocientos veintiocho francos de cambio. Los medicamentos son horriblemente caros, tal como comprobaste, igual que todos los gastos sanitarios, por otra parte. El enfermo que no tenga dinero, sin derecho a consulta ni a tratamiento, se muere bien pronto. A ti, eso de morir por falta de visita médica y medicación no te va a pasar, porque tienes de sobra para pagar. Lo malo es que podrías fallecer de una manera horrible, dolorosa y repentina si…

Salimata apareció en camisón en el rectángulo luminoso de la puerta del salón y se puso a observar a su marido, que conversaba en el cobertizo con un extraño vestido de blanco.

El hombre la advirtió primero y avisó al periodista con un discreto movimiento de la cabeza. Emme Tres se volvió. Al ver a su esposa, le dirigió un ademán tranquilizador con la mano.

—¡Ve a tranquilizar a Salimata, Mamadou Moustapha! —lo instó—. Como he dicho antes, soy muy parlanchín y nuestra conversación se está prolongando. Seguro que se ha empezado a preocupar. ¡Ah, nuestras valientes e indispensables esposas! A la vez buenos colchones y cálidas mantas para unos, campos de fértil o estéril tierra para otros, enseguida se preocupan, a menudo sin necesidad. ¡Ve a tranquilizarla, rápido!

Emme Tres no tenía ganas de levantarse ni de ir a tranquilizar a nadie. En realidad, él mismo no la tenía todas consigo. Quería permanecer sentado, escuchando las sorprendentes y precisas revelaciones de aquel extraño individuo. Se estremeció y sintió, sin saber por qué, cómo ni cuándo que había rozado la muerte de muy cerca y que había salvado la vida por milagro. El pánico se coló en su interior, como una violenta corriente de aire por una puerta abierta. ¿Quién era ese hombre tan particular? ¿Qué quería de él? ¿Tenía buenas o malas

intenciones? ¿Cómo demonios había conseguido conocerlo tan bien, hasta saberlo todo, absolutamente todo, sobre él? Hasta las dosis de los medicamentos recetados a su hija, su edad, de qué estaba enferma, el médico que la trataba, la farmacia donde había comprado los medicamentos… Aquel estrafalario adorador de la blancura, que le clavaba con insistencia una mirada semejante a la de una serpiente de cascabel que hipnotiza la liebre antes de atacar, no había venido a verlo a aquella intempestiva hora, cuando la llamada del muecín para la oración de la mañana acababa apenas de resonar en el altavoz del minarete de la mezquita del barrio vecino, cuando las gentes de bien se disponían a cumplir con sus devociones o estaban todavía en la cama, ese adicto a la blancura no había venido tan sólo a hacerle una visita a su domicilio con el objetivo de aportarle información sobre el caso Matar Samb, tal como había afirmado. Venía por otra cosa, pero ¿qué? ¿Qué razones, importantes sin duda, lo habían llevado a su casa tan de mañana, a la hora del canto del gallo?

—Ve a tranquilizarla, rápido —repitió—. Después, contestaré a las preguntas que en este momento rebullen en tu cabeza. Ve.

Asustado, Emme Tres se levantó de la silla y se acercó con paso rápido a Salimata, sospechando si no sería un verdadero brujo capaz de leerle el pensamiento.

—¿Y Yaye? —inquirió, sin despegar la mirada de aquel hombre que lo tenía subyugado.

—Se ha dormido —repuso ella—. La fiebre ha bajado y ya no gime ni se agita. Está calmada. ¿Quién es ese *ustaz*, vestido de esa forma? ¡Según parece, tiene mucho que contarte!

Emme Tres pensó que su esposa había tenido la misma impresión que él cuando lo había visto al lado de su coche, delante del portal de su casa. Lo había tomado también por una de las tantas personas de costumbres pervertidas que circulan por la calle. No era, sin embargo, maestro de árabe ni tampoco homosexual. Estaba tan seguro de ello que no habría vacilado en apostar que se cortaría una mano de lo contrario.

—Vuelve enseguida con Yaye —dijo.

—¿Quién es? —insistió ella.

—Alguien que tiene revelaciones importantes que hacerme. Vuelve con Yaye; yo me quedo con él.

Emme Tres abandonó a Salimata en el umbral para regresar al cobertizo, donde volvió a sentarse delante del enigmático individuo de blanco.

Salimata se quedó mirándolos un momento antes de desaparecer en el interior.

—Continúa, tío, por favor —lo animó con tono apremiante.

—Bien, Mamadou Moustapha —prosiguió el hombre—. Veo que mis palabras te interesan, que estás bien dispuesto a escucharme con las dos orejas. Ahora te reitero, pues, que podrías fallecer de manera horrible, dolorosa y repentina si no ejecutas al dedillo las órdenes que te voy a dar, Mamadou Moustapha Marone. Deja, de una vez por todas, de mancillar la memoria de aquel que se ha ido con Dios, Matar Samb, a quien el Todopoderoso concede un lugar privilegiado en el séptimo paraíso. No hay ni va a haber ningún caso Matar Samb. Si no, los relámpagos del cielo se abatirán sobre tu familia, sobre tu esposa, sobre tu hija y sobre ti, de tal forma que acabaréis quemados igual que el carbón. Has tenido una suerte inaudita, porque ya no deberías estar vivo después de la aparición del nombre del llorado Matar Samb en un artículo tan difamatorio como ése. La prueba irrefutable de que el agente del Senegal Sécurité Service, Ngagne Demba Thiongane, te ha inducido a error te ha salvado de una muerte segura. Le has pagado ya ciento veinticinco mil francos por una información falsa que te había vendido. Tenías cita en el restaurante Ali Baba a la una para que te pasara otra información que has prometido pagarle a un precio doble. —Mientras hablaba, sacó del bolsillo de la túnica unos billetes que entregó a Emme Tres—. Toma tu dinero. No hay que gastar una suma tan elevada por una mentira tan odiosa, porque lo que el tal Ngagne Demba Thiongane había asegurado ver es una detestable mentira destinada, con una inconfundible finalidad, a mancillar la imagen póstuma de un hombre irreprochable, un gran hombre de incontables méritos. Todavía hay enemigos irreductibles que arremeten contra su memoria igual que los buitres contra el cadáver de un asno y no quieren ni siquiera dejarlo dormir en paz en su tumba con el sueño de los justos. Y tú, manipulado como una marioneta, has sido el instrumento de esas maléficas aves. Por suerte para ti, no tenías conciencia de lo que hacías. Demba Thiongane, en cambio, sí lo sabía. A él lo contrataron esa banda de carroñeros y por eso ha sido castigado, de una manera definitiva. No va a acudir al Ali Baba hoy. Desde esta noche está de camino hacia el Infierno; de hecho, ya debe de haber llegado. Irás a comprobarlo a la playa, cerca del sitio donde antes fusilaban a los condenados a muerte. Así tendrás material para escribir un excelente artículo en tu periódico, con hechos verídicos y constatados, aunque te advierto que su cadáver tiene un aspecto un tanto

horripilante. Si quieres tener una idea aproximada de su estado, mira en la jaula de *Reporter.*

Emme Tres se levantó con presteza, fijando la vista en la jaula colgada del techo. Cuando la descolgó, vio al pájaro muerto, decapitado con una cuchilla de afeitar, la cual reposaba al igual que la cabeza encima de su tórax, un ala arrancada y las vísceras desparramadas fuera del abdomen.

Era un loro magnífico, un espécimen raro de vivos colores amarillo, naranja y azul en el cuello, el pico de un rojo bermellón y la cabeza y el resto del cuerpo verdes, que le había traído de Gabón un colega; le había dicho que con un largo y paciente adiestramiento podría lograr hacerle pronunciar algunas palabras o incluso frases, después de que aprendiera a silbar. Le había puesto el nombre de *Reporter* en recuerdo del reportaje que había realizado en África Central. El ave se había habituado rápidamente a la casa, cuyos rincones conocía sin excepción, y cuando lo llamaban por su nombre respondía con un grito especial. Le había enseñado a silbar las primeras notas de *Set*, la famosa canción de Youssu Ndur, que modulaba sin error, aunque todavía no llegaba a pronunciar correctamente el nombre acortado de su periódico, *El Ojo*, que él le repetía continuamente. Ahora el pobre *Reporter* yacía inerte, sin vida, víctima inocente de un ajuste de cuentas que ni él ni su amo comprendían.

Invadido por una mezcla de miedo y repugnancia, Emme Tres se puso a temblar con tanta violencia que la jaula se le cayó de las manos. También se le escapó de forma involuntaria un reguero de tibia orina que sintió correr por las trémulas piernas. Volvió a sentarse en la silla, incapaz de mantenerse de pie.

—¿Quién ha matado a *Reporter* de este modo? —preguntó con voz átona, con la garganta, la boca y los labios resecos.

—El mismo que ha matado a Demba Thiongane y que te matará de forma indefectible a ti, pero que antes matará a Yaye Ndoumbé y a Salimata, tu hija y tu esposa. Hay muchas verdades ligadas a ti que ignoras por completo y que debes aprender para llegar por fin a saber quién eres de verdad, porque no te conoces a ti mismo. También es preciso que comprendas hasta qué punto te has mostrado desagradecido con la familia de aquel que se ha ido con Dios, Matar Samb, que el Señor se apiade de él, a quien tú y tu propia familia le debéis absolutamente todo. Eso empezó hace mucho, hace dos décadas para ser precisos, cuando tú tenías ocho años. Entonces eras un niño. No obstante, a esa edad uno retiene muy bien el recuerdo de los hechos destacados de su existencia, y nada marca más que presenciar la horrible muerte de un padre. Todavía

guardas en el recuerdo aquella fría mañana del mes de marzo, cuando conducías a tu viejo padre ciego, guiándolo con el bastón que sostenías con la mano, hacia el puente de Colobane, donde mendigaba de la mañana al anochecer, cerca de vuestro domicilio, una miserable barraca construida con bidones y latas de conserva aplanados y juntados, una de las que aún quedaban del barrio Alminkou. Al atravesar la calle, un camión que salía del puente a toda velocidad atropello a tu padre y le causó la muerte inmediata. Alertado por el chirrido de los frenos y los gritos de los viandantes, tú saltaste y te salvaste así del accidente. El bastón del anciano ciego se quedó en tu mano. Un policía de la cercana comisaría de Bel Air, que montaba guardia en las proximidades, fue uno de los numerosos testigos. El se encargó del atestado. En él se constataba que, puesto que tu padre y tú cruzasteis con el semáforo en rojo, la aseguradora del camión no debía pagar ninguna indemnización a tu familia. Así es la ley, es dura, inhumana, pero es la ley. Sin embargo, el camión, al igual que la compañía de seguros, pertenecía a una empresa de obras públicas y construcción de la familia de aquel que se ha ido con Dios, Matar Samb. Por aquel entonces aún vivía su padre, el venerable Mapate. Era un santo varón, una persona de generosidad ilimitada cuyas numerosas obras benéficas llegaron a todos los confines del país. Al enterarse de la indigencia en la que vivía la familia del anciano ciego fallecido, compuesta por una mujer, tu madre Ndoumbé Fall, tus dos hermanas, Khady y Yama, y tú, el benjamín Mamadou Moustapha Marone, el venerado Mapate Samb se hizo cargo de ella. ¡No hay mal que por bien no venga! Ese dicho describe muy bien lo que os sucedió a ti y a los tuyos.

»La tragedia que sufristeis os abrió al mismo tiempo las puertas del acomodo y de la prosperidad. En primer lugar, la compañía de seguros os indemnizó totalmente sin ayuda de un abogado; así, de la noche a la mañana, dejasteis el tugurio de Alminkou para instalaros en un bonito piso de cinco habitaciones, con salón, cocina, cuarto de baño con bañera, totalmente equipado, en el nuevo barrio de Liberté 5. A partir de entonces no os faltó nunca de nada. Siempre recibisteis más de lo que necesitabais, alimentos, ropa, dinero en efectivo, agua, electricidad e incluso teléfono; todo gratis; recibisteis un rollizo carnero, no sólo para todas las fiestas de Tabaski, sino también para la de Korité y de Tamkharite. Khady y Yama, de quince y trece años respectivamente, que ya trabajaban como criadas, demasiado mayores para ingresar en la escuela, se quedaron en casa a dar órdenes a las dos empleadas de servicio que tu madre había contratado, una para la ropa y la limpieza, y otra para la cocina y los platos. A ti, con un ligero

retraso a tus ocho años, te inscribieron en Sainte-Marie de Hann, considerada la mejor escuela de todo el país, tanto del sector público como privado, con los gastos de escolaridad pagados, en primaria y secundaria. Entonces ya habías realizado estudios coránicos; después de dejar a tu padre en la entrada del puente de Colobane, volvías a Alminkou para ir a casa del marabú que tenía la escuela instalada al aire libre, en el patio de la mezquita pequeña construida cerca de las vías, a quien tu padre pagaba escrupulosamente todos los miércoles sin faltar, porque tú no podías, como los otros *talibés*,[35] ir a mendigar. Tú tenías una mente despierta para memorizar los versículos del santo Corán y también fuiste un excelente alumno, siempre el primero de la clase, desde primaria a la universidad. Todas esas buenas acciones se llevaron a cabo con la mayor discreción, según tenía por costumbre el venerable Mapate. Lo que te revelo ahora, ni tu propia madre Ndoumbé Fall lo sabe. Siempre ha ignorado de dónde le caía ese maná. Lo único que le pidieron fue que nunca tratara de averiguar el origen de la fuente porque, si no, corría el riesgo de que se secara, y que rezara cada mañana al despertarse y cada noche al acostarse por aquel benefactor que quería mantener el anonimato.

»Los años pasaron, y cuando el venerable Mapate fue llamado a presencia de Dios, lo sustituyó su hija Dieynaba, una mujer tan capaz como diez hombres juntos. Ella ha mantenido la obra filantrópica de su padre e incluso la ha perfeccionado y ha aumentado después de la devaluación del franco CFA. Tu madre, que todavía era joven y guapa, se volvió a casar con Basiru Niang, que era mucho más joven que ella, lo que constituye el sueño secreto de todas las mujeres. Con él tuvo dos hijos, Masamba, que lleva el nombre de tu difunto padre y tiene ahora dieciocho años, y Lamine, dos años menor que él. Ha ido más de quince veces de peregrinaje a la Meca, la mitad de ellas en compañía de su joven marido. Hoy en día es una de las personas más notables del barrio, responsable de la política del partido socialista, con la bandera verde y la estrella roja ondeando en la entrada de su casa. Ha llegado lejos, como se dice. A tus dos hermanas, Khady y Yama, también les ha ido bien. Ambas están bien casadas, una con Mor Djigo, un gran empresario, y la otra con Samba Ndir, un rico comerciante, y tiene numerosos hijos, no delincuentes, que van a visitar la Kaba y la tumba del Profeta en Medina y son felices en su matrimonio. Y tú, por fin, Mamadou Moustapha Marone, tú también te has desenvuelto bien. Eres el director de tu propio periódico, jefe de empresa, por lo tanto, con una quincena

de empleados, una bonita casa, un BMW serie 500 nuevo, una esposa joven y encantadora, una niña preciosa, una huerta productiva en Diander y otra en la Bicis, así como una cuenta bancaria, el número 11965800094, bien surtida. Gozas de una estupenda situación, desde luego. No obstante, es posible que no puedas seguir disfrutando de todas esas comodidades si sigues arrojando el oprobio sobre la familia del venerable Mapate Samb, que os sacó de la miseria a ti y a tu familia, pese a que nadie lo obligaba, buscando sólo complacer al buen Dios.

»Sería como la víbora que muerde el pecho que la ha calentado. La fábula cuenta que acabó con la cabeza aplastada. Comparada con la tuya y la de tu familia, su suerte te parecerá liviana y hasta deseable si te empecinas en mancillar la memoria de aquel que se ha ido con Dios, Matar Samb. Lamentarás mil veces haber nacido, mil veces llamarás a gritos que no saldrán de tu boca, que estallarán en tus entrañas, imposibilitado de hacerlos brotar, para que por fin llegue la muerte liberadora que tanto tarda en venir. Cuando veas el cadáver de Demba Thiongane, te formarás una idea precisa de lo que podría sucederle a tu hijita, Yaye Ndoumbé, a tu mujer, Salimata Badiane, y, por supuesto, a ti, Mamadou Moustapha Marone en último lugar. Ngagne Demba recibió lo que merecía, ni más ni menos. Era una persona fea e insignificante, Un fracasado que no había ganado un solo sueldo en el curso de su vida, más que gracias a las obras benéficas que son las sociedades y empresas montadas por el venerable padre de aquel cuyos despojos comía al contar en relación con él una historia inventada, que no llegaba siquiera a reunir la suma que le pedían para obtener la mano de la joven con la que se quería casar y que, para llegar a dicho fin, no tuvo otra ocurrencia que vender una lamentable mentira a un joven periodista, brillante desde luego pero tonto e inexperto, demasiado precipitado y lo bastante idiota como para no mirar por dónde pisa, que se arriesga a sufrir una caída mortal. He comunicado tu nombre, Mamadou Moustapha Marone, en deuda perenne en todo, así como el de todos los tuyos, a la familia del gran hombre cuya memoria has pisoteado en tu periódico. La Familia de aquel que se ha ido con Dios, Matar Samb, no va a poner una denuncia contra ti, porque sería honrarte demasiado y, además, supondría añadir palabras sórdidas a las otras palabras sórdidas que ya has suscitado. Ya ha sido suficiente. En el próximo número de tu tabloide, vas a borrar tus barbaridades para que no quede ni huella de ellas. En el centro de la primera página, en letras bien grandes, vas a presentar tus excusas más sinceras a la familia del llorado Matar Samb, reconociendo tu

grave error profesional. Ellos consideran que será suficiente como *mea culpa*. Todo el mundo reconoce que tienes una buena pluma, así que no hay duda de que sabrás encontrar las palabras apropiadas para tu artículo. En eso confío en ti. Como he dicho al principio, yo soy de natural hablador, y es verdad que me he demorado mucho. Espero que no haya sido inútil. Voy a terminar con un dicho muy propio de este país; tal dicho enseña que si supieras lo que te acecha, habrías dejado lo que acechas para ocuparte de lo que te acecha a ti. Tú, Mamadou Moustapha Marone, sabes perfectamente lo que te acecha. A buen entendedor… ¡Salud!

El hombre fanático del blanco se levantó de la silla y se encaminó a la salida sacando el rosario del bolsillo lateral de la túnica.

Paralizado, con el cabello erizado de espanto y el cuerpo sacudido por un violento temblor que hacía mover incluso la silla que ocupaba, Emme Tres lo siguió con la mirada, que mantuvo fija en la puerta hasta mucho tiempo después de que la hubiera cerrado al salir, preguntándose con quién había estado conversando. ¿Con un hombre? ¿Con un diablo? ¿Con un ángel protector o con el ángel de la muerte que había hecho una excepción acudiendo a ponerlo sobre aviso?

El ruido del motor del Mercedes hizo que por fin volviera con lentitud la cabeza. Advirtió con sorpresa la jaula caída a sus pies. Entonces la recogió y, tras posarla en el regazo, abrió la portezuela y con mano trémula sacó el cuerpo mutilado, el ala, la cabeza de *Reporter* y la cuchilla que la había rebanado. De improviso sintió que lo abandonaban las energías. El más mínimo movimiento le reclamaba un doloroso esfuerzo. Había que ser un monstruoso sádico para efectuar un acto tan brutal. El cadáver del loro estaba frío y rígido, de lo que se deducía que había muerto hacía tiempo. Lo habían matado antes de la madrugada. El mismo había hecho entrar al pájaro en la jaula la noche anterior y, al cerrar la puerta, le había dicho: «¡Hasta mañana, *Reporter*!»; el loro le había contestado con un estridente silbido. Sabía que eran las doce menos cinco porque había mirado el reloj antes de apagar la luz del patio para ir a reunirse con Salimata y Yaye Ndoumbé en el dormitorio, donde el ordenador portátil de última generación con el que había estado trabajando seguía conectado a Internet. Resolvió sustituir el pájaro asesinado por dos perros lobo idénticos a los de la comisaría.

Con grandes esfuerzos, logró levantarse de la silla y se fue a la cocina con *Reporter*, al que escondió en una bolsa de basura negra. No quería contarle ni

una palabra de aquello a su esposa. La visión del loro torturado, por el que sentía gran apego, la impresionaría y le causaría una honda aflicción. Entró en el dormitorio, donde la lámpara seguía encendida. Salimata y Yaye Ndoumbé, con los labios prendidos del pecho de ésta, dormían con los puños cerrados. Se fue al cuarto de baño y, después de tomar una ducha rápida, salió, se vistió y regresó a la cocina, donde se preparó un café. De nuevo en la habitación, cogió el móvil de la mesita y las llaves del coche del cajón. Luego salió. Su esposa y su hija dormían.

Ahora ya se había levantado el día. Antes de entrar en el garaje, encontró a la criada, Yvonne, que acababa de llegar con el pan para el desayuno, que había comprado en el puesto de la esquina, y que respondió a su saludo con un murmullo incomprensible. Media hora después, atravesó la pista del circuito deportivo y detuvo el BMW azul en la explanada del antiguo campo de tiro. Sosteniendo la bolsa de plástico negra que contenía los restos de *Reporter*, se bajó y cerró las puertas. Con el corazón rebosante de pena, la arrojó entre las altas hierbas después de titubear varias veces, como se suele hacer cuando hay que abandonar el cementerio donde acaban de enterrar a un ser querido. Luego bajó por la escarpada pendiente que conducía a la playa y advirtió a unos cuantos hombres, corredores vestidos con ropa de deporte, que gritaban y gesticulaban alrededor de una persona tendida a sus pies. Apuró el paso y enseguida llegó a su lado.

Acostado boca arriba, con los ojos desorbitados y expresión de terror, Ngagne Demba tenía la camisa color verde hierba del uniforme atravesada por varios agujeros de precisos bordes ensangrentados, provocados por las múltiples puñaladas recibidas. Las mejillas estaban hendidas en ambos lados de los pabellones de las orejas, cercenadas las comisuras de los labios, que le habían recortado para dejarle los dientes al desnudo, lo cual confería la impresión de que estaban crispados en una diabólica sonrisa. Habían colocado la lengua sesgada en la palma de la mano derecha, bajo los dedos cerrados, las dos orejas en la izquierda, abierta, y los labios superiores e inferiores encima del pecho, junto a la insignia donde constaba su nombre. El cinturón del pantalón verde oliva estaba desabrochado y bajado, al igual que el calzoncillo negro, hasta las rodillas. El pene y los testículos, extirpados de raíz, se hallaban hundidos en la boca, donde componían una horrible forma que, curiosamente, presentaba una extraña y vaga semejanza con un aparato genital femenino.

Aquejado por el vértigo y por las náuseas, Emme Tres cayó de rodillas y se

puso a vomitar.

Media hora después, cuando el sol había salido ya, a su regreso a casa encontró a Yaye Ndoumbé, sonriente en brazos de Salimata, que desayunaba en el cobertizo en compañía de Yvonne. Después de saludarlas un instante, se dirigió al interior, entró en el dormitorio y se acostó en la cama, sin fuerzas para quitarse los zapatos.

Poco después, Salimata, con la niña en brazos, se sentó a su lado.

—¡Yaye está mejor! —le anunció mientras lo ayudaba a descalzarse.

—¿Eh? Sí…, sí, está mejor —murmuró.

—Pero ¿qué te pasa? Te encuentro raro.

—Estoy enfermo.

—¡Ah sí, se te ve bien claro en la cara y en los ojos! ¿Qué tienes? ¿Dónde te duele?

—No sé.

—Entonces vayamos a la clínica Dieynaba.

—No hace falta.

—¿Cómo que no? Si dices que estás enfermo…

—¡Oh, Saly, déjalo ya, por favor!

—De acuerdo, de acuerdo, Tapha. Dime, ¿has visto a *Reporter*?

—No.

—Entonces ese gato negro que ronda tanto por aquí se lo habrá comido, tal como cree Yvonne. Al barrer, ha visto en el suelo de la jaula algunas plumas manchadas de sangre. Ese maldito gato se lo ha merendado. ¡Pobre *Reporter*!

—Pobre *Reporter* —repitió Emme Tres apenas sin voz.

DS dejó el ejemplar del *Ojo del Testigo* encima de la amplia mesa, irguió la cabeza y se quitó las gafas, tratando de contener la oleada de lágrimas que afloraba a sus ojos. La lectura del primer recuadro del periódico, que desmentía el fallecimiento a consecuencia de un ataque cardiaco y revelaba el suicidio por horca de Matar Samb, la había sorprendido y afectado de pleno, como una ráfaga de metralleta.

Muy afligida ya por la terrible muerte de su querido hermano y aún más conmocionada por la demencia de su cuñada, que se manifestó tres días después, había estado al borde de la depresión, pero gracias a su fuerte carácter, había logrado recobrarse. Tenía que ocuparse de los negocios, sin soltar las riendas. Era tan necesaria para la buena marcha de sus empresas y sociedades como el carburante para el funcionamiento de un motor. No podía permitirse una semana

de descanso, tal como le ordenaba su médico personal, en aquellos tiempos difíciles impregnados de una atmósfera de fin de reinado, en los que el estancamiento y la desidia neutralizaban todo esfuerzo. Absorta en el trabajo día y noche, había logrado superar la enorme pena y comenzaba a olvidar.

Y ahora ese odioso artículo venía a cuestionarlo todo otra vez.

Del bolso Chanel extrajo un pañuelo de un blanco inmaculado y, tras guardar las gafas en su estuche, se secó las lágrimas, se sonó tres veces. Se levantó y volvió á guardar el pañuelo en el bolso, se reajustó el pañuelo Hermes encima de los delgados hombros, cruzó los brazos sobre el pecho y después dejó vagar, triste y abatida, la mirada velada de lágrimas por el lado del gran ventanal de recios cristales ahumados, enmarcados por unas lujosas y pesadas cortinas de terciopelo dorado, que ocupaba toda la fachada oriental de su inmenso despacho situado en el piso veinticinco, el último, del edificio que albergaba la sede de la Holding Samb.

Mientras se preguntaba con insistencia quién habría sido el individuo que había podido informar al periodista y de qué manera se había enterado de la verdad, se puso a contemplar las maniobras de los minúsculos barcos que, semejantes a juguetes, entraban y salían de las aguas turquesa del puerto, apenas más grande que una bañera, y que rozaban las numerosas piraguas de los pescadores que Flotaban en la calmada superficie del mar cual briznas de paja, ancladas alrededor de aquella isla cargada de historias, donde todavía resonaban los hondos gemidos, los desgarradores gritos y los agudos alaridos de los infortunados esclavos encadenados que, a base de azotes, cargaban en los barcos, hacinados en peores condiciones que el ganado en las oscuras bodegas de las carabelas cuyas velas hinchaban los vientos de alta mar. Muchos de ellos morían durante la travesía, sometidos a la vigilancia de inhumanos e implacables negreros. Gorea era la isla que se parecía a un cetáceo surgido de las profundidades del rutilante océano de color esmeralda bajo los potentes rayos del sol de la estación de lluvias, bordeada por una delgada cinta blanca formada por la burbujeante espuma de las olas que incansables acuden a desparramarse en la arena de la orilla, con sus pueblecitos tradicionalmente dependientes de la pesca, instalados a lo largo de la costa a partir de la bahía de Hann, amenazada por una peligrosa contaminación causada por el vertido de residuos sólidos y líquidos de los habitantes y por las industrias cercanas, con la llama del tedero de la refinería de petróleo de Mbao, visible en pleno día, que ardía día y noche, con sol, viento o con lluvia, la inmensa y negra columna de humo de la central

eléctrica de la Sénélec, emplazada en el cabo de las Ciervas, en Diokoul, seguida un poco más allá por las otras, más enormes, escupidas por las fauces de los cuatro gigantescos hornos de la cementera situada entre Rufisque y Bargny, en Lendeng, cerca de Gouye Mouride, que ascendían inclinadas bajo el soplo de la brisa para ir a mezclarse con las grises nubes del cielo azul hasta los lejanos acantilados rojos de Toubab Dialaw. Allí se detenía la vista, al final de la larga cadena montañosa, tan parecida a una interminable boa acostada entre la bruma, la punta más elevada del país después de las dos colinas gemelas de los pechos, en la cima de una de las cuales se hallaba el faro móvil de Ouakam por poniente, habitado por los lebus, conocedores del mar, y los imponentes contrafuertes de los macizos del Fouta Dialon por levante, en territorio de los basaris adeptos a la poliandria, que dominaban como un atento centinela el otro cabo, más grande, el cabo de las Cabras, donde comenzaba la zona de los sereres y separaban como frontera natural la región de Thiès de la península de Cabo Verde por el este.

DS despegó la mirada del ventanal, rumiando todavía, cuando de improviso se golpeó la frente con la palma de la mano. «¡Ya lo tengo!», exclamó con fuerza para sus adentros.

No había tenido que cavilar mucho para concluir que no podía ser muy difícil averiguar el nombre de la persona que había hecho llegar el soplo al periódico. Ese día, en la mansión de Ranrhar no estaba ninguno de los criados, que se encontraban de vacaciones desde hacía dos semanas a causa de la ausencia de la señora de la casa.

Los únicos testigos oculares de la tragedia habían sido Armando Gomis, Ramata y ella misma. El profesor Gomis, que había sido trasladado a un hospital de París a finales de la semana anterior, y Ramata, aquejada de locura dos días antes, no habían filtrado nada. En ese sentido, no cabía el menor margen de duda, y en lo que a ella concernía, menos aún. Sólo quedaba el vigilante de la casa. Había sido él quien había proporcionado la información al periodista de *El Ojo del Testigo*. Él sabía que el dormitorio estaba en el tercer piso. Aquél era un detalle que el periodista no podía saber y tampoco lo había inventado. Fue el portero quien se lo proporcionó.

—¡Ndiaye Diop! —llamó en voz baja, mientras se instalaba de nuevo en el sillón.

La cortina situada detrás de DS se corrió al instante. Un hombre de unos cincuenta años, de estatura mediana, bigote blanco y con la vestimenta, con gorro y zapatos incluidos, del mismo color, entró en el despacho y, tras rodear la

inmensa mesa que abarcaba de un extremo a otro de la habitación, se detuvo delante de ella con una leve inclinación.

—¡Samb! Samb, señora directora —saludó respetuosamente con su voz suave y cansina, casi afeminada, tras quitarse el gorro y dejar al descubierto el cabello completamente blanco.

—¡Seck! ¡Seck! —le contestó ella—. ¿Cómo están sus mujeres y sus hijos?

El hombre tomó asiento en uno de los sillones indicado por la patrona y posó el gorro en las rodillas.

—Los acompaña la paz, señora directora —respondió, cruzando las manos sobre el vientre.

—¿Ha visto *El Ojo del Testigo* de este viernes, Ndiaye Diop?

—Sí, señora, lo he leído y estoy mortificado por esa odiosa mentira. ¡Ese periodista, con todo lo que su familia ha hecho por él y por los suyos, tanto en vida de su venerable padre como después, se merece un severo castigo, señora directora!

—Se merece un castigo, tiene razón, pero no severo. El periodista ha cometido una falta, desde luego, pero ha sido sólo de índole profesional. Lo único que se le puede reprochar es no haber investigado a fondo para comprobar la veracidad de la información antes de ventilarla en público. Lo único que ha hecho es aplicar mal su oficio, que consiste en informar. Además, como tantos otros, ignora por completo que él y su familia son beneficiarios de nuestra obra social. Ponle al corriente. Es hora de que sepa quién es. Asústalo bien, oblígalo a presentar excusas en su próximo número. Que aduzca haber sido víctima del engaño de un informador y que reconozca haber cometido un error profesional. Eso será suficiente castigo.

—¡Es demasiado buena, señora directora!

—No, Ndiaye Diop. No se trata de bondad, sino de equidad. Además, aunque él lo ignore, ese periodista forma un poco parte de la familia y es una persona inteligente. Repito que se ha limitado a hacer su trabajo. Lo ha hecho mal, de acuerdo. ¡Sin embargo, el que me ha causado una pena enorme y que merece un terrible castigo es el portero!

—¿Qué portero, señora directora?

—El que estaba de vigilancia en la puerta de la casa el día en que falleció mi hermano. Es él el que ha mentido al periodista. A él sí que hay que castigarlo con dureza.

—De acuerdo, señora. Recibirá un duro castigo, esta misma noche. La

agencia Senegal Sécurité Service para la que trabaja es una filial nuestra. Tengo cita para comer con su director después de la plegaria del viernes. Enseguida sabré cuál era el agente que estaba de guardia en la casa de Ranrhar ese día.

—Tráemelo a mi oficina a las siete. Quiero interrogarlo yo misma y que me confiese la verdad.

—Muy bien, señora directora. Tendrá al portero a las siete.

Ndiaye Diop Seck, el hombre sin nombre pero con tres apellidos, ejercía a la vez las funciones de consejero y ejecutor de trabajos sucios de DS. Lo había contratado de muy joven el viejo Mapate, que lo llamaba «hijo mío», y siempre había trabajado a su lado, sin despegarse de él, fiel como su sombra, incluso en sus viajes al extranjero. Él lo había recomendado a DS cuando le transmitió las riendas de la Holding Samb poco tiempo antes de su muerte. Le había dicho que podía, si así lo deseaba, desprenderse de todos sus antiguos colaboradores, salvo de Ndiaye Diop Seck, que debería mantener siempre a su lado; no lo iba a lamentar.

Nunca lo había lamentado, en efecto.

Discreto, cultivado, piadoso, el depositario de tres apellidos había demostrado rápidamente su valía y se había convertido en alguien indispensable. Siempre había llevado a cabo de manera absolutamente satisfactoria e impecable todas las misiones, peligrosas o tranquilas, que había tenido que encomendarle. Con una total discreción, le daba siempre consejos interesantes, y aunque era un desconocido en los medios de la alta sociedad de la capital, estaba informado de todo lo que se cocía en ellos, así como en los miserables bajos fondos y en los barrios modestos. Las pocas personas que lo conocían murmuraban que si su patrona se lo pidiera, Ndiaye Diop Seck no dudaría en introducirse en plena noche en un cementerio para desenterrar un cadáver inhumado ese mismo día y llevarle los ojos, la nariz y los labios.

Ndiaye Diop se levantó calándose el gorro con las dos manos. Después de inclinarse de nuevo ante DS, regresó a su despacho contiguo, que quedaba oculto detrás de las cortinas.

Instalado desde hacía un cuarto de hora detrás de los cristales de su cabina de vigilancia del último piso del edificio de la Holding Samb, Ngagne Demba Thiongane no lograba hallar respuesta a las numerosas preguntas que se agitaban en su cabeza.

Al llegar a la dirección de la agencia Senegal Sécurité Service de la avenida Cheikh Anta Diop, situada frente a la universidad del mismo nombre, diez

minutos antes de las seis, su jefe de servicio le había anunciado sin explicación que debía subir a la sede de la Holding sita en la calle Parchappe y no a la embajada de los Estados Unidos, tal como estaba previsto en la planificación semanal colgada en el panel de su oficina. ¿A qué se debería ese cambio de última hora? ¿Guardaría alguna relación con la información que había vendido a Emme Tres? ¿Lo habrían descubierto ya? Durante todo el trayecto en el autobús de la agencia que los llevaba a sus puestos de guardia, no había parado de devanarse los sesos. Cuando había hecho ademán de interrogar a su jefe, la dura expresión de éste lo había disuadido. De todas maneras, pensaba para tranquilizarse, sólo los mejores agentes tenían la suerte y el privilegio de que los destinaran a la sede de la Holding Samb. Esos elegidos ya no estaban sometidos a la rotación de un lugar a otro y recibían importantes gratificaciones. ¿Habría pasado a ese envidiable estado? ¿Y por qué, si tal fuera el caso, el jefe no le había informado y felicitado tal como se solía hacer? Ngagne Demba palpó los ciento veinticinco mil francos que guardaba en el bolsillo trasero del pantalón. La presencia de los billetes lo confortó un momento. No tenía por qué sentirse mal, y menos por un traslado a un puesto muy codiciado que, en rigor, merecía una celebración. Nadie podía estar enterado de su papel de informador; todo el mundo sabía que los periodistas se tomaban muy en serio el compromiso de no revelar la fuente de sus informaciones, de modo que en ese sentido podía estar tranquilo. Lo que le convenía ahora era idear una historia creíble para contársela a Emme Tres cuando se vieran al día siguiente en el Ali Baba, para que le pagase, no el doble como había convenido, sino veinticinco mil francos tan sólo. Así quedaría definitivamente solventado su problema. Podría hacer frente a la suma que exigían de él y que había buscado con el ímpetu de un niño, para poder casarse con Rokhoya Sarr, la muchacha a la que amaba.

Tenía que actuar sin demora porque había otro pretendiente que cumplía los requisitos. De lo contrario, perdería a Rokhoya. La señora Diouma Dial, su madre, había sido tajante: si quería obtener la mano de su hija, tenía que llevar el dinero en cuestión de una semana, y el plazo concluía al cabo de dos días. Hacía un año que había pedido su mano, solicitando al mismo tiempo que le concediera un tiempo para prepararse. Lo cierto era que la cortejaba desde hacía cinco años, lo cual era un periodo muy largo, tenía que reconocerlo. Así pues, debía aportar un dormitorio completo, moderno, en madera de palo sangre, compuesto de cama, armario de seis puertas y cómoda, además, por descontado, del colchón —de muelles y no de espuma—, acompañado de un par de sábanas acolchadas con

sus respectivas almohadas a juego y, aparte, una suma de ciento cincuenta mil francos. Si realmente no podía, le había advertido la mujer, debería dejar de frecuentar su casa y ceder el puesto a otro que supiera, al menos, abrocharse los pantalones. El plazo que había pedido y obtenido había durado bastante y se acababa ya. Ella, Diouma Dial, le había dado su palabra y la iba a respetar, pero si él, Ngagne Demba, no obraba con seriedad, estaba decidida a dejarlo de lado y llegar a un trato con el joven de túnica azul con el que se había entrevistado la noche anterior en el salón, un enérgico emigrante que había llegado hacía tres días de Nueva York y que a la mañana siguiente había visto a Rokhoya cuando volvía del mercado; la había acompañado con su coche, había entrado en la casa y había conversado con su madre, asegurándole que estaba dispuesto a casarse con su hija y que sólo esperaba una señal de su parte para pagar diez veces más de lo que ella le pedía. Al marcharse dejó, como muestra visible de una inmensa generosidad, dos billetes de cien dólares —ciento cuarenta mil francos—, únicamente por el precio de la cola de saludo. ¡Quien quiere a una persona debe hacer mucho por ella! En eso se reconoce al hombre capaz, que merece que le confíen a una mujer. El que no puede y no abandona es responsable de todo lo que se echa a perder. Ella, Diouma Dial, mujer negra y fea pero de mucho carácter, no pensaba consentir que le estropearan nada.

Ngagne Demba había prometido pagar la dote exigida en la fecha indicada, pero las cosas no habían sido fáciles. Corría detrás del diablo para poder tirarle de la cola y no tenía ningún ahorro. Había removido cielo y tierra durante cuatro días sin llegar a ninguna parte. Comprendió que si seguía así de apocado, sin partirse el pecho, iba a perder a Rokhoya Sari a su amada Daba, como la llamaba él—, sorbido hasta la médula, hasta la última gota de sangre, por ese hombre llegado de América. Su madre tenía razón, Daba valía el precio que ella le pedía. Cada cual tenía sus problemas, por más que a él el suyo le pareciera irresoluble. Aunque no, los problemas irresolubles no existían. Había que buscar, buscar y buscar, sin tregua, hasta que al final surgía la solución, a menudo de manera imprevista.

Había ido a ver a su hermano mayor del mismo padre y madre, un hombre de muy buena posición que vivía en la zona de Mermoz y le había expuesto sus cuitas. Él lo había escuchado hasta el final, pero como de costumbre, no le había aportado ninguna idea. En lugar de ello lo había abrumado con sermones inútiles haciendo hincapié en las dificultades de fundar un hogar sin dinero, para acabar aconsejándole que renunciara a esa idea de matrimonio, puesto que no podía

costeárselo. Ngagne Demba le había replicado que era un malvado y había añadido otras duras palabras que ya no recordaba. Su hermano, por su parte, lo había calificado de maleducado y de parásito, y lo había echado de su casa. Como él se negaba a marcharse, habían estado a punto de llegar a las manos. Al oír sus desabridas voces, su esposa había salido del dormitorio con el bebé en los brazos y le había suplicado que se calmara al tiempo que lo llamaba «maridito». Se había ido, comido por la rabia y la decepción, después de espetarle a su hermano que no le iba a dirigir nunca más la palabra. A continuación, Ngagne Demba se había puesto en contacto con su jefe para solicitar un préstamo, pero el muy mezquino se lo había negado con el pretexto de que aún no había devuelto por entero los adelantos de las fiestas de Korité y de Tabaski. Después había visitado a otros parientes, tíos y primos, que lo habían recibido bien y que habían asegurado que era hora de que tomara una esposa. Por desgracia, las dificultades de la vida actual les impedían hacer nada por él.

Guiado por un compañero a quien había confiado su preocupación, había acabado yendo a hacer la hiena con uno de los individuos que rondaban cerca de la tienda de un libanés situada delante del Servicio de Higiene, que vendía mobiliario a plazos. Empeñando su sueldo de tres años y medio, había adquirido por fin un dormitorio completo. Sólo quedaba reunir los ciento cincuenta mil francos. Tras larga reflexión, se había acordado de su amigo de infancia, Emme Tres, a quien le había explicado su problema y a quien le había revelado, a cambio de dinero contante y sonante, lo que había visto la mañana en que estuvo de guardia en la mansión de Ranrhar. El periodista le había prometido doblar la cantidad si le aportaba más información.

Por desgracia, el mayordomo y los otros empleados domésticos, a quienes había visitado en sus respectivos domicilios, ya que se encontraban en el paro después de lo ocurrido, habían asegurado que no sabían nada, porque no habían trabajado ni ese día ni los anteriores, a causa del viaje de la señora del ministro, que debía volver ese mismo día a la casa, un día antes que ellos.

Cuando volviera a ver a Emme Tres en el Ali Baba, habría inventado alguna historia verosímil, que habría bordado con inteligencia, no hasta el punto de valer el doble que la anterior, que era bien cierta, pero sí al menos cincuenta o veinticinco mil francos, cantidad mínima que exigiría antes de abrir la boca.

El timbre de uno de los teléfonos colocados en la mesita de enfrente lo sacó de sus profundas meditaciones. Cogió el auricular y lo acercó al oído apretando el botón rojo encendido que indicaba que se trataba de una llamada interior.

—Ngagne Demba Thiongane, lo llaman al despacho de la señora directora, que se encuentra delante de usted —le anunciaron.

Por un breve instante, mientras sostenía aún el auricular con mano temblorosa, sus dudas se transformaron en certezas y obtuvo de una vez respuesta a todos los interrogantes que lo agobiaban. «¡Ya está! Me han descubierto, voy a perder el empleo», pensó con la frente sudorosa, invadido por una repentina oleada de calor.

Tras salir de la cabina murmurando unos versículos coránicos destinados a protegerlo ante cualquier revés, atravesó el vestíbulo tapizado con una gruesa moqueta. Al llegar a la puerta de la directora, escupió unas partículas de saliva en las palmas de las manos y, una vez hubo comprobado que no lo miraba nadie, se recorrió con ellas la cara. Luego apoyó el dedo en el botón verde del timbre, empujó la pesada puerta y entró.

La oficina impresionaba por sus gigantescas dimensiones, el refinado mobiliario de diseño, la luz tamizada y el silencio que en ella reinaba.

Con rostro impenetrable, muy erguida en su sillón detrás de la inmensa mesa, DS le señaló el asiento que había ocupado Ndiaye Diop Seck por la mañana.

—¡Siéntese, Ngagne! —lo invitó con un tono amable, casi maternal, que lo sorprendió.

Se instaló con la cabeza gacha, haciendo caso omiso de la inquisitiva mirada de la señora directora, que aun sin verla, sentía clavada en él. El silencio se intensificó hasta tal punto que se hizo audible el agudo silbido del aire que salía con precipitado ritmo de su nariz. Se sentía encajonado, oprimido, agobiado de calor en aquella vasta habitación refrigerada con aire acondicionado. Estaba a punto de levantarse de un brinco, de huir a la carrera del despacho, del edificio, de la ciudad, de la región, del país incluso, para refugiarse en Mali, en Cambia o en cualquier otro lugar, con tal de que estuviera bien lejos de ese sitio, cuando oyó la voz afable y bondadosa de la señora directora.

—Levanta la cabeza y mírame a los ojos, Ngagne —le ordenó.

Obedeció, tratando de actuar con la mayor naturalidad posible. Aquello quedaba, empero, fuera de su alcance. Estaba demasiado tenso, demasiado preocupado por la posibilidad de que lo despidieran y por las terribles consecuencias que eso iba a conllevar, la más inmediata de las cuales sería la pérdida de Daba. Por otra parte, estaba tan abrumado por la culpa que no pudo soportar ni un segundo la ardiente mirada de DS, de modo que volvió a abatir la cabeza.

—¡Vamos, confiesa! ¡Fuiste tú quien informó al periodista de *El Ojo del Testigo*!

—¡Sí, señora! —confirmó sin vacilar, sorprendido por el enorme alivio que de inmediato experimentó, como una persona con los pies plagados de juanetes y de callos que después de soportar unos zapatos apretados, se los quita y se calza unas pantuflas.

—¿Cómo es posible que estuvieras al corriente de lo que pasó?

—Esa mañana, intrigado por tantas idas y venidas —explicó Ngagne Demba sin rodeos—, abandoné la puerta donde estaba de vigilancia y subí con el ascensor. Al llegar al tercer piso, como la puerta del dormitorio estaba abierta, oí voces y llantos. Me acerqué por curiosidad, sin hacer ruido, y levanté una punta de la cortina. Lancé una ojeada adentro… y…, y… vi…

Calló para tragar saliva y movió los labios sin pronunciar palabra alguna, como si los hechos se hubieran borrado de improviso de su recuerdo y estuviera tratando de hacer memoria.

—¿Qué viste, joven? ¡Continúa! —lo animó DS.

—Juro por Dios que no quería mirar, señora. Fue la curiosidad…

—¡Ya lo sé, Ngagne! Vamos, ¿qué viste?

—Eh… vi a la señora esposa del señor ministro, acostada en la cama, al señor amigo, el médico, muy azorado en medio de la habitación, y a usted, señora directora, que estaba cerca de la ventana, llorando de rodillas, tratando de quitar la cuerda que le rodeaba el cuello a su hermano, el señor ministro, que estaba tendido encima de la moqueta, vestido con una túnica de color índigo. Entonces me entró miedo y volví a mi puesto, al lado de la puerta.

—¡Bien, joven! ¿Ya quién le contaste lo que viste?

—A nadie, lo juro por Dios, por la cabeza de mi padre y de mi madre, que no se lo conté a nadie, por…

—¡Excepto a un periodista, en todo caso, Ngagne!

—Sí…, al periodista…, al periodista Emme Tres.

—Pero ¿por qué a él, precisamente?

—Habíamos ido juntos al colegio Sainte-Marie y habíamos pasado juntos las pruebas de bachillerato.

—¿Y por qué motivo?

Ngagne Demba Thiongane contó, sin omitir nada, cómo había llegado a ese extremo. DS lo escuchó sin interrumpirlo, sacudiendo de vez en cuando la cabeza con comprensivo ademán que lo animó a seguir.

—Además, el dinero que me pagó lo llevo todavía en el bolsillo, señora —añadió cuando hubo acabado, como para demostrarle que decía la verdad—. Estoy dispuesto a devolvérselo cuando lo vea en el Ali Baba, donde nos hemos citado para mañana a la una. ¡Señora directora, se lo suplico, no me despida! Si me quedo sin trabajo, nunca podré casarme…

—¿Quedarte sin trabajo? —exclamó ella—. ¡Oh no, joven! Tú eres un buen chico y a mí me ha enternecido sinceramente tu historia de amor, así que te voy a ayudar a resolver de manera definitiva tu problema. Deseo establecer fuertes lazos de amistad contigo. Para empezar, ya no vestirás más el uniforme de vigilante. Trabajarás aquí, con traje y corbata, cerca de mí. Ya te encontraremos algo interesante, puesto que tienes el bachillerato. Después, te ayudaré a completar la dote. —De un cajón del escritorio sacó un voluminoso sobre de color caqui sin matasellos del que asomaban algunos billetes nuevos y se lo tendió a Ngagne Demba, que se apresuró a cogerlo—. Toma estos quinientos mil francos, que te servirán para poner en orden algunos asuntos. Te servirán, ¿verdad, Ngagne Demba?

—¡Oh sí, señora directora! —dijo el hombre, loco de contento.

Luego se levantó del sillón y rodeó corriendo la gran mesa. Al llegar al lado de DS, se arrodilló en la moqueta y le besó los pies.

—¡Mil gracias, un millón, mil millones de gracias, señora directora! —exclamó mientras se enderezaba con la cara iluminada y los ojos chispeantes de alegría.

—No hay de qué, joven —respondió ella—. ¿Y ahora sabes qué vas a hacer? Vas a rellenar ahora mismo una petición de permiso de una semana, que entregarás al jefe de seguridad, y después vuelves enseguida a tu casa y comienzas a ocuparte de los preparativos de la boda. No olvides comunicarme la fecha elegida cuando vuelvas a presentarte aquí dentro de ocho días, porque querría tener contigo otro pequeño gesto como éste. Te doy un consejo, toma un taxi para ir a tu casa. Cuando uno lleva los bolsillos llenos corre riesgos yendo por la calle. ¿En qué barrio vives?

—En las Parcelas Saneadas, pero antes pasaré por casa de Rokhoya, mi novia, en el Gran Toff.

—Bueno, pero sé prudente y coge un taxi. ¡Adiós, joven, hasta la semana próxima! Recibe por adelantado mis mejores deseos de felicidad en tu matrimonio.

—¡Juro por Dios que al primer hijo que tenga, aunque sea un niño, le pondré

su nombre, señora!

Cuando, un cuarto de hora después, Ngagne Demba salió lleno de alborozo del edificio, había anochecido ya. Se sentía a punto, en forma, igual que un luchador bien entrenado, y hasta rebullía de impaciencia por enfrentarse al hombre llegado del país del Tío Sam, ese jactancioso. Era como la mayoría de los emigrantes, que después de haber estado barriendo calles, vendimiando, vendiendo chucherías o incluso droga, en Europa o en Estados Unidos, trabajando como esclavos, para desquitarse de las largas frustraciones acumuladas en las tierras del Norte, volvían aquí a fanfarronear, a lucirse delante de la gente honesta y a tratar de quitarles la novia a base de dólares, marcos, francos franceses, libras y otras monedas extranjeras. ¡Pues él, Ngagne Demba Thiongane, no se arredraba ante nadie!

Justo en el momento en que bajaba el último escalón de la planta baja, un taxi amarillo y negro se paró delante. El cliente se bajó y se adentró presuroso en el edificio, con un maletín en la mano.

Ngagne Demba ocupó su puesto.

—¡Al Gran Yoff, deprisa! —indicó al conductor.

El taxi arrancó, giró a la derecha y dejó atrás la calle Parchappe. Enfiló la calle El Hadji Amadou Assane Ndoye, donde al cabo de unos doscientos o trescientos metros volvió a girar a la izquierda. Entonces bajó la corta pendiente de la calle Car. Al poco de haber desembocado en la avenida Albert Sarrault, rodeó la plaza de la Independencia y tomó la avenida del Presidente Pompidou. Luego llegó a la avenida Blaise Diagne, atravesó el mercado Sandaga, donde a esa hora quedaba sólo un mar de bolsas de plástico multicolores esparcidas por el suelo. En la gasolinera situada frente a la farmacia del Islam se detuvo delante del surtidor de gasoil y el conductor paró el motor.

—Voy a poner combustible —anunció el taxista.

En ese preciso instante, un gran Mercedes blanco llegó al lado del taxi.

—¡Vaya, si es el gran Ndiaye! —exclamó el chófer al reconocer al propietario del potente vehículo, un hombre de bigote blanco vestido con gorro y túnica blancos—. ¡Hola, amigo!

—Hola, Guèye, ¿cómo estás?

—Bien, amigo. ¿Adónde ibas? ¡Mira que hacía tiempo…!

—Voy al Gran Yoff. Llevo a mis tres chicos conmigo. ¡Es verdad, Guèye, que hacía mucho que no nos veíamos!

Después de llenar el depósito del taxi, el empleado de la gasolinera se volvió

hacia el Mercedes.

El taxista intentó arrancar, pero el motor no respondía. Al cabo de varias infructuosas tentativas, acabó por confesar que tenía problemas mecánicos.

—¡Gran Ndiaye! —llamó—. ¿No podría llevar a mi cliente, que va al Gran Yoff, igual que usted? Es que no me funciona el arranque.

—Desde luego. Que venga, hay una plaza atrás. ¡Que venga!

Uno de los pasajeros de atrás, un coloso vestido con un conjunto tejano, abrió la puerta y se bajó.

Después de dar las gracias al taxista, que había rehusado que le pagara, Ngagne Demba se instaló en el Mercedes, al lado del otro pasajero vestido con una gorra y una camiseta roja sin mangas que dejaba al descubierto una prominente musculatura de practicante de halterofilia. Aunque no alcanzaba a ver bien al tercero, sentado junto al conductor, la nuca de toro y los fornidos hombros que desbordaban del reposacabezas y del asiento revelaban que se trataba de un gigante, también. Supuso que el propietario del Mercedes, sin duda un rico comerciante de Sandaga o un banquero, debía de regresar a su casa acompañado de sus tres hijos que le servían de guardaespaldas. El que le había cedido el paso volvió a subir atrás. El empleado de la gasolinera recibió un billete y devolvió el cambio. El Mercedes se fue por la avenida Blaise Diagne. En la rotonda de la Medina, torció a la izquierda para seguir por la avenida El Hadji Malick Sy, donde giró a la derecha para continuar por la cornisa Oeste.

—Pero ¡si por aquí no se va al Gran Yoff! —señaló, extrañado, el vigilante.

—¡Es verdad, Ngagne Demba! —reconoció el propietario del Mercedes—. Te llevamos a un sitio desierto para cortarte la lengua, los labios y el sexo para que sepas, antes de morir, que no hay que entrometerse en lo que no le concierne a uno. Mientras tanto, dame los ciento cincuenta mil francos que el periodista Emme Tres te pagó por tu innoble mentira y el sobre con el medio millón que te ha entregado la señora directora.

Estupefacto, verde de miedo, Ngagne Demba Thiongane obedeció con gestos febriles.

—¡Parad! ¡Parad! ¡Parad!—se puso a chillar de repente a voz en cuello—. ¡Por compasión, dejadme bajar! ¡Ay, aaay, aaay! ¡Dejad…!

El individuo de la camiseta roja le cogió el cuello con una mano y le apretó con tal fuerza la nuez de Adán que se oyó el ruido del cartílago aplastado entre sus dedos. El sobresalto que tuvo fue tan violento que se golpeó la cabeza contra el techo del vehículo. El hombre lo soltó. Estaba a punto de desmayarse del

dolor, con los ojos desorbitados y el labio de arriba cubierto de mocos. Con las manos posadas en la atormentada garganta, ni siquiera se dio cuenta de que se había ensuciado los pantalones. El abominable olor invadió enseguida el habitáculo del Mercedes.

—¿Cómo, se ha tirado un pedo? ¡Huele horrible! —exclamó el pasajero de delante, accionando el botón para bajar la ventanilla.

Una bocanada de aire puro atravesó el interior del vehículo sin llegar a disipar, empero, el mal olor.

—¡Peor, se ha cagado encima! —se mofó el agresor.

—Eh, esperad a que hayamos llegado para empezar, chicos. Ese idiota va a ensuciar por vuestra culpa el asiento de mi coche —objetó Ndiaye Diop Seck.

—¡Ha sido para hacerlo callar, me molestaba con sus gritos!

Enloquecido de terror, Ngagne Demba Thiongane quiso chillar otra vez, suplicar a esos hombres que tan bien parecían conocerlo, y a los que veía como en sueños, que lo dejaran bajar, por el amor de Dios. Abrió la boca, sin apartar la mano de la garganta; quiso gritar, pero de su boca no brotó sonido alguno: se había quedado sin voz. Siempre había pensado que ese tipo de cosas sólo pasaban en el cine, en las películas policiacas, donde a menudo aparecía una escena fuerte en la que un grupito de matones se llevaban a un infortunado, muerto de miedo ya, hasta un solitario descampado para degollarlo como a un cerdo. Aquello podía ocurrir también en Dakar. El mismo era un ejemplo de que era posible. Había comprendido que la señora directora lo había atrapado como a un ratón, que lo que había contado al periodista lo había llevado a la perdición y que el emigrante de América le iba a robar a su Daba. Aquellos hombres no bromeaban, lo iban a liquidar.

—¡De acuerdo, chicos! —aprobó Ndiaye Diop—. Como ahora se ha callado, dejadlo en paz por el momento. ¡Además, ya hemos llegado casi!

Cinco minutos más tarde, esperaba solo en la oscuridad, con el rosario en la mano, al lado del maletero del Mercedes.

Sus tres sicarios, sus chicos como los llamaba él, habían arrastrado al pobre Ngagne Demba, que forcejeaba como un poseso sin emitir grito alguno, hasta abajo, a la playa, para enseñarle de una vez por todas que un hombre debe saber mantener la lengua protegida en la boca detrás de una consistente barrera de treinta y dos dientes, y el exterior por dos tapaderas, los labios, y que la curiosidad mata de verdad. Inclinándose, introdujo la mano por la ventanilla de delante y de la guantera sacó un ambientador con perfume de jazmín, con el cual

roció en abundancia el interior del vehículo.

«¡Ahora viene el turno del periodista! —pensó—. Lástima que la señora directora no haya ordenado eliminarlo a él también, sino sólo asustarlo.» Tenía razón, de todos modos. Ella siempre tenía razón, sus decisiones eran sagradas. Iba a cumplir con esmero la tarea que le había encomendado. Le iba a provocar un pánico tal que se acordaría hasta el día de su muerte. Ya estaba en posesión de todo un arsenal de información sobre Emme Tres, que él mismo ignoraba, la cual había completado Yvonne, su criada, con quien se había puesto en contacto uno de sus chicos, que la había recompensado con una bonita suma de dinero. Ella había revelado el nombre de Salimata, el de Yaye Ndoumbé, la enfermedad de ésta, la existencia del loro *Reporter*, de la caseta y otros datos, además de aportar la receta del médico, que habían fotocopiado antes de devolverla. Gracias a ella, no había sido difícil conocer la farmacia donde habían comprado los medicamentos y, con la factura, conocer el precio, los billetes pagados y el cambio recibido; tampoco había sido complicado consultar al profesor Macodé Thiam, de la clínica Dieynaba, propiedad de la Holding Samb.

Ndiaye Diop Seck pensó que debía enviar a uno de los chicos para que se encargara de *Reporter*, esa misma noche, mientras dormía en su jaula colgada del techo de la caseta, junto a la hamaca y las sillas de color verde del patio de la nueva casa de Emme Tres, situada en lo alto de la colina, en el Sagrado Corazón 3, antes de sacarlo a él de la cama, rendido de sueño, al amanecer. Con un niño enfermo, nunca se llegaba a dormir suficiente. En tales condiciones, sería más moldeable que una pella de arcilla.

El viernes siguiente, ante la sorpresa general de los numerosos lectores que aguardaban la salida del semanario contando los días, el número de *El Ojo del Testigo* no volvió a tocar el tema del supuesto caso Matar Samb más que para presentar, en negrita y en primera página, firmadas por Emme Tres, las más sinceras excusas del conjunto del personal del periódico, comenzando por su jefe de redacción, Mamadou Moustapha Marone.

El periodista reconocía haber cometido una grave e imperdonable falta profesional al no haber indagado hasta el fondo a fin de comprobar la veracidad de una información que había resultado ser una falaz invención ideada por un malintencionado bromista, mentiroso y mitómano empedernido. Por su parte, lamentaba haber causado un gran perjuicio a la familia Samb y a la imperecedera memoria de aquel que se había ido con Dios, el llorado Matar Samb, que el Dios Todopoderoso le concediera un envidiable lugar en el séptimo paraíso, gran

hombre de Estado en vida, reconocido como el más brillante miembro del Gobierno en sus funciones de ministro de Justicia.

En la cuarta página, en la sección de sucesos, el asesinato de Ngagne Demba Thiongane, relatado ya por toda la prensa —radio, televisión y periódicos— al día siguiente de que se descubriera el cadáver, era descrito con una macabra precisión de detalles. Según la Policía, concluía el artículo, las atroces mutilaciones que presentaba el cuerpo del vigilante apuntaban a un ajuste de cuentas en el caso de la lengua, los labios y las orejas cercenados, así como por los cortes en las mejillas, mientras que la extirpación del sexo y los testículos hacían pensar más bien en un crimen pasional.

Una tarde de septiembre en que la totalidad del paisaje estaba inundado por una lluvia diluviana que no había parado de caer desde media mañana, Tiguis llegó al Copacabana poco antes del crepúsculo. En el bar, atendido por Moro, un emigrante gambiano que había contratado Golda Meir un tiempo después de la llegada de Ramata Kaba, había pocas personas. La media docena escasa de clientes se componía de cuatro chicas y dos jóvenes, irreductibles a los que ni la torrencial lluvia podía impedir acudir a su punto de encuentro habitual.

Tiguis se llevó una buena sorpresa al encontrar en la habitación a Ramata en compañía de Golda Meir y de Diodio. Desde el primer instante, advirtió que no estaba en su sano juicio. Ella, por su lado, ni lo reconoció, ni manifestó el menor interés por él, ni siquiera respondió a su saludo. Después de dejar su bolsa al pie del mueble, Tiguis se quitó el impermeable y una vez lo hubo sacudido junto a la puerta, lo colgó de un clavo y fue a instalarse en la cama al lado de Golda Meir.

—¡Veo que tenéis una forastera! —comentó, señalando con la cabeza a Ramata, que estaba sentada delante de él, en la otra cama, con Diodio.

—Ah, ya no es una forastera aquí. Es de la casa desde hace mucho —le informó Golda Meir.

—Desde hace tres años y tres meses exactamente —precisó Diodio—. ¿Qué vas a tomar, tío Tiguis, cerveza o vino?

—Vino, sobrina —respondió—. ¿Desde hace tres años y tres meses? ¿Que vive con vosotras desde hace tanto tiempo?

—¡Como lo oyes, Tiguis! —corroboró Golda Meir—. Tu sobrina tiene razón, hace tres años y tres meses que vive con nosotras. Se presentó aquí una noche, sin nada de ropa encima, completamente loca. Según Diodio, ya estaba loca un año antes, cuando había venido, dos noches seguidas, a buscar a Ngor Ndong después de que os fuerais con Hobou Nguer. Y por cierto, ¿dónde está Ngor

Ndong? ¿Están juntos?

Después de destapar la botella de Valpierre con ayuda de los dientes, Diodio llenó el vaso y lo tendió a Tiguis doblando una rodilla.

Tiguis tomó un trago y lo dejó encima de la mesa de cuadros.

—¡Ngor Ndong está muerto, el pobre! —anunció.

—¿Muerto? —preguntaron con asombro la madre y la hija, mirando a Tiguis.

—¿Desde cuándo? —inquirió una.

—¿De qué? —quiso saber la otra.

—Antes de centrarnos en Ngor Ndong, aclaradme un poco lo de la presencia de esta mujer aquí, porque no he entendido bien las explicaciones de Golda —pidió Tiguis.

—¿Cómo que no has entendido bien mis explicaciones? —contestó, indignada, Golda Meir—. Pues mira que he sido bien clara… Escúchame bien ahora. Al día siguiente de la famosa redada, ella vino aquí, a eso de medianoche, a preguntar con insistencia por Ngor Ndong. Tal como habíamos acordado antes de que os marcharais, le dije que no sabía dónde estaba, y por más que insistió, no cedí. Entonces se fue no sin pedirme que removiera cielo y tierra para localizar a Ngor Ndong. A la noche siguiente volvió, sin obtener nada concreto tampoco…

—En ese momento ya estaba enferma —intervino Diodio, que había vuelto a ocupar su sitio en la cama.

—Es verdad que tú ya lo habías dicho. Eres más perspicaz que yo, hija —admitió Golda Meir—. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Después de la segunda visita, desapareció durante un año. No supimos nada de ella durante un año entero. Luego, una noche, a principios de la estación de lluvias, se presentó cuando Diodio y yo nos íbamos a acostar. ¡No quieras saber el miedo que pasamos esa noche, porque primero pensamos que era un genio!

—Estaba cerrando la puerta cuando irrumpió en la habitación, después de haberse desnudado en la entrada —contó Diodio.

La oscuridad invadió de repente la habitación. Diodio volvió a levantarse y, con las cerillas que encontró en un cajón, encendió la lámpara de petróleo que había en la mesa de cuadros. Al tiempo que la luz disipaba las sombras de la noche, en las paredes de la barraca se perfilaron las enormes y extrañas formas de sus cuatro siluetas proyectadas.

—¡Yo me llevé tal susto que hasta me mojé el pareo! —exclamó Diodio, que

se instaló otra vez al lado de Ramata.

—¡Es que había que verla! —prosiguió Golda Meir—. Desnuda, con las manos encima de la cabeza, los ojos como platos, llamando sin parar a Ngor Ndong como si de ello dependiera su respiración. No había forma de hacerla entrar en razón ni de hacerla callar. Entonces le administré un remedio mío, una potente mezcla de ginebra y de Ricqlès, que le obligué a tragar a la fuerza, con la ayuda de Diodio. El remedio resultó muy eficaz, entonces y más adelante, tanto que se quedó dormida enseguida. Lo malo fue que al despertar por la mañana, se puso a llamar a Ngor Ndong otra vez. Además, se negaba a comer. Le di unas gachas, a la fuerza también, antes de repetir con mi famoso remedio.

—¡Un poco más y se nos muere, sobre todo los primeros días! —opinó Diodio.

—De todas maneras, no la mató —se defendió Golda Meir—. Y además, no había otra solución. Al cabo de una semana, se despertó, muda, ausente y distraída, tal como la ves ahora. No hubo forma de sacarle ni una palabra ni de hacer que se interesara por nada. En los más de tres años que lleva aquí, he acabado por darme cuenta de que es al principio de la estación de las lluvias, cuando florecen los ceibos que hay en la entrada del Copacabana, cuando se agita y llama a Ngor Ndong, entonces no quiere comer ni dormir. Le dura siempre una semana. Después se calla y se vuelve impenetrable, como está ahora, hasta el principio de la próxima época de lluvias. Desde que está aquí, siempre sucede lo mismo. El último ataque lo tuvo hace un poco más de tres meses, al comienzo de las lluvias, durante la última quincena del mes de junio. ¿Ahora te has aclarado, Tiguis?

—¡Esta vez has estado diáfana! —aprobó el hombre.

—Lo más curioso —comentó Diodio— es que, en todo ese tiempo que lleva con nosotras, no hemos visto ni oído que la buscara nadie. Las personas a quienes hemos consultado no la conocen y no nos han dado ninguna información. ¡No sabemos nada de ella, ni dónde vive, ni quién es, ni siquiera cómo se llama!

—¡Yo la llamo Guapa Señora! —declaró Golda Meir—. Hay que reconocer que es un nombre que le pega muy bien, porque incluso estando loca, sigue siendo una mujer muy guapa.

—¡Guapa sí lo es! —convino Diodio—. De no ser por la mirada, cualquiera pensaría que está normal. Aparte de esa semana de excitación, como dice mi madre, no molesta a nadie y siempre va muy limpia. Casi no se nota que está

aquí. El problema es que no se le puede hacer hablar ni interesar por nada; todo le resulta indiferente. ¿Y Ngor Ndong, tío Tiguis? ¿Desde cuándo está muerto?

—Sí, Tiguis, ahora cuéntanos lo de Ngor Ndong —reclamó Golda Meir.

El hombre agitó la copa para dar a entender que estaba vacía, y Diodio se la volvió a llenar.

—Yo sí sé cómo se llama. Se llama Ramata Kaba. Ngor Ndong me dijo su nombre poco antes de morir, tres días después de que nos fuéramos de aquí, y me dio un encargo para ella.

¡Daba Camara, dices que se llama! —exclamó Golda Meir—. ¿Y dónde vive esa Daba Camara? Ngor Ndong debió de darte su dirección si te encargó un recado para ella. Por fin vamos a saber algo sobre ella.

—¡Que no ha dicho Daba Camara, sino Ramata Kaba! —la corrigió, riendo, Diodio—. Ramata Kaba, ¿has oído, madre?

—Ramata Kaba, sí, lo he oído. ¿Ngor Ndong te dio su dirección, Tiguis? —preguntó.

—No —repuso éste—. Ngor Ndong sólo me dio su nombre. Ni siquiera estaba seguro, ni yo tampoco, por otra parte, de que fuera a verla un día. Lo único que conozco de ella es su nombre. Probablemente vive en Dakar, ya sabéis que todos lo que tienen dinero viven en la capital, aunque no sean de allí. Y lo que es dinero, sí que debía de tener mucho, porque Ngor Ndong me dijo que le había dado cinco millones de francos, como dinero para gastos, además de una bonita mansión situada en el borde del mar, en Dakar.

—¡Una mansión y cinco millones! —exclamó Golda Meir—. ¡No sé qué le habría dado Ngor Ndong! ¿Y está casada?

—No sé, Ngor Ndong no me lo dijo. Tal como afirmaba antes, lo único que conozco es su nombre, Ramata Kaba. Ese muchacho no tenía suerte. Quería huir de esa mujer, y al salir del cuartel, me había suplicado que lo llevara conmigo para estar lo más lejos posible de ella. No sabía que iba al encuentro de una muerte atroz.

—El mismo día en que nos fuimos de Diamniadio, Hobou Nguer, Ngor Ndong y yo —comenzó a relatar Tiguis—, al día siguiente de la redada, llegamos por la tarde a Médina Gounass pasando por Basset, en Gambia, en el momento de la tercera oración. Después de tomar una abundante cena y descansar un rato, dejamos el coche en el pueblo y nos trasladamos en bicicleta hasta el parque nacional de Niokolokoba, poco antes de que se pusiera el sol. Como tenía cita de madrugada con Kali, un rastreador basari que me había

avisado de la presencia de un rebaño de elefantes venido de Guinea Conakry, tuvimos que caminar durante toda la noche. Al amanecer, en lugar de con Kali, nos topamos, no sé cómo, con una patrulla de guardas forestales que parecían estar esperándonos. Tuvimos una escaramuza con ellos. Sin avisar, los forestales, que todavía estaban indignados por el asesinato de dos colegas suyos a manos de unos furtivos, ocurrido dos meses antes, abrieron fuego. Yo les respondí. Tenía un kalashnikov, una buena arma, pero era el único de los tres que iba armado y los guardas era numerosos. Lo peor fue que, ya desde los primeros disparos, a Ngor Ndong le dieron en la rodilla. Al cabo de un cuarto de hora de refriega tuvimos que retirarnos y abandonar las bicicletas. Hobou Nguer cargaba a Ngor Ndong a hombros mientras yo cubría la retaguardia disparando de vez en cuando prolongadas ráfagas. Nos paramos un buen rato después, cuando estuvimos seguros de que los forestales habían dejado de perseguirnos. Hobou Nguer dejó a Ngor Ndong en el suelo. Estaba pálido, con la mandíbula comprimida, pero aun así gemía de dolor. La bala le salió por el hueco poplíteo y cortó una arteria importante. La sangre manaba a chorro de la herida, como del cuello de un carnero degollado. Le rasgué el pantalón y, con una liana, le hice un torniquete por encima de la rodilla. Después nos pusimos en camino otra vez, con Ngor Ndong cargado en la espalda de Hobou Nguer. Definitivamente, aquél era un mal día: nos perdimos en plena selva. Seguramente habíamos pisado una hierba maléfica de esas que desorientan, como las que se encuentran a veces en el campo. Nos pasamos el día dando vueltas en el parque sin encontrar una sola pista que condujera a Gounass. Cuando Ngor Ndong se ponía a gemir con insistencia, nos parábamos. Entonces le quitaba el torniquete; al ver que la hemorragia no se había detenido, se lo volvía a poner. Por la noche, muertos de cansancio, de sed y de hambre, nos quedamos dormidos como troncos al pie de un gran árbol. El torniquete se quedó fijo toda la noche. De madrugada me despertaron los gritos de Ngor Ndong. La pierna hinchadísima, tres veces más gruesa de lo normal, se había puesto negra como el carbón, brillaba como si la hubieran untado con manteca de karité y desprendía un olor característico de putrefacción especialmente nauseabundo. A Hobou Nguer debió de haberlo espabilado la insoportable pestilencia, porque se levantó con una mirada interrogativa, tapándose la nariz con los dedos. Ngor Ndong tenía tan inflada la pierna, de la ingle hasta los dedos de los pies, que la liana había desaparecido y, a partir del muslo, donde todavía la cubría el pantalón, la tela estaba tan tensa que se veía despuntar la piel, reluciente y negra, a través de la trama.

»En tales condiciones resultaba imposible desplazar a Ngor Ndong. Pronto los gemidos se tornaron alaridos. Además, pedía que le diéramos de beber, que le diéramos de beber, sin parar, y para colmo de desgracias, no teníamos nada de agua. En esa época del año, si aquí es el comienzo de la estación de las lluvias, allí, en Niokolokoba, hace tiempo que ha empezado ya a caer agua. Llueve todo el tiempo, día y noche, mañana y tarde, a toda hora, pero ese funesto miércoles, me acuerdo bien que era un miércoles, nada, ni una gota. Tampoco había por los alrededores ni un arroyo entre los matorrales, ni agua en el hueco de un árbol, ni siquiera algún charco fangoso. Y el pobre chico no paraba de gritar que quería beber. «¡Agua, agua, por el amor de Dios!», suplicaba. Cuando Ngor Ndong pronunció el nombre de Dios, me acordé de él, y no sé por qué, seguramente porque se afirma que está allá arriba, levanté la cabeza y miré el cielo donde debe de habitar, como si pudiera verlo sentado en su trono, y le dirigí una ferviente plegaria con todo mi corazón para que hiciera caer la lluvia que yo recogería con las manos a fin de darle de beber al chico. Precisamente, el cielo estaba encapotado con grandes nubarrones y se había levantado un fresco viento que sacudía las ramas de los árboles. Los pájaros se habían callado en los nidos y se notaba incluso un olor a lluvia, pero Él, sí, Él, Dios, cuando uno necesita realmente que le echen una mano, cuando con el corazón contrito le implora su magnanimidad, Él lo nutre de esperanza para acabar negándole lo que le ruega. Durante todo el día, el tiempo siguió bochornoso y el sol no salió ni una sola vez entre las nubes. Sin embargo, Dios cerró las compuertas del cielo. Y a mí, aunque pudiera aguantar el hedor de la pierna de Ngor Ndong, se me hacían insoportables sus gritos. Cada vez que pedía agua, era como si me lacerasen la espalda con un casco de botella.

»Al comenzar la tarde, la pierna estalló por varios sitios —continuó Tiguis, una vez se hubo secado los labios con el dorso de la mano tras engullir un trago de vino y lanzar un escupitajo en el suelo—. Perdonad, es que me dan náuseas cada vez que me acuerdo. Nunca había visto a nadie pudrirse antes de morir. Jamás lo habría imaginado, y aunque me hubieran contado algo así, no lo habría creído si no lo hubiera visto con mis propios ojos. De la pierna deshecha comenzó a manar un líquido purulento y sanguinolento, de color negro amarillento, del que salieron una multitud de gusanos blancos que se pusieron a caminar encima de todo el cuerpo de Ngor Ndong hasta la cara, y se introdujeron en la boca y en la nariz. Horrorizado por los gusanos e incomodado por el olor, Hobou Nguer había huido lejos. Yo me quedé velando solo a Ngor Ndong

durante la segunda noche, que fue muy larga. Hasta la madrugada, no paró de pedir agua. Poco después de que saliera el sol, pudo reposar por fin. Cuando volvió, Hobou Nguer me ayudó a enterrarlo allí mismo.

»En ese mismo momento, como si no le hubiera bastado con su anterior negativa, para mofarse, Dios hizo que empezara a llover, pese a que el cielo estaba completamente despejado.

—¡Pobre chico, qué final más horrible! —comentó Golda Meir a modo de oración fúnebre, cuando Tiguis hubo acabado de contar las peripecias de la muerte de Ngor Ndong.

—Que Dios se apiade de su alma —sentenció Diodio.

—Ni a mi peor enemigo le deseo semejante sufrimiento —aseguró Tiguis mientras mascaba ruidosamente el trozo de cola que acababa de pasarle Golda Meir—. Estar descomponiéndose, con gusanos que salen del cuerpo y seguir respirando, por más increíble que parezca, eso existe. ¡Dios no es una persona, puede obrar milagros! Poco antes de morir, Ngor Ndong, que se mantuvo consciente y lúcido hasta el final, me pidió que le quitara la cadena que llevaba en el cuello y que se la entregara, si la veía, a Ramata Kaba. Fue en ese momento cuando me dijo su nombre, sin añadir nada más. Le juré que se la entregaría. Todavía llevo la cadena conmigo.

Tiguis indicó a Diodio que le diera su bolsa de viaje, situada al lado del mueble. Cuando se la llevó, se apartó un poco para depositarla encima de la cama, entre Golda Meir y él. Del interior sacó, metida en una funda provista de un botón, una cajita metálica decorada con una cabeza de tigre con las fauces abiertas.

—¿A ver, Tiguis? —solicitó Golda Meir, no bien hubo extraído la cadena de la caja.

Tiguis se levantó de la cama sacudiendo la cabeza.

—No. Se la voy a entregar a su propietaria tal como le juré a Ngor Ndong. No te la voy a dar a ti —declaró.

—¡Vaya, no sabía que fueras tan virtuoso, Tiguis! —espetó, con una estruendosa carcajada, Golda Meir—. Nunca dejarás de sorprenderme. Cada día trae su novedad.

—Ésa no es la cuestión —objetó—. Lo que pasa es que hay que cumplir con la palabra dada, sobre todo a un moribundo. Y en este caso en concreto, si uno peca de perjuro, durante toda la vida lo persigue un rosario de desgracias.

—¿Por eso has guardado la cadena durante casi cuatro años?

—¡Hasta la muerte la habría guardado, si hubiera sido necesario!

—Nunca dejarás de sorprenderme —repitió Golda Meir—. Dámela, Tiguis. Sólo para mirarla, por simple curiosidad. Después te la devolveré.

Tiguis accedió a pasarle la cadena.

Ella se inclinó hacia la mesa. Una vez hubo observado la joya con la luz de la lámpara, volvió a sentarse junto a Tiguis, que hizo chasquear los dedos tendiendo la mano.

—Reconozco esta cadena —dijo Golda Meir mientras la devolvía a Tiguis —. Me fijé que Ngor Ndong la llevaba colgada del cuello la noche de la redada, desde que entró en el bar acompañado de la Guapa Señora. ¿Tienes idea de cuánto vale, Tiguis?

—Sí, desde luego. Mis cuatro esposas, la de Kaolack, la de Ziguinchor, la de Sérékounda y la de Bissau me han montado escenas terribles a causa de ella. Todas me la pidieron, y como me negué, todas creían que la guardaba para las otras. Todas razonaron igual. Para ellas, llevar esa joya de valor a la casa, enseñársela y ponerles la miel en la boca, y después no regalársela a ellas y sí a otra mujer que se ataba el pareo de lado y con la mano izquierda, igual que ellas, era una burla de mal gusto, un insulto incluso. Un día, en el hotel Adonis, de Banjul, un negociante sarakole se ofreció a comprármela por medio millón, pero le dije que no estaba en venta. Un amigo sueco aseguró que valía tres veces más en francos CFA devaluados. Cada vez que me la he puesto, he causado sensación, sobre todo entre las mujeres, y siempre me han preguntado dónde la había comprado. Acabé por no colgármela del cuello, pero siempre la he tenido a mano en todos mis desplazamientos. Nunca me he separado de ella; ni siquiera la he empeñado cuando estaba pasando apreturas. Para mí es un gran alivio poder cumplir la promesa que le hice a Ngor Ndong.

Tiguis rodeó la mesa de cuadros, se inclinó hacia Ramata Kaba y, tendiéndole la cadena, le explicó cual fue la última voluntad de Ngor Ndong antes de morir.

—¡Toma lo que es tuyo!

Ella siguió impasible.

Entonces le cogió la mano, la abrió y tras depositar la joya en la palma, la cerró y volvió a sentarse en la cama.

—Siempre había pensado que si un día volvía a ver a Ngor Ndong, recobraría el juicio. Ahora que es seguro que no lo va a ver más, creo que nunca recuperará la razón —concluyó Diodio.

—Incluso si lo hubiera vuelto a ver, habría seguido estando loca —opinó Golda Meir—. Además, nada demuestra que su locura le viniera provocada por Ngor Ndong…

—¿Cómo se explica entonces que siga llamándolo, a él y sólo a él, cuando le da el ataque cada año?

—Yo no tengo ninguna explicación y los marabúes a los que he consultado tampoco me han aclarado nada en ese sentido. Siempre han afirmado que estaba loca y que así seguiría hasta el fin de sus días, porque hacía mucho, mucho tiempo, había avasallado hasta pisotearla a una persona que tenía la cabeza mucho más grande que la suya. Muchos años después, cuando ya no guardaba ni el menor recuerdo del incidente, el espíritu del hombre al que había ofendido antaño decidió vengarse trastornándole el entendimiento para siempre. He visto a tres marabúes diferentes, no a unos charlatanes, sino a los que conocen las cosas y ven con profundidad. Pues bien, los tres me hicieron las mismas revelaciones, y también añadieron que la tendré a mi cargo hasta que muera, porque por más que hagan, sus parientes no la encontrarán nunca y yo nunca sabré nada concreto sobre ella. Por eso me digo que la Guapa Señora es para mí un fardo que me ha puesto encima el buen Dios con el fin de ponerme a prueba. Con ese peso debo cargar durante toda mi vida.

—Si es una carga de Dios, como crees —observó Tiguis—, la sobrellevarás sin esfuerzo. Y ahora, pasemos a otro asunto. ¿Cómo van los negocios por aquí? Ni siquiera he tenido tiempo de preguntar cómo estabais.

—Sin novedad, tío Tiguis —contestó Diodio—. La única ha sido tu llegada esta noche después de tan larga ausencia.

—¡Sí, es verdad! —convino Golda Meir—. ¿Dónde estuviste, Tiguis, durante todo ese tiempo?

Tiguis pidió a Diodio que le volviera a llenar la copa antes de responder.

—Aquí y allá. Me quedé una buena temporada en Sierra Leona, durante la guerra, para hacer negocios. Después me fui a Sudáfrica, de donde me marché poco después de que comenzaran los problemas en Guinea Bissau. Todas las propiedades que tenía allí han quedado arrasadas, así que tendré que volver a empezar desde cero. Desde el cese de las hostilidades, he viajado sobre todo entre Bissau, Ziguinchor y Banjul, pero estos últimos meses he venido a menudo por esta zona.

—¿Y no te has pasado a saludarnos hasta hoy, Mamadou Lamine? —le recriminó Golda Meir, usando el verdadero nombre senegalés del hombre—. Eso

no está nada bien, entre parientes. ¿Has olvidado que llevamos la misma sangre, que mi bisabuelo paterno, Samba Dieye, tenía dos hermanas de padre y madre únicas, Coumba y Farri Dieye, que son bisabuelas tuyas y de Hobou Nguer? El parentesco es como una planta; hay que regarlo y cuidarlo, porque si no, se marchita y muere.

—¡Ya sé, tienes razón, Ndiaba! —se justificó Tiguis, que la llamó también por su auténtico nombre—. No es que me haya olvidado de nuestros lazos de parentesco; es que cada vez que he venido, ha sido siempre en plena noche, a una hora inadecuada para visitar a nadie, ni siquiera a un pariente.

—¿Y qué te impide venir por la mañana o durante el día? —insistió Golda Meir.

—Porque me vuelvo a marchar enseguida después de desembarcar la mercancía que traigo en piragua desde Banjul. Tengo dos que cubren el trayecto entre Senegal y Gambia. Por otra parte, tampoco me quedaré mucho esta noche. Me voy a ir después de la cena.

—¿Y adónde vas a ir con esta lluvia?

—Una de mis piraguas, que viene de Banjul con Hobou Nguer a bordo, debe llegar cuando la tierra se haya enfriado. Yo tenía que solucionar algunos asuntos en Kaolack, y por eso he venido por carretera. Si no, estaríamos juntos. Ahora me iré por mar con él, esta misma noche. Espero que con la lluvia, que ha durado todo el día y que aún continúa, los aduaneros no estén por los alrededores de Yene, donde va a desembarcar la piragua.

Tiguis se despidió hacia las ocho, tras prometer pasar a verlas más a menudo. Con la cabeza protegida de la lluvia bajo una gran calabaza, Golda Meir lo acompañó hasta la entrada del Copacabana y, de regreso, aprovechó para inspeccionar el bar.

La clientela, que bebía en solitario, apenas había aumentado a causa del mal tiempo. Tras comprobar que incluso las barracas de afuera estaban vacías, regresó a su habitación con su hija.

—¡Diodio, no sabía que eras una persona tan cabal! —la elogió mientras tomaba asiento en la cama libre.

—¿Qué quieres decir, madre?

—Ni una sola vez te has ido de la lengua, como me temía. Sabes callar cuando toca. De esta manera, Tiguis ha quedado al corriente de todo sobre la presencia de la Guapa Señora en nuestra casa sin que se haya desvelado nuestro secreto.

—¡Vaya, madre, si eres tú la que me has educado! —replicó Diodio con una sonrisa—. También yo me temía que le revelaras al tío Tiguis lo que nos había dado.

—¿Revelarle yo algo a Tiguis? Puedes quedarte tranquila, hija. Si hasta me había olvidado de que la Guapa Señora nos había dado alguna cosa.

A la mañana siguiente, cuando se levantaron, Golda Meir y Diodio se quedaron estupefactas al ver a Ramata Kaba.

Estaba irreconocible. En una noche se había transformado por completo. Había envejecido, la cara se le había cubierto de arrugas y se le habían aflojado las facciones. La larga cabellera, al igual que las pestañas y las cejas, se le había vuelto blanca como el percal.

Por la noche se había acostado con la cadena metida en el puño y, al despertarse, la llevaba colgada del cuello.

La madre y la hija no le quitaron la joya.

Una semana después de la visita de Tiguis, Golda Meir llegó a la conclusión de que si los parientes de Ramata Kaba, a quien continuaba llamando Guapa Señora, habían llevado a cabo indagaciones con el fin de encontrarla, a aquellas alturas debían de haber renunciado, desanimados por el largo periodo de tiempo que había transcurrido desde su desaparición.

Una noche habló de ello con Diodio, que le dio la razón.

Nada había venido a perturbar su existencia en el Copacabana durante los tres años y tres meses que Ramata llevaba allí. Siempre permanecía en la habitación, bajo la vigilancia constante de la madre o de la hija, que no la dejaban sola ni un instante. Pocas eran las personas, una o dos, a lo sumo, que estaban al corriente de su presencia en casa de Golda Meir. A éstas les había explicado que era una pariente cercana de Bundu. Contaba que unos ladrones de ganado venidos de Mali o de Mauritania habían asesinado al marido y a los tres hijos de la mujer. A consecuencia de ello, había perdido el juicio y se negaba a hablar. «¡Lástima da, la pobre!», decían entonces.

Golda Meir y Diodio no habían alterado en nada sus costumbres ni su modo de vida, con excepción de lo que la madre llamaba «la pesada carga que Dios le había encomendado»: ocuparse de Ramata. Lo hicieron de manera admirable. Por lo demás, ella no daba excesivo trabajo, pues aparte de la semana durante la que se descontrolaba, rechazaba todo alimento y tenía tendencia a desnudarse, a irse y a llamar a Ngor Ndong, y en el curso de la cual la obligaban a engullir las gachas y el famoso remedio, siempre eficaz, se pasaba el día entero sentada en la

cama, impasible, indiferente a todo, y no salía de la habitación más que para ir a hacer sus necesidades.

El Copacabana seguía igual que antes. No obstante, el urinario donde estaba escondido el tesoro había sido sustituido al día siguiente mismo por una caseta construida con los ladrillos que había encima, provista de un techo de fibrocemento y de una puerta dotada con una cerradura de seguridad. Esa noche, mucho después del cierre del bar, desenterraron el estuche metálico…

Para empezar, Golda Meir concluyó el edilicio que estaba construyendo en Diamniadio, por el lado de la carretera de Mbour, y luego compró dos casas pareadas en la nueva zona de Dalifor, que puso en alquiler después de transformarlas en residencias de lujo. Por la misma época oyó decir que habían puesto en venta el Brisa de Mar, un bar de Rufisque. Su propietario, François Beaujan, había decidido volver a Francia para proporcionar mejores cuidados médicos a su esposa. Ellos eran los últimos toubabs que quedaban de la época colonial, durante la cual el embarcadero, las fábricas de aceites y jabones y las industrias pesqueras funcionaban a pleno rendimiento al tiempo que florecía el comercio. El matrimonio de ancianos nonagenarios, sin hijos, vivía todavía en la decrépita zona vieja. La esposa, Huguette, se había roto el cuello del fémur al caer en el cuarto de baño. El viejo Beaujan liquidaba sus negocios, ruinosos desde hacía mucho: el bar con un amplio patio, situado en la planta baja de la casa, un gran edificio con apartamentos en el piso de arriba, construido al borde del mar.

Aconsejada por Diodio, se puso en contacto con François Beaujan y cerró el trato pagando al contado. A continuación vendió el Copacabana y se trasladó a Rufisque con su hija y Ramata Kaba. Rápidamente, el Brisa de Mar, reformado por entero, aunque con el mismo nombre de antaño, se convirtió en el bar más frecuentado del casco antiguo.

Al año siguiente, después de dejar las riendas a Diodio, Golda Meir efectuó el peregrinaje a la Meca. A su regreso, gravemente enferma, la trasladaron en estado de coma directamente del avión al hospital de Fann, donde murió al cabo de tres días sin haber recobrado el conocimiento.

Con el mes de octubre, concluyó la última estación de lluvias del siglo. Jamás se había visto otra tan lluviosa, tan larga ni tan catastrófica. Se había iniciado ya en la primera quincena de mayo, al contrario de otros años, en que empezaba a finales del mes de junio, o incluso a primeros de julio. Las lluvias habían sido especialmente abundantes y desde el temprano comienzo, no había

pasado ni una sola semana sin que se produjeran tres o cuatro copiosas precipitaciones que inundaban cielo y tierra en la totalidad del país.

Todos los pueblos del valle del Senegal situados más arriba de la presa de Diama, de Donaye —en Fouta— a Gandiol —cerca de la desembocadura—, habían quedado anegados y su población había tenido que ser evacuada en su mayoría. La misma suerte habían corrido varias grandes ciudades de diferentes regiones, como Kaolack, Pikine, Guédiawaye, Mbour, Thiès, Ziguinchor y, sobre todo, Saint Louis, donde, a pesar del dique de protección construido, que costó tres mil quinientos millones y acabó arrastrado por las tumultuosas aguas del río, toda la isla, del barrio Sur al barrio Norte, quedó invadida, hasta el punto de que se temió por la persistencia del puente Faidherbe, que es tan emblemático para la ciudad antigua como lo es la torre Eiffel para París. Y por si eso fuera poco, el ciclón *Cindy* había devastado Joal y la zona circundante, haciendo desaparecer en el mar, junto con sus barcas, a casi doscientos pescadores.

El único motivo de consuelo era que la próxima cosecha se anunciaba muy prometedora…

Por desgracia, el precio del cacahuete, principal fuente de ingresos del mundo rural después del desmoronamiento del algodón, atacado el año anterior por la mosca blanca, se vio sujeto a un fuerte descenso decidido sin consultar a los campesinos que, no habiendo vendido aún sus reservas, se frotaban ya las manos. Esa impopular medida, adoptada un trimestre antes de las elecciones presidenciales, y que había provocado una cólera sorda y un profundo descontento entre el campesinado, fue el último de los disparates que cometió el régimen socialista después de casi medio siglo de hegemonía en el poder, ya que los sufridos aldeanos habían sido siempre el fecundo y constante vivero del que se alimentaba el partido en cada elección, y siempre le habían garantizado la victoria, incluso en la difícil época que Senghor denominó del «malestar campesino», en la que, para obligarlos a pagar las deudas contraídas con la adquisición de simientes, bueyes de labranza, fertilizantes o pesticidas, los jefes de distrito no tenían reparos en exponerlos en público con el torso desnudo, bajo el ardiente sol, embadurnados de pies a cabeza de abono y de insecticida. Y desamparados, desalentados, sin saber ya a qué santo encomendarse, se preguntaban: ¿cuándo se va a acabar por fin la independencia?

El año 2000, tantas veces evocado desde la era de Sédar Senghor como el año de la prosperidad y la abundancia para todos, por fin llegó.

La llegada del nuevo siglo, que cayó en pleno mes de Ramadán, apenas tuvo

repercusión. Ni hubo grandes fiestas, ni desfiles con antorchas, ni bailes populares. Ni siquiera se produjo el temido colapso informático que tanto había dado que hablar.

De todas maneras, hacía mucho que la alegría había abandonado los corazones de la gente. Nuestra piragua bogaba en un agitado mar de parálisis y de dificultades que afectaba a todas las capas sociales, en especial a las más desfavorecidas, y de inmundicias de toda clase que invadían pueblos y ciudades. Todo el mundo, enfermo de malvivir, tenía un desagradable gusto a ceniza en la boca, y Dakar distaba mucho de ser tan bonita como París. Tal vez en el año 3000…

No obstante, las elecciones presidenciales que debían celebrarse a finales del mes siguiente, el 25 de febrero concretamente, se preparaban por doquier con una efervescencia y un frenesí extraordinarios.

Había ocho candidatos en liza.

Al candidato presidente lo aconsejaba un reputado brujo blanco traído de Francia que contaba en su haber trece milagros efectuados en distintos lugares del mundo y que había prometido obrar el catorce aquí. Entorpecido con el tema del cambio, un bien ajeno que adoptó como eslogan de campaña, destilando a su paso montañas de promesas a cual más maravillosa, paradójicamente perjudicado por un espléndido cartel que lo representaba de pie en medio de un vasto campo anunciando, con una angélica sonrisa en los labios, que los frutos maduran, mientras sostenía con ambas manos una gran berenjena, verdura puramente ornamental del plato nacional, el *ceebu jën*, que nadie come y que acaba en la basura junto con las raspas del pescado, no logró convencer a sus votantes habituales y quedó pendiente de una segunda vuelta.

Se organizó, pues, una segunda votación para tres semanas después, el domingo 19 de marzo. Aquello constituyó de por sí un acontecimiento histórico, ya que la victoria se había definido siempre en la primera vuelta, lo cual conllevaba graves y sangrientos contenciosos postelectorales, que a veces se iniciaban incluso antes de conocer los resultados.

Tras un cuarto de siglo de porfiada lucha, jalonada con diversos procesos y estancias en la cárcel, una huelga de hambre y cuatro tentativas fracasadas, Abdoulaye Wade, el apóstol del *sopi*, el verdadero cambio, ganó las elecciones.

Tras asegurar que si lograba la victoria nombraría primer ministro a Moustapha Niasse, candidato que había alcanzado la tercera posición detrás de él, Abdoulaye Wade fue elegido con un margen triunfal. Suscitó una inmensa

esperanza, en especial entre los jóvenes, gravemente afectados por el paro y que habían votado de forma masiva por él.

Ante la sorpresa general y el asombro planetario, las dos vueltas, desarrolladas con impecable organización y regularidad, se llevaron a cabo con absoluta calma, transparencia y serenidad. Pese a los agoreros gritos que se habían dejado oír por todas partes, en los que se predecían bombas, granadas, sangre, fuego, llamas y ceniza, ni siquiera la más diminuta hormiga padeció ese día la menor violencia. El ministerio de Asuntos Exteriores francés y el departamento de Estado de Estados Unidos, por ejemplo, habían recomendado a sus ciudadanos residentes en el país que hicieran acopio de comida, agua potable embotellada, grupos electrógenos, carburante y que se parapetasen bien en sus casas el día de la votación, con el equipaje listo por si debían ser evacuados en caso de disturbios.

Definitivamente, ignoraban el poder de los genios protectores de los lebus. Para conjurar la mala suerte, a fin de que no se viera perturbada la paz, sobre todo en Dakar, que se encontraba en su territorio y pese a todo les pertenecía, habían organizado una gran ceremonia propiciatoria en la costa, en la que se inmoló un toro de siete años, de pelaje negro y blanco; además se vertió en el mar, a modo de ofrenda, gachas de mijo y leche cuajada.

Cuando aún no se había acabado la ceremonia, mientras las mujeres bailaban el *ndeupeu*[36] al son del tamtan, surgió del agua una enorme barracuda, pez de alta mar que nunca se acerca a las costas, y con un prodigioso salto fue a parar cerca del animal sacrificado, donde se quedó sacudido por vigorosos temblores, encima de la sangre que había brotado de su garganta y que se deslizaba ya hacia las olas desplegadas en la playa.

Interpretando tan asombroso suceso como un magnífico augurio, el gran sacerdote de los hechiceros que oficiaban el ritual había anunciado que Ndogal, Leuk Daur Mbaye, Ndiare, Coumba Castel y Mame Coumba Lamp, los genios tutelares de la península del Cabo Verde, habían atendido sus ruegos.

Como buen perdedor, el candidato vencido llamó por teléfono esa misma noche al ganador, cuando los resultados del escrutinio aún no se habían anunciado de forma oficial y algunos de sus colaboradores más cercanos se disponía a perpetrar, a sus espaldas, un golpe de Estado con la finalidad de mantenerse en el poder. Ignorante de tales maniobras, reconoció su derrota y brindó su más sincera y entusiasta felicitación a su viejo adversario, a quien

tantas veces había vencido. En el marco africano, aquél fue un gesto extraordinario y muy elogiado en todo el mundo, y en particular en ese desheredado continente, donde, las más de las veces, por no decir todas, la alternancia se producía de manera brutal y sangrienta, de madrugada, en forma de una pura y simple confiscación del poder por parte de la soldadesca armada.

En la soleada tarde del 1 de abril, en el abarrotado estadio Léopold Sédar Senghor, ante cien mil personas rebosantes de alegría, el nuevo propietario del país juró con toda solemnidad el cargo. Unos instantes después, la cesión de funciones en la cúpula del Estado se llevó a cabo de manera cordial y civilizada. Después, Abdou Diouf, que había asumido la presidencia de la república durante diecinueve años, abandonó el palacio. Lo hizo de forma admirable, con expresión seria y con la cabeza bien alta, rodeado tan sólo de su familia, de su fiel esposa, de sus hijos y de sus nietos. Acompañado por Abdoulaye Wade, nuevo ocupante de la residencia, atravesó a pie el amplio patio sombreado de árboles por cuyas avenidas bordeadas de flores se paseaban, antaño, las grullas reales que tanto gustaban al presidente poeta de quien se proclamaba heredero; aquél decía que cuando sobrevolaban el palacio presidencial, eran tan hermosas y tan majestuosas, como el Concorde cuando alzaba el vuelo para subir al cielo. No bien llegó al poder, él las había mandado al Parque Nacional de Aves, con lo que dio a entender claramente las diametrales diferencias existentes entre el maestro y aquel que se reconocía discípulo suyo. Cuando franqueó la verja, la nutrida multitud concentrada en las inmediaciones de la avenida Léopold Sédar Senghor lo gratificó con una salva de aplausos. Con patente emoción, él levantó ambos brazos para saludar por última vez y después, sin pronunciar ni una sola palabra, se subió dignamente a un anodino Mercedes azul en el que, seguido por sus allegados, partió al encuentro de otro destino.

Ramata Kaba vivió todavía quince años más tras la muerte de Golda Meir, inmersa en su larga noche, desvinculada por completo del mundo real. Y cada año, cuando, como si lo hicieran para dar la bienvenida a las primeras lluvias, en todos los demás árboles despuntan los nuevos brotes, y sólo los ceibos se ornan con sus flores púrpura en armonioso contraste con el renovado verdor del entorno, ella experimentaba una fase de excitación aguda durante ocho días, tras la cual se sumía en una depresión próxima al letargo hasta la siguiente estación de lluvias…

En los últimos tiempos, desde hacía unos seis meses, se había producido un cambio notable en su comportamiento, sin que hubiera mediado ningún motivo

aparente ni la influencia de ningún acontecimiento, ni importante ni banal: cuando habían cerrado el bar y los clientes se habían marchado a sus casas, a veces abandonaba su habitación del piso de arriba para bajar al patio del Brisa de Mar.

Entonces se acodaba en el reborde del muro de contención, protegido del oleaje del océano por grandes neumáticos y rocas sujetas con redes metálicas. Allí dejaba vagar la mirada hacia la lejanía, en dirección al faro del cabo Manuel, que con su potente haz de luz roja barría de forma intermitente la oscura superficie del mar.

Allá se encontraba la casa en la que, durante dos semanas, había conocido una felicidad inefable en compañía de Ngor Ndong.

¿Pensaría acaso en su amante perdido? ¿Se hallaba siquiera en condiciones de pensar?

Allí permanecía inmóvil, parapetada en su mutismo que nada ni nadie podía perturbar, durante horas y horas, antes de volver a subir a acostarse, de madrugada.

A veces, sin embargo, no regresaba a su habitación. Se dormía tumbada al pie de la pared y pasaba el resto de la noche a la intemperie.

Así ocurrió esa víspera de la fiesta nacional en que, en medio de una ola de frío que se había abatido sobre el país, tan rigurosa como nadie recordaba otra igual, al levantarse, Diodio la encontró muerta.

# EPÍLOGO

Gobi dejó caer el vaso vacío cerca de la gran concha que hacía las veces de cenicero, repleta de colillas y, borracho hasta el punto de no distinguir la noche del día, se desplomó, y posó su cuerpo, los dos brazos y un lado de la cara en la mesa todavía con el puro en la cabeza.

Había bebido como una esponja, una botella tras otra, y había fumado sin parar a lo largo de la narración.

Yo había reservado la misma suerte a la cerveza, que soportaba muy bien, y a los Mecarillos, mientras lo escuchaba con suma atención, sin interrumpirlo ni una sola vez.

En tres ocasiones, impelidos por la imperiosa necesidad natural de aliviar la carga de la vejiga, nos habíamos levantado de común acuerdo y, tras abandonar el bar, habíamos atravesado a grandes pasos el vasto patio atestado de desperdicios de toda clase —filtros y colillas de cigarrillo, envoltorios de caramelos, raspas y cabezas de pescado, bolsitas de plástico, palitos de cerillas, cáscaras de limones exprimidos— hasta llegar a los baños, situados en un rincón del muro de contención, y que desprendían un fuerte olor a amoniaco. De pie uno al lado del otro, con las piernas separadas, cada cual con su botella en la diestra y su aparato en la siniestra, habíamos evacuado el líquido exhalando grandes suspiros de alivio sin que Gobi interrumpiera un solo instante su formidable relato. En una primera ocasión, se había tirado un pedo espectacular, extraordinario tanto por su sonoridad y su duración como por su fetidez.

Yo, no obstante, había conseguido mantener la flema ante la asombrosa emisión gaseosa salida de entre sus posaderas. Pero cuando, con los labios separados por una amplia sonrisa que dejaba al descubierto su dentadura podrida, anunció, abriendo así un paréntesis en la narración, que era perfectamente normal que se oyera el trueno que retumba cuando llueve, me dio un ataque de risa imparable. Las dos veces siguientes, me quedé perplejo cuando

Gobi reprodujo con exactitud un retumbo totalmente idéntico al primero, con la misma prolongación, el mismo sonido y el mismo olor, como si estuviera programado.

Ahí no introdujo ningún comentario, de modo que pude mantener la seriedad.

Mientras tanto, una pregunta despuntaba una y otra vez en mi cabeza: ¿quién le habría contado a Gobi aquella historia?

No había sido Diodio ni Golda Meir, desde luego, porque, tal como quedaba patente, él conocía la vida de la infortunada Ramata Kaba mucho mejor que ellas. Y Moro, menos aún.

En vista de que Gobi había quedado fuera de combate a causa del vino, me propuse interrogarlo esa noche o al día siguiente, cuando hubiera recobrado la lucidez. Aunque, en el fondo, tal y como me pregunté, ¿qué sacaría con ello? ¿Acaso cambiaría algo el saberlo? ¿Lo importante no era, tal como había afirmado Gobi al mendigar una copa a cambio de su relato, que se trataba de una historia muy interesante? En eso tenía toda la razón, por supuesto.

¡Qué extraño destino el de Ramata Kaba! Lo tenía todo para ser dichosa, pero no lo era. En su desenfrenada búsqueda de la felicidad, encontró tan sólo locura.

En el transcurso de su larga narración, tuve tiempo de experimentar, de manera consecutiva y simultánea, las más diversas emociones. Lloré, me regocijé, sonreí, me estremecí, exclamé *ndeyssane* para expresar piedad, me excité, me enternecí, pensé en Dios y en su profeta Mamadou, que la paz esté con él, permanecí circunspecto, aplaudí a rabiar, me planteé interrogantes, temblé, sentí náuseas, reí a carcajadas, se me encogió el corazón, ovacioné, me alegré, me entristecí, me exasperé, pensé en el más allá, en el Infierno, en el Paraíso y en el Juicio Final, grité de indignación, dudé, me invadió el desasosiego, me llené de asombro, se me erizó el vello, me sentí humillado...

No tuve, pues, ni un solo instante libre para aburrirme. Sí pude meditar, en cambio, sobre mí mismo y acerca del sentido que debía dar en adelante a mi existencia: convencido de que nadie puede obtenerlo todo a la vez, me conformaré siempre con lo que tengo.

Me levanté y encendí el último purito que me quedaba. Ningún cliente había venido al Brisa de Mar. Desperté a Moro, que dormitaba detrás de la barra, para pagarle el paquete de Dunhill y las bebidas. Después salí, justo en el momento en que la campana de la iglesia de Sainte-Agnès comenzaba a desgranar el

primer toque de las doce del mediodía.

Afuera, las calles estaban desiertas, el viento soplaba racheado y la fina y glacial lluvia, parásita o precoz, semejante a una neblina que envolvía el paisaje con un sucio manto gris, seguía cayendo todavía, pertinaz.

Mar Loodj, 30 de mayo del 2000

[1] Librerías donde se exponen directamente en el suelo, encima de la acera, los libros y periódicos, a menudo usados, con precios asequibles.<<

[2] Coche celular. (*N. de la T.*)<<

[3] Mono.<<

[4] Autobús Mercedes de color blanco, de veinticinco o treinta y cinco plazas, que cubre casi todo el transporte en Senegal y que debe su nombre a uno de los principales transportistas, propietario de más de la mitad de estos vehículos.<<

[5] Amuleto protector. (*N. de la T.*)<<

[6] Según una leyenda, el nombre de Senegal proviene a un tiempo de un malentendido y de una deformación. Cuando los primeros europeos desembarcaron en una playa, toparon como era natural con unos pescadores, a quienes preguntaron cuál era el nombre del país. Los pescadores, que no comprendían la lengua de los blancos, creyendo que les preguntaban por su embarcación, respondieron: *«Lii su nu gaal la*»: «Ésta es nuestra piragua». Los europeos, que entendieron Senegal en lugar de Sunu gaal, llamaron así al país. Esta controvertida leyenda es muy popular, porque Sunu gaal, «nuestra piragua», como canta el *griot*, rima muy bien con Senegal.<<

[7] Blanco. (*N. de la T.*)<<

[8] Actual matrícula de los vehículos oficiales.<<

[9] Jefe de brigada.<<

[10] Etnia de pescadores. Auténticos habitantes de la actual región de Dakar, antiguamente llamada región de Cabo Verde.<<

[11] Rey.<<

[12] Jefe del pueblo.<<

[13] Gorea.<<

[14] Saint-Louis.<<

[15] Rufisque.<<

[16] Joal.<<

[17] África Occidental Francesa.<<

[18] Color del partido en el poder, la Unión Progresista Senegalesa, que más tarde adoptaría el nombre de Partido Socialista.<<

[19] Movimiento de las fuerzas democráticas de Casamance fundado en 1947 para apoyar al Bloque Democrático Senegalés de L. S. Senghor y Mamadou Dia contra la SFIO de Lamine Guéye.<<

[20] «¡Recupera a Cam!»<<

[21] Comunicador tradicional considerado ante todo como depositario de la tradición oral. Los griots pertenecen a una casta de familias especializadas en historia del país y en genealogía, en arte oratorio o en práctica musical (*N. de la T.*)<<

[22] «¡Cambio! ¡Destitución! ¡Derrocamiento! ¡La clave (del cambio)! ¡Solución!» Eslóganes empleados por las principales formaciones de entre la cuarentena de partidos de la oposición.<<

[23] Adaptación del nombre Mahoma. (*N. del E.*)<<

[24] Variedad de arenques gigantes.<<

[25] Etnia que comprende un 5% de la población de Senegal. (*N. de la T.*)<<

[26] Cárcel central de Dakar situada en el barrio de Reubeuss.<<

[27] La cola es un fruto emblemático de la cultura africana. Aparte de consumirse corrientemente constituye un símbolo de regalo que se ofrece en las grandes ocasiones, como las bodas, las peticiones de mano o los entierros. (*N. de la T.*)<<

[28] El «parentesco de broma» es una relación entre dos personas en la que una de ellas está autorizada u obligada, en algunos casos, a tomar el pelo o a burlarse de la otra, sin que, por su parte, ésta deba tomárselo mal. (*N. de la T.*)<<

[29] Considerado como el más insigne filósofo wolof. Destacaba por su peinado compuesto de cuatro mechones de pelo dispuestos en medio de un cráneo afeitado que representaban cada uno una verdad: «ama a la mujer pero no te fíes de ella»; «el rey no es un pariente»; «el hijo adoptivo no es un hijo»; «los ancianos merecen que los mantengan en el pueblo».<<

[30] Pequeño tamtan que se sostiene en el hueco de la axila.<<

[31] Personas que gozan de gran respeto por su saber y ciencia religiosa en el seno del islam. También existen los marabúes animistas, que cumplen las mismas funciones que los brujos de antaño. (*N. de la T.*)<<

[32] Fruto del baobab. (*N. de la T.*)<<

[33] Se refiere a los grandes morteros donde trituran el mijo, de pie, varias mujeres a la vez. (*N. de la T.*)<<

[34] Zapatos de cuero que los viejos se ponen en África cada vez que van a la mezquita. (*N. de la T.*)<<

[35] Alumnos de una escuela coránica.<<

[36] Danza que se consagra a los genios con una finalidad terapéutica, para alejar las catástrofes, el mal de ojo y la maledicencia.<<